BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE
Sección bnch
Clasificación 9A(251.6)
Cutter
Año Ed. 1942 ~~Copia~~ v. 2
Registro Seaco
Registro Notis AAA1473

BIBLIOTECA NACIONAL
0159885

90 (251-6)

2

CUANDO MI TIERRA ERA NIÑA



OR

AMOR CAUTIVO

IRIS

ESTA OBRA

(ALBORADA)

SE COMPONE DE:

Serie I

CUANDO MI TIERRA NACIO...

ATARDECER

1 Tomo..... $ 20.—

Serie II

CUANDO MI TIERRA ERA NIÑA...

NOCHE

2 Tomos.—Tomo I: $ 20.—
Tomo II. $ 20.—

Serie III

CUANDO MI TIERRA FUE MOZA...

AMANECER

3 Tomos

PRINTED IN CHILE

Ch 863
I 680
1942
v.2
AAA1473

Cuando mi tierra era niña

Amor Cautivo

por

IRIS

SEGUNDA SERIE

TOMO II

N A S C I M E N T O
SANTIAGO CHILE
1 9 4 2

ALBORADA

EN SERIES:

SERIE I

Cuando mi tierra nació...

ATARDECER

1 TOMO

SERIE II

Cuando mi tierra era niña...

NOCHE

2 TOMOS

SERIE III

Cuando mi tierra fué moza...

AMANECER

3 TOMOS

VISITACION
ENE 9 1943
DEPOSITO LEGAL

N.o 2108

Impreso en los talleres de la Editorial Nascimento.—Ahumada 125
Santiago de Chile.—1942

PROLOGO

Parecerá raro que en este Siglo de estrepitosa vorágine de transformación mundial y de ardientes aspiraciones femeninas, busque yo el alma de la mujer chilena en esos estanques del tiempo y pozos del silencio que son los conventos.

No se halla por aquellos años de 65 a 81, el alma femenina en otra parte. Estuvo recluída en el hogar y alejada de actividades. Fué reducida a esclavitud, ahogada su inteligencia y quebrada su voluntad.

Oprimida la mujer, miró hacia adentro y buscó compensación en el espíritu. Tomada por el Esposo en calidad de hembra, su alma se elevó a Dios.

Lo más interesante de aquella época, recién salida de la Colonia, que sirve de intermediaria a la nuestra, se halla en el misticismo femenino. Sus relaciones supra-sensibles con el misterio divino, marcan el meridiano de su desarrollo psíquico.

El hombre, en aquellos años del pasado siglo, busca a la mujer cual instrumento de sus planes políticos. Así las hallamos fundando un periódico «ECO DE LAS SEÑORAS». *Miente el título, pues eran ecos masculinos.*

Más tarde, al correr de 1884, también fueron aprovechadas por el Clero para impedir la promulgación de las leyes de matrimonio civil y cementerios laicos. Reunidas en meeting, solicitaron del Presidente Santa María, la supresión del proyecto.

Atraviesan el centro de la ciudad, en procesión, hasta la casa del mandatario, en calle Santo Domingo, arrastrando largas colas, cubiertas por manteletas de abalorios y capotas con bridas,—moda de entonces—que hacía aparecer a todas igualmente ancianas.

Santa María que era galante, las hartó de piropos, recordóles sus enamorados y ponderó sus gracias juveniles, pero, como ninguna tomara la palabra bajo tan inesperada lluvia de cumplidos «EL» la ofreció a la más anciana. ¡Silencio profundo!

...Tras sonrisas, golpecitos de hombros, apretones de mano y zalamerías, se fueron como vinieron. Ninguna quiso ser la más vieja.

Eran juguetes del hombre; no habían tomado posesión de sí mismas. El clero formaba parte de esta conjuración de anulamiento femenino.

Breve historia y causa de que la mujer no tomara la libertad que le diera el tiempo en unión del hombre, sino en rebeldía.

Esta razón me indujo a buscarla en el claustro. Urgía sorprender su delicada esencia, de amor, renunciamiento y sacrificio...

Los conventos son fortalezas levantadas en los combates del alma, reducto inexpugnable a fuerzas enemigas.

En ansias de perfeccionamiento, se recluyeron las mujeres en monasterios, renunciando a su ilusoria y estéril libertad. Esgrimieron las poderosas armas de oración y penitencia, que formarían el acerbo espiritual del mundo, fondo de reserva que la sociedad humana necesita para subsistir.

Cogidas exteriormente, las religiosas, aparecen pueriles y movidas por pasioncillas, pero son elevadas, sufridas y penitentes. Mantienen la balanza de la justicia entre el humano materialismo y la divina espiritualidad.

Constituyeron la quinta columna, sostenedora de la sociedad en disolución. Ocultas y desconocidas, penetran abismos y sus insonoras voces salvan lejanías, operando fuera de tiempo y espacio.

Sus penitencias y plegarias impetran perdón de pecadores. Forman esa misteriosa fuerza de los imponderables, que no catalogamos los hombres, siendo los ministros confidenciales de Dios. Inmensa es su potencia y escapa a toda demostración razonable.

No importa la carencia de intelectualidad en cada una, pues el Espíritu Santo, prescinde de nuestro cerebro para realizar sus prodigios. Conviene que las religiosas estén desprovistas de humanidad, para crear esa entidad psíquica que actúa en «LA FINE POINTE DE L'ESPRIT» *pasando por sobre la humana conciencia. Sus mentes deben permanecer embrionarias pues en conjunto, por amor y sacrificio crean formidable potencia.*

Segrega del mundo la divina providencia a las débiles, para que congregadas den lo que no pueden producir aisladas. La Regla monástica modela a las criaturas que carecen de iniciativas personales siendo la «OBEDIENCIA» *segura pauta a que deben ceñirse las incapaces de caminar solas.*

Desarróllanse en el seno de la Iglesia—matriz del Cristianismo—hasta que formen órganos espirituales y sean cristianas con la libertad consiguiente a los hijos de Dios.

Los conventos de Contemplativas han correspondido a una época de tinieblas. Las almas obscuras fueron aprovechadas por la divina economía, en calidad de lámparas votivas, que colocadas en santuarios, señalasen los tabernáculos de silencio y plegaria en que reside la presencia real de Jesucristo.

. . . Pudo también ser el Arsenal del armamento que, desde la sombra preparase el nuevo advenimiento de Cristo al mundo, tras la estrepitosa caída de nuestra civilización.

Cesaron aquí, como en España, las vocaciones monásticas cuando fué necesaria la acción. Diseminadas por todos los ámbitos, durante la Edad Media, esta legión fué el Arca Santa guardadora de tradiciones religiosas y de sabiduría divina, culminando en

almas como Teresa de Jesús, cuya obra marcó las sendas cruciales que nos llevan a Dios.

Los conventos, en resumen, son almácigos espirituales. Las almas acumulan allí electricidad para cargar las dínamos que mueven al mundo psíquico.

Nosotras las mujeres del «SIGLO» *(lenguaje monástico) estamos destinadas a ser proveedoras de lana y carne en holocausto espiritual. Ellas, las religiosas—corderillos del rebaño—hacen sacrificios pequeños. No llevan responsabilidad, ni toman decisiones. No sufren quebrantos de amor, pobreza, ni inquietud del porvenir. Ignoran la soledad del corazón y el dolor del hijo pródigo.*

...Nosotras vivimos reclusión sin rejas, entre enemigos y aisladas en la multitud. Se nos exigen dádivas mayores, sacrificios duros y nos cargan cruces pesadas. Quedamos en la Tebaida del mundo ignorando que el Dolor es Crédito abierto en el Banco de Dios y que de nuestros amores traicionados, se está tejiendo con fibras desgarradas de nuestro corazón, el Amor Supremo!

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

A REBECA BELLO

Tú me devolviste los besos robados por cruel destino, de mi madrecita muerta y yo te consagro este libro, animado todavía, en mis largos años cansados, por el místico ensueño de tu bella y milagrosa juventud

INES.

CAPITULO I

Al margen de la ciudad, junto al ojo seco del puente de Cal y Canto se halla el convento de Capuchinas.

El fragor del río, mece en los inviernos rudos, durante los temporales las horas grises de la congregación.

Ruge el Mapocho amenazante junto al convento chato...

Data del siglo XVII, es pobre y construído sin plan según necesidades y emergencias. Patios grandes de corredores y muros calizos, comunican con patiezuelos viejos y tristes, cuyos ladrillos de pastelón, carcomidos, hacen áspero el piso al nivel del suelo...

Pilares de tosca madera, ya torcidos y leprosos, exteriorizan las contorsiones de las almas atormentadas que por allí transitan.

Acusa humilde tristeza de abandono el jardinillo del patio grande. Naranjos enanos, redondean sus frondas en femeninas siluetas, y entre sus hojas barnizadas, brillan en profusión de luces, los soles minúsculos, llamados naranjitas capuchinas, levantando hasta los cogollos ramilletes de bolas rojas, durante el invierno glacial.

La intensa fragancia con que octubre aromara los patios claustrales, conviértese ahora en gloria de lustros encendidos, que en desvaído perfume, añoran el azahar . . .

Cipreses centenarios, adustos ancianos, contemplan meditabundos los patios ya ruinosos y la continua transformación del pueblo circundante. Fué quieto y deviene bullicioso, sin atenuar la leve melancolía que solemniza el coro de campanas conventuales . . .

Grande es el huerto y espeso de árboles añosos, en que abundan nogales e higueras. Un gran sauce junto al cequión describe su amplio y lánguido ruedo, lavando sus guedejas en la corriente . . . Plantas medicinales, verdolagas, cedrón, matico, forman la farmacia conventual, de medicinas hogareñas . . . Confina el huerto con el cementerio y el patiecito de la aparición, cobijando bajo los chatos aleros, aposentos de penitencia.

El ramaje plateado de olivos, cuyos troncos crispados en alaridos vegetales, cubren la hornacina en que el Señor de la Caña sangra coronado de espinas, se inscrusta al muro leproso, de la celda en que velan los cadáveres . . .

. . . . . .

Compónese la familia Capuchina de veintiuna monjas. La regla es el hilo de plata, que ensarta las perlas del místico collar.

Cumplen las monjas sus oficios con mecánica discipli-

na, sin que se unan, ni comprendan las almas por dentro. Caminan juntas sobre la tierra, pero diversas rutas las llevan hacia arriba. Van dirigidas a la misma finalidad, Dios! Pero la significación del concepto, es diferente entre ellas.

Sor Tránsito, esclava de la regla, tímida y sugestionable, ha puesto llave a su inteligencia, ya perdida por desuso. Tuvo en el siglo nobles apellidos, ya olvidados, "*Ruiz Tagle y Pérez Cotapos*". Pusilánime y triste, entró en religión para objetivar su existencia. Fomentábase en su hogar tedio de vivir y horror a la muerte. Prefirió prepararse en el convento, al trance supremo. Vivía para no morirse. Sus facultades cual instrumentos ociosos se amohosaron lentamente.

La Prelada recién depuesta, Sor Pilar es serena, enérgica, luminosa y bella. Córtale la toca su frente alta y tersa, pero sus ojos de piedra preciosa, emergen brillantes bajo la venda blanca.

Palabras necias, asuntos triviales, confesores estrechos, resbalan sobre la pulida superficie de su alma sana, abierta a la videncia y consciente de ayudas y fuerzas, que no perciben las otras. De su altivo silencio, trasciende calor y paz, no obstante su carencia de expresión hablada. Así, parca en palabras, sus acuerdos con el mundo invisible se realizan más allá de la esfera razonable.

Siendo de las más jóvenes se impuso a las ancianas, que rinden homenaje al tiempo, por hallar su transcurso en las almas, más eficaz que ejercicio de virtud... Las religiosas

viejas creían en el adagio que: "*Más sabe el diablo por viejo, que por diablo*".

Por innovación de secular costumbre fué nueva en Capuchinas, la elección de Sor Pilar.

Sor Angeles también es hermosa y sana. Vibra en jolgorio inmotivado y no piensa nada, siguiendo la regla en complacido respeto. Se mortifica poco, duerme bien y ninguna tentación la tortura. Sólo la gula la instiga a comer fuera de horas regulares, sacando frutas a escondidas, de los árboles del huerto.

. . . Determinó su vocación el deseo de seguir a una amiga, ya entrada en la Orden, con quien se hallaba a gusto desde el colegio. Sor Purificación, así nombrada es desteñida de cuerpo y gris de alma. Afuera sólo esperaba la muerte y prefirió dejar el siglo y enterar el plazo adentro.

Tras de esta religiosa, Sor Angeles vino a Capuchinas. Su buena salud dióle hasta en privaciones, gozo en las menudas cosas. Trocó su instinto maternal, ocupado de vestir muñecas, en amor al Niño Dios y arreglo del anda y sus ropitas, —menesteres que satisfacen su marcada inclinación inactiva.

. . . Sor Encarnación es vieja, regañona y farisaica. Cogida por huecas exterioridades deviene insoportable con la edad. Las monjas necias se agrupan en torno suyo, para hacer aspavientos, escandalizarse y fulminar las costumbres del siglo, que en conversaciones de beatas, traspasan ponderadas y maldicientes, la clausura conventual.

Exalta en las tontas, el orgullo del estado religioso, el odio al mundo, el menosprecio al matrimonio y vanidad en la divina predilección, que ella goza exclusivamente.

Borda escapularios con hilo de oro y los reparte por el torno, creyendo ejercer alto apostolado católico.

Fué tornera casi a perpetuidad. Las monjas contemplativas, detestan ese oficio, de colar tras las rejas torpes menudencias profanas, y las otras que se hubieran complacido en saber novedades, son cuidadosamente apartadas de continuar en el claustro la disipación mundana que renunciaron.

La Madre Portera trae y lleva recados del torno al convento y del claustro a la portería. Entrega el Niño Dios y lo recibe a vuelta de gira por la ciudad, en busca de limosnas. Trata con las personas que piden oraciones, enterándose así de los íntimos dramas familiares. Se conforta contra el aburrimiento, que ya la invade, ante las miserias de que sus votos la libran. Más que compasión, los dolores ajenos le inspiran gozo de sentirse preservada de tales penurias, por especial misericordia del Señor.

Sor Clara vivió casi sola, hasta la entrada de Perpetua al convento. Habíase vinculado con Sor Pilar, de quien era asistente durante el Priorato, y con Sor Agueda.

Ahora en el nuevo capítulo, recién pasado, se le ha dado cargo de Superiora, —puesto, que si la complace por las modificaciones que se propone hacer, pesa en su vida místi-

ca, con responsabilidad y distracción de las fuerzas que concentra en su "*oración*" cada vez más elevada.

Ahora es Prelada y ella vino a Capuchinas buscando soledad y trato íntimo con Jesús.

La maestra de novicias, anterior a Sor Escolástica, era criatura limitada, e incapaz de cortar el vuelo místico a Sor Clara, ni de sospechar la calidad del alma que la regla ponía en sus manos, para modelar. El contacto con la vulgaridad incomprensión e inconsciencia, fué el gran tormento de la novicia.

Hallábase reo de culpas contra la caridad, por involuntaria comparación de sí misma a la necedad circundante, y por la molestia, casi enojosa, que le daba la majadería monjil. Su imaginario orgullo era la sola materia sacramentable de sus confesiones.

El Director de la comunidad, un anciano obeso, no penetraba su alma, ni discernía el mérito de las diversas monjas. Le satisfacía enterarse de que las religiosas asistían a los oficios, mortificándose con disciplinas, ayunos y cilicios. No reparaba en que la Superiora no confesaba, como las demás, distracciones en los oficios, aburrimiento de la vida monacal, ni tentaciones contra la castidad —materias en que creían imaginariamente incurrir, las otras religiosas.

Ni ella, ni su sobrina Perpetua eran perseguidas por el demonio, pero sus esfuerzos se hacían impotentes para soportar a las hermanas necias, machacantes, y profanadoras de textos sagrados y palabras divinas atrapadas en sermo-

nes. Dábanle desaliento a la Superiora, por incapaces de recibir gracias, pero en cambio fecundaban sus almas ejercitándole paciencia. Sus pesadeces eran azotes de sus nervios exasperados y con gran vencimiento alcanzó la religiosa a soportarlas —airada por dentro— sin exteriorizar su disgusto. Hasta consiguió calmar su secreta cólera, considerándolas hermanitas pequeñas. —¿Serían acaso verdugos de la pasión del Señor?— Ni eso; por insuficiencia estaban todavía en nulidad de embriones! No serían santas, sino "*santeras*". Ayudaban al progreso de las otras . . .

Alma de su calidad era Perpetua. No tuvo tampoco la Priora ningún sacerdote en quien apoyarse, desde su entrada al convento. El padre Aracena, su confesor, un dominico con fama de santo, había muerto antes que tomase el velo.

Hallóse ante conciencias netamente eclesiásticas, cerradas a todo advenimiento espiritual y cogidas en las mallas de acero del razonamiento escolástico.

Fué duro su noviciado por soledad . . . Al otro lado del denso muro material, se abría la patria de su alma, revelándosele en la mortificación de avecinarse a monjas con cerebros de niños tontos. Surgía en torno suyo el mundo infinito del alma, oscuro e informe aún, pero en potencia de esperanza y consuelo.

Adelgazábanse tabiques que fueron espesos, se oían voces y hallaba contacto con bellas almas, desconocidas en la

carne, que le daban calor y refugio de brazos extendidos sobre abismos oscuros...

...Desaparecía el viejo y pobre convento en su caducidad colonial, ante la eterna realidad del mundo sobrenatural...

...Así mismo, Perpetua fué introducida desde el postulado por la oración, en frágil navecilla sobre océano insondable... En esa ignorada zona, de su nueva conquista, no reconocía nada humano a la entrada... —sólo a Juan— por privilegio de amor, cuya potencia salva escollos y barreras.

Era más suyo el joven en la nueva esfera que todos los otros seres del mundo opaco, espeso y limitado, donde Perpetua viviera reclusa en la ciudad, prisionera de estrecheces sociales y de impenetrables sombras.

Todo estaba paralizado en el mundo, dentro de un círculo fatal, pero en la nueva región descubierta, la actividad era prodigiosa y las cosas vibraban en "*écoulement*" de continuo devenir...

En esta esfera, a que la oración introdujese a Perpetua, los seres se transformaban constantemente, convertíanse las ideas en viviente realidad, mostrándole simultáneos aspectos imprevistos, cambiantes y diversos.

El mundo invisible que se extendía más allá del velo material era vivo, y el de acá abajo estaba muerto, sepultado en apariencias destructibles e irrenovables... Cosa inerte, molde hueco, en que se incubó la vida...

Perpetua sobrepuja a Sor Clara en excursiones ascendentes, siendo por temperamento místico más apta a penetrar el mundo invisible.

Nada exterior delata su elevación. Habla poco, es alegre, sencilla, y trasparenta sus visiones en forma natural, perdiendo el límite fronterizo entre los planos.

Su profunda espiritualidad da ciudadanía humana a extraños fenómenos. Ni siquiera se pone en trance. Su videncia suprime líneas divisorias...

. . . . . .

A puesta de sol, en el pequeño claustro —uno de los más vetustos patios conventuales,— hacían honesta recreación algunas religiosas. La helada sombra invasora de la tarde invernal, poblaba de conjuros el sitio.

Sor Agueda mantenía el coro de la plática, mientras las hermanas Brígida, Concepción, Verónica y María Coronada, la escuchaban con fervor.

... Contábales con enfática solemnidad el caso de una religiosa que ardía en deseos de conquistar infieles mientras estaba en un pequeño hospital de provincia, ocupada en una sala de incurables —pobres viejos casi dementes— lamentándose al Señor de haber encendido tanto amor en su pecho, sin lograr propagarlo a otros corazones vivos, que a su turno, incendiaran el mundo.

Sus enfermos, hundidos en demencia senil, ni siquiera

la conocían. Los vanos suspiros de su triste existencia, llenaban su tiempo en el modesto cumplimiento del deber.

Fué a predicar cierto día al convento un fraile que había sido misionero en países infieles. La monjita le sirvió el desayuno después de misa... Se miraron, y sin recordar dónde habían estado juntos, se reconocieron. Al fin, el monje se dió un golpe en la frente: "Hermana, cuánto me ha costado descubrirla... Usted fué nuestra gran ayuda en la misión del Africa".

La Superiora entró y el monje siguió haciendo a la prelada el elogio de la hermana. "Sin ella, Sor Cándida, no hubiéramos podido sostener nuestra obra..." Ahora la religiosa recordaba el lugar de su encuentro con el sacerdote. Era verdad que habían trabajado juntos...

Sor Brígida abría ojos desmesurados ante el milagro...

Sin inmutarse continuó Sor Agueda: —Su deseo de caridad la llevó a esos sitios. Era necesaria. Nunca salió en cuerpo mortal de su convento, donde estuvo al lado de ancianos idiotas y a la vez se halló, según su deseo, en las misiones de infieles...

...Brillaban las miradas de las religiosas. Sus pensamientos, en alas de ensoñación, iban hacia remotas comarcas donde todo es posible, allí donde no hay distancia, ni tiempo, ni espacio que salvar...

El soplo del milagro inclinó sus cabezas. Ante sus almas maravilladas desaparecieron las imposiciones de un mundo fantasmal. Quedaron suavemente arrobadas...

Sor Agueda vino al convento después de un noviciado en Clarisas. Allí, las señoronas de vida relajada, que continuaban en la quietud monástica las regalías del mundo, le anularon la atmósfera mística, precisa para entrar en las vías extraordinarias que la solicitaban.

De buen porte y rostro hermoso, tenía Sor Agueda, esos ojos peculiares a las místicas que miran concentrados hacia adentro —dura y atónita mirada era la suya, cuando de improviso, resbalaba solemne y casi airada, sobre las cosas vivientes. . .

No ardía en llama de entusiasmo —alas de santidad— pero le sobraba indignación —fuego de amor invertido— que acumulara en Clarisas, por contacto con las egoístas señoronas allí reclusas.

Permanecía silenciosa, pero al hablar, sus pequeños ojos, indignadamente asombrados, fulminaban anatemas contra monjas tibias y frailes rudos.

Hallóse incomprendida en Clarisas, donde las almas laboradas de Espíritu no obtenían pasaporte al más allá. . . Vino a Capuchinas, víctima de un mal que atribuía a embestidas del demonio, contra las almas que, por bellas, disputa a Dios.

Dos veces se halló paralizada súbitamente, permaneciendo rígida durante horas, hasta entrar en estado de catalepsia, integrando el cuadro sintomático de la muerte.

La atrajo a la Orden Capuchina, la fama de santidad que sus monjas gozaban afuera. Sufrió menoscabo su pres-

tigio, al hallar religiosas tan sencillas de trato y llanas en la vida. No era eso lo que Sor Agueda esperaba de tan sentadas famas.

. . Preguntó secretamente a cada una de las hermanas, si esas Madres tenían éxtasis, elevaciones del suelo, por si acaso resplandecían, profetizaban o siquiera adivinaban los pensamientos ocultos. Tuvo al desengaño de saber que no les ocurría nada extraordinario.

Molesta con tales preguntas, Sor Encarnación le respondió:

—En esta santa casa del Niño Dios y de nuestro Padre San Francisco, nunca ha hecho de las suyas el "*Maldito*", como es voz que ocurre en otras comunidades.

Tenía Sor Encarnación a grande orgullo, el no ser molestada en Capuchinas por el Príncipe de las Tinieblas. Inútilmente Sor Agueda le explicaba que se combatía para conquistar virtud y que los buenos triunfaban siempre. ¡En vano! La cabeza dura de Sor Encarnación daba a las ideas reciedumbre de peñascos.

Continuamente Sor Agueda refería a las religiosas asuntos milagrosos que en las almas jóvenes, brotaron en ansias de vida extraordinaria, cual simiente caída en buen terreno.

Todas querían ir por sendas de atravieso . . penosas quizás, pero cortas y más bellas! . . Los caminos trillados eran largos y monótonos; para recorrerlos hubieran preferido quedarse en el Siglo . .

Entraron a la Orden Franciscana por anhelo de llegar a

Vida Unitiva, en que el alma, sola y de cara a Dios, participa de su poder asimilándose su gloria.

Seguía hablando Sor Agueda aquella tarde de casos extraordinarios, en graves reticencias. Sus frases suspendidas en largos silencios, dejaban ancho margen a la imaginación . . .

Daba a suponer también con graves miradas, que los fenómenos relatados, pertenecían a su experiencia personal. Las jóvenes imputaban a humildad de la monja, el no reconocerse actora en tales maravillas.

Sor Angeles, recién agregada al grupo, pregunta con su característica ingenuidad:

—"¿Usted lo vió con sus propios ojos, Madre Agueda?". La religiosa fulminó con indignación el candor de la joven. —"No es usted, hermana, llamada a recibir estas gracias y no debe siquiera escuchar".

Sor Coronada deseaba, hacer milagros, para dar testimonio en su humilde personita. Quería ser favorecida por fenómenos extraordinarios— "*gracias*"— a mayor gloria de Dios, sin que entrara en su alma, por ningún resquicio, humana vanidad.

Sor Verónica, menos presumida de sí, tenía sólo esperanza de contemplar un milagro —dar fe para saber y contar a las almas tibias y encenderlas en amor divino.

Nunca había sido agraciada con ningún espectáculo maravilloso. A ella no le sucedía nada raro. Estaba encarcela-

da entre murallones de espesa materia, confinada en sus cinco sentidos.

Las leyes físicas de opacidad, tiempo, espacio y gravedad, la aprisionaban a punto que su fe misma se cimentaba sobre ajenos testimonios. Sentía viva aspiración de experimentar algo "*raro*", por insignificante que fuere, para abrir una vez por todas, la puerta de ese mundo en que otras almas vivían deslumbradas, y que aún estaba herméticamente cerrado para ella . .

. . Sor Agueda le refirió que en otro convento, cuyo nombre la humildad de las religiosas prohibía revelar, la hermana que llevaba ese mismo nombre de "*Verónica*", fué sorprendida en su propia celda, durante sus duras mortificaciones, por el rostro sangrante del Señor que le decía: "*Tus penitencias, Verónica, enjugan con paño suave mi sudor y mi sangre*".

Callaba Sor Agueda. Hundíanse sus palabras en silencio, continuando en repercusión de hondura, para grabarlas en las almas . . Y su mirada se recluía sigilosamente en el abismo, de donde emergiera indignada y agresiva sobre las torpezas humanas.

Sor Verónica escucha ferviente, sufriendo de estar condenada a ver siempre el desnudo murallón blanco de su celda monjil.

Atravesaba a punto el patiecillo, Sor Trinidad y acercóse atraída por el prestigio de los milagros que se referían. Delgada y muy pequeñita, había envejecido guardando en

el cansancio del rostro marchito, un rincón de paraíso, en ojos claros e ingenuos de niño puro. Fué aguda, graciosa y lista, y hasta supo de latines en su mocedad, pero una neurosis la anuló, pintando en su rostro la grotesca máscara, con que las fobias trazan huellas de devastación.

Hundíasele la boca sobre encías desiertas; parpadeaba con violencia continua y su vivo talento retrocedía a infantil nebulosidad.

. . . Se habría alarmado Sor Trinidad, si le insinuaran que era ilusoria esa Fe en que fundara el sacrificio de su vida, pero su empeño en asirse de todo indicio sobrenatural, lo gritaban muy alto . . .

Había hecho de Dios un juez de distrito, que alteraba las eternas leyes del Universo, en premio o castigo de pequeños actos de sumisión o rebeldía, dentro del farisaismo católico imperante.

. . . La corrupción del mundo la espantaba y se complacía en espera de los castigos con que serían azotados *"los malos"*. Aguardaba *"las Tinieblas"* que durante tres días (según revelación) oscurecerían la tierra —tiempo en que los pecadores no podrían ni comer, pues sólo los alimentos benditos nutrirían a los buenos.

La crueldad de sus palabras quedaba sobradamente desmentida por sus bellos ojos infantiles. No la movía amor, pero sí curiosidad de maravillas y complacencia en justas sanciones.

Sor Trinidad era religiosa de alto abolengo, y guarda-

ba hasta en la Orden Franciscana, distancia al plebeyismo, prestigio por los ricos y reverencia a toda clase de dignidades civiles y eclesiásticas.

. . . De Sor Clara, decía a "sotto voce":

—No es su familia rica, ni de lo principal . . . gente de origen inglés . . . y sus labios se estiraban en gesto despectivo. Tanto valía decir "*gringos pobres*", buenos para servir a la aristocracia castellana, de este privilegiado país, a donde vino a ponerse en conserva la flor y nata de aquella Corte, que no viera ponerse el sol en sus dominios.

Escuchó el final del milagro que refería Sor Agueda y se halló también obligada a edificar con otro relato maravilloso.

Carraspeó hondo, puso el rostro en tensión, parpadeó con rapidez y en voz de niño cándido, con arrastre de sílabas y énfasis de tono, dijo: —San José de Calazans, cierto día salió de paseo con un compañero. No llevaba dinero. Entraron a comer en una fonda y pidió suculentos platos, no obstante las advertencias del amigo, para recordarle que no podían pagar la cuenta. El santo permaneció impasible. Cuando concluyó la comida se hizo traer una zanahoria, la cortó en torrejas y cada una de las redondelas se convirtió en dorada y reluciente libra esterlina . . .

Las Hermanas se miraron recelosas. Este milagro excedió sus deseos de sobrenaturalismo, hasta parecerles insensato . . .

—Sor Agueda se irguió rápida y sus bellos ojos saltaron tigrescos del cubil. . .

—Ese milagro no tiene asunto, Sor Trinidad. . . Dios no hace tonterías.

A todas las religiosas parecíales así mismo, que la Hermana extralimitaba los poderes divinos, haciendo servir los milagros, no ya sólo al bien de las almas, sino a inocentes juegos, en que Dios se valía de las eternas leyes para realizar caprichos triviales. . .

No siendo ella sensible a atmósferas, insistió en que todo era posible al Señor, y que nuestro pobre juicio no ponía trabas a las disposiciones del Altísimo.

. . . Le chillaba la aguda vocecilla en la garganta y los ojos buenos de niño inocente, cobraban fulgores de iluminación. . .

También quedaban en Capuchinas, ancianas dementes, y casi centenarias, que no seguían el rigor de la regla, ni siquiera los oficios de comunidad. Otras vegetaban como autómatas, hablando de Dios, de la voluntad del Omnipotente, de sus altos e inexcrutables designios, como si formaran parte del consejo divino.

Se recogieron allí algunas maniáticas, que machacaban oraciones con majadería de insanas. . . y hasta una desgraciada entró al claustro en cinta y alumbró un niño muerto. Quedóse transportada con los ojos fijos en un punto invisible, ajena a cuanto la rodeaba. . .

Estos seres embrionarios, —tipos de humanidad en cier-

nes,— unidas a otras almas oscuras y débiles, que entraron al claustro por cobardía o por hallarse al margen de todo evento posible, eran en el monasterio la penitencia de las místicas, el látigo y el cilicio de la Prelada . . .

No había en esas criaturas, pasta modelable, ni materia de perfeccionamiento. Vegetaban en su inconsciencia y debilidad, pero vinieron otras vocaciones nuevas, de almas con indicios de alborada que compensaron de los miserables despojos coloniales.

Sor Clara había preferido el convento de Capuchinas, a los otros de la ciudad,—los más antiguos—que estaban relajados. Allí se tocaron de velo, señoronas que trasladaban al monasterio su pequeño mundo de comodidades. Tenían casita aparte con patio particular, muebles y criados propios, dentro de la clausura. Continuaban en religión vida regalada, en contacto con las vanidades que desertaron, a edad en que sólo puede reclamarse paz.

En el convento de Capuchinas, la austeridad de la regla franciscana, de pobreza y mortificación, no hospedó a las nobles damas que se acogían por orgullo a las Ordenes Monásticas.

Cayeron, en cambio, pobres criaturas que nada perdían al dejar el mundo, o de quienes trataban de desprenderse los propios parientes. No era necesaria tampoco la dote. El Niño Dios salía a pedir limosnas y traía dinero a trueque de oraciones.

A Clara, que sólo anhelaba soledad y unión con Dios, la atrajo este convento.

. . . . . .

Ya iban a cerrar la Portería aquella tarde cuando Javiera Ruiz Tagle vino al torno. Necesitaba hablar urgentemente a su hermana Sor Tránsito.

Luego de tirar con leve llamado, la cuerda de la campana, se oyeron las sandalias que arrastraba Sor Encarnación por el largo corredor enladrillado, y su "*Dios sea bendito*", en rezongo de boca desdentada . . .

Pidió permiso para que Sor Tránsito la oyera un minuto a través del torno.

—Ya no es hora, contestó ásperamente. Entramos a vísperas.

Javiera insistía, sin oír más que la voz gangosa y el tono negativo de rechazo.

—Es por una urgencia, Madre . . .

Sor Encarnación había perdido memoria de los imprevistos humanos convertida en máquina de ir y venir, con recados repetidos al pie de la letra. Su corazón estaba seco y cerrado a compasión . . .

Despreciaba el "*Siglo*" (vida de afuera) y a los que allí permanecen, por olvido del Señor. En su sentir esas almas bien se merecían el "*mal*" por no haber abandonado la ocasión de pecado. "*El que ama el peligro en él perecerá*", se

repetía la monja, para no caer en piedad hacia los mundanos.

Javiera insistió: —Entonces hablaré con la Madre Abadesa. Estaba segura de que la Prelada le daría permiso...

Los recados a la Priora se daban por regla conventual, con estricta puntualidad y Sor Encarnación tuvo que aceptar entre rezongos...

—¿Que manda decir?

—¡Qué me escuche!

—Debo llevar explicación para que sepa Su Caridad de qué se trata...

—Dígale que es asunto íntimo y premioso.

—¿Intimo? No entiendo. ¿Cosas de familia, desgracia...?

—Sí, su Reverencia...

—¿Qué otra palabra dijo? insistió olvidadiza. Ahora Sor Encarnación hubo de gritar para hacerse oír. Si está sorda como tapia ¿a qué viene? Me va a dejar con carraspera, y tengo que rezar mis oficios.

Al fin Javiera oyó: Es asunto que corre prisa, Hermana...

—¿Usted dijo otra palabra rara...? Por miedo de gritar más, concluyó: —Bueno, debo saber si es grave o leve, antes de llevar el recado.

Javiera estaba confundida. Muy grave era la mancebía de Pedro con la "*pobre*", pero ahora se trataba del testamento... y en su conciencia escrupulosa dudaba si ha-

bía de clasificarse en materia grave, la vil cuestión de plata...

—¡La Prelada sabrá cuando me oiga!

—Precisa que yo lo sepa antes, para que Su Caridad venga.

En estos trámites, llamaron a vísperas y con otro refunfuño de "*Dios sea bendito*", Sor Encarnación cerró el torno hasta el día siguiente.

... ...

Ilusionada Justina, en profesar la alta mística, trae al convento de Capuchinas noticias sensacionales. Su importante situación religiosa, le abre locutorios monjiles. En su honor, es también llamada la monja que solicita a la tornería del monasterio.

Remilgada en su traje y pulida en gestos y palabras, secretea a través del torno, con su amiga de infancia Sor Escolástica, que es la monja más alta, seca y enjuta del monasterio. Vive en puntualidad mecánica de reloj y cumple cargo de maestra de novicias.

...Por la exactitud en mínimos detalles devino esta religiosa, la encarnación misma de la "*Regla*". Es fiel a las minucias, en suplencia de visión interna... Sabe que por hábito de copiar gestos exteriores, el alma asimila los reflejos que imita y se modela en ellos.

Escolástica cree que el ejercicio de santidad comienza

por santiguarse con agua bendita, para concluir creyendo en Dios. Su sistema es eficaz con novicias de almas embrionarias, y falla con las místicas. Todo lo que sobrepuja su mente es país desconocido y sin razón de existir, puesto que ella no irá nunca.

. . . Las almas superiores y las vías extraordinarias, la dejan sin cuidado. Encaminar a las novicias paso a paso, en la regla franciscana, es el límite de sus aspiraciones.

Enteró cuarenta años y al diablo no lo conoce, ni en sombra. Por carencia de espiritualidad, Sor Escolástica, seca, larga y puntual, ignora los escollos y las embriagueces del misticismo, sin sospechar sus goces ni torturas. Sería desesperante su vida llana y monótona de tejas abajo, para un alma viva, pero ella la practica con orgullo y fruición esmerada de exactitud material.

Justina, con su misticismo de estafa, se complace en platicar con Sor Escolástica en quien resuena la indignada vibración de escándalo, que trae de la ciudad . . .

El torno separa a las dos mujeres, muy alta la monja, pequeñita Justina, que le cuela por entre las rendijas del aparato giratorio, la hiel del Siglo . . .

Tras del consabido "*Dios sea bendito*", y de las preguntas de rigor por la Abadesa y las Madres, Justina refiere a la religiosa, el fracaso de la Campaña femenina en el periódico "*Eco de las Señoras*" contra los congresales que van a legislar Libertad de Cultos.

—¿No has escrito, Justina, en ese diario nuevo de las Damas?

—Madre, las que tenemos al brazo el arma de la alta oración, no nos rebajamos a coger pluma... Yo clamo a Nuestro Señor y ayuno para que abra los ojos de esos hombres a la iniquidad que cometen.

—No es propio de señoras, salir a esas lides, dijo la monja, apoyando el juicio de la amiga.

—Madre Escolástica, imponga penitencias a sus novicias hasta que alcancen gracia de fe las almas de los hombres. No creo que plazca a Nuestro Señor, que la mujer delicada, alterne así con impíos sin temor a Dios. Nuestra actitud es de recato y silencio. Somos lámparas del Sacramento del Altar. No asistiré por eso, a las reuniones en casa de Eufrasia. Las personas que aspiramos a la "*Unitiva*", despreciamos esas obras mundanas. Adela ha llevado trabajos importantes y de mérito, según dicen.

—¿Siempre eres tan asidua a San Ignacio, Justina?

—No podría vivir lejos... La sombra del Campanario y las horas que dá la torre, me acompañan. Vivo para Dios, ya que mi salud no me ha permitido consagrarme a El...

—Querría conocer tu opinión Justina sobre lo que fué Sor Clara, nuestra actual Priora, en el mundo. Eso interesaba más a Sor Escolástica, que la campaña política.

Desde que ingresó a nuestra Santa Orden, tu sabes que ha habido muchos cambios...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Quedóse Sor Escolástica con la boca más abierta que de uso, pues, sus largos dientes, no le permitían clausurarla enteramente.

. . . Ahora está en el noviciado, continuó, su sobrina, Perpetua Gandarillas, que tu tanto conoces.

Quería también Sor Escolástica saber la opinión de Justina, por temor de que cayera al claustro, una de esas almas complicadas —peste de los conventos en su limitación.

Esponjóse moralmente Justina por la importancia atribuída a su juicio, en punto tan esencial . . . ¡la vocación de un alma!

—Agradezco su confianza, Sor Escolástica y contestaré sus preguntas con mi habitual llaneza . . . Clara no era en el Siglo de esas almas escogidas que Dios marca para sí destinando a su gloria . . . La cara preciosa que le puso, —es signo de perdición en todas partes,— está hecha para el mundo . . .

Respiró hondo . . . La misma vocación le llegó por senda atravesada . . . ¡Sabe Dios si por despecho! Su novio la dejó plantada para casarse con niña de posición más alta y opulenta, sin ser donosa, por supuesto . . . Esas caras, como la de Clara, hacen el agosto del demonio, no son para sitios en que sólo vale la virtud . . . Los apellidos gringos han traído esos tipos desteñidos, que gustan a los hombres.

—¿La conociste bien, Justina? —insistía la monja.

—Como mis manos, Madre Escolástica. Iba todas las mañanas a los Jesuítas . . . aunque era confesada del Domi-

nico Aracena... Para mí, la única dirección espiritual segura, es la de San Ignacio. Ni confianza plena en su salvación, puede tener un alma dirigida en otras Ordenes religiosas.

Admiraba Sor Escolástica la estrictez del juicio de Justina, y sólo en honra a la santidad que se le atribuía, ella tan llana en sus relaciones con el Señor, mantenida casi de igual, como de esposa a esposo, respetaba en su amiga del mundo, esa enorme dificultad para acercarse a los Sacramentos, por excesivos escrúpulos de conciencia. Nadie había visto nunca comulgar a Justina.

Al ser interrogada, respondía: —¡Secretos del alma con su Dios! pero pasaba diariamente largas horas pegada a la ventanilla del confesionario de un Padre muy místico, al decir poblano.

...También, Madre, observé a Clara confesarse en la Recoleta. Se arrodillaba a penas y se levantaba de la tablilla, como un chiflón... No ha de conocer delicadezas de conciencia. Estas gentes de origen inglés, como que vienen de países herejes, no tienen la misma pureza de Nuestra Santa Religión.

Sor Escolástica, acumulaba datos para recapacitar a solas.

Sigamos con la sobrina. La chiquilla, Perpetua, también es algo rara, acentuó Justina. ¡Devota sí! ¡muy devota! Ni que menos, educada en casa Gandarillas, con recato conventual, y bajo la alta dirección de Eufrasia, mujer

tan capaz! Dicen que es un hombre en su aptitud para los negocios... La muchacha tiene como Clara sus resabios... Son de la misma sangre, y le ha sucedido igual que a la tía... Estaba enamorada del hijo de don Juan Irisarri y el pretendiente, pues no alcanzó a novio, la plantó, yéndose a Europa.

Para mí, Sor Escolástica que esas no son vocaciones de verdad, sino de contrariedades y chascos. Buscan a Dios en suplencia del novio escapado. Mientras que sus tías Gandarillas así tan pudientes y hermosas, no quisieron nunca casarse, y aún cuentan del rechazo rotundo, que Eufrasia dió al gran partido que se le presentó, en don Francisco Huidobro, que de puro pesar se ha quedado solterón.

—El Noviciado dirá, continuó Sor Escolástica, algo perpleja, sobre las condiciones que traería la postulanta. Ella no tenía voz ni voto, para la aceptación de novicias, pues la Prelada decidía esas cuestiones.

—¿Verdad que es muy hermosa Perpetua?

—No tan perfecta de cara como Rita, que parece imágen de cera, pero más gustadora. Fué muy "*celebrada*" en el mundo, tuvo muchos pretendientes, pero parece que se encaprichó con Irisarri.

Siempre que practique bien la Regla, pensó la Monja ¿qué importa la cara fea o bonita...? No hay espejos en Capuchinas y nadie le mirará más que el rostro del alma, —único que no divisará jamás para bien de la novicia, la ordenada y puntualísima Sor Escolástica...

—Perpetua gustó mucho a los hombres, los embelesaba, continuó Justina. La hallaron graciosa, ocurrente y con muchos recovecos.

Cuentan que Juan Irisarri decía que era... no recuerdo bien... una palabra rara... Ensayó Justina de repetir ¡Si-bi... Sibilina!

Hasta temió que fuese un vocablo inmoral; profano en todo caso. He respondido a sus preguntas porque sé el delicado uso que hará de mis opiniones, y la necesidad de que se informe, para probar en la novicia la voluntad de Dios y si conviene a su gloria, que sea religiosa Capuchina.

La compostura que guardaba Justina de palabra y obra, dabánle ante la religiosa, prestigio de Monja laica.

—¡Qué modelo de religiosa hubieras hecho tú, si el Señor te concediera salud! Ese orden y exactitud que pones hasta en el bullicio del mundo, es la virtud por excelencia de los monasterios.

Suspiró Justina:

—El Señor no me halló digna de favor tan señalado dejándome en el torbellino del Siglo. Es el mayor tormento de mi alma que sólo respira en el sosiego de la contemplación.

—¡Paciencia, hija, que mucho se necesita en el mundo de almas como la tuya, toda de Dios!...

La fealdad de Justina debía ser también, en el sentir de Sor Escolástica, signo de predilección divina, pues con sus ojos saltados y su boca de sapo, no debió prender deseo ni en la más desatada concupiscencia de varón.

CAPITULO II

El día 5 de agosto, fiesta de Nuestra Señora de las Nieves, Perpetua tomó el velo en el convento de Capuchinas . . .

Frío intenso. Ciudad cristalizada por el hielo. Hálito de pureza en el aire.

Al llamado de coro en la medianoche, las religiosas fueron sorprendidas por el brillo estelar. El cielo describía en esplendor, sus parábolas de diamantes.

La novicia advirtió, que la bóveda celeste le hacía signos, asociándose en brillo a sus nupcias con el Señor.

A la mañana siguiente nevaba . . .

Un extraño resplandecimiento, cierta claridad inmóvil, con alucinante albura, sorprendió a la novicia en la aurora de su fiesta.

. . . ¡Intimo recogijo! ¡Feliz augurio! El Señor aceptaría sus votos y en prueba, el Divino Esposo engalanaba de armiño la ciudad dormida. La tranquilizó tan bella manifestación.

En los últimos días que precedieron a la fecha fijada, grandes dudas la asaltaron. Sintió angustia, pavor e inmensa desolación.

El confesor del convento sólo tenía una frase: "*Tentaciones del demonio!*" Todas las luces y hasta las leves claridades interiores que sostenían su voluntad, se apagaron en vísperas de pronunciar los primeros votos. ¡Densa tiniebla!

. . . Iba a presentarse al Altar, sonámbula. Las exhortaciones de Sor Clara, sonaban huecas en sus oídos. Nada repercutía en su alma. Soledad abismática, a donde no llega ningún ruido viviente . . . ¡honda tristeza de desamparo! . . .

. . . Y aquella mañana, el esplendor de un convento nuevo, transformado por bagueta de hada, borraba toda miseria y vestía en gloria los andrajos del pueblo . . . Todo le gritaba adentro, que era para ella la blancura esplendorosa del día nupcial.

. . . Sor Clara soñó que a la novicia se le llamaría Nieves . . . y la manifestación inusitada, imponía ahora el nombre soñado.

Al caer bajo tijera los lindos cabellos —las trenzas doradas— que ornaban en diadema la frente de Perpetua, se le llamó Sor María de las Nieves en Gloria . . .

Despojó su traje de satín blanco —última mortaja mundana, y de bruces en el suelo, la cubrieron con un paño negro. Estaba muerta para el mundo.

Tenían certidumbre en las órdenes monásticas, de que Dios escuchaba la plegaria, hecha en ese momento de renunciación suprema.

Perpetua no quería pedir nada al Señor. Dar, dar, dar con mística voluptuosidad, sin retribución alguna; pero en el momento que, cual símbolo de muerte, la cubrió negra y burda tela, Sor Nieves —resurreción de Perpetua— clamó . . . ¡Juan! . . .

Quedó espantada de su audacia, pero el grito vino de más hondo que su breve conciencia... Fué voz de eternidad que saltó por sobre el estrecho círculo de su persona reclamando un derecho suyo anterior, que no sancionaba la vida, ni obstruían juramentos posteriores...

Desde su entrada al claustro, la realidad espiritual se le avivó en la proporción misma en que se le desvanecía la ilusoria vida mundana. Recordaba las costumbres y existencia de afuera, cual comedia mal representada, por actores mediocres.

La ciudad estaba vacía para ella y el mundo desierto... Se activaba la vida de su alma a expensas de la otra vida que renunció. Mejor que antes juzgaba ahora de la devoción estrecha, reducida a fórmulas, practicada por sus tías.

La necesidad imperiosa de comunión más honda con el Espíritu, la arrastró al claustro, sentimiento que encubría otro interés oculto, silencioso, y abierto sólo del lado sobrenatural.

Desarrollábase sin intermediarios, por directa infusión de gracia, refiriendo sus visiones a Sor Clara a quien amaba como a madre de su espíritu.

—¡Brilló el sol y fué apoteosis!... Los calizos muros claustrales, aparecían amarillentos y sucios en la blancura triunfal de la nevazón... Toda miseria había desaparecido; manchas y grietas se ocultaban bajo el níveo manto de luz. Hasta el pozo trocó su brocal de piedra gris en alabas-

tro puro y su boca negra, reía desdentada en alba e inmaculada pureza!

La recién desposada entra en la celda de la Superiora. La manifestación del Señor, con el prodigio de este día, las ha maravillado a ambas. ¡Es la primera vez que Nieves ve la ciudad nevada y en qué ocasión!

Ella sabe que nada es casual.

Esa palabra no pertenece a su vocabulario. La inventaron los hombres ciegos, para disimular su ignorancia del plan divino.

Sor Clara cree como su sobrina, en una celestial complacencia... También ella vió nevar en su vida... el día de su gran dolor, asociando desde entonces la idea de "*nieve*", al sentimiento de tragedia muda... Ahora mira el glorioso espectáculo con ojos nuevos, ya abiertos a hondo símbolo espiritual...

Cae la nieve del cielo, leve y silenciosa revistiendo de pura belleza la tierra, cual toque de gracia divina que transforma el alma, por intenso frío —el dolor— vertiéndole también toda la claridad que traerán los nuevos meridianos que ya se incuban en los estanques del tiempo.

—Tu oblación ha sido aceptada díjole Sor Clara y en testimonio se viste de armiño la ciudad.

—He amado tanto la Cordillera, madre; me parecía reina con diadema de brillantes... Por eso llevo todos sus nombres *¡Soledad, Perpetua, Nieves!*

... Uno de mis mayores sacrificios al traspasar este um-

bral fué renunciar a la visión de los Andes. Estaba la alta montaña vinculada a toda mi vida, sirviéndome de comunicación...

Calló súbitamente.

—Ahora la ves en Espíritu, hija mía, la ves por dentro... Te revelará secretos nuevos y te ayudará mejor....

Suspiró la Madre al interrumpir la frase. —Durante el noviciado contemplaba la torre, besada de sol poniente, y la envidiaba porque veía la apoteosis crepuscular, que me estaba oculta.

A hora de recreación, se reunían las religiosas en una gran sala... pero en ese día de fiesta, la Superiora permitió que saliese la comunidad a contemplar la nieve...

—Vamos, Hermanas, a admirar la gloria del Señor, en este día... Se regocijaron cada una a su manera y salieron al patio nevado.

Los naranjitos enanos, oprimidos de carga, ostentaban manchas oscuras, abrillantadas por placas de nieve. Los cipreses ofrecían actitudes penitenciales, con sus cogollos inclinados y sombríos...

Sor Angeles pidió permiso para correr sobre la nieve y hacer bolas. La maestra de novicias asintió con un signo de cabeza.

Se lanzaron tras de ella Sor Brígida y Sor Coronada... Resonaban sus risas. Punzábales los pies el hielo, se les lle-

naron de nieve las sandalias y las manos se les entumecieron.

Disparábanse bolas a la cara y al busto, y con gran sorpresa, hallarónse con los hábitos sin mácula, después del bombardeo.

Sor Tránsito, a pesar de la contagiosa alegría de las jóvenes, estaba taciturna. La magia del día maravilloso no alumbraba la cripta en que se hundía su alma. . . . Contempla a las tres Hermanas que juegan en la nieve y admira, su animación, sin compartirla. El transporte espiritual de la superiora y la novicia, le parece raro. ¡Son exaltadas! . . . Ella supo de arrebatos allá en su juventud . . . pero la vida nunca correspondió a ellos, ni afirmó ninguna de sus ilusiones. El ambiente la heló y ahora se va secando lentamente . . .

Sor Clara dice a Sor Tránsito, allí mustia, junto a ellas: —¿No cree, hermana, que esta nevada es símbolo de la aceptación que el voto de Sor Nieves ha obtenido al otro lado?

—La naturaleza es espejo divino, y ofrece manifestaciones de belleza, para que las criaturas encontremos a través de ellas, respuesta, a nuestras interrogaciones, añadió Sor Nieves.

Sor Tránsito asentía débilmente, por no contradecir. Hallaba que tía y sobrina eran de la misma familia de alucinados . . .

Unióse Sor Pilar al grupo que formaban las tres reli-

giosas. Maravillada hablaba en palabras cortas... Lindo, precioso, encantador! Se le sentía alegre, de una alegría viva y serena, nutrida por fuente de certidumbre y de amor a que ningún descalabro humano tendría acceso...

Sor Purificación, llegada la última, por haber velado en la enfermería a una lega enferma, puso en colmo de jolgorio a Sor Angeles haciéndola blanco de sus disparos para emplear las bolas de nieve que tenía amasadas.

Sola de pie en el patio, Sor Encarnación, fulmina anatemas. No era edificante aquella disipación. El recogimiento se pierde... En vez de alabar a Dios en silencio, las hermanas enloquecen olvidando la compostura y el recato monjil.

Siempre fué contraria a expansión de alegría. Su enfermedad al hígado le mostraba todo negro. La corrupción del siglo, que desertó temprano, era tema de complacencia en sí misma, destacando sobre esa sombra los privilegios de su alma, exenta de contaminación.

...Entre las monjas, la Superiora tenía fama de santa, no obstante sus llanas exterioridades que no correspondían al concepto de perfección monjil, presentado en libros piadosos.

...No bajaba los ojos, no suspiraba, ni decía en lenguaje profético las frases atribuídas a los iluminados. Las modalidades exteriores que marcan a las almas, en vías extraordinarias, no aparecían en la Superiora. Clara es sobria y sencilla de palabras, alegre en el trato; ni habla en

términos monjiles, poniendo el sagrado nombre en cada frase... No ha sido tampoco perseguida por el demonio, ni le pasan cosas raras...

...Sin embargo, algunas monjas descubrieron que lo adivinaba todo leyendo los ocultos pensamientos de las otras hermanas sin darse mérito en ello.

—Es tan santa que ignora su santidad, solían decir las monjas entre ellas.

Esta voz cundió en el convento, apoderándose de los cerebros que por vaciedad, se plasman en el ambiente, pero les escandalizaba que no tuviera la disciplina en furor... Los ayunos no le producían mortificación, ni tampoco le pesaba el silencio, ni la regla. Esas monjas que sólo tenían conciencia de existir mientras podían hablar, consideraban gracia sobrenatural aquel silencio de la Superiora, en que se complacía como en elemento vital.

...La Madre no padecía tentaciones ni era tampoco atormentada. Eso las desorientaba, —perdiéndose en conjeturas. ¿Por qué el diablo no la disputaba a la gracia, que caía a raudales sobre ella? —¡Misterio, decía Sor Tránsito—. ¡Altos juicios de Dios! pontificada Sor Escolástica. Secreto de conciencia!, les decía el padre Director, para apaciguar su curiosidad, cuando se acusaban de los malos juicios, provocados por Madre Clara, en sus pequeñas conciencias modeladas en tipo único, de resignación a la tiniebla, en que estaban sumidas, a pocos grados de diferencia unas de otras.

Son almas de limbo, miedosas y pusilánimes, acogidas a la casa del Señor en fuga de imaginarias asechanzas... La falta de asunto afuera, las recluyó adentro, careciendo de desarrollo interior. Vegetaban en estado embrionario y aceptaban el misterio sin reparos, actuando como autómatas en la regla.

Por ignorancia de la vida, imaginaban supuestos peligros que no corrieron en el mundo y temblaban ante el temor de condenación eterna, a que no podían ni siquiera aspirar, por falta de causa adecuada a tanto daño.

La gran mortificación de la Superiora, era escucharles sus tonterías, al lisonjearse vanamente de pruebas y heroísmos, que sus débiles fuerzas no sospechaban...

En el convento había muchas criaturas necias, otras de solo buena voluntad, o bien náufragas de la vida que jugaban a la santidad, haciendo de Dios, de la virtud y de los términos místicos, sacados de libracos españoles, una jerga hueca que servía de honesto esparcimiento a su ociosidad incurable; —almas que la vida olvidaba acomodándose a los pobres medios hallados a su corto alcance.

Esas pequeñas almas oscuras permanecerían siempre en los peldaños del Santuario. Estaban de pie en la más exterior de las circunferencias del templo, y se creían adentro e iniciadas a los misterios...

...Las lleva ahora Sor Clara en paciencia y caridad —ovejitas ciegas y desvalidas del rebaño del Señor.

Ella sabe y calla... Forma con amor el alma de Nie-

ves... Sigue en complacencia a Pilar... Riega como a tiernas florecitas a Angeles, Purificación y Brígida. Estima a Sor Escolástica cual herramienta de modelación para las almas que ingresan al claustro. Deja rezongar y murmurar del mal a Sor Encarnación... ¡viento que ruge y no derriba nada!...

CAPITULO III

La vida parisiense envolvía, a Juan en su vorágine. Burlábase de sí mismo en su pequeño departamento de la rue Thérese, vecino a la Avenida de la Opera. ¡Cuán necio fué en exponerse a permanecer en ese país chato, de costumbres monacales, con gentes primitivas, de criterio falso, estrecho e hipócrita de la vida!

Envanecíase en su carácter fuerte. Pudo evadirse para tomar su camino de libertinaje, entre deliciosas mujeres, refinadamente *charmeuses*...

...¡Cuán desabrida hallaba ahora a Perpetua! Hacía injustas comparaciones para hundirla en el recuerdo... pero traidoramente, otra parte oscura de sí mismo, defendía su causa... No era hembra, sino mujer misteriosa en su alma, noble, suave y tan interesante en su dulce atracción. No se asemejaba a nadie... ¡Torturante, esquiva y caprichosa! murmuraba Juan en vigorosa afirma-

ción... —Atrayente, enigmática, infinita, respondía la voz desconocida.

Estos diálogos entre bandos opuestos de sí mismo, obsesionaban a Juan... Su clara razón, su conciencia cabal de hombre, condenaron a Perpetua en última instancia; pero esa parte oscura, —región de donde viene lo desconocido e inesperado, allí donde los fallos son inapelables, mantenía en su alma, el indestructible encanto, que a primera vista, en la luna de un espejo, le inspirara la niña...

Pasó el tiempo y aquella vida a que tornó Juan, empezaba a hastiarle... ¡Leve pero insistente mordedura! Cada mujer que conocía era menos nueva y cada placer menos intenso, ¡siempre lo mismo!

Vaciedad incesantemente repetida de cosas iguales, tipos idénticos y recursos de explotación siempre semejantes... Ansia de propina en los mozos, sed de dinero en las mujeres... Todo lo mismo que antes.

Agradable, hermosa, animada la vida de París; pero él era otro. ¡Ilusión desvanecida! Se mantenía en pie la costumbre por imposibilidad desesperante de iniciar nunca otra existencia.

—¡Soy un fracasado! —llegó a decirse con pavor una noche en que tenía el champaña triste... ¡Siempre lo mismo! Limitación espantosa del placer... ¡Ningún amigo! Todos "*copains*", camaradas de aventuras, compañeros de restaurant, ociosos, aburridos, groseros, sin ideales... Nin-

gún sentimiento brotaría nunca en esos desiertos de dorados espejismos! . . .

Ahora valorizaba muy alto lo que nunca aquilató de cerca, el mágico poder del Amor para embellecer la vida.

. . . Santiago, aquella ciudad horrible, chata y conventual, le fingió en sus rincones de rústico criollismo, un mundo de hadas que ahora en París le hacía hallarse humillado, nostálgico, solo y entristecido.

. . . Comparaba esa noche en su lecho, a la mujer que sostenía —Jeanne— con Perpetua . . . Comedia siempre mal representada . . . En el fondo, hastío y tedio disimulados. Irremediables miserias —enfermedad ya crónica, en que no duele nada, pero se siente todo malo!

Lo cercaba, en cambio, una presencia invisible . . . Sin estar en ninguna parte, la llevaba consigo, en el vacío de su vida cada vez más hueca y gris . . . Sentía murmurar a alguien suaves quejas, en sus horas de depresión moral . . . Voz insonora, repetida con insistencia.

—¿Te acuerdas? —Y se acordaba a pesar suyo, de haber descubierto una vida inmensa, abierta a todos los horizontes del Espíritu, en la cumbre de otra alma— cuyas caricias y promesas, tenían ternuras ignoradas de los brazos de las mujeres que lo rodeaban . . .

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

. . . Antes vivía en luz y ahora me apago en tinieblas, decíase acongojado . . . Antes esperaba, me sostenía una confianza grande . . . Ahora temo, me aburro . . . Sólo penas presiento más allá. Creo que tras el dolor no hay en el

mundo más que otro dolor siempre más grande. Se puso neurasténico, consultó médico y lo mandaron a Niza.

...El frío de París hacía estragos sobre nervios débiles... aseguraba el facultativo... El sol de Niza lo mejoró por breves días, aumentándole después el tedio a un grado desesperante.

Le hastió la gente vanidosa, la ciudad africana, los jardines artificiales y ese mar pintado que se muestra cuál estampa de afiche... Su tortura culminó en melancolía negra con odio a la humanidad y deseo de matarse, contenido, sin embargo, por el terror al hoyo negro.

. . . . . .

...Al mediodía siguiente, el síndico don Juan Irisarri, se paseaba en el locutorio. Fué llamado por Madre Priora, para avisarle el estrago hecho por la sorpresiva nevada, en uno de los viejos patiecillos del convento; parte la más antigua del monasterio colonial.

Precedía al pequeño cementerio, situado en las márgenes del río, un patiezuelo con noria abandonada al centro desde tiempo inmemorial, y cipreses meditabundos que le robaban luz, interceptando celosos el sol.

Los pilares de cedro, estaban torcidos y los ladrillos de pastelón cavaban hoyos que nadie llenaría nunca... Todo se declaraba en huelgo dentro del sórdido recinto húmedo y sombrío.

Los cuartuchos con ventanas enrejadas, —nidos de sabandijas en que arañas entretejían leves encajes— habían servido en el siglo XVIII para celdas de penitencia.

Los muros guardaban escrito, en caracteres de sangre, el drama de esas almas antiguas. Otro de esos cuartos, servía para colocar los cadáveres de las religiosas difuntas. Allí se les velaba antes de sepultarlas en el cementerio vecino, que comunicaba por un portón ya desvencijado . . .

Las aves de mal agüero anidaron en los cipreses centenarios, que levantando sus densas copas por sobre tanta miseria, murmuraban siniestras consejas al viento de la tarde . . .

. . . Existía, a sotto voce, una tradición de las monjas viejas a las jóvenes, sobre el patio de las Animas . . . Susurrábase que el abandono de la noria, se debía a que en su fondo helado, emergió cierta tarde la cabeza de un muerto . . . Se sacó un cadáver en estado de completa descomposición. Era un hombre joven. Nunca se supo cómo penetró al convento, para suicidarse en la noria . . .

Desde entonces, no se velaron ya más las difuntas religiosas en sitio de tan macabra aparición. Las esposas del Señor, rígidas, ante seis cirios trémulos, no estarían ya en sagrado sitio, dentro del recinto, donde pereciera un réprobo . . . Quedó el patio, hasta entonces llamado de los cipreses, cual lugar de expiación.

. . . Iban las monjas a hacer penitencia. Se azotaban ahí sin que nadie escuchara sus gemidos . . . Sólo el muro guar-

da escrito en cal blanca, el poema de anónimo martirio, con que las almas pedían al Señor, misericordia por los pecadores...

...Pero una tarde en que la anciana Sor Ascensión, entró al patio de los cipreses a despedazar sus carnes, ya maceradas por larga vida de suplicios, encontró, con grande espanto y contentamiento, una criatura recién nacida, envuelta en viejos andrajos de hábitos franciscanos.

...Fué consternada a dar aviso. Un inocente, gritaba, ha caído en el patio de los cipreses! Su anuncio fué ahogado por la Priora...

Sor Ascensión no supo más... ni las religiosas tampoco... pero la tradición del hallazgo fué convertida en leyenda y pasó a milagro del Niño Dios, que de ese modo, pedía ser adorado por sus esposas, en forma de niño. Traspasó este relato, de siglo en siglo y despojado de malos pensamientos, perfumó de milagro las almas.

La devoción al Niño Dios, Patrono de Capuchinas, arrancaba de ese hecho. Jesús deseaba entrar por inocencia en las almas... También allí había nacido en duro suelo y pobres harapos. El patio de los cipreses se convirtió en patio de Animas, primero, y de la Aparición, después.

Era prohibido entrar, y aquella noche del 4 al 5 de agosto, la gran nevada que cayó sobre la ciudad, hundió el legendario patio para siempre. Sucumbió bajo la pesada carga con que lo oprimiera el tenue elemento de purificación y de silencio. La nieve había sepultado sus secretos de vida y

muerte, borrando sus sangrientos jeroglíficos, que nadie más leería ya nunca, en los blancos muros calizos.

¡Sólo los cipreses resistieron la avalancha y sobre la ruina en que se borraba la topografía del terreno, se alzaron los dos enormes y oscuros fantasmas añosos, recortando al sol, sus siluetas espesas, engalanados como árboles de navidad, en girones resplandecientes de nieve!

. . . . . .

El síndico continúa paseándose en el locutorio. . . Suenan cadenas, crujen tabiques de madera y se transparenta la reja, tras la cual se corta en cuadrados negros, el rostro de Sor Clara.

Don Juan Irisarri es un magnífico tipo varonil, que acusa mezcla de cepa castellana con sangre sajona clara y más nueva. Encarna el concepto del caballero a la antigua usanza. Ha envejecido sin perder las líneas de su noble figura, aunando el hidalgo castellano al "gentleman" modernizado.

Sigue por tradición familiar en el cargo de Síndico del convento. Antes era reiterado fastidio tratar con la anciana religiosa que chocheaba, confitando frases en el Sagrado Nombre. De su boca no se evadían más que sandeces pero desde que fué Priora Sor Pilar y ahora Clara, don Juan tiene agrado, en cada ocasión, de tratar con esta alma exquisita, fresca de expresión, viva en esencia anímica y prismática en sus aspectos. . .

Fué grata sorpresa hallar este espíritu original, dentro de aquel convento de mujeres-momias, y aun dentro de aquella ciudad de mujeres gregarias.

Apegada en religión a la Regla, Sor Clara es libre en su alma, exenta de casilleros divisorios. Tiene alas y las paredes sólo aprisionan su cuerpo.

Aunque entrara al convento por desengaño amoroso su misticismo, oscuro al principio, se iluminó en dolor y despreció el mundo, que juzgó a través de su pesar.

. . Miguel Irisarri, su novio, y hermano menor del Síndico, murió temprano, después de hacer desgraciada a su familia.

Comunicóse a Sor Clara, el amor divino en desprecio de la vida que le fué cruel.

El Síndico se aficionó al trato de la religiosa. Su alma encastillada comenzó a mirar hacia afuera y no hallando enemigos, se aventuró a descolgar el puente levadizo, que nunca tendiera a criatura alguna. Con su propio hijo, sus relaciones eran de etiqueta. La conversación fué para don Juan "Cliché" inamovible como un rito, que no debía traslucir el secreto del alma. . . Un muro secular dividía para sí, lo que somos de verdad y lo que debemos ser. . . La palabra, según él, le pertenece al hombre, sólo para afirmar esa segunda personalidad que estamos obligados a crear o a representar en sociedad.

Nunca había hablado con nadie. La religiosa le ofreció en palabras verdaderas, el espejo en que se miran los seres

vivos... Don Juan lo cogió agradecido encontrando mil semblanzas de humanidad inadvertidas, entre esa mujer y su alma desterrada, muda y solitaria.

Ir al convento, llegó a ser en la monotonía ciudadana y en la paralización de las almas, su único solaz y alimento espiritual.

—¡La nieve ha hundido el patio de las Animas! —dijo la Priora al Síndico, tras la reja, después de la frase ritual: *¡Dios sea bendito!* a que don Juan respondiera: —¡Por los siglos de los siglos!...

—¿Con qué tenemos a las ánimas sepultadas bajo la nieves? —se sonrió el caballero.

...Precisaba que el Síndico viera el desastre. Produjose inusitado movimiento en abrir puertas y pasar al lugar del siniestro.

Nieves vino para conducir a don Juan. Llevaba las llaves y precedía la marcha. Esbelta y delgada, aparecía extremadamente joven, bajo el hábito.

Sor Clara dijo: —Fué tan hermoso el día de ayer, fiesta de la hermana y tanta la gloria con que la celebró el Señor, que damos este accidente por rescate...

—Reciba, Hermana, mis felicitaciones!... dijo galante el anciano a la joven.

Sor Nieves tornó al Síndico su rostro de aparición y abrióle su sonrisa —luz y calor de sol en su alma yerta, refiriéndole entonces el sueño de la Madre. Con ese mo-

tivo le dieron el nombre de "*Nieves*" que impuso el fenómeno de la mañana. Hablaba sencillamente con voz cálida y redonda, mientras los ojos descubrían prespectivas de mística ensoñación, humanizada de piadosa ternura.

. . . Si la tía fué sorpresa para el Síndico, la sobrina le pareció criatura de milagro. La observó con amarga complacencia, recordando que esa niña, hubiera salvado a su hijo de la perdición.

Atravesaron los claustros hasta la portezuela, cuya llave enmohecida, rehusaba girar bajo los dedos de la religiosa.

Al abrirse, se presentó ante ellos, un montículo cuadrado de nieve, formado por los corredores hundidos. Sobre la albura radiante, inmensos y tétricos se erguían los cipreses taciturnos. Pedazos de hielo se desprendían en girones gloriosos, de la masa compacta que los cubriera la noche antes, cual pirámides de mármol.

Sor Nieves soltaba su fresca risa de surtidor. Parecíale que la cordillera misma, había descendido al convento para celebrar su fiesta, en premio de haber renunciado a su magnífica visión.

—Como no podía ver la nieve, dijo sonriente, ha bajado a buscarme. . .

Don Juan refirió que su fundo de Peñalolén, situado a media falda de cordillera, visto esa mañana desde la ciudad, era un paisaje polar. . .

—¿Y no va usted a solazarse en ese sitio? —preguntó la priora.

—No voy nunca.

—La naturaleza no envejece, consuela nuestras penas y transmite alegría... dijo Nieves.

—¡Y sin embargo, usted Hermana, la renunció!

—Para que viniese a buscarme, como ayer... El Señor devuelve todo lo que le entregamos embellecido...

—Y sus ojos de vidente confirmaron en celestial destello, su certidumbre...

Contemplaban la ruina... el patiecillo que fué... sus secretos ya enmudecidos, ante la nieve discreta que todo lo cubre en gloria, cayendo en leve silencio. Misterioso elemento de pureza y esplendor!

Las tres personas callaban también. La tradición y la leyenda permanecían sepultadas bajo el blanco y radiante sudario, en que reía impávido un sol dorado...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Por distanciamiento material y en igual proporción espiritual, se había acercado Nieves a Juan, desde su entrada al convento. Las separaciones acortan distancias entre las almas.

Nieves lo comprobaba sin extrañeza, sabiendo por íntima revelación —desde allí, donde todo se sabe sin razones,— que estar lejos, equivale a interiorizarse en el ausen-

te y que renunciar a un bien es conquistarlo para siempre espiritualmente.

El recogimiento de la vida monástica, enseñóle a manejar ese oculto tesoro de sabiduría, de que antes tuviera leves indicios. Contaba con secreta reserva de fuerza y de luz, venida de la región oscura en momento oportuno.

Cerradas las comunicaciones exteriores, su alma se había abierto y dilatado por dentro, acrecentándose también su potencia de sensibilidad psíquica.

El nuevo mundo que de una parte, le abría la mística por ejercicio de oración y el inexplorado horizonte que de otro lado le descubriera el sueño, fueron las alas que pasearon a Sor Nieves por el plano oculto, allí donde las otras religiosas golpeaban en vano la puerta cerrada . . .

. . . Oraba por Juan . . . Traíalo en sus fervientes comuniones a los pies del Divino Maestro, para que se apiadase de su alma, calmándole ese ardor, que no aliviaría mujer alguna, sino el agua del bíblico pozo, que salta hasta la vida eterna . . .

Su fervorosa plegaria daba a la monja, sensación casi física de una dilatación de su energía viviente, compenetrando al joven.

Soñaba con Juan casi todos las noches, siendo el sueño lugar de cita con el disipado muchacho . . . Al tenderse en su burdo lecho monjil, Sor Nieves entraba en la barquichuela —esquife de su nocturno viaje hacia él . . . Tirábala el sueño en desconocida ribera, desertando su mezqui-

na realidad conventual, la celda blanca, desnuda y fría, la tarima de madera, la payasa dura y el áspero sayal... Entraba en confortable estancia muelle y lujosa... Juan reposaba en su lecho y en la alcoba contigua se vestía una joven. Sin afeites, a esa hora matinal, era ruina aquella criatura, enflaquecida, mustia y ojerosa —bestia maltratada por esclavitud de la vida oprobiosa en que se vende placer a trueque de pan...

Así mismo Juan se presentaba, a Nieves con ojos apagados, mirada torva, laxos los labios finos, caídos los bigotes, arremolinado el cabello... ¡Náufrago de la vida sibarita y opulenta!

Por dentro era su alma desierto de infinita desolación... ¡Un muerto y ella un autómata!...

En el vacío de aquella estancia mullida por tapices, cojines y pieles, entre biombos, "bibelots", cuadros, marfiles y japonerías, perdiánse lánguidos los ojos de Juan. Su alma se podría en molicie. El confort y el lujo de la estancia realzaban el tedio del muchacho, siendo prisionero de hastío! Nieves palpaba la miseria de su alma solitaria y displicente.

Las visiones del sueño se le continuaban a la religiosa aun despierta, en el coro durante el rezo y canto de sus horas litúrgicas, mostrándole el anverso y reverso del personaje céntrico que era Juan. Invertíansele valores, pues la realidad del anverso, en este caso sería el rostro animado con alegría enfermiza de exaltación nerviosa, que no correspon-

día al abatimiento del reverso —el alma paralizada interiormente, por depresión de desconsolada amargura.

Estas visiones, que al principio fueron resbaladizas, fundiéndose una en otra, se fijaban ahora con extraña nitidez plástica.

Eran variadísimas... Veía a Juan en el teatro, en el café, en los museos, moviéndose dentro de escenas reales.

Sus horas de reposo, sobre la tarima durísima en que dormía, fueron para Nieves, horas de viaje en país desconocido, con espectáculos cambiantes.

... Juan servía de centro, no ya visto en uniformidad exterior, sino en el tumulto, contradicción y tormento de su vida secreta... Caminaba, a los ojos de Nieves, sobre un plano inclinado, hundiéndose en la espesura material, ahogado de tedio y congoja...

Y era menester ¡ella lo sentía! que descendiese más y cayese al abismo... Las imaginaciones vivas que la religiosa sacaba del sueño, hacían del silencio y soledad monástica, pantalla de proyecciones clarísimas, en movimiento continuo, esfumadas de súbito y antojadizamente reaparecidas...

Nunca estuvo en la ciudad tan cerca de Juan... El esperado prodigio de vida espiritual, que la atrajera al claustro, se realizaba más allá de la promesa formulada quedamente en su alma, para incitarla a renunciación y fuga del mundo.

Comunicó a la Priora sus visiones y ella no encontró re-

paro que hacer. —¿Acaso las otras religiosas vivían también esa prodigiosa vida del sueño, continuada en vigilia?

Sor Clara atribuía esta gracia, a premio de sufrimiento amoroso y de renunciación... Ella nunca encontró a Miguel en las sombras, donde tuerce para siempre el camino... La vida religiosa hízole en cambio, penetrar las almas, viéndolas por dentro, vacías algunas, agitadas otras, torturadas muy pocas y devoradas por rutina las más. Indujo que esas almas serían tierras de reserva, desprovistas de simiente, que para el porvenir, prepara el Señor en sus altos designios...

. . . . . .

A las visiones inocentes siguieron luego en Sor Nieves, otras visiones que la espantaron... Juan se le presentaba repugnante, endurecido, egoísta y lujurioso... Hasta vió un cuadro de alcoba. Apartó sus ojos con horror... Apretaba los párpados y tenía la visión por dentro... fija, inmóvil espeluznante!

La traspasaban ondas cadentes de lujuria, quemándole la entraña... Juan la cogía furioso, mirándola con ojos de sátiro, punzantes y sucios!...

...Cierta delicia cruel se le infiltraba en las venas... Desesperada, sin poder evadirse de la visión, ni menos de la sensación, Nieves se enterró las uñas en las carnes y se mor-

dió los labios. Quería sufrir dolor físico para escapar a la garra infernal...

...La tenaz obsesión llegó a punto, de lamerle todo el cuerpo, por dentro y fuera, una llama viva y devorante...

Sor Clara se alarmó. —Ten la certidumbre, díjole, de que tu voluntad se mantiene en recia tensión de rechazo... La durísima prueba, se continuaba en tal intensidad que Nieves se consumía...

—Es el purgatorio, afirmaba la Priora, de donde saldrás iluminada para siempre...

—Me faltan fuerzas, no puedo más, respondía Nieves gimiendo. Creo que el pecado entró en mí y que cien bocas de serpientes venenosas me despedazan.

—Es la elaboración de una gracia singular que te prepara el Señor, aseguraba Sor Clara con firme convicción.

Pasaban los días, seguía la crisis y Nieves estaba cada vez más exhausta, quemándose en fuego de concupiscencia...

La priora le prescribió mortificaciones extraordinarias que no imponía la Regla, aunque las reglamentarias en Capuchinas eran más rigurosas que en convento alguno... Apretó el cilicio y el ardor sensual, cundió en el mismo grado del tormento...

...Ya desesperada, creyó entregarse. Se cortó su voluntad —huincha demasiado tensa que se rompe.

Echada a los pies de Sor Clara, lloraba: —Me ha vencido el mal, madre mía... Estoy perdida... Ya no puedo

comulgar y era mi único refugio... ¡Me hallo condenada!...

La Superiora se desconcierta. Ella había sufrido espantosas oscuridades, abandonos y desolaciones... pero nunca ardió en esas llamas voraces, que han consumido a la pobre niña...

...Nieves estaba al centro de un círculo de fuego, cuyas lenguas la lamían hasta los huesos. Tenía convulsiones y sollozos de niño enfermo. Horrible era el estrago de la fisonomía. Las Hermanas la observaban con creciente espanto... creyéndola endemoniada!

El confesor del convento pretende confortarla, incitándola a renunciar para siempre al recuerdo de aquel hombre —que por algo la Divina Providencia quitara de su camino...

La dañina atracción de Juan, los aspectos lúbricos en que se le presenta, lo convierten ante Nieves, en el pecado mismo... Y de ser su recuerdo el jardín secreto de su alma, se le trueca en infierno, del que huye espantada.

Suprimido el pasado —¡luz de vida!— se desvanece también la magia en que se incubara su vida mística.

Nieves se halló sola en su celda blanca, tirada sobre cruel realidad. Todo fué ilusión, sueño, mentira...

Encontró en su juventud un hombre corrompido y egoísta... El amor era una quimera, el mundo un desierto y el claustro, un cementerio!...

. . . ¡Nada y siempre Nada! Tras un dolor pequeño se esconde otro mayor. Dolor siempre y más dolor. Muerte y olvido. . . Existir y padecer. Vida y tristeza. Caminar sin objeto, sufrir sin esperanza, amar sin ser amada. . .

. . . La tentación material había soltado a la criatura, pero estaba exhausta. No creía ni esperaba nada. . . Continuaría vegetando entre esas almas dormidas —sus Hermanas de Comunidad— en el insoportable hastío de repetir los mismos actos, al llamado de la misma campana, hasta que se durmiera en el gran desconocido.

Las monjas rezongarían sus latinazgos en torno de su cadáver arrojándolo al hoyo negro, junto al río murmurante que corre al océano. ¡Nada más! La campana habría de seguir tocando las horas de oficios a otras almas, que penarían en el mismo limbo, ante los Andes impasibles, en la ciudad triste, dormida al fin del mundo civilizado. . .

. . . Juan fué la maldecida creación de su ilusionada juventud: monstruo y verdugo. . . ¡Lo odiaba!

Ella no había pedido a Dios la vida; su conciencia no la acusaba de pecado. . . ¿Por qué cargaron sobre ella la cruz de la humana existencia, en el más triste rincón del planeta, entre criaturas extrañas, que no hablaban su lengua y entre quienes su alma era huérfana o enemiga? . . . ¿Por qué?

CAPITULO IV

Hastiado de Niza y Montecarlo —feria de vanidades, reunión de ociosos,— Juan regresó a París.

Entró al *Grand Hôtel,* boulevard des Capucines donde siempre fué un número y luego descontento, bajó a un hotelito pequeño en rue Lafitte.

Era un viejo local del antiguo París. Abría la ventana de su alcoba en tercer piso sobre un patio sucio, en que el leve rayo de sol, filtrábase cual peregrino fugaz, para alumbrar miserias.

En aquel rincón ignorado, nadie sabría de él... Necesitaba soledad. Tenía el ánimo malo. Nada lo atraía. Sus conocidos no le molestarían, pues esperaban que regresase del Mediodía, pasado el invierno.

No se levantó al día siguiente —gran ventaja sobre la incomodidad de su departamento anterior, en que sólo podía tomar desayuno en el lecho, llevado por la portera.

Ser desconocido, no estar expuesto a importunos, hundirse en aquella tristeza vil, fué al principio, voluptuosidad de rencor satisfecho contra "*Alguien*", que lo condenó a miseria. Deseaba que lo hallasen muerto en su lecho y lo trasladaran a la Morgue, en venganza a la gran culpable de su perdición.

... Eran los días más crudos del invierno... El sol esquivo, no rompía, brecha alguna en la espesa atmósfera ce-

nicienta. Neblina, lluvia y tempestades... Depresión, tristeza, y desaliento... Sus energías menguaban y se halló invadido en sus miembros, de un debilitamiento que anulaba insensiblemente su voluntad, hasta convertirse en letargo crónico.

...Sin afectos, amigos, ni conocidos, se hallaba en su alma solitaria, como isla desierta en el océano...

Sus recuerdos lo emponzoñaban. Esperanza no tenía ninguna. Las creencias que le endosaron en el Seminario, se habían desgarrado y a los girones guardados en su actual desnudez, se aferraba en el naufragio...

...Promediaba diciembre y recordaba los "*Nacimientos*" que se hacían al Niño Dios por esa época de Adviento, en el país remoto... Eran ingenuos esos Pesebres humildes, pero alegres, y embellecidos por flores, frutas y juguetes, en tardes largas de opulento estío.

Acá, en la vieja Europa, celebrábase Pascua en hogareña intimidad. Recluía el frío en estancias tibias al calor de la chimenea familiar... Y para él, que carecía de "*hogar*" la Navidad se transformaba en nostalgia de amores íntimos sintiéndose forastero y solo en el mundo.

De su padre, se hallaba, cada vez más lejos. Don Juan era ya anciano y su pequeña vida de aldea le bastaba. Nunca necesitó de cariño, amistad ni ternura.

Se había acorazado en su hidalguía contra humana mordedura. Durante el tiempo que padre e hijo permanecieron juntos, hablaron sólo de exterioridades... Era además un

hombre de antigua cepa, sano y sobrio, sin la enfermiza sensibilidad de Juan. Recibió y transmitió su credo intacto sin padecer de inquietud religiosa, ni de sentimentalismo... Hubiérase avergonzado Juan de mostrar las llagas de su sensibilidad al padre, pues se subentendía en el concepto de "*varón*" y "*caballero*", la fuerza que justifica la soberanía...

Pasaron los días, todos iguales para el enfermo... Sólo entraba a su cuarto, el mozo, ceñido de viejo frac, doblándose en automáticas genuflexiones... —"*¿Monsieur va mieux? Le beau temps le remettra...*" Frases incoloras en que el sirviente funcionaba con precisión de máquina en su oficio. Los pasajeros dejaban de ser hombres, en el concepto doméstico, para convertirse en clientes de largas o cortas propinas... Juan lívido, sentía odio a aquel idiota que nunca tuvo un gesto humano de compasión para él.

Vino el último día del año... y los fantasmas del pasado —sus recuerdos— lo embargaron, al marcar las once los punteros de un reloj de bronce estilo imperio, que escanciaba los segundos con imperturbable majadería sobre la chimenea. Lentos se arrastraron esos últimos minutos del año que se iba... Hasta su cuarto, sobre el patio, no llegaban ruidos callejeros...

...Alzáronse en muda protesta las viejas promesas no cumplidas y el porvenir también se irguió en el leproso

muro gris que era el paredón del frente, levemente destacado en amarillenta claridad de gas.

. . . Para observar el puntero que iba a dar la media noche, encendió vela. . . El reloj desgranó impasible sus doce notas. Creyó sentir ruido y apagó la luz. . . Miró aún encandilado y vió en la oscuridad que una religiosa con hábito café, le daba honda mirada compasiva. . .

. . . La visión se evaporó y Juan tuvo miedo de estar alucinado. Quizás tenía fiebre. ¡Me he vuelto visionario! pensó angustiado.

Luego, se atenuó su amargura. . . Abandonado allí en su lecho de hotel, se dió el goce de creer que sus penas no caerían en vacío. . . Serían tormento remordido para "*alguien*" . . . compensando así su dolor. Tuvo clara conciencia de que en la región oculta no estaba solo. . . había un testigo de su padecimiento. Bastaba esa sola criatura. Y en ella residía la voluptuosidad de padecer. . .

. . . . . .

Alzábase Sor Nieves en su celda blanca y desnuda, a la primera campanada que llamaba las religiosas a coro, interrumpiendo bruscamente su breve sueño.

Iba con ese desaliento que ya no la abandonaría nunca, cuando recordó que un año nuevo comenzaba. . . Nuevo, ¡qué ironía! los suyos serán siempre viejos, iguales y vacíos. Desde la última crisis, quedaron devastados de recuer-

do y esperanza. ¡No traerían nunca nada! . . . Su tristeza era incurable, puesto que ningún suceso vendría ya jamás a remover los hechos consumados. Estaba sumergida en negra y eterna noche.

¡Un año que muere y otro que nace! ¡Siempre igual!

. . . Hasta su fe naufragó en la tormenta. Las luces interiores se apagaron. Nada de lo que creyó, era verdad. ¡Ilusión, fantasía, mentira y soledad! . . . La juventud pinta espejismos que el tiempo borra . . .

La palabra de Sor Clara, tan convincente antes, se tornó vana en los días de prueba . . . Nada ni nadie vendría en su auxilio. El convento le era odioso y las monjas, de una pesadez y majadería insoportables.

Hasta llegó a suspirar por el mundo que dejara. Ahora, desde la clausura, lo hallaba agradable, con perspectivas variadas, y sobre todo, abierto a la esperanza, ante posibilidades de cambio . . .

Vióse retrospectivamente desdoblada, ante el espejo de su ropero de niña, frente a la reja de su propia ventana. Contemplóse tan linda como fué y ya no sería más.

Desde entonces, cual indiscreto símbolo, su espejo frente a la ventana, le reflejaba su figura entre rejas y a Juan también lo veía al pasar, entre barrotes negros. En ese aspecto habíase mostrado el porvenir que la aguardaba . . . ¿Por qué, siendo tan bonita, se retiró al claustro en plena juventud? —se lo pregunta ahora con asombro . . . Ya no

tengo espejo en qué mirarme... ¡Más vale así! ¡Debo estar marchita!

Suspiró por ese mundo que abandonara... allí por lo menos, veía la Cordillera... ¡aquí sólo rejas y muros! Tedio y esterilidad en vida y muerte por único horizonte.

Si me hubiese quedado afuera, estaría nuevamente enamorada, ilusionada al menos de mentiras... ¡aquí muerta viva! La peor de las muertes.

A veces deseaba fugarse, arrancándose del encierro. Esa tarde en el recreo, fué al huerto... ¡Ultimo día del año! Miró el agua del pequeño arroyo que corría hacia la ciudad... "Hermana agua, díjole, vas a la vida... perderás tu cristal, pero no te corromperás estancada... Te golpearán, te quebrarán hasta en chispas, servirás en malos usos, pero correrás libre hasta el mar... y yo aquí encerrada!... La libertad llegó a obsesionarla...

. . . . . .

Estaban en la Capilla cuando sonó como siempre la hora del reloj. Su mecanismo ya tenía pacto con la eternidad... ¡Sonó igual a siempre... y era el primer día del año!...

Murmuraban las Hermanas sus latinazgos, con voces nasales y tristes, cuando desapareció ante Sor Nieves la penumbra que daban en el coro los trémulos cirios. Todo se borró y surgió una triste alcoba con muebles antiguos y

en el lecho un hombre enfermo, con expresión de infinita miseria en el rostro macilento... No lo reconoció siquiera... El estado de esa alma debía corresponder con el suyo... Era el espejo, en que leía su propia desventura: ¡Equivocado de camino, sin duda, como ella misma! Cayó desmayada y no supo más.

...Horas después estaba en la enfermería y frente a ella, suspendido del muro blanco, la miraba un gran Cristo crucificado... Lo contempló fijamente, sin saber dónde se hallaba y sin recordar nada... El Señor agonizante se reanimó y dijo al corazón de Nieves... "En mí lo hallaréis todo... pero por mí habéis de renunciarlo todo".

Se le clavaron estas palabras en el alma, como si las hubiera escuchado en otro mundo. Al reintegrarse Nieves a su cabal conciencia, la frase estaba esculpida a fuego en su memoria... ¿Dónde la escuchó? Lo ignoraba. Alguien se la había murmurado en el sueño... y de sus signos ahora indelebles, como una sentencia lapidaria, se exhalaba una gran dulzura...

Vino Madre Clara y contó a Nieves que esa noche en la capilla había sufrido un síncope... No se acordaba de nada. Le ordenó permanecer en el lecho, por su estado de debilitamiento.

Al día siguiente se levantó y al encontrarse con el gran Cristo crucificado del pasillo en que se enfilaban las celdas... le pareció que sus labios exánimes, le vertían la

misma frase, inundándola en cierta voluptuosidad de sacrificio: —"*Renuncia a todo, y lo hallarás todo en Mí*".

Esa tarde vino el Obispo en calidad de confesor extraordinario al convento de Capuchinas. Sor Clara lo había llamado pues estaba alarmada por la decadencia continua de Sor Nieves . . Su experiencia en estados místicos de almas en vías extraordinarias, le había enseñado que las más agudas crisis, no dejan huellas físicas.

Se sufre horriblemente en los trances, como si el alma fuera a pasar al otro lado y después la criatura se reanima sin convalescencia.

Ménguase en un instante, agúzanse los rasgos, el rostro deviene cadavérico, la carne se consume y un momento después, la persona vuelve a su normalidad, sin restarle traza.

Distinto era el caso de Nieves. Estaba consumida, y secas en su alma las fuentes vitales.

Había agotado la priora todos sus recursos y la religiosa no reaccionaba. Iba a peor; ya ninguna exhortación hallaba eco en ella.

. . El Obispo conocía a Nieves desde pequeñita. Era, además, en la alta acepción del concepto, un místico. Aristócrata de alma y sangre, aportó a su estado eclesiástico, la evolución espiritual que requiere el alto magisterio sacerdotal. Tan escrupuloso era en el cumplimiento de leyes

canónicas y exterioridades litúrgicas, como libre en su alma.

El Obispo conocía las distintas rutas por donde el Señor conduce a sus criaturas y no ignoraba que para las almas superiores, precisa crear sendas nuevas... También sabía de experiencia, que los espíritus de selección y ya provistos de alas no temen los escollos de almas principiantes, que ensayan sus primeros pasos.

Su intuición le enseñaba que a la calidad del alma se confiere el "*derecho*" y que a la potencia otorgada, corresponde también el deber de realización. El Obispo no tenía acopio de recetas hechas, para las enfermedades psíquicas... Consideraba único cada caso y daba receta también única en su farmacopea mística.

Sor Clara le refirió detalladamente el "*mal*" de Sor Nieves... Tenía ella misma un grave escrúpulo, que la enfermedad de la religiosa agravaba...

—Guiada, Padre, por mi propia experiencia, yo la induje a ahogar su amor y la atraje al claustro...

—Todo entra en el plan de Dios, hija mía... hasta nuestras equivocaciones... Somos instrumentos...

—Hable con ella, Padre... la pongo en sus manos...! Sin duda me he equivocado. Mi sobrina fué amada y yo no...

—En Dios se tejen y zurcen nuevamente todas las desgarraduras del corazón humano... Para su poder no hay

rejas... ni distancias... ni estados. Su divino amor lo colma todo...

—Mi sobrina está muerta, Padre...

—Se muere sólo para resucitar en gloria, hija mía... recuerda tus pruebas las densas noches que has vivido... ¿No fueron, acaso, seguidas de un despertar a mayor vida?...

...Cada dolor ha abierto brecha en tu alma, para que el Señor te conceda una nueva gracia, cada renunciamiento o penosa aceptación, es un grado que has ascendido o una conquista superior. Es ley del mundo espiritual que no defrauda nunca... Al que más se le pide, más se le da... El que más sufre, más goza!...

—Sor Nieves lleva un desierto en su alma... No sufre. Está inerte y es el peor síntoma... Ya no puedo hablarle... No me escucha... Pasó por una crisis horrible y ha quedado exhausta. Creyó ser vencida por la tentación entregándose derrotada. Dice que no puede comulgar, y no lo desea siquiera, pues no cree en nada... Yo temo a veces que sea el resultado de mi imprudencia y me desespero...

Sor Clara se cubrió el rostro con las manos... Se halla en la más dolorosa impotencia. Nuestro confesor le repite el estribillo: "¡Tentación del demonio! ¡Encomiéndese a Dios!". Para colmo, Sor Nieves no se alimenta ni duerme... reposa en una especie de duerme-vela, presa de un delirio que le fatiga el cerebro...

Usted, Padre, la conoció fresca, el lirio de nuestro jardín —ahora está mustia— flor que se consume en desértica aridez.

. . . . . .

Era tan leve su bulto cuando entró al cuartito que servía de confesionario, por el lado de la capilla, que el Obispo no reconoció la silueta de Perpetua.

En el hábito suelto la amplitud de la tela, no ocultaba lo exíguo del cuerpecito que cubría.

—Vamos a conversar, hija mía. Estás débil, siéntate, díjole con grave dulzura el sacerdote.

No le veía el rostro, demacrado y exangüe, que hubiera asustado al Obispo, pero sintió su depresión y el vacío en que estaba sumida.

Atraviesas una dura prueba . . .

—Mientras me alentó la idea de prueba, pude padecer, pero ahora he caído definitivamente en la "*Nada*". No creo ni en la prueba . . . No siento, como otras veces, o como siempre sentía antes, el paso por un túnel. Ahora no, estoy en la verdad, fuera de toda ilusión . . . en la única verdad de una vida sin objeto . . . ante una quimera de más allá ilusorio, encarada a la única realidad, a la muerte, que existe solo en la destrucción de nuestro cuerpo.

—Tú has conocido la vida del alma, hija mía . . . tú la has vivido . . . Los que han visto el sol creen que existe . . .

y aunque se oculte, saben con evidencia que está ahí... tras de las más densas nubes.

—Padre, yo creo que la verdad es lo actual y que fué ilusión toda mi vida anterior...

—Acepta, hija mía, tu dolor.

—¿Ante quién y para qué? Ni siquiera sufro. Estoy muerta en vida...

—Siempre me interesó mucho tu alma, díjole tiernamente el Obispo... Te he seguido desde pequeñita... y algunos de tus estados alegres o penosos los he visto como a través de un cristal, cuando oraba por ti... Sin embargo, no conocía el desierto que ahora atraviesas. Cuéntame cómo se ha desarrollado tu vida mística. Le hablas a un padre y a un amigo...

La luminosa bondad del sacerdote, cayó en el corazón de Nieves como bálsamo.

—Toda mi existencia —o lo que merece nombre de tal— gira en torno de un sentimiento, el único que he tenido... Con su revelación se me iluminó la vida y se me apagó con su pérdida. Ahora lo veo muy claro. Yo no tuve nunca fe, de niña —es decir, visión propia.

Estaba sometida a lo que me enseñaron, pero cuando hallé en mi camino al hombre y amé... se alumbraron en mi alma, extrañas luces... Sentí en torno mío la obra de fuerzas ocultas, de ayudas venidas de otra parte y se me reveló todo un plan, de que las criaturas somos simples instrumentos.

Algo maravilloso había surgido en mi vida... de que nunca fuí consciente antes. Descubría por doquiera milagrosas coincidencias... Y cuando se produjo la ruptura con El, de manera tan sorpresiva, tan traidora...

El Obispo asintió... lo sabía por Sor Clara.

—Fué realmente muy extraño; lo que nosotros llamamos un "*caso providencial*", con directa intervención divina...

—Y porque creía en eso y el mundo espiritual me estaba ya revelado, pude someterme.

...Me trajo al claustro el vacío que su alejamiento produjo en mi vida. Nada en el mundo me inspiraba deseo de vivir y alguien adentro me insinuaba la promesa de que encontraría mi amor espiritualmente en el claustro. Creí que me acercaría a él, para dirigir su vida...

—¿De modo qué al convento te atrajo siempre el mismo amor...? —interrogó el sacerdote...

—Entonces lo ignoraba. Creía seguir la atracción mística, el perfeccionamiento de mi alma, la definitiva conquista de esa gran vida que miré de soslayo entre las peripecias de mi amor... Pero ahora que todas las quimeras cayeron, veo claro que vine al convento trás de Juan... Al pronunciar su nombre rompió a llorar y los sollozos estremecieron el confesionario.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

El Obispo se enterneció. ¡Qué extrañas rutas abría el Señor, para acercarse a ciertas almas... a las más bellas!...

...Ahora descubro, —¡tan tarde!— ¡cuán falso fué el llamado que creí escuchar! Y lloraba la niña...

—Llora, hija mía... hace tanto bien.

No es un sacerdote el que te habla, es un hombre que ha recogido muchas lágrimas.

El llamado, hija, o sea, la vocación, ha sido verdadero... y el camino que sigues, es el tuyo... No nos equivocamos los hombres, porque somos llevados... Nuestros errores... son anchas puertas de entrada al Reino... pero continúa, hija mía...

Sor Nieves continuó ya serena y algo aliviada. Hacía tanto tiempo que no lloraba... Su aridez era tan completa, que no creía le restasen lágrimas...

—Fué bella y muy luminosa mi época de iniciación a la vida monástica.

Cierta dulzura me penetraba, en la certidumbre de ser espiritualmente la esposa de ese hombre, la hermana gemela de esa alma... que sólo presintiera en los encuentros mundanos.

Lo seguía en sus viajes. Estaba junto a él en una ciudad desconocida... Y sus actitudes no me entristecían, porque se me iba revelando juntamente su intimidad... Estaba triste y asqueado de su vida... Aun se formulaba en mi interior, confirmándose después en certidumbre, la maravillosa promesa, de que sería definitivamente mío, en una esfera eterna... a donde no llegan las provisorias alianzas terrenas.

Hasta me asaltaban imaginaciones humanas... Ocurrencias fantásticas de circunstancias providenciales que lo acercarían a mí, y en que, sin desmedro de mi voto, lo poseería dentro de mi alma, en más íntima unión de la que hubiera alcanzado en el matrimonio... Todos esos sueños tuvieron un mal despertar...

Se me convirtió aquella vida hermosa de comunicación sensible con él, en visiones obcenas... Ya no lo vi sólo materialmente con otras mujeres y vuelto de alma hacia mí... No. Yo misma entré en la obcenidad, de que sangraba mi corazón... Fuí perseguida en la oración, obsesionada... Comenzaron los escrúpulos de conciencia. ¿Aceptaba, acaso, complacida? Tormentos, luchas, vacilaciones!... Temor de confesar —al capellán del convento— director de conciencias más oscuras, si cabe, que la mía —esta gran miseria! Miedo de ser torpemente nivelada y de que la incomprensión agravara mi mal.

... Ya no podía comulgar sin confesar aquellas visiones en que me sentía casi implicada de deleite. El sacerdote creyó, como era lógico, que se trataba de acechanzas diabólicas... Me mandó rechazara con violencia tales tentaciones, para no pecar mortalmente. Me dijo que el recuerdo de ese hombre era ocasión próxima de culpa y debía arrojarlo de mí como veneno...

—Tuviste el dolor de renunciar al único consuelo de tu vida: de ayudar y acompañar a tu amor, distante y perdido?

Nieves se halló profundamente entendida y continuó su doloroso recuento.

—Entre luchas, caídas y levantadas, renuncié, por vivir del solo amor del Señor, que había encontrado a lo largo de mi vía crucis. Creí que se complacía en arrancar de mi alma la última raíz sentimental y que en ese sacrificio se hallaba el precio de alcanzarlo todo —¡eso que soñara con Juan!

Hice el sacrificio por él... Cristo velaría también por su alma... Se lo entregaba... Madre Priora me refirió que ella había pasado por igual sufrimiento, y me alentó. Desde entonces, penetró la paz en su alma, una divina paz de esperanza viva... en que todo se renueva más allá, en las mismas condiciones humanamente deseadas, si el renunciamiento es total...

—Pasas ahora, hija mía, por idéntica prueba a la que pasó tu Madre... sólo que ella hizo la renunciación completa...

—Ella fué abandonada y yo abandoné, ¡Padre! ésa es la diferencia.

—En el fondo es lo mismo... sólo que Sor Clara sufrió desengaño que tú no has sufrido siendo herida en su corazón, lo que tú tampoco has padecido...

—Yo he renunciado a la vida de mi amor en vivencia... Y mentira o verdad ¡me he muerto!

Llegué a sentirme transportada en cuerpo fluídico al aposento de Juan... tal como se relata en las apariciones...

y hube de sacrificarme. Otro amor se insinuaba a mi alma exigiéndome que fuese toda suya...

—Comenzabas otro calvario más doloroso, hija mía, de ascensión mística. Subir, subir... cortar lazos, desgarrarte, quedándote sola y abandonando al amado! ¡Es dura la prueba!... ¡pero ha de ser la última!...

—Ese nuevo mundo conquistado, en la potencia que la concentración desarrolla, hube de desertarlo...

...¡Qué de zonas maravillosas surgieron en mi conciencia oscura —tan limitada mientras viví en la ciudad— cual prisionero en celda solitaria!

—Tu alma estuvo sellada en esa vida. La estrecha convención social vuelve a los seres impotentes.

—La religiosidad primaria y simplista nos momificaba... Estuve murada en ignorancia y temor... La puerta abierta a la vida fué él... Por efusión de amor inundóme el sol que dora la tierra opaca... Gusté la frescura que adquiere en su tamiz, la rutina mohosa de los días iguales...

¡Lo aprendí todo en la fugaz ilusión!

...Se me cerró la puerta y me hallé sola entre almas condenadas al dolor y a la tragedia de la muerte —fin de humanidad breve— esbozo de vida que se esfuma para siempre.

Me encontré en el desierto, triste, desorientada, sin objeto... Tía Clara fué la única antorcha de mi limbo... La Madre fué el único ser vivo que descubrí en la ciudad. En-

tré al claustro. Creí y busqué la posibilidad de un resurgimiento espiritual, por dentro de las almas.

La religión de afuera es larga teoría de fantasmas que siguen ruta trazada, haciendo gesto rituales o mascullando palabras huecas, junto a un abismo en que el descuidado traspié, arrojaría para siempre al fondo.

. . . Preces maquinales, terror al gran desconocido, que se presiente tras el umbral negro, castigos eternos por mezquinas transgresiones a duras leyes, o goces seráficos que rebalsan en los pequeños corazones humanos, forman su trama.

—Tenías una almita ciega, con luz de reflejo, proyectada sobre ti por el alma de la Madre.

—Tía afirmaba con su sola presencia, el más allá esencial de la complicada red de exterioridades absurdas.

Ella me reveló el misticismo, o sea, el sentido que encierra esa gimnasia automática de los seudo creyentes. La oración me dilató por dentro y cayeron muros en mi redor.

—Soy yo entonces, el segundo intermediario que entra en tu vida mística.

—Tanto tía Clara como yo, penetramos solas en el mundo sobrenatural. De los confesionarios sacábamos la gracia de la absolución. Ni consejos ni luces. La Madre no ha sido sostenida por nadie en su ascensión.

—Y en resumen, les ha pasado lo mejor. Nadie puede ayudar. El alma sube por sí misma . . . su propio esfuerzo solitario es la mejor herramienta para crecer. Preferible es

que el confesor no entienda nada a que entienda a medias —y nadie comprende completamente a su prójimo... Cada alma es única... y sólo el desarrollo personal de la parte de uno mismo, en que somos diferentes, o únicos nos lleva a Cristo.

Cada alma es un número de la gran cifra, que suma el Universo en Dios... No te extrañe, hija mía, la incomprensión pues es parte del plan divino que así sea... Vale más la total incomprensión mía, respecto de ti, que una comprensión parcial.

—Por entender eso, —la personalidad— lo comprende usted todo, Padre mío...

—¿Cómo sentías la obcenidad de las visiones? indagó el Obispo.

—Al principio, fuera de mí, como espectadora entristecida y después interiormente, pero en resistencia de mi voluntad, tensa hasta el último límite.

—Jamás has consentido, hija mía —afirmó el Prelado con voz solemne.

—Sí, Padre, cuando se rompió mi voluntad y las llamas me abrasaron.

—Imaginación, como todas las otras. No has sido vencida, hija mía, y no lo serás nunca! Te has parapetado en la divina voluntad a que estabas entregada. Lo veo con luz meridiana...

Nieves comenzó a admitir, también, a través de la afir-

mación, que la parte superior de sí misma, se levantaba sobre la devastación...

—Me alivia usted, Padre, de un fardo que llevaba sobre mí: el remordimiento. A medida que el confesor me exageraba el peligro, yo me iba sintiendo más débil, mala y perversa.

—Confunden la imaginación sensible, con la entrega de la fortaleza...

—Afirmo sin vacilación tu completa victoria... Nada más... Es lo que veo claro... La postración ha seguido a la lucha... Estás caída, por agotamiento de energías. Sé que va a pasar muy pronto y mi receta es sencilla: descansa, no sigas los oficios, ve a la enfermería, para evitar el escándalo de las pequeñas almas, y comulga...

—¿Acercarme a la Eucaristía sin fe?... ¡Imposible!

—Hasta que tomes la brújula de tu alma, sométete... Estás enferma, obedece al médico...

—Cometería un sacrilegio.

—¡Cae sobre mí que te lo mando!...

. . . . . .

Todas las Hermanas aguardaban, para consultar también al Obispo... Medían el tiempo transcurrido durante la confesión de Sor Nieves y se escandalizaban... ¿Qué puede tener de tan grave? ¡Conjeturas!...

Sor Pilar comprende que un alma tan rica, tenga muchos problemas . . .

No quería ser menos importante en su conciencia, Sor Encarnación ante el Prelado y preparaba temas de consulta pueriles y risibles. Sor Angeles trata de dar gravedad a sus faltillas . . . ¡para interesar ella también!

. . . En esta ocasión, aparece Sor Trinidad. Fué inteligente y hasta sabía de latines, en su mocedad, pero se limitó tanto, en el convento, que la reducción de su espíritu, la volvió ridículamente pueril . . . Inventa milagros absurdos, para aumentar la fe de las Hermanas . . . Y en su afán de milagrería barata, ignora el milagro de la gracia divina en las almas.

Sus excursiones en el campo sobrenatural son tan cortas, que sólo trae cosecha de signos groseramente materiales: santos de madera que parpadean, hábitos que huelen a rosas, etc . . . Su vulgaridad pone a prueba la paciencia de la Superiora, estropeando las más puras y sagradas verdades.

Sor Trinidad rebaja las manifestaciones divinas, a nivel de vulgar capricho. Entre las religiosas místicas, se le considera "*santera*", —término en boga, aplicado en los monasterios a las almas cuya limitación, no les permite llegar a ninguna cumbre; pero que con majadería prueban la paciencia de las otras, dándoles medios de alcanzar santidad . . .

. . . Aguarda su turno Sor Trinidad aliñando los mila-

gros que referirá al Obispo. Cree haber descubierto por revelación especial los espantosos vicios de la ciudad. Ciertamente que la religiosa, tenía el único pecado sin perdón ante el infinito milagro de la vida —el pecado de limitación.

CAPITULO V

Esa misma tarde el anciano Síndico fué de visita al convento. Sentía profundo afecto por las religiosas, Clara y Nieves, necesitando de sus auxilios en la prueba de su última jornada.

Pecó por orgullo de señorón, mayorazgo de Castilla, anteponiendo el prejuicio de su alto linaje, a toda virtud que no viniera por línea de sangre. Así cometió aquel error inicial, de oponerse a la inclinación amorosa de su hijo, ahora transplantado en París y perdido. Oposición interior nunca expresada, que consistió en facilitar el viaje del muchacho a Europa.

¡Irremediable error! Por íntimo convencimiento de la tenacidad de su hijo, temía que aquella quebradura sentimental fuese definitiva.

Era don Juan un gran pelucón que tuvo destacada actuación en política. Aristócrata de espíritu y sangre, desconfía de la masa inconsciente que forma el pueblo, no

otorgando fe a cualidad alguna, que no viniera por clara selección racial.

Don Juan no aceptaba en su fuero interno, que la excelencia de Sor Clara, viniese por línea intelectual, sin abonados títulos de Castilla, poniendo punto de interrogación en la ascendencia de la Madre Superiora. Quería suponer un cruce oculto de sangre, por alambique extra sacramental, para justificar la admiración que le merecía. No así en Nieves, cuyos méritos podía ubicarlos en la sangre Gandarillas, de sus propios parientes; que en verdad solo dieran a la hija herencia de fortaleza, prejuicios y rutinas. Por suerte cogió la firmeza solamente, pues pertenecía de alma a la familia materna.

. . . Don Juan se siente viejo. Llama a su hijo que tarda en venir. Confía en las oraciones de sus monjas nombrándolas "*¡Mis Madres!*"

Hallábase esa tarde muy decaído, presintiendo el fin de la jornada y se fué al convento. Su consuelo era confiar a las religiosas su mal estado de salud.

—¡Madre Priora! —imploró en un tono que la monja no le conocía, me encomiendo a su oraciones . . . Le entrego mis culpas y mis errores, para que Nuestro Señor se apiade de mí.

Nunca el Síndico había hablado en esos términos . . .

¡Cuán delgados deben estar ya los tabiques, para la próxima evasión! pensó Sor Clara.

Nuestros errores y hasta nuestras culpas, forman parte

de nuestra vocación, respondióle con dulce gravedad. El Señor borda con su gracia sobre cada mancha en la tela de nuestra alma y recama de pedrerías las sombras...

—Ruegue a Dios, Madre, que regrese mi hijo. Es necesario para la salvación de su alma.

—Se obtendrá todo, tenga confianza. El Señor da más de lo que se le pide.

Tenía tez marfileña el Síndico, grandes entradas de calvicie en la frente ya muy desnuda de su cabello plateado y sus ojos noblemente expresivos, parecían dignificar todo lo que miraban...

—¿Podría ver a Sor Nieves?

—Aunque está muy delicada, la verá... Pasa por una rara depresión física...

Al aparecer la religiosa, don Juan halló el espectro de la aparición ideal, a que estaba habituado. No sólo la encontró enferma sino grave...

El remordimiento del Síndico tomó cuerpo.

¿Por qué se opuso al matrimonio de su hijo? Creyó que Juan renunciaría a su inclinación, ante el temor de lucha y se daba una culpa que en verdad, no tenía.

Nieves estaba muy mal. Su pureza resplandecía en su carne pálida y enjuta... Era un ángel la criatura. Don Juan presintió con evidencia que ella alcanzaría de Dios la gracia para su hijo.

—Hermanita, rece por mi intención... No le digo más.

Acuérdese de este viejo —próximo a dar cuenta a Dios de una vida muy larga...

Sor Nieves lo prometió solemnemente.

—Aunque nada valgo ni nada puedo, cumpliré su encargo, ofreciendo la comunión por usted mañana.

—¡Por mi intención! —dijo el anciano gravemente.

—Por todas sus intenciones. Sabemos tan poco lo que deseamos y menos lo que conviene!

—¡Por *mi intención*, Hermana! volvió a rogar el Síndico. Y se levantó, siempre erguido en su majestuosa apostura de gran señor, a quien la vida muerde pero no derriba... Moriría con su penacho alzado!...

...Corren entre las dos religiosas, las negras celosías, tras las rejas...

—Está muy malito... No lo veremos ya más, dijo Sor Nieves.

La Madre atribuyó el vaticinio a su estado de enfermizo pesimismo, creyendo que el Síndico tendría vida para mucho tiempo...

. . . . . .

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Volvió Sor Nieves a la enfermería. Ahí estaba, desde largo tiempo atrás, una viejita demente y paralítica, Sor Epifanía.

Secábase lentamente su cuerpo. No recordaba su nombre ni conocía a nadie, mascullando sólo jaculatorias en

su boca hundida. Los ojos casi entelados, estaban sepultados bajo las bolsas de los párpados. A veces, en pesadilla, llamaba seres, cuyos nombres nunca se escucharon en la comunidad, pero cuando estaba más consciente decía "*Mamita*", entre hondos suspiros...

Sor Nieves vino a ocupar la cama de la esquina opuesta en la enfermería. La demencia era interesante tema de meditación para la joven religiosa... —¿A dónde se ha evadido ese Espíritu? ¿O por qué anima todavía su propio despojo?

Se preparaba esa mañana para recibir la sagrada comunión, por simple obediencia al Obispo. No sentía nada... ¡Muerta viva! El solo temor de cometer un sacrilegio, le daba indicio de que la fe dormía, bajo densa capa de hielo, en su alma.

Tomó un devocionario, contra su costumbre... Los libros con sus preces vulgares, cortaban la suave aspiración de su Espíritu y las palabras vivas que surgieran de su alma, eran borradas por las palabras escritas. Ahora rezaba actos de fe en Manual de piedad que la ayudaban en su aridez. Sentíase capaz sólo de articular oraciones con los labios.

...Escuchóse la campanilla, que anunciaba el Santísimo Sacramento. Se incorporó Nieves en el lecho.

La lega encendió los cirios del pequeño altar... "*Domine non sum dignus*"... se golpeó el pecho... "*Custodiat animan tuam in vitam eternam*" pronunció el sacerdote.

¡Perfecta insensibilidad! . . . ¡Profunda miseria! ¡Nada!

—Tal vez mis malas disposiciones me hacen indigna de la gracia . . . Se acusó Perpetua.

Haciendo esfuerzos violentos trató de representarse una divina presencia . . . Cristo en casa de Lázaro . . . *"El que amas está enfermo"*. ¡Nada! Tampoco.

. . . Acudió a esta cita espiritualmente, sin ser llamado, el Síndico . . . Mientras Nieves se esforzaba por sentir algo en su esterilidad emocional, se le presentó don Juan acongojado . . .

—¡Mi intención, Hermana!

El anciano estaba severo y triste . . .

—¡Su promesa, Hermana! volvió a repetirle.

Entonces la monja recordó que le había prometido rogar por su intención —secreto hermético del anciano. ¿Cuál sería esa misteriosa intención de don Juan. Llenó el gran vacío de su alma desolada, con ese oculto deseo del Síndico, a que se unió de todo corazón.

. . . Inmenso terror se apoderó de la religiosa . . . ¿Qué pedía el anciano en esa intención? Se desgarró un velo . . . Don Juan rogaba a Dios que enderezase rumbo la vida de su hijo, a la manera que él lo entendía, en un buen matrimonio . . .

. . . Comprendió ahora la religiosa, que ella nunca había amado de verdad a Juan sino egoístamente, como una mujer que era . . .

¡Todo menos el matrimonio! Persistía ante ese último ba-

luarte. Su desesperación le mostró a las claras, que sin o no caía a la hondura abismal... La voz insonora que gana batallas definitivas, sin explicar nada, pero que todo lo pide y todo lo promete... dejó sentir su fuerza determinante, en el alma de la religiosa. "*Renunciar*". "*Entregarse*"... "*Sacrificarse*" para siempre... No reservar nada... Arrojarse al abismo...

En la fuerza misma del imperioso mandato, sentía la voluptuosidad de la dádiva... y ya en el último término del desgarramiento, al romperse la fibra postrera de sensibilidad, sintió el golpe de gracia: "*Darlo todo para conquistarlo todo...*"

...Rompió a llorar "*Dios mío que Juan halle la mujer de su vida, te lo pido a trueque de mi dolor...!*

Lo repitió muchas veces... fué su única oración.

La herida se ensanchó más dolorosa que nunca... Corrieron sus lágrimas hallando tan grande alivio como si le quitaran del alma una plancha de plomo...

Sintióse liviana y dilatada en un gran espacio. Tendió el vuelo alas desplegadas... Planeaba sobre sí misma, sobre la ciudad chata, sobre su cuerpo debilitado... en embriaguez de liberación y de júbilo...

...¿Cuánto tiempo a que estaba encadenada para sentir así la divina voluptuosidad de los espacios infinitos?...

. . . . . .

Sor Clara la encontró en la tarde de ese día, cambiada...

—El reposo te ha hecho inmenso bien.

—Me siento libre, evadida de prisión. ¡Nada más!

—Te traigo una triste noticia —calló indecisa. ¡Don Juan ha muerto!

Se lo dijo con precaución, temerosa de impresionarla...

—Lo sabía, Madre... como se saben todas las cosas... de adentro, por más defensas que pongamos en nuestra conciencia... Lo quería mucho, pero no lo siento... Ahora nos ayudará mejor... Me apegué mucho a él en el último tiempo... ¡Era un padre!...

. . . . . .

Ante los distintos grados de conciencia de las Hermanas la Madre y Sor Nieves sufren proceso de enjuiciamiento. Son observadas con curiosidad, malevolencia y hasta admiración. ¿Caminan por vía extraordinaria o van erradas de senda? ¿Han llegado a la unitiva? —¡Misterio!... ¿Edifican, escandalizan?

Todas las religiosas están de acuerdo en que tía y sobrina son raras, sobrepasan niveles, rebalsan medidas. Se diferencian en todo. Dan luz, desarman, desvanecen rencores, unen y nunca separan... pero no toman en cuenta cosas a que las ancianas religiosas dan capital importancia, como las mortificaciones y el cumplimiento menudo de ciertas

fórmulas a que ellas vinculan la esencia misma del estado religioso.

No ponen el sagrado nombre en cada frase ni hablan del Señor, de la manera a que estaban habituadas en Capuchinas. No hacen a Dios cómplice y verdugo del mal, con que se castiga en la tierra a los que delinquen.

. . . La maldad humana que tanto escandaliza a las monjas, en ecos llevados por el torno no asusta a Madre Priora ni menos aún a Sor Nieves. Han humanizado al Eterno, hasta suprimir el temor a las venganzas bíblicas . . . Tampoco temen a la muerte, su concepto del cielo es casi terreno y el purgatorio lo hallan aquí abajo . . .

—Son muy raras afirma Sor Encarnación.

—No lo decimos en mal, sino en bien, corrigió Sor Brígida . . .

. . . A Sor Trinidad perturbó bastante, oír a la Madre, que el juicio de Dios se verifica a diario en nuestra alma y que a la hora última, sólo se hace el resumen . . .

Sor Angeles les oyó que en cada criatura humana habitaba el Señor Jesús y que en los desgraciados estaba estampado Cristo en la Cruz.

—No entendí bien, pero lo hallé tan lindo . . .

Sor Pilar ha visto muchas veces en los oficios del coro, resplandecer a la Madre y a Sor Nieves en brillo de transfiguración . . .

Por advertencia de otra religiosa, Sor Angeles reparó una vez, en que Sor Nieves estaba a punto de elevarse

de tierra y hasta la vió suspendida del suelo... Y de puro terror, no la observó más. Tuvo escalofrío...

...Sor Verónica preguntó a Madre Priora, si las elevaciones eran muestra infalible de santidad... y ella lo negó.

—Todo les parece natural, observó Sor Pilar... Viven en milagro y lo ignoran...

Descubría Sor Encarnación que esas religiosas no le daban importancia, oyéndole a Sor Nieves que Cristo reservaba el milagro para incrédulos, pues la fe no los necesita.

. . . . . .

Las religiosas han entrado a la Capilla. Es la medianoche...

Reparan algunas en que ya Sor Nieves comienza a resplandecer... Cantan las preces litúrgicas y observan:

—¡Milagro! —voz de alerta que se comunica entre ellas en ondas eléctricas. Brilla la religiosa como tocada de sol iluminando la amarillenta noche alumbrada por los cirios...

...Conserva abiertos los ojos vueltos hacia arriba. Está arrobada y el rostro en tensión adquiere belleza extraordinaria.

A una religiosa, se le cae el libro al suelo, y en ese preciso momento Sor Nieves se suspende sobre la estera de totora... y luego inclina su cabeza y cae pesadamente de bruces, quedando rígida como un cadáver.

Corren hacia ella. Parece muerta. El resplandor se ha trocado en lividez cadavérica. Se produce enorme confusión entre las religiosas.

. . . Corren, gritan, lloran algunas monjas y otras quedan embargadas. No pueden hablar ni moverse. El fenómeno las ha petrificado.

—¡Silencio! —dijo con tono autoritario y solemne Sor Clara . . . Nada ha sucedido, y todas olvidarán completamente y para siempre el caso. La Hermana estaba enferma y ha sufrido un síncope.

Fué transportada a la enfermería y recobró en breve el conocimiento en brazos de la Madre Priora.

Estaban solas y habló Sor Nieves . . . —El Señor Crucificado, resplandeció ante mí como el sol elevándose a la madrugada y me inundó de felicidad la visión . . . De sus llagas brotaba luz y esa luz era vida . . .

Mirándome con divina dulzura me dijo:

—*Nieves, sólo en mí se ama . . . Oyélo Perpetua, sólo en mí.*

Se abrazó la monja a Sor Clara.

—Madre, he vuelto al estado de gracia . . . Soy feliz. Creo, amo, espero.

He comprendido a través de mi visión, que el amor humano —los amores— son los peldaños en que subimos a la divina cita . . .

. . . Juan era sólo la imagen en que el Señor escondía su

verdadero rostro. A Cristo, esencia de todo amor, amo por sobre las cosas todas y en "*El*", a las imágenes que encarna Juan en mi recuerdo...

Estoy liberada. Amo, Amo...! Dios, está al fondo de todo.

CAPITULO VI

La gravedad de Pedro Tagle, que había pasado cuando Perpetua ingresó a Capuchinas, trajo después, un desenlace rápido.

Entró en agonía una noche helada del mes de junio, en las altas horas que preceden a la aurora. Adela trasnochaba, con una vieja criada. Se durmieron las dos mujeres.

Un estertor agónico las despertó sobresaltadas. Era el Angel de las tinieblas que pasaba...

Mientras la vieja sirviente, le ponía sinapismos, Adela corrió a dar aviso. Doña Carmen estaba en vela, y la carrera de su hija a esa hora, en el corredor enladrillado, le trajo la noticia, que ya pugnaba por traspasar su conciencia... Gemía y callaba la pobre madre. La "*Intrusa*" estaba allí.

Rodean al moribundo las hermanas, los criados y el Tío Fermín... Gritos y lloriqueos. Javiera reza las oraciones del "*camarero*" entre sollozos.

Llega un padre de Santo Domingo. Pasan un espejo.

No se empaña. Está muerto. La cabeza cae pesadamente sobre la almohada. Javiera le cierra los ojos con espanto, —los ojos terriblemente fijos, de donde se ha escapado la chispa viviente.

Adela le ata la mandíbula con un pañuelo negro. Clarea el nuevo día en luz más pálida que el rostro del mismo muerto.

Cierta curiosidad, mezclada de horror reune a todos, señores y domésticos, en torno de aquel lecho, en que acaba de realizarse la oscura tragedia... Es un espectáculo siniestro, que por contraste da a cada cual, la sensación egoísta de la salud y vida, que disfrutan a diario sin apreciar su valor.

Adela que no ha sentido afección por su hermano, pues no le perdonaba las ventajas de su sexo, se siente desarmada en su sordo rencor, ante el tremendo juicio de Dios, a que ha comparecido aquella alma.

El asco que le causa la idea algo infantil del "*vicio*" que atribuía a Pedro, por aquellas muestras de amores ilícitos, le da ahora la satisfacción de no haber pecado. Se halla pura, limpia de contaminación sexual en cuerpo y alma... Se complace y enorgullece también de ser "*mujer*" porque la "*cuenta*" se facilita sin esos rebajantes pecados oscuros... Cree que la carne femenina es más pura, dándole repugnancia invencible ese cuerpo que conoció la culpa y se hundió en el fango...

Mira compungida el amarillento cadáver y le arregla las

manos . . . Aquel frío la penetra y estremece, como si se sintiera cogida por una culebra viscosa, contemplando esa carne que va a ser ofrecida a la putrefacción y tiembla de pavor. Ocultásele la milagrosa transformación de la muerte, para ver tan sólo su última miseria. Supone los tormentos horrorosos que del otro lado, padece ese pecador . . . Germinan en su mente, las prédicas que en unos ejercicios espirituales, oyera de muchacha, a un fraile español, que aterrorizaba a los devotos.

Adela vive la religión del pavor. Permanece en la Biblia, con Jehová. Sus anatemas y castigos, no dan paso en su corazón al Cristo Redentor, con su perdón y misericordia.

Penetraba ya a la alcoba claridad cenicienta, cuando llegó Manuel. Venía de la Imprenta. Estaba semiebrio como siempre al amanecer, hora en que nadie lo veía entrar . . . Mira el cadáver con aire curioso y se queda de pie junto al lecho.

Javiera desea vestir al muerto, antes que el cadáver se torne rígido. El bulto se va alargando extraordinariamente sobre el lecho y los pies se levantan, tocando casi los barrotes de bronce del antiguo catre . . .

—Todavía está lacio, aprovechemos, dice.

Adela juzga que no es prudente. Su pudor femenino, se ofendería de tocar aquel cuerpo. Hasta insinúa que no es respetuoso, ante la muerte, mover aquellos despojos yertos. Basta una sábana para envolverlo entero.

. . . Y baja ella rápida la escalerilla, para buscar lo ne-

cesario. Escoge en la ya vieja lencería del caserón, una sábana inútil . . ; ¡para los gusanos! ¿que más da? La trae doblada a fin de que no vean las roturas.

—Se ha quedado como un ángel . . murmura la vieja criada. —¡Descansa! —añade otra que masculla oraciones y que huele a grasa y a cochambre de aguas sucias . . .

!—Dios tenga piedad de él! —gimotea Javiera condolida.

—¡Aplaca Señor, tus iras, tu justicia y tu rigor!—exclama Adela enfática.

El médico verifica la muerte y hace una desinfección.

Entran todos en actividad arreglando el cuarto y ordenando las cosas. Sacan las frasquería de los remedios inútiles.

La luz del día avanza triunfante y roba su lúgubre prestigio a las amarillentas llamitas de los candiles.

Luego empiezan a rezar en alta voz. Las avecitas que anidan en los aleros de los viejos tejados, picotean el silencio entonando sus vespertinas trinadas.

Sobre la muerte, sigue la vida impávida su curso . . La naturaleza continúa su ritmo impasible . . ¿Qué es el hombre? una forma caduca, de la infinita variedad de vasos en que se manifiesta la vida. Se ha roto uno y eso ¿qué importa a la esencia infinita que circula en el universo?

La alcoba del difunto, abre sus balconcitos avaros de luz, sobre el patio de la noria, helado y gris. La esbelta palma, allí encerrada entre los altos muros, permanece noblemente erguida.

Profunda es la tristeza de aquel rincón, que guarda el espectro de Santa Colonia. Proclama el fin de una época y de una raza, hasta el árbol centenario, enclaustrado y melancólico —testigo mudo de tantas transformaciones, aguardando también su turno de caer...

El pozo vacío a que ya nadie volverá, muestra su ojo negro, cual siniestra pupila, con que el pasado desafía a las cosas que pasan.

...Abrieron esa mañana uno de los pequeños balcones para dar aire a la pieza del difunto y Javiera miró con horror la noria abandonada, creyendo que por ese ojo seco, la miraban todos los muertos de la familia, con fascinante penetración abismática.

. . . . . .

Doña Mercedes se recoge a su cama, sumida en sombrío dolor, atenaceada por el horror de la muerte, con su aparato fúnebre y gimiente, sin claridades de fe cristiana.

Los parientes desfilan ante su lecho y le recetan uno en pos de otro —¡resignación a la voluntad de Dios! Fórmula que de puro gastada, por repetida sin asomo de fe, suena vacía...

Se hunden las almas en tinieblas, ante el espectáculo del ataúd... Los velones, los humeantes pabilos y la descomposición creciente del cadáver, espesan la atmósfera de la estancia.

Los sacerdotes que se suceden echando responsos, el jesuseo de los rosarios, todo es tétrico, sin esa luz que proyectaba la fe de los primeros siglos en las catacumbas romanas. Aquello era nacimiento espiritual y esto es muerte sin resurrección.

El ritual de la liturgia católica, parecía a Javiera condensación de sombras, sellando el suceso "*definitivo*" que la práctica de la religión sin fe ha impreso a la muerte.

Rita, sentada junto a las amigas que la acompañan, seca y endurecida, no pierde su orgullo, ni ante la muerte. Próximamente se casará con Luis Irigoyen. Unida a joven de la mejor prosapia, con buenas ideas y mucho dinero, será rica, ¡colmo de suerte!

Eufrasia capitanea los rosarios, cuyo coro lleva con monótona entonación rutinaria. Dispone los funerales, llama sacerdotes, arregla el gran salón, en que colocarán el catafalco y ordena todo imperativa y majestuosa, como si su poder de intransigente dominación, se extendiera al invisible reino, donde se ajustan las cuentas finales.

. . . A suspiros, lloriqueos y lamentaciones de comadres, ella opone rostro impasible de generala regentando el cumplimiento de sus órdenes.

Hállase ahora doña Paula en posesión de un importante rol, en que caben sus dotes de alta tragedia, molestando en sumo grado a Eufrasia.

Clérigos, amigos de la casa, vienen por turno a echar latinazgos sobre el cadáver.

Justina reza, abriendo desmesuradamente su boca de sapo, Javiera suspira muy hondo. Las tristonas de oficio, ponen cara de pésame, satisfechas en el fondo, de que la muerte las haya olvidado, escogiendo a otro en vez de ellas.

Entretiénelas este espectáculo, en que aun permaneciendo al margen de la sociedad, hallan ocasión de representar un *"papelito"*, interesante.

El duelo, les ofrece también algunos días de comilonas, en casa del difunto. Acompañan así a los dolientes, observan, reparten chismes, dicen frases edificantes, levantan los ojos, suspiran y bostezan!

Para viejas solteronas, sin hueco en la comedia humana, cada *"Muerte"* es festín de Lúculo, que les ofrece actuación. Vibran de prestado, y las desgracias ajenas son suculentos platos, para el continuado ayuno de sucesos propios.

Arropadas las cabezas con gruesos mantones sacan una mano sarmentosa para enjugarse los ojos. —*¡Feliz él!* ¡qué vida más miserable! ¡La delantera no más nos lleva! . . . frases con que llaman a los mundanos a penitencia.

Las niñas Cerda en continuada soltería llegan después de almuerzo, con velos que aureolan de sombra sus rostros. No entran a la sala mortuoria; se quedan en la pieza vecina haciendo cuadritos, en actitudes monísimas ante Manuel y Antonio. Hablan de todo, menos de cosas tristes. Los vejestorios que tienen delante las horripilan con sus lloriqueos y borrarían toda idea lúgubre, para no ponerse feas.

Teruca Tagle asomóse por curiosidad a divisar el cadáver y se alejó espantada. "Me da miedo, hasta oír rezar".

A medida que la noticia cunde, van llegando señoras compungidas con ojos paralizados y atónitos colocando en la conversación frases del ritual mortuorio . . —¡Ya Dios lo habrá premiado! ¡Era tan virtuoso! ¡Un hijo ejemplar y tan católico!

Al coro de alabanzas Adela responde: —Así es también la falta que nos hace!

—Dios se lleva lo mejor, dice una vieja, sacando una mano rugosa y escuálida por bajo el mantón verdoso . .

. . Justina con ojos de pescado y palabra de miel, en la boca ponzoñosa hace loas del difunto primo: —¡Hombre de fe como ya no quedan, sin respeto humano! Asistía a las festividades del Corpus Christi, en la Catedral vela en mano y esclavina puesta, como miembro que era de la Esclavonía de Nuestro Amo . .

Sigue enumerando los méritos del difunto, dando sabor e importancia a palabras, bien pronunciadas y edificantes . .

Los parientes varones, conversan en la salita del tresillo; fuman, politiquean y preguntan si el muerto testó . . Interésales mucho saber si Pedro estaba rico y a quién ha legado sus reales.

Los recién venidos de la calle, componen el rostro, pero luego la indiferente despreocupación, de los que estaban instalados antes, los contagia. Apenas reparan en el suceso

que los trae, a no ser para informarse de la hora del entierro.

Están allí reunidos los dos canónigos, en los mismos sillones carmesí que hacen guardia al sofá. Adela y Justina, atentas y corteses, reciben el duelo.

La noticia cual rayo ha traspasado el torno de Capuchinas, llevando la noticia a Sor Tránsito, hermana del difunto. Se ofrecerán todos los oficios por el descanso de su alma; tienen ese privilegio los parientes de monjas.

Acércase Justina al torno. —Diga a Madre Tránsito que Pedro murió como un Santo, y que tía Mercedes recibió la noticia con la resignación de Job.

. . . . . .

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Inspiran pavor los grandes patios del caserón. Las puertas de la gran sala en que velan el cadáver se abren sobre los dos patios. El amarillento parpadeo de los cirios proyecta trémula penumbra, sobre los bultos negros acumulados en redor de la urna. Olor a pavesa y a humo dan asfixiante densidad a la atmósfera.

Para todos esos seres que acompañan el duelo, la muerte se condensa en visión de tumba abandonada y de postrer olvido por anulación del cuerpo humano —sola cosa tangible para tan entrecha concepción de la vida y trágico desaparecimiento de la personalidad.

Si somos alguien, del otro lado ya no seremos nosotros

mismos, teme Javiera desconsolada. Doña Mercedes interroga ansiosa ¿nos reconoceremos por allá? Miedo de que todo haya concluído y que continuemos sólo en calidad de fantasmas . . .

. . . En fuerza de ser sobrehumana la idea de la supervivencia, no tiene forma atrayente, en realidad sensible.

. . . Adela sólo percibe el negro ataúd en que la carne sufre ultrajes de corrupción y observa en el rostro del muerto el desfiguramiento progresivo. Se va hinchando imperceptiblemente y un hilo sanguinolento le sale de una fosa nasal. Los párpados entreabiertos descubren ojos entelados, fijos, distantes, hundidos en la pavorosa sombra que ignoramos los humanos.

Javiera evoca a Perpetua. Es el único corazón vivo y alma en luz, que ha conocido entre aquella muchedumbre que rodea los muros de la gran sala —fantasmas negros murmurando preces . . . Rezan con voces vacías de emoción, en palabras inarticuladas, tristes salmodias, ecos apagados de plegarias sin fe . . . Tradiciones huecas son mantenidas en fuerza de hábitos perdurablemente rancios. Inconscientes tristezas, pueriles temores se acogen a las costumbres viejas por apegarse a cualquier cosa de apoyo en la oscuridad de la duda.

Rita junto a doña Mercedes hace ostentación de atenerse a las ideas de su madre, lejos de novedades peligrosas . . . Creen ambas que la iglesia chilena es más directamente representativa de la Iglesia de Cristo, que la misma Iglesia

de Roma... Este privilegiado rincón por su situación topográfica, permite que las ideas se conserven puras, y cerradas al desquiciamiento mundial...

Al entrar Eufrasia cree Adela que vienen a cerrar el ataúd y con su habitual terquedad, dice que su madre ha dispuesto que dejen el cadáver descubierto las 24 horas de regla. —A otro muerto lo sacaron demasiado pronto, sin que ellas pudieran impedirlo, como aquí donde rigen disposiciones ancestrales, y principios inmutables. —Habría que evitar el aire, que apresura la corrupción, observa Eufrasia. Adela lo ignora, pero no reconoce su error...

En un grupo de clérigos Manuel hace maliciosas observaciones. —La Iglesia nos enseña a despreciar el cuerpo vivo, dándole gran importancia cuando se pudre... En San Ignacio, cuando me hallaba atrasado lavándome los dientes, el hermano lego me decía... Vamos, ¿a qué cuidaros tanto esos huesos, que se os han de podrir?... Y ríe Manuel contrastando con la cara de palo, que toma Adela, para expresar el duelo familiar.

Salen varias personas en grupo de la estancia mortuoria a respirar aire que no huela a pabilo quemado. Son las once y media de la noche. Por entre los viejos árboles del segundo patio, asoman algunas estrellas del cielo mirando hacia la tierra baja, con sus pupilas titilantes. Son mundos compasivos apiadados de sus hermanos pequeños, que comienzan a ascender la misteriosa escala de Jacob...

. . . Una vieja criada envuelta en espeso pañolón de lana a cuadros, dice algo al oído de Javiera y se aparta a prisa. . .

. . . . . .

En esa media tarde, que siguió a la sepultación de Pedro, fué Javiera a Capuchinas, para dar a su hermana Sor Tránsito, noticias del fallecimiento. La religiosa, ya momificada en la Regla, da a sus palabras repetición mecánica. Sus ideas heredadas y amasadas después en conceptos hechizos, se han vaciado de sentido en la rutina conventual. —*¡Dios sea bendito!* murmura Sor Tránsito a manera de saludo, al pararse tras la reja, mientras la "*Escucha*" acaba de doblar los postigos negros del locutorio. —¡Por los siglos de los siglos! respondió Javiera. ¡Dios lo tenga en gloria a nuestro pobre hermano!

Toda la comunidad le ha ofrecido sufragios! ¿Mi madre estará conforme con la voluntad de Dios?, continuó la monja con su acostumbrado automatismo.

Javiera que nada oye, tomó la palabra para decir lo que traía preparado: —Mi mamá se ha quedado muda. No habla, llora y mueve las cuentas del rosario. . .

Javiera no esperaba hallar consuelo en su hermana Sor Tránsito, y quería escuchar otra palabra viva.

Necesita hablar con Sor Nieves.

Consigue permiso, díjole, para que la Madre Asistente venga al locutorio. Consoló mucho a Pedro, una vez que fué a visitarlo.

. . . . . .

Pronto, por concesión especial de la Superiora, apareció Sor Nieves. Hasta su voz en el consabido saludo monjil, vibra musicalmente.

—Díme algo que me consuele, suplica Javiera, con ojos quemados de lágrimas. ¿Crees acaso que Pedro sufre mucho ahora?

Sor Nieves sabe que la muerte es tan fácil. —Es mucho más dulce morir que nacer, afirma convencida. La carne es nuestro verdadero ataúd. Al morir, nacemos a la verdadera vida de nuestro Espíritu. . .

. . . Ella también imagina que con la mentalidad del difunto, el trance debió ser duro. Habrá hallado realizadas sus ideas, al otro lado según el grado que corresponde al desarrollo de su alma, dentro del plano espiritual. . . pero lo calla. . . No deja traslucir a Javiera, que la virtud propia de cada alma, determina el carácter de cada muerte y el nuevo "*estado*" que le aguarda tras el umbral. . .

Insiste Nieves en consolar a Javiera.

—Si tuviésemos la verdadera fe cristiana, la muerte sería hermosa, y consoladora. . . Yo he tratado de impreg-

narme en ese soplo de eterna juventud y esperanza, que llevaron al suplicio los primeros mártires.

Sor Clara me refiere que aún vive en las catacumbas romanas, el cristianismo joven. La muerte, pierde su aspecto de eternidad. Es una breve y saludable ausencia, que no debe entristecernos... No es fin, sino continuación. Así hemos de considerarla los cristianos... y miró Nieves a Javiera, con ardorosa efusión, proyectando sobre su rostro estragado de lágrimas la cálida ternura de su mirada...

También contemplé añade, el cadáver de una Hermana lega que murió luego de llegar yo aquí. Admiré su ennoblecimiento, en la rigidez plácida del rostro que no lograba alterar el avance de la destrucción... La mascarilla de la muerte, en que se vacia la vida, explica la sublime laxitud del prisionero, escapado de cárcel... Dígase lo que se quiera, del horror del trance, yo creo que todos los cadáveres tienen expresión dulce, casi sonríen... ¡La muerte es liberación!... exclamaba Sor Nieves, cuando la campana le cortó el vuelo...

CAPITULO VII

Durante el viaje sentía Juan atracción por el país. Volvía casi alegre, sin precisar causas. No era analítico y sus sentimientos le hacían ley.

Secreto terror lo embarga al recuerdo de su única vida

en Chile —¡Amor! ¿Qué será de ella? Convertida quizás en burguesa con hijos. Sus ojos reflectores de zonas ideales, mirarán ya vacíos y bovinos, como las otras mujeres... Desearía ignorarla siempre para no empañar el esplendor de un recuerdo sin par...

Lo atrae su mansión cordillerana, los árboles que plantó, las arquitecturas que construyó al agua —pautas musicales en que cantase sinfonías y halagase la vista, tendiendo arcos de brillantes irisaciones.

Garra secreta lo oprime... El ilusionado amor de esa época engendró la hermosura de Peñalolén embelleciéndo para ella el sitio. Hizo del agua de las cumbres —nieve derretida— juegos malabares. La dejó escurrirse en silenciosas cintas de seda, la golpeó en cascadas, y la despedazó en chispas. Desplegada en abanicos de luz y, engastada en el aire, cortóla en piedras brillantes.

Fueron las aguas el espíritu inquieto, juguetón y musical de su morada. ¿Habrán callado en su ausencia?

Llegado en la noche, la ciudad oscura, áspera en el rodar de vehículos viejos y feos, soñolienta y chata, le ha impresionado por decrépita vejez de aldea española, sin dignidad de tiempo ni decoro de noble material. Preséntasele prematuramente envejecida y ruin.

La anciana llavera lo recibe en casa. Guarda hidalguía de pueblo que no pactará con vileza, como los rudos plebeyos que circulaban en el andén de la estación.

Doña Circuncisión tiene maneras. Nombra al caballe-

ro mayor con unción, entonándose en gravedad para decir *"El Patrón"*.

Habla poco y es precisa. Dos alojamientos ha preparado para Juan: el del caballero y el que le perteneció siempre, cerrado desde entonces, durante su ausencia, e intacto por el esmero con que se sacude.

Juan ocupará el suyo. Retírase el ama, pues al mozo corresponde lo demás. Es nuevo, pero conoce los usos —nuevo es un decir en la casona, pues entró pequeñito, por jubilación de Basilio, que sufrió parálisis.

. . . Doña Circuncisión le había prevenido: "No hables fuera de lo preciso, al caballerito", pero a Lucas se le solía escurrir la lengua. . .

Juan no deseaba recogerse y pidió a Circuncisión llave de la puerta.

Extrañeza de que después de un viaje tan largo no se recogiese pronto, y aun de que se aventurase a salir a hora tan avanzada. . . ¡cerca de la medianoche!

. . . . . .

Camina Juan sin rumbo; lo atrae el río y toma calles de atravieso, hacia el norte de la ciudad desierta. . . Allá lejos, rueda un coche de posta, alto de caja, desvencijado y sucio. . . Su salto de piedra en piedra, es rudo y machacante martillo, que quiebra el silencio del pueblo dormido.

. . . Ahora camina junto a un templo viejo con murallones conventuales. Recuerda a Toledo sintiendo acongojado los cantos ultratumbales, de ciertas monjas nobles, ingresadas a tales Ordenes, por olvido de la vida. Son cementerios de almas los conventos. . .

¿Es acaso éste el monasterio donde su padre era Síndico? —Sí, el mismo, más viejo más sórdido y ultrajado por el tiempo.

. . . Camina en torno. ¡Es grande! Llega hasta el mismo río, que corre torrencial por ese lado. Su música poetiza la silente ciudad. El convento está rodeado de ranchones o cuartuchos de barro, bajo el nivel del suelo, húmedos y putrefactos. . .

. . . Desde el alero del muro conventual, Juan contempla el río. Suena la medianoche. Vibra melodiosa en las aguas, una esquila triste —la clásica voz de la ciudad— ¡la campanita de Capuchinas! . . . ¡Recordaba su melancólico tañido! La conciencia colonial del pueblo, habla por su lengua, a la medianoche, trayendo remordimientos seculares. . . A esa hora de los "*calaveras*" . . . desgránase en doce quejas recordando la brevedad del placer y la longitud del tormento que engendra. . .

Sintióse Juan penetrado de pavor, por el toque de medianoche tornando a vivir en esa conciencia creada por el Seminario Conciliar, que creía desertada para siempre, allá arriba, a orillas del río también.

El sonido se apoderaba de él y en leve voz, dábale la sen-

sación del pasado... En contraste con la vida del viejo mundo, añadía resonancia emotiva de frescura en su alma, volcándole aquel tañido, más vida oculta de sí mismo, que cuanto viviera a lo largo de muchos años...

...Ni las campanas florentinas, tan armoniosas en sus rondas vesperales, despertaron nunca en Juan esta hondura sentimental, de vastas resonancias subconscientes, con que lo hundían las humildes campanas de Capuchinas...

Recordó que a esa hora iban las monjas a coro... y de súbito golpeó a su memoria, la escena de otro día del pasado, en que vió aquella niñita, con trenzas de oro... ¡Mucho tiempo después identificó a Perpetua con ella! ¡Qué nombre para tan escurridiza criatura!...

Esas monjas le dieron siempre impresión de muerte... Debían ser muy ancianas... No entrarían ya nuevas religiosas en Orden tan antigua... pero la campana venía a decirle: *"Aquí estamos". Te has disipado y nosotras permanecemos. Te fuiste lejos y para siempre, según tu deseo, pero aquí te esperábamos!".*

...A este convento atribuía Juan su fatalidad, por la mala influencia supuesta sobre Perpetua de la tía religiosa.

. . . . . .

A la mañana siguiente entra Juan al escritorio de su padre. Todo igual. Ni un sillón ha cambiado de sitio. Sólo

el marroquí de los muebles está opaco y los pliegues vencidos por el uso. El resto permanece idéntico.

Vendrá el Obispo a entregarle la llave de la caja de fondo y el testamento.

Acata el joven al sacerdote por su talento, carácter y virtud. No se ha quebrado jamás su enteresa varonil, ni su sentido místico, pone barreras al vuelo de las almas que han adquirido alas. Don Juan lo hizo depositario de sus disposiciones.

. . . . . .

Habían concluído la lectura del testamento e inventariado la caja a satisfacción de Juan. Temió que su padre instituyese más legados y mermara su fortuna.

En una de las cláusulas testamentarias, legaba gruesa suma para reedificar el convento de Capuchinas, cuyos planos y construcción quedaban a cargo de Juan. Le complació la disposición. Trabajo agradable que objetivaría su vida.

—¿Quién es la Superiora? —indagó, temeroso de tratar con una monja necia.

—Es una gran mujer, respondió el Obispo —en el mundo se llamaba Clara Welsh. Tiene origen irlandés esta familia. Ella es intelectual por tradición y de gran belleza.

Juan descubrió el hilo suelto de donde cogerse, para hacer la sola pregunta interesante. . . El Obispo le había ten-

dido puente y bajo un párpado ligeramente caído sobre el ojo, escudriñaba su venida.

—Las Welsh han sido las mujeres más lindas de la ciudad, según ha corrido voz, . . . insistió el joven.

—Sí, las más bellas.

—Cuántas eran, interrogó Juan, sin soltar el tema.

—La Superiora de Capuchinas y la esposa de Miguel Gandarillas que fué la más linda.

—¿Esa murió? —continuó el muchacho que avanzaba resuelto esta vez hacia una revelación. Mientras estuvo en suspenso, le sacaba lance, pero ahora aguardaba que el rayo lo fulminase. . . Si continuaba tal vez en la próxima interrogación iba a desgarrarse el velo. Avanzaba ya tímido. El Obispo lo observaba, y en su fino tacto anímico, seguía el angustiado anhelo del joven.

Lo miró piadosamente el sacerdote y dijo: —Al dar a luz a su hija, la sobrina mimada en casa de las Gandarillas.

Había apuntado al centro, en el blanco de sensibilidad. Para darse actitud y llenar el vacío —silencio abismático— continuó: —¿Te acuerdas, el caserón de San Antonio?

Juan hizo un signo con la cabeza y palideció intensamente.

El Obispo sondeó esa alma. No necesitaba saber más . . .

. . . Juan quería avanzar, pero tuvo miedo. Tomó un

desvío, pues la tregua, en vez de apaciguar, aceleró el latido de su arterias, en mayor angustia...

—¿Además de la Superiora, hay en Capuchinas otras monjas de buena familia? —bifurcó Juan para evitar la punzante mirada del Obispo.

—Más de la mitad son linajudas, pero entre esas hay ancianas achacosas... En las nuevas, se presentan vocaciones interesantes...

...Juan volvió la espalda al peligro y luego, impulsado por secreto aguijón, lo embistió de frente. —La Superiora, dijo con timidez, no me tenía aprecio.

Calló, espantado de su osadía. El sacerdote lo interrogó con un silencio imperativo esta vez. Y Juan obedeciendo al mudo y fuerte mandato, continuó:

—Su influencia fué funesta para mí, cerca de una criatura...

Silencio más hondo del Obispo.

Me interesa, a pesar de todo.

—Es el privilegio de las almas superiores. Sor Clara es un espíritu alto.

Juan se estremeció interiormente al escuchar ese nombre, que oyera en labios de ella...

Su padre le pedía en el testamento, que continuara su obra en el convento, en calidad de Síndico.

—La Madre, dijo el Obispo, también te va a pedir que aceptes el cargo de Síndico. Recibirás pronto una carta suya y después yo te presentaré al convento.

. . . El sacerdote admiraba los caminos por donde Dios conduce a la almas, —sendas secretas ignoradas de ellas mismas, en que con herramientas de dolor, ausencia, y desconocimiento, las lleva a encontrarse, bajo su manto divino. . . Adentrado por su ministerio en las más bellas almas ¡qué milagrosas coincidencias había descubierto el Obispo, en que se revelaba el plan del Arquitecto Supremo! . . .

. . . . . .

Pocos días después se corrían las negras celosías del locutorio y Juan se hallaba frente a Sor Clara. Tenía el velo caído sobre los ojos, pero se le descubría la boca graciosa, movible de expresión, esculpiendo palabras encendidas de luz. . .

Quedó cautivado, antes que su fina sonrisa —sol de su rostro— la animase entera.

En el curso de la conversación, encantóle la exquisita distinción de la religiosa y su inteligencia clara. Era exacta, y concreta valorando cada palabra proporcionalmente. Una criatura de esa calidad, en convento de último rincón de mundo, fué desquiciamiento de prejuicios para Juan.

. . . El mismo, hosco y escurridizo, sentía inclinación a abrir su alma. —¡Qué inesperados caminos suele abrir la vida! Este convento en el ostracismo de la ciudad, le serviría de refugio espiritual.

Aceptó con entusiasmo su cargo. Hasta le parecía una

justa compensación del cariño, que no prodigó en vida a su padre.

. . . Desde su llegada a Santiago, le perseguía el temor de encontrar a Perpetua . . . más que eso, de saber de ella . . . Horror al cambio de situación, al tiempo destructor y a la acción vulgarizadora del ambiente . . .

Esta angustia sobresaltada y permanente, se aquietaba en el convento, junto a Sor Clara. Perpetua no habría cambiado . . . a la sombra de tan grande alma. Sería ella misma . . . pero ¿en qué situación? Su tormento aumentaba . . . ¿Por qué no le preguntaría sencillamente al Obispo, en esa conversación, en que tan espontáneamente, la evocaron?

Por miedo a la verdad. No se hallaba con fuerza de encararla.

. . . Ahora en Chile sus recuerdos lo oprimen con violencia. Hasta escenas quedadas sin desarrollo en la cámara oscura de su cerebro, pasan animadas en detalles ignorados y completos, por su memoria actual. Son placas fotográficas, movedizas y con el color de la vida.

Tuvo miedo de divisar a Perpetua de improviso, tras el vidrio de un coche o de enfrentarla en la calle en desconocimiento de su silueta espesa, y hallando de súbito su rostro y su mirada a través de más obstáculos, que los de antaño . . .

. . . Temblaba de que semejante revelación, pudiera en un instante reducir a cenizas el castillo de ilusiones, defendido por años de mudos recuerdos . . .

. La tía no se asemejaba físicamente a Perpetua. Su belleza, de puro corte sajón, no acusaba el tormento de conflicto, con otra sangre, que penaba en los ojos de la niña . . .

Sol Clara posee serenidad de cumbre, planea sobre humano dolor, pero alargando sus manos a los que suben sin olvidar todavía la fatiga de penosa ascensión . . .

. . . . . .

La congoja de Juan llegó a punto, que una noche al mirar la imagen de la Anunciación, allí junto a su lecho, que había pertenecido a su madre, dijo como un niño: —Madre de Dios y madre mía, apiádate de este pecador en el temido anuncio . . .

. . . Al día siguiente, en una especie de arrebato involuntario, confesóse a Sor Clara, desgraciado, con su vida rota y hastiado de la existencia.

—¡Soy víctima de un tedio que me envenena la vida! —díjole.

Esta confesión por debilidad —primera caída de su orgullo— lo irguió luego más hermético que nunca.

Tuvo cólera contra sí mismo. Nunca había hallado alma a su medida, a quien confiarse, pero el hábito de reserva y hostilidad, lo cubrió con máscara de risa cínica esculpiéndosele casi involuntariamente el rostro en burla! Tapaba con ella el pudor de su intimidad.

Clara comprendió. Sus llagas morales le inspiraron tier-

na y penetrante piedad. Y sin insistir en la confidencia le habló diestramente de su padre. Juan se conmovió, comprendiendo que aquella amistad habría sido el consuelo del anciano abandonado. Reprochóse amargamente de no haberlo acompañado en sus últimos tristes años.

La religiosa penetró en su remordimiento, diciéndole: —¡Todo es necesario, medios de que se vale Dios para pulir almas!

Juan que creyera muertas a las monjas, se dijo: ¡Cuán vivas están! y ¡cuán armoniosa serenidad hay en sus cuerdas sentimentales! Ante el temor de encuentro, va a encerrarse en Peñalolén y baja sólo para ir al convento. Se halla violentamente vuelto al pasado . . No sólo al recuerdo sino a la desesperante angustia de aquellos días en que resolvió su destino.

. . . Nada decide nunca en definitiva. Ningún estado pone valla a los sentimientos. Trascienden sorpresivamente las barreras levantadas por los códigos y torna uno a hallarse en más aflictiva situación que antes.

Por la negativa de Perpetua, Juan consideró deslindada para siempre su situación sentimental, y se halla ahora en el mismo punto de partida.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

La ama en su alma y el alma humana es única. Se asemejan los cuerpos, los vasos llevan la misma etiqueta —nombre familiar— pero hay en cada ser algo íntimo, secreto, e indefinible, que se muestra en fugitivos destellos y no se entrega, ni se enajena nunca . . .

Eso, lo ha descubierto Juan en Perpetua —única criatura que amó y perdió... Y de esa pérdida no se consolará nunca sospechando que existe una sola alma en el mundo, para unirse con la nuestra...

El problema desvanecido hace años, se mantiene en pie... ¿Está acaso soltera y cabe aún la vida en esa posibilidad?... ¿o se ha casado?... Tal vez lo amaba y no lo supo ella misma, en el aturdimiento juvenil.

—¡Nadie la ha amado como yo!—se asegura Juan.— Lo habrá sentido ella, más tarde en el transcurso del tiempo, al despertarse a la vida, cuando ha logrado comparar!... El pasado muerde ahora a Juan con angustiosa fuerza, en lo vivo de su sensibilidad... Precisa salir de duda y actuar con prontitud, si aun es tiempo, pero a la vez se siente cobarde.

Le macera el dolor sobre todo en Peñalolén; la soberbia mansión desierta, en que la belleza se ha dado cita, para envolverlo en magia de invisible presencia...

...Su temor de que Perpetua esté casada lo atenacea con violencia. ¡Sería lo peor! Prefiere que haya muerto.

Las pocas personas de su familia a quienes ha visto, no le han hablado de ella. Verdad es que Juan no da confianza. Su retraimiento lo torna hermético y su fina cortesía lo circunda de inaccesibles barreras ante la gente vulgar y noticiera.

. . . . . .

Citados por Sol Clara, se reunen en el convento el Obispo y Juan, para leer a la Madre el testamento del Síndico.

. . . Aguardan en el locutorio.

Arde en deseos de interrogar al sacerdote. Es paternal y penetrante, pero no se atreve a hacer la pregunta que revelaría su secreto. Teme traicionarse . . . Está anhelante pero indeciso.

Al aparecer la Superiora tras la reja se apodera de él un terror oscuro, como si su aparición fuese a desgarrar el velo . . .

Es su tía y sabe lo que él ignora . . . Cualquier día la va a encontrar en este mismo desnudo locutorio, o en el viejo patiezuelo donde la vió adolescente, y tal vez no se reconocerán. Puede que sea todo un sueño y se desvanezca, para que cese el tormento . . . ¡Lo concluído, concluído! . . . pero recomenzar así, en el vacío y padecer sobre nada, ¡es intolerable!

Si ella hubiera sentido algo siquiera de lo que inspiró, no lo habría olvidado jamás . . . Estaría ahí . . . Y la prueba de su vano ensueño, la va a encontrar brutalmente al saber que se ha casado con cualquiera de la ciudad . . . algún figurón o quizás, uno de esos seres que existen en apellidos o en haciendas . . .

Monta en cólera, sólo de imaginarlo . . . Fué demasiado hermoso el ensueño para ser real . . .

. . . Mientras conversan con el Obispo del testamento de su padre y de las disposiciones legalmente claras, y nobles

en sus fines, se desarrollaba en Juan el terrible proceso de sus sentimientos, ante la cruel incógnita que una palabra desvanecería y que su pusilanimidad mantiene en suspenso...

Suenan los consabidos ruidos de cerrojos, maderas y cadenas, que preceden a la aparición de las religiosas en los conventos clausurados. Juan siente horror a la prisión de almas, allí recluídas...

Manos invisibles doblan los postigos de madera negra, que tapan las rejas del locutorio por el lado del convento y aparece la Superiora de pie en su magnífico porte, que realzan los rígidos pliegues del hábito monástico. Sufre violenta conmoción Juan.

Ha visto, al doblar la última hoja del postigo, una mano blanca y muy linda, sobre la madera negra de la celosía. Es una fina mano de mujer, que lo ha trastornado... Está a contra luz, vuelto de espalda a la ventana y no habrán reparado en su turbación.

...La Superiora agradece al Síndico, con gracia de noble distinción, la generosidad de su padre, para con el convento pobre, pero ruega al arquitecto, recordar que son franciscanas, al hacer sus planos. Verdad es que el claustro está ruinoso, pero en la construcción nueva, debe ceñirse al espíritu de la Orden.

...Juan no oye; mantiene actitud, en atención simulada... La mano de la monja que escucha ahí al lado dere-

cho, oculta en el rincón, tras el postigo de madera, lo tiene embargado.

No sabe ni cómo rueda la conversación, en que hace signos afirmativos de cabeza, cuando Sor Clara se vuelve de ese lado y pide a la Hermana Asistente, que vaya a buscar unos papeles...

La religiosa, se levanta en silencio y con pasos livianos, que corresponden a su delicada mano virginal, sale de la estancia...

Juan trata de recobrarse... de reunir sus ideas, manifestando que ha estado atento, pero no puede. Todo se le ha embrollado...

Tarda la religiosa. Sor Clara teme que no haya encontrado el legajo. Son los títulos de propiedad que el antiguo Síndico le dejó en préstamo.

—La Hermana Asistente los conoce, dice para explicar su tardanza.

—¿En qué estado se halla el litigio sobre los terrenos próximos al río? —interroga el Obispo.

—Está pendiente.

Los leves pasos se aproximan y Juan se vuelve oídos y ojos... Abrese la puerta y la religiosa avanza toda cubierta por amplio velo negro su silueta frágil y esbelta. Alarga el rollo con su mano desnuda y estremece a Juan en escalofrío...

...No puede contenerse ya más y pregunta quedo al Obispo, el nombre de la Hermana Asistente. Se sorprende

el sacerdote de que lo ignore y sufre, al responder por un piadoso desvío...

—Sor Nieves...

Juan no pregunta más. ¡Tiene horror! Sigue sentado en el locutorio como un demente y termina la visita sin salir de su sonambulismo.

. . . . . .

Tomó pretexto de haber dejado su bastón en el locutorio y fué al convento. No era hora de torno. La mandadera del monasterio lo recibió, y se encaminó rengueando al locutorio, envuelta en su pañolón de cuadros.

Juan hizo tiempo en el patio de entrada para preparar su pregunta. No se encontró el objeto buscado.

...Devino amable y galante con la anciana torpe, de habla gangosa. Alabó los naranjos... y la suerte de tener en el convento una Superiora de lujo...

—¡Y tan santa! La vienen a consultar de todas partes... caballeros de lo principal, Sabe de todo... Adivina las cosas, sin que se las cuenten, y sólo de mirar caras conoce almas!

Hablaba sin parar... Juan le dió cuerda... pero anhelante de curiosidad preguntó:

—¿Quién es la Hermana Asistente?

Asómbrase la anciana de que alguien pueda ignorarlo.

—La sobrina de la Madre... Se quieren mucho...

Lo miró casi con desdén por la rareza.

. . . Juan bajó los ojos y se acarició la barba . . . Flaquearónle las piernas y vió turbio en redor . . Quiso hacer un esfuerzo supremo preguntando si había profesado . . . No pudo, hallándose consciente de vergonzosa debilidad. Tuvo miedo de sí mismo . . . Hizo esas profundas reverencias que disimulaban su turbación y tomó un coche . . . Al llegar a la casa se puso en cama previniendo a Circuncisión que estaba mal para que lo dejase tranquilo.

Fué tan violenta su conmoción que no pudo quedarse en Santiago, donde los muros de su casa se le venían encima. Hallábase solo y todo le era extraño, feo, vacío y banal. La ciudad, su casa y su cuarto, le ofrecían aspecto de ordinaria vanidad, exenta de alma.

Necesitó encerrarse en Peñalolén, sentir el contacto de la naturaleza, siempre más acariciante que las altas murallas frías de piezas solitarias.

Bajaba a la ciudad para ir al convento, a donde entraba temeroso de hallar nueva ocasión de sufrimiento y siempre atraído hacia ese sitio convertido en el único interesante del mundo entero.

La Europa, de donde salió con tanto disgusto, no le inspiraba ahora ningún deseo de regresar . . . Estaba a punto de ser tragado, por ese miserable y viejo monasterio impenetrable . . .

Todos los días desea ir a Capuchinas, pero la voluntad le flaquea. Busca pretextos que le permitan presentarse de-

corosamente, y cuando llega a realizar su deseo, no se atreve a entrar. Permanece rondando los muros exteriores...

Se detiene junto al río, en la parte solitaria, donde el convento es lamido por las aguas. Gusta de quedarse ahí, escuchando las campanitas interiores que marcan horas de oficios a las religiosas. Cada tañido es instante caído en la eternidad de un tiempo muerto! ¡Abismo inalterable para ellas! Querría ver a Perpetua, caminar por los claustros. ¡Nada más!

CAPITULO VIII

La laguna de Peñalolén, con las arenas llevadas por los aluviones del último invierno, estaba algo estancada. Fué preciso detener el curso de las aguas, que echadas en un canal de arriba, produjeron extraño silencio en el parque. Esta paralización coincidió con el regreso de Juan a la hacienda.

Cuando vino a convalecer de su dolorosa sorpresa, las aguas cantarinas habían enmudecido. El conjuro del silencio daba al sitio maléfico mutismo.

Por estar habituado, ignoraba Juan el prestigio de musical encantamiento, que vibraba entre sus jardines, dando melódica ensoñación a los panoramas. Callada la orquesta, valoró su prestigio secular.

...Algo de ella, de sus ilusiones de muchacho, viviendo

un primero y único amor en Peñalolén, estaba vinculado a las sonoridades del agua.

. . . Esa sirena que musitó a sus juveniles oídos la casta poesía de un sentimiento habíasele entrado al alma, con las canciones que las cumbres vertían en cascadas, sobre los jardines soñolientos.

. . . Y ahora, a su dolor hacían duelo esas mismas aguas, paralizadas en súbita mudez . . .

En torno de la laguna —espejo que doblaban los añosos árboles de las márgenes, retratando los flotantes palacios del cielo— se acumuló el légamo que de tiempo inmemorial, se aconchaba en el fondo.

Según los campesinos, nunca se había cegado la laguna, desde que los Irisarri eran dueños del predio.

Las aguas claras no dejaron espesos sedimentos, pero los temporales continuos rompieron compuertas de estanques y canales tirando al lago avalanchas de arena.

El desorden de los trabajos, los montones de tierra cenagosa, la excavación negra de la laguna ciega ahora y esplendorosa antes, cambiaron la belleza del sitio en aspecto ruinoso.

Estaba Juan una tarde contemplando a los peones, tirar paladas de barro sobre la orilla, cuando vió sobre la tierra recién extraída, algo que parecía de metal. Se acercó y desprendió de un trozo de greda pegajosa, un objeto pequeñísimo . . . Apareció primero una perla y cuando le quitó el barro adherido al resto, se halló con una crucecita de

oro muy viejo, cuyas cuatro puntas terminaban en perlitas diminutas.

Inmediatamente fué a frotarla con un cepillo. Era una cruz antigua, de oro blanquizco con un Cristo ya casi sin rostro por desgaste de uso. Tal vez estuvo colgada de algún cuello femenino.

El hallazgo le produjo honda impresión. Siguió frotando la cruz nerviosamente, hasta que brilló el oro de color amarillo pálido, que ya no se usaba en la ciudad.

En la afición de Juan por objetos antiguos, se mezclaba la imaginación romántica. —¿A quién habría pertenecido ese objeto? ¿Prenda de qué promesa o recuerdo fué en el pasado, o sabe Dios de qué dolor era testimonio?

. . . La dejó, sobre su velador. El misterio de esa crucecita lo acompañaba en la solemne mudez de la montaña, durante la noche campesina triste y ahora tan silenciosa.

Asáltalo luminosa idea: —La cruz le dará pretexto para ir al convento. Es tan tímido cuando se acerca al monasterio, que pierde toda compostura, creyendo que su emoción lo va a traicionar. El pequeño objeto lo alienta, dándole favorable oportunidad. Lo obsequiará a Sor Clara para que lo suspenda al pecho del Niño Dios.

En la portería le dijeron que la Superiora estaba enferma. Insistió; necesitaba hablar con alguna de las madres. Pasó al locutorio. Vino la hija de la portera a decirle que

aguardara a la Madre Asistente. Sintió escalofrío. Vendría ella.

Al crujir la celosía de madera, creyó que tenía cara de muerto y que Perpetua comprendería... Miraba al techo, dándose actitud de arquitecto que observa una construcción, cuando se dobló el postigo de madera y apareció la silueta de Nieves, tras los barrotes negros.

Aparentó sorpresa, como si no hubiera oído que abrían... *¡Dios sea bendito!* dice a manera de saludo. Su voz estremece a Juan, aquella voz única, clara, acariciante y cálida. Excusa a la Madre Superiora que no puede venir, por hallarse indispuesta.

Juan turbado tartamudea: —Le traía a Sor Clara un objeto. Y lo muestra desconcertado por entre los cuadros de madera negra de la clausura...

La religiosa no ve... Juan explica: —Es una crucecita de oro muy antigua, que hallamos ayer en el légamo, que se extrae de la laguna de mi propiedad.

Nieves se emociona. Estira sus dedos para coger el objeto que Juan le pasa por entre los cuadrículos de madera de la reja, la cual precede a los barrotes de hierro y luego los recoge.

No es permitido por la Regla, advierte. —Entréguelo a la portera para que lo pase por el torno. Mientras le llega el envío por la puerta de atrás, Juan se da actitud, explicando el hallazgo.

Ya en sus manos, ella observa profundamente emocionada ante la cruz...

—¡Qué vieja es!... El Señor ha perdido el rostro... ¡Cuánto tiempo estaría enterrada en la laguna!

—¡Dios sabe qué recuerdo o esperanza acusa esta cruz!

—¡Dios sabe! —dice la religiosa como un eco— ¿de qué dolor es símbolo?

Vuelve Nieves a interrogar el misterio de la pequeña cruz y más emocionada aun calla y esquiva su rostro velado, a la observación de Juan.

—La traía a la Madre, se excusa, como un recuerdo de Peñalolén, para el Niño Dios.

—Es usted quien debe conservarla. La cruz ha salido del fondo del agua a buscarlo... para quedarse con usted.

—No quiero cruces nuevas. Bástame con una que llevo conmigo desde hace muchos años, y que no quiero ni puedo arrojar.

...Miró desesperado el trapo negro que le cubría los ojos en ansias de transpasarla a ella.

—Esa se la han echado encima, y esta otra le sale al camino para que la recoja, respondióle.

Insiste Juan en que le está destinada al Niño Jesús. Entonces Sor Nieves acepta, pero la hará bendecir por el Obispo, ya que ha estado sabe Dios cuánto tiempo, bajo el cieno...

Juan no halla manera de prolongar su visita. Se siente torpe, abandonado de su natural elocuencia, falto de ocu-

rrencia y espontaneidad. Hállase nervioso y cohibido ante ella, ampliamente cubierta por su velo tras la reja negra. Su porte, movimientos, voz y palabras, todo es armonioso y compone un acorde musical. Su apasionada vivencia no toma forma alguna de exteriorización mientras la religiosa habla a su corazón en vivas palabras insonoras.

. . . Al partir se le ocurre: —¿Irá el Niño Dios a verme algún día a mi casa?

—Cuando regrese de una jira que hace ahora por los hospitales, contestó dulcemente la religiosa.

Se inclina ella en reverencia graciosa, suenan en leve choque los granos del rosario monjil, con el Cristo de bronce de la punta y su voz queda vibrando en el oído de Juan, en tiernas añoranzas profundas. . .

Al encontrarse en la calle, lo oprimió la garra:

—¡Perpetua perdida para siempre!

Realizaba quizás por primera vez en hondura, esta espantosa pesadilla. Luego se le hincó más adentro la misma garra: ¡Una Asistente, debe ser profesa en una comunidad! Terrible verdad. ¡Y cuán tranquila estaba, e inaccesiblemente lejana! ¡Siempre perdida en esos planos a que Juan nunca alcanzó!

. . . Perpetua nació inmaterial, pero antes era femenina, dulce, llena de ternura, —dañina ternura venenosa, pero ahora es sólo el fantasma de sí misma. La mujer ha muerto irrevocablemente ¡y para su tormento queda en pie la amada apariencia de desvanecida Ilusión!

Sor Nieves también quedó presa de singular turbación. Caminaba sonámbula por el claustro en extraña confusión de ideas.

Iba apretando nerviosamente la cruz entre sus dedos, arrastrada por huracán interior, inerte, desvanecida, sin rumbo. La inundaba un secreto goce, en que se mezclaban ternura, terror y sorpresa de maravillosa coincidencia inexpresable.

Tan abstraída estaba, que pasó de largo por su celda... Al fin del pasillo lo advirtió y tornó atrás... pero absorta de nuevo pasó una puerta más allá de la suya.

Ya en su celda, oprimió el objeto minúsculo entre sus dedos contemplándolo detenidamente. ¡Le era conocido!... Lo besó con ardor y pavor, como si encerrase un enigma cruel... Debía entregarlo a la Madre y ya le costaba desprenderse...

Juan la dejó consternada... más que la primera vez. Haber dejado el mundo para acercarse a él espiritualmente y encontrarlo de nuevo todo suyo... ¡No podía dudarlo! ¡Felicidad y angustia, terror y ansia! Todo junto. Anonadada, confusa y plena de dicha inconfesable, que desbordaba de un abismo secreto, sobre su nebulosa conciencia... Echóse a los pies de Cristo: —¡Señor! ¡Señor! En Ti, por Ti y para Ti!

Madre Clara contemplaba también más tarde la cruz pequeñita, de oro pálido, y soñaba más que pensaba. Algu-

na vez la había visto. Tuvo letras grabadas, pero la usura del tiempo las borró... Los signos eran ya indescifrables...

Juan ronda el convento noche y día. Hállase atraído de manera irresistible. Sus pasos lo llevan de ese lado, cuando sale a la calle.

Contempla durante ratos largos, el agua que entra al huerto conventual, por una acequia que corre a tajo abierto y que se escurre muro adentro, atravesando el monasterio.

En la parte del convento que da al río, se halla la hortaliza, una viña y el cementerio. Nunca se sentía a ese lado, ruido ni voces.

...Sólo una vez Juan oyó hablar a una religiosa, que por la limpidez cristalina de la voz parecía muy joven. Era Sor Angeles que con Sor Encarnación depositaban flores en la tumba de una monja fallecida la semana anterior. El juvenil acento resonaba fresco en el campo abierto, junto al río.

Grandes árboles, sauces, higueras, castaños y magnolios, daban su sombra secular al viejo monasterio colonial. Debía ser muy triste adentro, pues el sol penetraba escaso mientras el agua clara y bulliciosa se escurría cantando su canción de libertad por el huerto austero.

Juan hubiera querido trocarse en agua, tener libre tránsito por el convento... penetrar de algún modo a la alco-

ba... Reposar en la jícara de greda, allí junto al lecho... ¡Nada más!

Por antigua costumbre llevaba en la botonera un jazmín del Cabo —la gardenia— su flor predilecta. El segundo patio de su casa cobijaba bajo los amplios corredores, muchos maceteros con esos arbustos. Cada mañana, alguna blanca estrella perfumada, ofrecíase a su vista. Con principesca mano indolente, Juan cortaba la flor olorosa de tallo cortito, para embutir en su ojal.

...Aquel primer día que oyó voces en el huerto, se acercó al muro y trató de escuchar. ¡No era ella, no! pero se arrancó la flor del ojal y la depositó con devoción en el pequeño remolino formado por la corriente de agua, que haciéndola girar se la tragó instantáneamente.

Sor Angeles, alegre y bullanguera, descubrió con sus ojos hurgadores de novedades, el grueso jazmín, detenido en un taco de barro, hecho para que el agua pasase a regar un zurco de zanahorias.

La entusiasmó el hallazgo. Todos los pequeños sucesos tomaban importancia en la monotonía conventual... Ella carecía de acontecimientos interiores y le entraba todo de afuera, por sus abiertos y limpios sentidos.

No tuvo visiones, ni las necesitaba; bueno era que el Señor reservase sus gracias a Hermanas más avanzadas y penitentes que ella. Ya el encierro le bastaba con obediencia y sumisión a Reglas, sobrándole todavía la exactitud a

la campana, tan inoportuna y majadera, cuando le cortaba su hondo sueño de medianoche.

No importaba a Sor Angeles quedarse abajito en el cielo, con tal de entrar... La ambición de subir muy alto, la dejaba a esas Hermanas que gustaban de sufrir, devotas del Señor Crucificado. Ella, estaba bien acomodada con el Niño Dios, sanito y sonriente. Le presentaría gozosa el lindo jazmín, que alguna alma devota le tirara desde la calle. Colocó la flor en la manito limosnera del Niñito Jesús.

Estaba el anda en la sala de recreación, cuando entró la comunidad después de cena. La Madre Asistente quedó cerca de la imagen. El jazmín albo y terso llegó a su alma en perfume, antes de pegarle en la retina. Aspiró la fragancia y sin registrar en su conciencia la olorosa sensación, su memoria le presentó en súbita visión, la reja de su ventana en calle del Peumo y la sorpresa de hallar una gardenia depositada en el marco... La retrospectiva visión le trajo el inexpresable encanto y la dulzura sentimental del hallazgo... *¡Juan!* y se estremeció.

Acertó a mirar la imagen y vió la flor tan viva en su blancura, —ojo abierto y desorbitado que la miraba intensamente.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Parecióle símbolo aquella flor a los pies del Niño Dios... El pequeño Jesús, le devolvía a ese hombre que dejó en el mundo y cuya alma vino a buscar en la clausura conventual, con el sacrificio de su bella juventud.

. . . Sor Angeles insistía en creer que era flor de milagro, enviada al Niño Divino.

. . . La imagen había vuelto el día anterior de su gira por los hospitales de la ciudad. Sor Encarnación tenía apuntadas las solicitudes de visita a enfermos, y a familias en tribulación, que el "*anda*" realizaría por turnos, en orden de pedidos. El Niño Dios debía ir a casa de un caballero principal y protector del convento, al día siguiente, pero Madre Asistente advirtió que estaba solicitado por el Síndico, cuyos privilegios eran los mayores en el monasterio, rompiendo de propio derecho la cadena numérica de demandas.

—¿El Síndico? —preguntó atónita Sor Encarnación, ya con el oído duro.

—¡El Síndico. Sí! El mismo lo ha pedido, respondió Sor Nieves. Lo guardará sólo el tiempo de una visita de cumplimiento, pero antes se le debe prevenir para que aguarde al visitante.

. . . . . .

Desde que pidió la visita del Niño Dios a Sor Nieves, Juan dejó de coger gardenias en los maceteros del corredor. Por *francesismo,* ha suprimido a la flor casi lasciva. de puro capitosa, el nombre dado en el terruño. Nunca la obsequió en su vida galante, a mujer alguna, ni floreció tampoco su ojal, en París. Habría temido profanar el re-

cuerdo de su único amor. Fué portavoz de su cariño, la discreta y silenciosa estrellita blanca, que le depositara cada tarde en su ventana enrejada.

. . . . . .

El andita del Niño Jesús, volvió de casa del Síndico, cubierta de jazmínes del Cabo. Las cabecitas gordas se apretaban unas a otras y miraban confusas . . Sor Angeles estaba aturdida. Nunca vió gardenias, siempre tan escasas, formando masa, en magnífica profusión . . Eran pocas y raras —flor del mayor lujo y sólo para obsequio en la ciudad.

—¡ Y tan fuerte que huelen! —prorrumpió Sor Encarnación, hallando casi un despilfarro.

El Síndico nuevo apareció rumboso ante las monjas. —¡Habrá despojado, sin duda, todas las matas de jazmín, de su numerosa parentela. Sor Clara halló un prodigio la reunión tan profusa de flores de calidad tan singular.

Hablaban entusiasmadas las monjas y una de ellas, Sor Pilar, descubría en ese derroche, muestra de la prodigalidad con que la dama de Magdala, vertiera el ungüento de nardo riquísimo, sobre los pies de Cristo.

—Ha de ser pecador el Síndico, sospechó para sus adentros Sor Encarnación que era socarronamente maliciosa . . .

Sor Pilar también creía que si los pecadores saben ser espléndidos, es porque conocen los excesos.

Fué tema de conversación, pasmo, novedad y acontecimiento, el extraño florecimiento del anda...

Sor Nieves nada dijo: ¡Contempló en silencio y besó sobre los piecesitos del Niño Dios, las gardenias de Juan!

CAPITULO IX

Se reunieron esa media tarde el Obispo y el Síndico, con Madre Priora y Asistente. La reja negra divide, como siempre, el Siglo del claustro.

Da cuenta Juan a las religiosas, que con la venta recién efectuada de la mitad del huerto, posee una considerable suma de dinero. Agregada esta cantidad a la legada por su padre el Síndico fallecido, tendrán dinero para hacer un magnífico edificio.

Juan, se compromete a hacerles una construcción adecuada a sus necesidades. Empezará a dibujar los planos que les consultará hasta en los detalles mínimos.

Sor Clara quiere mantener el espíritu de pobreza de la comunidad.

—Que sea una construcción sólida, sí, pero muy sencilla. Debemos vivir de limosnas, pagando al mundo que nos sostiene, con nuestras oraciones. No debe gastarse ni un centavo más del legado y producto de la venta del huerto.

Juan ofrece presentarles los planos, el presupuesto y llevarle semanalmente las planillas de gastos. Ya de acuerdo con su tío, el Obispo, hará un edificio hermoso, que costará el doble del dinero proyectado.

Sor Clara no lo sabrá. Primero construirá el claustro de las religiosas, con amplios corredores en arcadas. La capilla será regalada por el Síndico. No pueden rehusar el lujo en la Iglesia —Casa del Niño Dios.

Empezaba Juan a hallar objeto a su vida, en trabajo agradable, haciendo el marco físico a la belleza de Perpetua. Podría darle comodidad en una celda blanca, con amplia ventana abierta al sol levante. Construiría claustros calados que encuadrasen su esbelta y mística silueta, y sus ojos se reposarían sobre un jardin con fuente cantarina al centro, rodeada de gardenias . . .

. . . Haría un templo pequeño, rico como un relicario, donde el lirio real, que era ella, se alzase en candelero de oro. Con amorosa voluptuosidad combinaba el santuario en imaginación.

. . . Su profesión, hasta ahora, le ha servido sólo para orquestar las aguas de Peñalolén y mecer sus recuerdos . . .

¿A qué edificaría casas donde no podría hospedar algo suyo? ¿Ni tampoco templos para un Dios lejano y aterrador? . . . Ahora sus conocimientos, y su gusto, hallan eficacia por vez primera.

Llénase de pronto su vida en trabajo interesante, que desarrolla, su orgullo de artista.

. . . ¡Hacer la más bella construcción, la joya de la ciudad chata! Llama de entusiasmo prendió en la aridez de su alma.

Derribado el muro gris que ella tenía ante los ojos, abríase en visión, la perspectiva del nuevo edificio, con las ocasiones de entrada al claustro que su cargo le ofrece. Por vez primera, creyó Juan en una Providencia particular de Dios sobre las almas. Sin duda el Señor se acordaba de él y lo compadecía. . . Al naufragio de su amor, traído por súbita revelación del nuevo estado de Perpetua, siguió esta tregua de acercamiento —suave como un calmante.

Había en Nieves algo dulcemente balsámico. Si la hubiera encontrado casada con un ser inferior y satisfecha de la mediocridad ¡cuánto peor! . . . pero así, al menos, estaba abierta la posibilidad de cogerla en el camino de atravieso, en el pecado, en el mal, de cualquier modo . . . ¡Ahora nunca!

Y, sin embargo, dentro del "*Irrevocable*" de la vida monástica, Juan hallaba, a pesar suyo, un secreto e inexplicable lenitivo. ¡No pertenecía a nadie! . . . ¡Era suya, por todo lo alto! ¡Tampoco! Las religiosas se evaden de su personalidad humana, por puerta secreta; entran en un elemento superior e impalpable, que las diluye en inaccesibles lejanías.

Están ahí tras la clausura de cuerpo, pero las almas moran en región distante, desconocida de los terrenos. . .

No sienten como nosotros —se afirmó Juan— nuestros dolores no las afectan ¡la muerte es para ellas la vida! . . . No vibran en la carne.

La dulce y amada presencia, de que se nutre Juan, no significa nada para Nieves que sólo lo considera un alma conquistable para el cielo.

. . . . . .

Una de las muchas veces que vino Juan a la portería, hallando sólo a Sor Encarnación, oyó ruido de órgano en la Iglesia . . . Puso oído . . . Alguien cantaba . . .

La hija de la portera "*Dionisia*", le comunicó que Madre Asistente, a esa hora, estudiaba en el órgano, los cantos litúrgicos.

Juan solicitó con vehemencia —la suya, siempre avasalladora de voluntades— que se le abriera la Iglesia para medir el terreno.

La niña caminó adelante con el manojo de llaves . . . y cuando encontró la gruesa, de la vieja puerta, Juan la cogió con presteza embutiéndola en la cerradura. Luego, con imperativo gesto mandó: —¡Déjeme!

Entró solo sin hacer ruido y se agazapó en un rincón oscuro. El crujido de la puerta detuvo un instante a la religiosa que cantaba en el órgano, pero continuó su ejercicio.

La Iglesia fría está cerrada al público a esta hora. No

ve a la monja pero escucha su voz de cristal vibrante y pura. Con el mayor sigilo cambia de sitio; escúrrese cual sombra por el muro, hasta tomar la colocación en que divisa el rosto arrobado de la religiosa. Tiene alzado el velo —aureola de sombra en que emerge la claridad angelical del rostro y la magnificencia de ojos elevados en celestial transporte.

. . . ¡Nunca fué Perpetua tan linda en el mundo!

Los acordes lentos del órgano se desenvuelven, ampliándose sonoros y arrastran a Juan en ignoto vuelo a que la dulce voz transparente añade divina magia.

Sor Nieves notaba que su voz —casi extinguida en el claustro cobraba ahora incontenible fuerza. El chorro de límpido cristal vibrante, llenaba la Iglesia hasta en sus rincones, chocaba con los muros y le era devuelto en sutiles vibraciones. . . Honda emoción escapábase de su pecho, exhalándose en alta plegaria.

. . . Su triste vida de renunciación, convertíase en armoniosa serenidad, cantando en su pequeña garganta de ave, un himno triunfal.

La resonancia de su voz se amplía tanto que Nieves transpasa ya los muros de la pequeña Iglesia, y supera al órgano en cuya pauta musical está contenida la melodía. No halla límite alguno a la poderosa expansión de su alma en inmensa llanura dilatada al infinito. . . No hay barreras para su espíritu en amorosa exaltación. Abátense muros y desde arriba se disminuye y empequeñece todo lo humano.

Juan ha sido también arrastrado en ondas melódicas planeando por tiempo indefinido en espacios azules y sintiéndose libre, allí donde no hay clausuras, votos monásticos ni leyes, en región suprasensible de divina unidad. Ha escapado a tormentos de limitación, a realidades mezquinas, a recuerdos atenaceantes, al negro porvenir y a todo, evadida su alma fuera de espacio y tiempo . . .

Casi no la contempla, en esta única ocasión de mirarla sin velo . . . Hállase unido a ella y el rostro a que da tanta importancia cuando va cubierto, ahora es sombra más densa del alma que se escapa . . .

Del interior una campana rasga la quietud claustral —indiscreto llamado que da a la religiosa sólo el tiempo de clavar el acorde . . . Sus manos caen firmes sobre las teclas y la vibración musical se extingue suavemente.

Cesa el encantamiento, la sonoridad muere. Un silencio seco se sucede, y los vulgares ruidos consiguientes al piso que mueve, y a la tapa del órgano que cierra . . . Los pasos rítmicos de la religiosa se alejan a compás de la metálica notita clara, en que chocan la cruz de bronce, con las cuentas del rosario.

Juan cae súbitamente a tierra. Y es recia la caída, porque volaba muy alto . . .

. . . Ida . . . tragada por la clausura . . . ¡Siempre será así! La divisará allá en la altura del coro, oirá su voz, podrá como esta tarde contemplar el rostro arrobado . . . Y nunca; ¡nada íntimo ni personal! . . . No escuchará la po-

bre y humilde palabra humana dirigida solo a El, ni cruzarán jamás mutuas miradas ojos adentro, de esas que funden almas en silencio... ¡Sólo la Esposa del Señor, lejana, intangible e inmaterial!

Su desesperación culmina. Choca la cabeza contra las paredes frías... y querría despedazarse allí mismo.

...Esta inaccesible criatura le reveló amor... Ironía cruel de conocer a tantas mujeres, en razas y clases siendo ésta la única que le inspirara el amor del alma, en renunciación total... El abismo entre ella y él permanecerá siempre abierto.

Hasta la sagrada palabra "*Amor*", cuyo sentido Juan descubrió por Perpetua, es sacrilegio respecto de ella, la Virgen del santuario!

...Quédase ahí solo. ¡Qué templo tan feo y vacío! Arde la lamparilla del altar y nada dice al corazón de Juan. Su sentimiento religioso lo atormenta, y amenaza sin darle consuelo. La vida espiritual es nébula absurda. Ofrece un cielo desabrido, sin la posesión humana y exclusiva de la mujer amada, y sin la materialidad —grosera para los místicos— de ese cuerpo adorable...

¡Juan se enorgullece de ser hombre únicamente, todo un hombre! Los éxtasis angélicos no lo seducen. Esa especie de Nirvana, en que concibe la visión beatífica no lo atrae tampoco. Imagina la felicidad dentro de su condición humana y el resto no le importa.

El amor a Dios es palabra vana para Juan —no se ama

el misterio, lo que no se ve, toca ni siente . . . y, sin embargo, la idea del infierno— lugar de tormento— lo aterra como algo posible y justo . . .

A él, tan pagano de alma, amante del placer y de la belleza sensible, un Dios crucificado le molesta, pero temeroso ante la blasfemia, calla y acata esta religión de castigo y de terror que es la suya.

. . . Profesa el catolicismo, no por sentimiento de fe, sino por temor supersticioso, con miedo al eterno misterio y al hoyo negro de la muerte. Aférrase a la doctrina católica como a Isla de seguro asilo en el naufragio de la vida por su consoladora ideología de perdón y amor.

. . . Ama esta vida breve, en que por su ansia de gozarlo todo intensamente, perdió lo único verdadero: ¡Nieves, Perpetua!

CAPITULO X

A la muerte de Pedro, el "*Poder General*" de doña Mercedes, pasó a don Fermín.

A su gran sorpresa, hallóse con el fundo hipotecado y con dividendos impagos. La fortuna estaba tan mermada que amenazaba ruina.

. . . Había vivido la familia en el último tiempo de la oculta venta de los ricos muebles de caoba, heredados con la misma casa solariega, pues no tenían ya renta.

Rita, ya de novia, es la única esperanza de apuntalar el caserón. Tratóse de guardar la propiedad de esa gran fachada señorial, vinculada al orgullo aristocrático de la familia.

Todos estuvieron de acuerdo en conservarlo, por diferentes motivos, que en el fondo condensaba la vanidad del apellido y el orgullo de raza que representaba la casona.

Don Fermín se hallaba cómodo en los altos del frente, con sus gustosas comidas seguradas abajo y salón de tresillo, cerca del zaguán, a un precio que no encontraría equivalente en parte alguna.

Los muchachos también tenían su orgullo radicado al monumento de piedra ya hueco, y las mujeres habrían creído venir a menos, saliendo de su viejo solar ancestral.

Arbitraron penosamente recursos para guardarlo, arrendando la chacra con obligación de traerles una vez por semana fruta, huevos, carbón y legumbres, pues el producto de la tierra se lo tragaban las alzadas hipotecas bancarias.

La carestía aumentaba, no ya por años, sino por días y Javiera, encargada de la cocina y despensa, no sabía cómo hacer llegar los escasos cuartillos que entraban, hasta fin de mes.

El tío no aumentaba la pensión y era cada vez más exigente en golosinas. Además de las suculentas viandas necesitaba, comer entre platos, aceitunas, queso y beber vino de moscatel para rociarlos.

Permitíase también el lujo de comer cosas fuera de es-

tación. Solía hallar mal preparadas las aceitunas y agria la chicha de Curacaví, que le tenían embotellada, hasta promediado octubre.

Doña Mercedes suspiraba, Adela chillaba y Javiera daba angustiosas miradas interrogantes de sorda.

La miseria acrecía por dentro del caserón. Eran cada vez más franciscanas las "*once*"; gracias a que don Fermín, las tomaba donde sus numerosas sobrinas —agraciadas y zalameras— por esperanza de un recuerdito en el nutrido testamento, que se aguardaba de tío tan preferido.

Católico, con supuesta fe, sobre afirmación ajena, don Fermín Pérez Cotapos y Argandoña, era adicto a la Iglesia y al Partido Conservador. Solterón rico, maniático de nobleza y juez jubilado, con gran prestigio de probidad, ahora le interesa la política, y actúa como consejero e inspirador, repartiendo sentencias ajustadas al buen criterio, con que se cree altamente favorecido.

Hombre seco y egoísta, sin emotividad ni imaginación, ha vivido ajeno a compromisos y conflictos, en el "*buen pasar*" que le producen su excesiva mediocridad y sus excelentes digestiones.

Pruebánle insensatez o desequilibrio las pasiones y se complace en ser discreto y mesurado, atribuyendo a su buen sentido y superior cordura, tan digna manera. Toma por excelencia su propia inferioridad...

Frecuenta la Imprenta del diario Conservador —*El In-*

dependiente— que ayuda con sus consejos y nunca con sus empetacados reales.

Deja, de vez en cuando, caer la esperanza del cuantioso legado que yace en su testamento cerrado, pero dada su buena salud, temen que sobreviva al diario mismo.

Mantiene buenas relaciones con los hombres prominentes, que profesan sus ideas. La actitud de su persona, representa la perfección que en la ciudad, se ha hecho del "*tipo*" ya clásico, encarnado en el buen criterio de Balmes.

Siendo muy apreciado por sus amigos en calidad de "*tío Fermín*" es aún más celebrado, por las numerosas sobrinas, de la vasta parentela . . .

Con exiguas sumas contribuye a obras de bien público. Trae diestramente en las charlas la memoria de alguna antigua donación, cuya cifra calla, que se supone de reciente data, aun cuando es la única que hiciera antaño, pero siempre oportunamente recordada . . .

Profundo menosprecio le inspira la mujer, que juzga a través de su hermana Mercedes y sobrinas —seres muertos en quienes la incurable abulia destruye toda posibilidad de vida y por Adela cuya fuerza se precipita como torrente sin beneficio de nadie.

. . . A Eufrasia la considera mujer superior y tan excepcional, que refuerza su exclusiva preferencia y desdén por la mujer común.

Sacó de la Universidad de San Felipe, donde se educó, todas sus ideas hechas. Nunca necesitó estrenar el cerebro

pensando por sí mismo, pues sus sentencias en la Corte fueron ajustadas al Sancho Pancismo del sentido práctico.

Para cada situación nueva que se presentaba, extraía la receta adecuada. "*No tienen moral*" proclamaba con suficiencia y la suya era de ropa hecha. Nunca cortó ningún "*Juicio*" a la medida del caso.

Apegado a la letra del Código, sentenció sobre simples hechos concretos —caricaturas de complejas verdades ocultas . . .

No padeció quebrantos, dudas ni angustias. La ley le suministraba la fórmula hecha para cada sentencia. Sus irrevocables fallos jurídicos, en fuerza de interpretar la letra muerta, sin el espíritu animador, eran su blasón profesional.

Tan exactamente se ajustaba el tío Fermín a la modalidad del medio ambiente, que mereció fama de varón probo, a cuyo criterio se adhería la gente sin opinión propia, en cualquier emergencia.

Su acierto en los negocios era proverbial, y cuando tomaba acciones en empresa nueva, se daba por hecho que era la mejor colocación que podía asegurarse al capital.

Enriquecido y cada vez más avaro, no quería enterarse de las estrecheces del hogar en que vivía, ya tan vacilante y expuesto a estrepitoso derrumbe.

. . . . . .

De anochecida, al entrar al zaguán de la casona, halló don Fermín junto a la puerta de su escalerilla, a una "*pobre*" con tres chiquillos escuálidos y zaparrastrosos.

Tato conversaba con la mujer . . El viejo temía a la antigua sirviente de razón, muy adicta a casa Gandarillas, donde criaron a la madre, siendo la incorregible cotorra de intimidades caseras.

. . . Tuvo el "*tío*" que reprimir su cólera al hallar a esos "*pobres*" y con ojos de sobresalto preguntó a Tato . . ¿Qué se ofrece? ¿Por qué está invadido de "*pobres*" el zaguán a estas horas?

Ella altanera, y segura de tener razón, respondió: —Son, caballero, los "*huachitos*" del finado don Pedro, que piden *faumento* a su Mercé, que guarda los caudales . .

Los ojillos legañosos del viejo, parpadearon nerviosamente . .

—¡Caudales! Sus deudas querrás decir, la ruina de todos . . ¿Y qué insolencia es ésta de venirme a hostigar en mi propia casa? . . .

. . . Blandía don Fermín cual espada, la caña de su pequeño bastón con cachiporra de oro, de donde se extraía un florete, para caso de peligro, que nunca se presentara a caballero tan pacífico y de cabal criterio.

La pobre, se mantiene inerte. Un manto verdoso le encuadra el rostro, que debió ser fino, pero que estragado de miseria aparece momificado, con expresión de mansedumbre en ojos de bestia sumisa.

Los pequeñuelos acusan raza. Así negritos, sucios y desarrapados, tienen rasgos afinados, que no se hallan en el pueblo.

—Sépase que aquí no se le debe nada, mujer, y que si vuelve a aparecer, llamaré a un "*vigilante*", para que la lleve presa...

...Y volviendo a Tato. —Esta... es la causante de que Pedro contrajera cargos, que ha debido satisfacer con los reales de su madre y hermanas... ¿Qué más se quiere una pobre desvalida, que le haga hijos un caballero principal?

Daba violentos golpes con el bastón sobre los ladrillos... ¡Fuera de aquí!... ¡Largos todos de esta casa! ¡No se viene a manchar con tales mugres la decencia de una familia principal, y la reputación de un difunto!...

...Amedrentada la infeliz salió arrastrando su pollera negra hilachenta, con los pequeñuelos pegados a la falda...

Tato manoteaba y sus ojos saltones, parecía que se le arrancaban de las órbitas.

—¿Agora porque son "*huachos*" no han de ser sus *mesmos* hijos y no tendrán acaso su *mesma* sangre...? Así son los ricos, tanto orgullo pa mentarse caballeros y tan poca verdá pá reconocer sus faltas...

Güen dar con la conciencia de los que se creen señorones... Así les va a ir en la otra vía, cuando el Señor diga. "Cada hijo con su padre y cada onza con su dueño".

—¡Cállate insolente, miserable, *huacha* tú también, que vives de la caridad de este solar...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

—Huacha seré, pero digna y honráa . . sin deberle a naide sustento, ejante pobre . . .

Don Fermín, ya algo asustado por el temor de que Tato, enfadada murmurase por la vecindad y refiriese el suceso en casa de las Gandarillas, que hacían tanta caridad en la Hermandad de Dolores, y que eran para el viejo el Supremo Tribunal de la ciudad, empezó a amainar.

—Comprende, mujer, que Pedro gastó los reales de la Chacra con esa perdida . . . ¡Cuánto le habrá sacado la infame, para que la rica tierra de Chuchunco no haya dado ni para pagar al Banco!

—Nunca han tenido comodiá, a penas pa matar el hambre, y después que el finao don Pedro fué difunto, yo arañaba de todos lados para que no pereciera esa "*pobre*" con sus tres chiquillos.

. . Callaba Tato, que todo lo hacía en connivencia con doña Mercedes y Javiera, a escondidas de Adela y que hasta la misma "*venida*" era de acuerdo con ellas, que no disponían de un cobre, para darle a la pobre familia del difunto. Algo de eso sospechaba don Fermín y prefería asustar con el vigilante que con su hermana.

Ahora deseaba congratularse a Tato que sabía respetuosa y de excelente corazón. —No podemos nosotros cargar con las faltas y desatinos de Pedro, que ya bastante pesan sobre la familia, por la ruina en que ha dejado las tierras. Si no se muere tan pronto le quitan a Mercedes su "*haber*" patrimonial . . ¡A una viuda cargada de obligaciones!

Esta casa se sostiene por mí, y se hinchó de satisfacción el viejo . . Si no fuera por este hermano, estarían viviendo en la Chimba o en un conventillo. . . . . .

Los muchachos nada ayudan, todo se les va en ponerse futres y andar de merodeos con niñas . .

Tato, calmada por el tono razonable que ahora tomaba don Fermín, prosiguió: Güeno pus, así como tienen pá tóo . . también hay que tener pá esa "*pobre*" con sus huachitos, que por bajo que los miren, se han de mentar igual que los de esta casa . .

—Eso sí que no, tronó don Fermín. Nombres tan sonados y respetados, no son para que vayan tirados a la calle . .

—Que los mienten Cotapos o Pérez, no hace náa, en viviendo y hallando de qué mantenerse. . . Puén darle ocupación, porque la Charo, es niña de campo y sabe lavar, pero los niños estos, están hechos a más abundancia que en el pueblo.

Los enemigos capitulaban . .

. . Yo lo que igo al Patrón, es que la Charo ha de tener mesáa en esta casa, si no le quea náa del finao, pá los huachitos.

—Todavía no entiendes, mujer, que aquí no se le debe nada, y que esta "*pobre*" adeuda a la familia, todo lo que Pedro, para mantenerles a ella y a los chiquillos, sacó indebidamente de los reales de su madre.

—Si trabajaba no era pá perder, sino pá ganar y había

de dále a esa niña que perdió su honra por él. Le debía el sustento... Y agora que quea botá la familia, tienen que amparála no más. Y si su Mercé no le dá razón, ella buscará escribano, que le haga los papeles.

—Calla Tato, si no sabes lo que dices —¡qué escribano, le vale si Pedro no reconoció a los chiquillos!...

—Yo estoy pá atestiguar que los miraba por bien suyos.

. . . . . .

Paraba una berlina. Don Fermín giró apresuradamente sobre sus talones temeroso de que todavía estuviese pegada a los muros exteriores de la gran fachada de piedra, esa "*pobre*" con los rapaces chascones y mocosos, esculpiendo en el friso del mojinetudo portón, la miseria negra.

El disgusto cayó al estómago del tío Fermín. Se le revolvieron las ricas "*once*" de sus sobrinas Cavareda, —las preferidas en el vasto sobrinaje, por unir las cuantiosas talegas a los laboriados blasones, en el oro de cuatro cuarteles de nobleza.

Allí, las "*once*" que congregaban a la familia entera fueron suculentas. Y así don Fermín, víctima de una lepidia vecina del terrible cólico miserere (apendicitis), que no perdonaba la vida de nadie, se debatía esta noche en angustiosas náuseas.

Javiera le trajo almidón cortado, pero don Fermín, con los ojos blancos, pensaba si no sería prudente llamar Cura.

El miedo a la "*cuenta*" lo atenaceaba temiendo que en las ansias de arrojar el chancho arrollado, el pavo, las aceitunas y las mistelas, se le escapase también el alma, que tan asqueada había de hallarse en tal alojamiento...

Adela entre rezongos, murmuraba:

—Atascan al tío de comistrajos y después cargamos nosotros con la lepidia y la trasnochada, mientras las Cavareda duermen a pierna suelta.

El enfermo miró a Javiera entre convulsiones terribles.

—¿Me hallas muy mal? —díjole con ojos apagados. Nada oía la sobrina, pero Adela respondió: —Ahora escapará, tío, pero no crea que va a librar de nuevo atracón.

Continuaba Tato hablando en voz baja, con zumbido de rezongo:

—Ya lo creo que halla mala comida en casa, si "*hace once*" donde las Cavareda, que no viven más que para estragarse el estómago, con "*antojos*".

. . . . . .

Eran las tres de la madrugada cuando el tío ya con el estómago libre, de arrojar casi hasta las entrañas, pudo conciliar el sueño —un mísero duerme-vela— sin reposo ni inconsciencia...

A través de un velo, pasaban escenas confusas, que fingían en su alma la gran inquietud de hallarse en otro mundo desconocido, donde los valores terrestres no se coti-

zaban. —Mundo en que no valían nombres ni pergaminos, sino cierta esencia de uno mismo, sin circulación en la ciudad. Crujían todos los muebles, doblaban a difuntos todas las campanas y su sobrino Pedro se alzaba del carro de los muertos, en que lo llevaban al cementerio, y le hacía al cruzar el portón, señas angustiosas.

El cuarto se le llenaba después de "*pobres*" arrebosados en andrajos, y de chiquillos flacos cual lombrices, que estiraban manecillas con dedos delgados como hilachas . . mientras el desesperado clamor llenaba el cuarto.

Abrió don Fermín los ojos espantados y ahora su pieza estaba llena de cadáveres —carne de miseria formando un montón informe de cuerpos y trapos malolientes . . Siguieron escenas y cuadros que veía entre despierto y dormido. Por último lo levantan en el aire arrojándolo de cara sobre inmundicias . .

A la mañana siguiente cuando entraron a verlo, don Fermín estaba ardido de calentura.

La noticia de la enfermedad cundió como mancha de aceite entre el sobrinaje, que venía a ofrecer servicios, y a tomar noticias.

Tras el susto de tan duro trance don Fermín comía menos, pero los gruesos guisos que prefería lo obligaban a activar su lenta digestión en caminatas . . Echaba a andar para arriba, contra el curso del Mapocho, hasta la Cancha de Gallos o las Cajitas de Agua.

A su vuelta visitaba a la numerosa parentela de la ca-

lle Monjitas o Merced, que lo recibían con júbilo y lo escuchaban con entusiasmo.

El "*recuerdito*" presunto del testamento, daba brillo a los muy repetidos chascarros, cuentos verdes y casos antiguos, que componían el irrenovable repertorio del tío Fermín.

Se le consultaba sobre genealogías, siempre que despuntaba un proyecto matrimonial y el tío hurgaba con proligidad hasta los últimos vestigios de sangre principal, corrida en supuestos alambiques sacramentales, no obstante las travesuras que bien se sabía, hiciera el diablo, tras las bicocas de los curas.

Era temido don Fermín por su cabal conocimiento de las líneas nobiliarias . . De algunos episodios, circulados de boca en boca, que formaban la tradición maldiciente de la ciudad, guardaba silencio tumbal y sobre el desvío muy notorio de cierta rama que le caía encima, el anciano arrojaba densos pliegues de velos sacramentales.

A su regreso de la gira entre el sobrinaje, ya lo aguardaban en la casa solariega, sus contertulios habituales. Jugaban tresillo en la pieza contigua a la "*cuadra*" grande, de recibo nocturno, bajo el nivel del patio empedrado donde los "*tripes*" se podrían de humedad durante los inviernos lluviosos.

En esa salita pequeña, pitaban rapé entre graves noticias y tomaban mate.

. . Eran los amigos campanudos señorones, de amplia y rueduda capa española, terciada airosamente sobre el hom-

bro y cuyo abrigo guardaban hasta en la estancia cerrada, por excesivo rigor invernal.

Servía el mate a la mesa del tresillo, Josefa, hija de un cacique araucano —mulata de nariz ancha, pómulos salientes y ojos sesgados— al gusto de cada señorón, de leche o de agua, con limón o con canela...

Seguían la costumbre de que el jugador de vena en la noche, cogiese una onza de oro del montón y se la pasase a la india.

Intenso era el frío en los meses crudos. Apenas un rescoldo en el brasero de cobre, temperaba el aire.

Tiritaban los viejos de cuarenta años y era gracia que los ancianos pasasen agosto en vida —mes traidor cual ninguno— de sol vivo y recias heladas, cuyos bruscos cambios traían las pulmonías fulminantes...

La ciudad quedaba sepultada dentro de una sortija de hielo, con todos los cerros nevados en torno y la cordillera erguida en esplendor alucinante.

La espesura de la nieve caída, convertíase en densos mazos y bloques de mármol. Esculpíanle las nevazones a los Andes aristas y hondonadas, presentando el esqueleto espectral y gigantesco de un monstruo milenario, tendido a lo largo del país que cerraba el horizonte y hundía la estrecha llanura en su sombra glacial.

Los caballeros se cubrían para salir de la estancia en que jugaban tresillo a avanzadas horas de la noche, hasta por sobre la misma nariz, con el "*cachinés*" —espesa bufanda

de lana, (cachenez) y no atribuían mayor importancia a aquella temperatura polar, pues el sol irrumpía magnífico cada mañana, en gélica pureza de cielo austral.

Los ancianos salían a los corredores a calentarse los huesos entumidos, imaginándose habitar un país templado . . Jamás pretendieron siquiera dudar de la fugaz mentira, que les sugería el sol, en su breve aparición.

Se helaban en un clima delicioso y la fuerza de esta convicción, anticipándose de un siglo a la teoría mentalista, ganó el subconciente de la raza y suplió a las estufas y calefacción central del futuro . .

. . A medida que el frío arreciaba, se hacían más despectivos comentarios a la poca saludable innovación recién hecha en algunas casas modernizadas o extranjerizadas, por viaje de alguno de sus miembros al viejo mundo, de donde importaron la novedad de las chimeneas, sin oficio en país templado, y con gran peligro para la salud, por el excesivo calor acumulado, de atrapar una congestión pulmonar, a la brusca salida de salones hirvientes a patios abiertos.

Fué materia de largos comentarios la chimenea colocada años anteriores en casa de don Juan Irisarri, que sustituyó el brasero de cobre, a vuelta de Europa.

Se le hizo responsable de varios ataques de parálisis y muertes repentinas.

Recordaba don Fermín que en dicha chimenea, lloraba la rica leña de Guayacán, lágrimas de olorosa resina, cuyo

perfume aromaba toda la vecindad. El barrio entero sabía cuando estaba encendida la chimenea de don Juan.

—Desde entonces no fuí nunca a acompañarlo . . murmuraba, de miedo al aire colado del patio . .

El señor Argomedo aseguró que el calor de leña era más higiénico que el de carbón y aún la madera resinosa, se consideraba benéfica para los pechos débiles y propensos a calentura, pero nada convencía al tío Fermín.

—Juan era hombre a la antigua, como nosotros pero su hijo desde que volvió al país del extranjero, le inculcó esas raras costumbres forasteras.

CAPITULO XI

Comienzan las mensuras, para levantamiento de planos. Sor Clara ha pedido al Síndico que no permita entrar a nadie hasta que las religiosas desalojen la parte del convento, en que van a echar los cimientos de la construcción nueva.

Sor Encarnación y Nieves reciben al Síndico, cuando entra a tomar la topografía del sitio. Las dos religiosas van cubiertas por amplios velos; ancha, desrengada y arrastrando los pies, ya tardos, la primera; esbelta, elegante y rítmica, la Asistente.

El uniforme, que es el hábito, de color café opaco, la

densidad de la tela burda y la amplitud de los pliegues, no alcanzan a borrar las diferencias naturales.

En vano leyes y reglas, pretenden unificar a los seres— Natura, —la gran diferenciadora, mantiene sus desigualdades y se acusa hasta en la atmósfera, que envuelve a las criaturas.

Juan sólo ve el bulto de Perpetua, pero entra en su atmósfera de encantamiento sobrenatural . . .

Cada vez que va al convento se adormece su angustia, cálmanse sus ansias y enmudecen sus punzantes reproches . . . Son treguas al dolor. Posee ella un sortilegio de sedante dulzura. Es vivo su silencio, musicales sus gestos y enfrena su presencia las rebeldías de Juan. Introdúcelo a serena región, a que él no tiene acceso en la vida diaria.

Las vulgares conversaciones cobran solemnidad, mientras las almas siguen un diálogo mudo, vertiendo las palabras de sus gastados moldes esencia vital.

—Sujéteme la huincha, Hermana . . . Espéreme aquí en este pilar, hasta que tire el centímetro. Vibra en caricia de contenida ternura la voz de Juan.

Los monosílabos de Sor Nieves "*Ya*", sus palabras "*Lista*". "*Pronto*" o sus respuestas engastábanse cual notas melódicas de cristal en el aire del patio abierto.

. . . El pie albo, prisionero de la sandalia, asoma en delicadeza de blancura marmórea y las manos transparentes, muévense con agilidad de alas en sus gestos simples . . .

El esplendor de esa juventud intacta, resaltaba en el

claustro viejo, sobre los carcomidos ladrillos de pastelón, junto a los vetustos cipreses centenarios. ¡Era frágil su apariencia, bellos sus movimientos y límpido el acento de su voz! . . .

Volvían lentamente hacia la puerta de salida y el *¡Dios sea bendito!* caía sobre Juan como una bendición papal.

Después de cada entrada al convento se encerraba el joven en Peñalolén, para disfrutar a solas, las emociones del encuentro, almacenando en su alma los más leves aspectos de la amada visión.

Su belleza así lejana, se había enaltecido, retrocediendo el inquietante misterio femenino. El silencio claustraba en mayor densidad espiritual la armonía de su ser, orquestado en mística seducción, dentro de un orden superior a la admiración apasionada que Perpetua inspirara a Juan en el mundo.

. . . Dos días hacía que trabajaba con tesón en los planos —interesado, por vez primera, en asunto propio— cuando aquella noche, aunque se acostara tan cansado en Peñalolén no pudo conciliar el sueño.

Estaba insomne y afiebrado. Creyó que iba a dormir muy bien, por la fatiga cerebral que le produjo la composición del plano.

Gran silencio. Atmósfera pura y hálito fragante de los jardines . . . Juan se revuelca en el lecho sin hallar reposo y le arde la cabeza.

El absurdo de su vida lo oprime con su incógnita. Ha

vivido con todo el ímpetu desenfrenado de su rica naturaleza y se ha estrellado siempre la cabeza contra muro de hierro... Ansias juveniles, tormentos de pubertad, descubrimiento de ella, rechazo, viajes, fiebres pasionales, aventuras, desencantos, regreso al país, tedio, horror, repugnancia... todo, seguido de un maravilloso hallazgo inaccesible. ...Carrera loca tras la quimera, adoración de una Esfinge, absurdo, desconcierto, miseria, dolor... y tras de cada dolor, un dolor mayor!

Pasaron por su insomnio, cuadros variadísimos con tipos raros, bellos, extraños, en partes diferentes del mundo y tras de todo siempre ese bullir de ansiedades desesperadas... Y Nieves siempre fría, arrobándolo desde arriba con inexplicable embrujo... Todos los caminos del bien y del mal, lo orientaban hacia ella... Y también todas las emboscadas de la vida, lo imantaban hacia la nefanda criatura, que atrayéndolo con violencia, se sustraía irónicamente a su deseo...

Ya decepcionado de aguardar el sueño que huye, y exhausto, Juan se yergue en el lecho. Tal vez, si se pasea por la estancia, si toma el aire de la noche en la ventana, venga el deseado reposo. Conoce sus traiciones y desvíos. Viene, como el amor, de sorpresa y se va cuando no podemos vivir sin él.

Si llamamos al sueño, para cobijar un sufrimiento en su manto piadoso, huye, y si logra importunarnos, aprovecha el descuido para embarcarnos en su misteriosa y

aventurera barquichuela, siempre rebelde a humana brújula...

Este mal de insomnio, ha perseguido siempre a Juan. Le conoce todos sus aspectos. Hay insomnios banales en que, si estamos despiertos, reposamos al menos dulcemente conscientes en el lecho... y hay insomnios horribles, que nos encierran en anillo de hierro encarándonos sobre abismos de nuestra conciencia, a que siempre hemos vuelto la espalda en la vigilia.

Hay todavía, insomnios que nos llevan a la antesala del juicio divino, obligándonos allí a permanecer, para mirarnos cómo somos y no cómo querríamos ser... Noches hay en que la soledad, la estrechez del lecho, la oscuridad y el silencio, nos presentan nuestra intimidad real, sin ninguno de los aliños, afeites y cosméticos, con que nos vemos en nuestro espejo...

Juan sentía devoradora inquietud saturada de íntimos reproches... No debí irme a Europa... Tuve la imbecilidad de no aguardar!

Olvidaba ahora el ansia de libertad y de goces que determinó fatalmente su viaje. Se borraba de su memoria la especie de eclipse sentimental que le produjo el rechazo de Perpetua.

—Si no me quiere *¡Tant pis!*

Y no vió entonces en ella más que la muchacha bonitilla, inocente, adobada en prejuicios, oscura, y rutinaria, de

quien su buena suerte lo libraba de anclar su vida en la ciudad chata.

Se habían borrado de su memoria todas las atenuaciones que tuvo su error inicial y sólo quedaban de manifiesto, los cargos que lo amargaban.

Fuera del lecho, ya en pie, cree haber escapado a la obsesión de culparse a sí mismo. Antes se sentía víctima de la insensibilidad de una niña necia o demasiado inocente por educación, para sentir la calidad del amor que le ofreciera...

Juan estuvo siempre, en la ciudad, consciente, por comparación, de su propia excelencia. Se cotizaba muy alto, entre los otros muchachos groseros, simples y viciosos... En él, sin duda, todo era más finamente complicado.

Su soledad databa del colegio, entre niños bárbaros, con quienes no se avenía en gustos, ni en inclinaciones...

... Ahora en pie se siente más libre que en la cama. Esta noche la pasará en blanco; no podrá ya dormir. Amanece muy tarde y es todavía noche profunda.

Frente a su lecho, hay un antiguo, mueblecito de caoba con incrustaciones de nácar. Es un bargueño español que su padre compró junto con los muebles de la casa y la propiedad misma.

La vela parpadea en el velador, acosada por una mariposa nocturna. La coge y la coloca sobre el bargueño. Se divertirá, para matar el tiempo, hurgando en los pequeños cajoncitos... Los abre uno a uno... ¡Nada!

. . . Se exhala de ellos ese olor peculiar al tiempo, en la madera vieja . . . No halla en este mueble como en algunos viejos tocadores femeninos, esas manchas dejadas por los cosméticos, acusando el empeño de una mujer para borrar el ultraje de la vida. Estos cajones no han guardado óleos, ni esencias.

. . . Una tablita de pronto se corre sola y deja en descubierto un resorte tan disimulado, que Juan no lo ve; lo siente al tacto como aspereza de metal mohoso. Tal vez en luz diurna no lo hubiera reparado, pero la oscuridad, que contrae el espíritu, da finura al tacto y más credulidad que a sus ojos en huelga.

Oprime casi instintivamente aquella especie de botoncito minúsculo. No sobresale del nivel de la madera en donde se halla embutido, delatado sólo por la aspereza corroída de una materia diferente.

Trata Juan de hundirlo, pero no cede . . . Se esfuerza dos, tres veces, hasta que cruje el hierro mohoso y ya con más firmeza, oprime y salta arrojado bruscamente cual juguete de sorpresa, otro cajoncito, que permanecía oculto.

Inclínase Juan curioso y absorto ante el hallazgo inesperado . . . Está lleno de viejos papeles . . . ¿Guarda quizás secretos seculares? Ahora siente justificada su afición a las antigüedades . . . No son despojos del tiempo muerto, ni traen tan sólo la atmósfera del pasado . . . Su interés consiste en los documentos humanos que guardan indefensos y caducos. Son preciosas desgarraduras en que el

pasado nos confía los secretos de las generaciones muertas.

. . Con mano temblorosa coge el contenido. Son hojas finas de papel azul-celeste, que fueron sellados con obleas rojas y escritas con linda letra femenina . .

Otro rollo . . Un testamento . . No, cartas de hombre . . ! Es una despedida seca y solemne de la época en que las almas hieráticas y tiesas, tenían estilo epistolar de armadura y cota de malla . . La carta está signada *"Pablo"*, nada más . .

. . Los papeles azul pálido, contienen quejas que no se han expresado —y esta vez en escritura femenina— dolor de ausencia, amor burlado, impresiones íntimas y secretas, confiadas a la permanencia del papel.

Feminidad exquisita, revelan esas líneas escritas en letra hermosa, de perfecto dibujo. Aquellas palabras hieren a Juan, pegándole en el rostro los caracteres . . Parécele una melodía, escuchada tiempo ha . . canción íntima, familiar y dulcísima oída no sabe dónde que fué bruscamente interrumpida . .

Esas quejas están hechas al ritmo de su alma . . dentro de esa secreta pauta, que todos traemos al nacer haciéndonos sensibles a melodías interiores afinadas a nuestra clave particular.

Juan siente así confusamente, emoción de cosa suya, exclusiva, y conocida desde quién sabe cuando . .

La vela amarillenta oscila en su pálida llama vacilante mostrándole los borrosos caracteres surgidos por mágico

conjuro . . ¡Con qué ansia aguarda luz para descifrarlos! . . Luego Juan, con ardor de vehemencia loca, reserva el tesoro y sigue hurgando en otro cajoncito, que comunica con el primero . . Encuentra un paquete de cabello blanco, albo y brillante cual plata bruñida y resplandeciente . . Coge la trenza pesada y espesa, que debió ornar el rostro de una mujer prematuramente encanecida.

Y bajo la trenza un librito pequeño, de cuero grabado. Está cerrado con un broche, negro y mohoso, pero consigue abrirlo. Son dos retratos, cuyas fisonomías no logra extraer su mirada, del agua plateada en que se diseñan las figuras de daguerreotipo.

Despunta el alba trémula en los Andes . .

. . Al fin, del reflejo incierto, logra Juan extraer la visión de los dos retratos . . Se bosquejan en el agua ya turbia dos deliciosas figuras de una misma mujer. En el retrato de la derecha ve la imagen en éxtasis de una niña muy joven, con las manos cruzadas sobre el pecho, envuelta la cabeza en manto negro y en el otro retrato, la misma figura femenina de perfil, sostiene un lirio en sus manos finísimas y baja modestamente los párpados, dibujando en su rostro de estatua, líneas de pura belleza clásica. Parece sacada la figura de la lápida tumbal, de una joven mártir romana, en el cristianismo primitivo.

Enciende Juan todos los blandones de plata que hay en su estancia. El día tarda demasiado a su vehemencia pero la aurora alumbra ya con suficiente claridad, y pronto el

triunfante amanecer compite con las velas tímidas. Acerca el viejo librito al balcón abierto.

Le asombra el parecido que cree descubrir entre esos retratos y su primera impresión de Perpetua, en aquel baile donde la vió por primera vez —también en la luna de un espejo.

—¿Estaré alucinado? ¿Tendré fiebre? Asombrado por el parecido que la luz creciente acentúa a cada instante con más fuerza entre el daguerreotipo y su recuerdo. Es una niña de diez y siete años —la edad que tendría Perpetua en aquel baile de eterna memoria. Ni más ni menos. Así surgió la figurita ideal en la luna de un espejo ovalado. Las facciones del retrato eran quizás menos dibujadas que las de Sor Nieves pero el alma que se asoma por los ojos, es la misma. Se lo dice ahora brillantemente el sol, cuyo disco de oro despunta radiante por el Andes en irrupción de vida y se lo cantan todas las aves de Peñalolén, en ensordecedora sinfonía llenando cielo y tierra de soberano gozo!

Sigue contemplando las figuras y lo abruma cierta claridad espiritual que hace parpadear. ¿Pueden repetirse así los tipos de una época a otra? Es demasiado para que sea simple casualidad . . .

La inconfundible persona del retrato es ella, Perpetua . . . Esa combinación eventual de facciones, que forman

una fisonomía, asombra menos a Juan que la mirada —¡sello auténtico de individualidad!

Por esos ojos del ya borroso daguerreotipo, mira ella . . Rasgos de cualquier criatura se pueden hallar hasta totalmente reunidos en otra, pero su alma única, misteriosa y caída como por milagro en la envoltura carnal, que la contiene apenas, ¡eso nunca!

¿Qué hada buena ha traído al fondo de su noche negra, esta promesa de aurora? Juan está alucinado . . Va de pasmo en pasmo . . ¡Es ella, menos hermosa que ahora! . . Desde siempre oyó vagamente decir, sin parar mientes, de una secreta tragedia, que nunca salió a plena evidencia social, de los antiguos dueños de Peñalolén.

Corría una leyenda de velados dolores que allí se ocultaron y que ningún hecho concreto reveló jamás!

Las Alcántara, madre e hija, aristocracia preclara del siglo XVIII, vivieron ahí. Era íntimo de ellas, el General Carrera. Hubo allí quizás conspiraciones y ha debido ser teatro de páginas históricas transcendentes el parque señorial y mudo.

¿En negras noches invernales se fraguaría acaso en ese seno cordillerano, el destino de la Patria? . .

La madre tuvo una muerte rara, a decir del vulgo. De la hija, nadie descubrió nunca nada. Se enterró viva en Peñalolén pero sobre ambas planeaba la sombra de una tragedia, que enturbiaron vagas hablillas quedando al margen de los hechos conocidos.

Juan no sabía nada concreto; sólo la sombra del misterio, que nunca le interesó hasta que el bargueño en aquella noche de pesadilla, le arrojó al rostro los restos de náufragas vidas pasadas.

Esa mujer del siglo anterior lo miraba con ojos de idéntica expresión a la mujer de su único amor . . .

Mil pensamientos raros, de esos a que una conciencia bien administrada por la razón, no da pasaporte —pretenden infiltrarse en Juan.

—¿Es acaso la misma criatura? —¡No!— ¿La misma alma en otro cuerpo? —¡Tampoco!

Pugna por alborear una extraña claridad que alumbraría abismos, pero se retiene al borde del precipicio . . ¡No! Juan rechaza la imaginación fantástica. Se afirma con violencia en la negación cuando el suelo de su creencia vacila y teme resbalar . . ¡No! dice. —La eternidad no devuelve nunca nada a la vida breve y miserable. Un cielo eterno donde se verifica el encuentro espiritual de las almas despojadas de terrestre envoltura, irreconocibles, y desapasionadas— fantasmas de lo que fueron —sin amor humano y también sin odio— revés del amor —serenas, entonando cánticos de gloria . . ¡liberadas del oprobio de limitación!

Se rebela Juan con violencia. —¡Eso no! Querría dar libre curso a su fantasía, a su querer humano, pero teme.

La educación eclesiástica del Seminario, con su férrea disciplina, ahogó en él, todo despunte posible de intuición. Le dejó esa disciplina las pasiones vivas, la carne indómi-

ta, la humanidad exaltada, pero lo habituó al rechazo de ideas peligrosas.

Los dogmas cerrados están ahí haciendo guardia en torno a las sorpresas de la imaginación diabólica. Juan prefiere colgarse de la enseñanza de la Iglesia, antes de hundirse en dudas... No puede caer en errores, que constituyen delito para la conciencia del creyente.

Prefiere la muerte horrible y negra, el hoyo abismático, que se traga al cuerpo para siempre, el purgatorio largo... muy largo, a dejar las creencias garantidas por la autoridad de la Iglesia.

Lisonjéase Juan de ser creyente, por su buena voluntad de aceptación y su sometimiento al misterio. En la imposibilidad de toda demostración razonable o sensible, se allega a la fe.

Ha endosado así la creencia indiscutible, porque encierra una afirmación, a cuyas pruebas, su pereza remite su criterio —fe superior en todo caso a ese insondable piélago de las suposiciones sin guía, y sin afirmación teológica.

Esta creencia dogmática no calza, a su sentimentalismo; se le rompe por los ángulos salientes de su inteligencia, pero Juan la zurce con un acatamiento incondicional que redime sus faltas contra el sexto mandamiento.

Los sacerdotes llaman pecados de miseria humana, esas rebeliones naturales de la carne, y pecados de malicia hu-

mana, las dudas contra la fe y las indocilidades a los Ministros del Señor.

. . . . . .

Coloca los retratos junto a su lecho. Abre su ventana y se recuesta. El exceso de emoción lo ha desgastado . . Sueña con aquella criatura —lirio real— que se consumirá tras las rejas, exhalada su alma como las espirales de incienso del pebetero de oro, en adoración suprema.

Punza en Juan, la sensualidad indómita del pecador que ha sido . . Morirá la religiosa, sin conocer la fusión de la carne, en trance de infinito espasmo. —Absurda mutilación y castigo para él mismo de haber conocido el vaso de divina esencia que es esa criatura singular, sin gustar nunca la embriaguez del néctar!

Contempla Juan, en largo panorama, entristecido de crepúsculo, su pasada vida libertina en ansia de placer, y también su sed de alma, dentro del mismo delirio material —sed que engendró en él aquella criatura, escondiéndose tras las rejas, siempre inaccesible a su deseo . .

. . Manantial vivo allí próximo, susurrando a sus oídos el torrente de cristalinas aguas, sellado a su tantálica sed . .

Los caracteres finos y alados, en escritura femenina, ya desvaída, flotando como fantasmas sobre el cielo celes-

te del papel, trajeron mayor pasmo a su descubrimiento. Las letras descoloridas revelaron aún más íntimamente el alma de la niña muerta en el pasado siglo...

Juan se engolfó ávido en la lectura...

"...Desde que Pablo se marchó, la noche ha caído en mi alma... Pasan los días y no escribe... Los hombres aman con otro corazón... ¿Por qué no se quedó? Su presencia era mi felicidad. ¿Qué había cambiado entre los dos?

Nada me consuela de Pablo... El se fué a la vida para olvidarme, yo me quedo en la soledad, para enterrar mi amor"...

De las líneas se desprendía el dolor de un sentimiento que vagaba en el mundo, arrojado de su paraíso, por invencible obstáculo. Esa mujer había perdido el hombre, le quedaba prisionera el alma, pero estaba herida para siempre por una ausencia ¡qué ningún tiempo acercaría!

En el leve papel azul, que tiembla en la mano crispada del joven, añora la misma canción de su alma, desterrada en el mundo —melancólica canción de ausencia, afinada a su propio pesar.

Si pudiera expresarse Juan, su estilo condensaría la atmósfera de esa Perpetua que conoció en el mundo!

...La misma índole de sentimentalidad, acusan los ojos tristes, lejanos y la angustia esquiva de las miradas.

Traíanle esas quejas efluvios psíquicos, de Perpetua niña. La criatura del pasado, que gime con el acento de ella, tiene los sentimientos humanos que ahora quisiera ins-

pirar a la religiosa, pues las quejas sacadas del bargueño, llevan un sello de humanidad, ajeno a Sor Nieves.

. . . La monja está sumida en sueño místico, fuera de humana realidad y sepultada en su cuerpo, como en su propia mortaja. Ignora el tormento de amor, la soledad del corazón, la viudez del alma, el ansia de la carne breve que aspira a eternizarse, burlando el tiempo corto en fusión de infinitud. . .

La religiosa que Juan contemplara arrobada, desde la nave vacía de la Iglesia, ignora todo eso. . . El éxtasis la sustrajo a aspereza de realidad. Permanece tan distante que nunca podrá ser alcanzada por la apasionada congoja de su pobre corazón estrecho y grosero, de hombre miserable como todos.

No sentirá ella nunca la desesperación de haber perdido la vida y de ver al ser amado consumirse en un claustro macerando su carne preciosa en bárbaras penitencias.

Y "*eso*", lo más horrible, de no vivir ya jamás el instante eterno —único puente de paso, entre el cuerpo frágil y el espíritu infinito. . .

. . . En vida tan miserable, siempre en trance de limitación y mengua permanente, haber perdido el amor integral que se prolonga en el "*hijo*", —glorioso fruto, con que la pasión voraz, triunfa de la carne breve, es dolor irreparable!

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

. . . ¡Nada! Nunca siquiera Juan sellaría en sus labios puros —el beso— flor falaz de amor, que remonta el alma

a la superficie del cuerpo espeso... gotas de divina esencia, bebidas en el brocal del pozo de agua viva!

...¡Nada! Juan no tendría nunca más que la contemplación frenética, distante y fatal del tesoro guardado por —la Iglesia— corporación poderosa y secular, en cuyo engranaje, el que cae será despedazado, pero no se desprenderá jamás!

CAPITULO XII

Aquella misma noche del hallazgo, cuando fué a coro, Sor Nieves se sintió embargada por ola de amargura, venida de quien sabe dónde...

Sus primeros encuentros con Juan le produjeron inmensa felicidad. ¡Estaba ahí! Su conciencia no registraba más... La primera impresión fué de distancia suprimida, protección humana, encanto de proximidad, satisfacción de que el convento dependiera de él... pero con la cercanía material, el alma de Juan, que a la distancia sentía tan cerca, ahora huía, se esfumaba...

Caminaba junto a él, en largos claustros tristes, teniendo a su lado un hombre enigmático, forrado en vainas de acero; —que eran reserva de educación, convencionalismo, reglas monásticas...! ¡todo!

Además, Juan era hermético por naturaleza. Sólo sus apasionadas vehemencias lo traicionaban y entonces se en-

cerraba interiormente, sellado en su orgullo, y rencoroso consigo mismo, de haber delatado en cólera o entusiasmo, el hervor de su temperamento excesivo.

Para compensar involuntarias turbulencias, exageraba su cortesía en fingida obsequiosidad y genuflexiones artificiales. Siendo Sor Nieves, el eje alrededor del cual giraba su vida, hallábase con ella más cohibido que con nadie.

Su disimulación lo falseaba. Para aparecer frío, distraído y natural, exageraba sus modales cortesanos de pura exterioridad social. A fin de que pasase desapercibida su tormenta secreta, componía en su persona, la misteriosa esfinge que desconcertaba a Nieves.

Ni chispa de los ojos, ni viveza de gesto, fuera de compás, mostró a la religiosa, ese Juan arrebatado y pasional que ella amó en su lejana juventud. Ahora le parecía "*otro*" ese hombre que le mostró la quimera dorada —Amor— con que se arrojó ciega en brazos de Jesús.

El Síndico, a quien ella conducía a través del convento, era ese mismo ser, cerrado ya para siempre que perdiera por su torpe rechazo . . . Aun tenía en la cámara secreta de su memoria, la visión de aquella última mirada gris fosforescente, de sus angustiados ojos, en la despedida . . . ¡Después nada! ¿Revestía o encerraba una personalidad nueva? Colocó Nieves esos recuerdos de Juan, en la región azul e irrealizable de los sueños. Ya no guardaban contacto alguno con la realidad.

El Síndico, que entraba al convento escoltado por Ma-

dre Asistente y por Sor Encarnación, en actitud fría, cortés y del todo artificial era la espesa lápida tumbal puesta sobre el pasado —fuente inicial de su vida mística...

Tal vez la imposibilidad de identificar a Juan, con su enamorado de entonces, traía al alma de la mujer, viva aún, la ceniza de melancolía, con que pusiera sobre el suelo de la capilla fría, a medianoche, el farolito de vidrio, que encerraba la lucecilla conductora...

También era el farolito, símbolo de su vida encerrada al abrigo de los muros conventuales... y la vacilante velita —su alma de reclusa... Ni siquiera eran de vidrio sus paredes sino tan gruesas que no daba su pobre vida, ninguna claridad al exterior.

Esa noche estaba desalentada, vacía... Todas sus razones de sacrificio, de mortificación, aparecían abolidas... ¿Por qué? ¿Para qué?

Su existencia se le presentaba ahora tan absurda... Desertó la vida sin pelearla palmo a palmo, y la vida traicionera la tiraba sobre la desierta ribera del convento...

Hasta en la estéril existencia de Juan, en que no se encendiera ningún ideal, ni fecundado facultad alguna, hallaba la irónica respuesta de su equivocado destino.

Con voces nasales las religiosas entonaron sus cantos litúrgicos.

Aquellas preces en la silente castidad claustral, de medianoche, eran voces de náufragos a quienes nadie salvaría ya...

. . . Siguió automáticamente las oraciones rituales, que según su actual sentir, irían cayendo en llanura desolada. . . Pensaba que las almas venidas a la Orden de Capuchinas —la más austera de la ciudad— debían sufrir condena de algo oscuro e ignorado de la conciencia. . . Imaginábase que estaban tiradas en playa desierta. No fueron esposas ni madres. . . y el Señor también las repudiaba. . .

Juan, a quien sintiera Nieves tan cerca, allá en el viejo mundo, ahora aquí, en el seno de la cordillera y aun entre los muros del convento, ¡cuán lejos e irremisiblemente perdido estaba para ella!

Concluyó el coro. . . Las religiosas cogieron sus farolillos del suelo y en larga procesión silenciosa, fueron tragadas de una en una por las puertas de las celdas. . . Las lucecillas ambulantes picaban la oscuridad de la noche sigilosa, en que se iban perdiendo. . .

Dentro de su aposento, Sor Nieves se sintió sola y abandonada del mundo espiritual. . . Ningún acontecimiento golpearía la puerta de su corazón. ¡Nada podría cambiar ya nunca! Envejecería allí, momificada en la Regla, disecada en la aridez de la liturgia, y en la tristeza de los cánticos —gemidos de almas en pena. . .

Se edificaba un convento nuevo, más hermoso, pero desaparecerían los rincones vetustos, los patiecillos húmedos donde el alma añoraba suaves congojas de tiempos idos y amores muertos!

. . . El Síndico, frío como un cadáver, cortés como un caballero, adobado de prejuicios y enigmático siempre, dirigía los trabajos y de sus labios no caería nunca más que esa palabra tan heladamente suave: —"*Hermana!* pero que en su boca tenía sabor irónico y malsano de rencor.

Palpitaba a veces leve ternura en el acento de Juan y hasta hubo ocasión en que notó ligero temblor en su voz. Ciertamente el Síndico no le decía "*Hermana*" como todos los otros visitantes.

Luego sintió con amargura que nadie la llamaría nunca "*Madre*", sino con el acento gangoso de esas ánimas benditas que eran las hijas de la portera . . .

Nunca tampoco nadie le diría "*Mamá*", acariciante palabra que ella, Perpetua, nunca tuvo en el mundo a quien llamar con ese nombre . . . el primero que se aprende y el último que se pronuncia . . .

. . . No podía conciliar el sueño . . . Oyó una y otra vez que el Síndico con voz cálida —única identificación posible con ese Juan de antes— le decía: "*Hermana*". En sus labios finos extremadamente delgados y voluptuosos, la palabra "*Hermana*" y la frialdad cortés de la actitud no impedía, sin embargo, que trascendiese fuerza secreta . . .

Se durmió al fin de un sueño suave, y dulce . . . No supo más . . . pero ya cerca quizás del amanecer, porque fué muy viva la impresión de verdad cuando despertó, oía todavía que la llamaba "*Hermana*" otro que era Juan y no era . . . Siempre como en los sueños, la persona es íntimamente

ella y es otra; la misma en el fondo, otra en apariencia. Así esta vez Juan había retrocedido hasta convertirse en un ser, parecido exteriormente y que le decía: "*¡Hermana!* —Suframos la maldición de esta palabra, ponzoñosa entre nosotros..."

Luego, no sabía Nieves a punto fijo si lo había soñado, o si simplemente presentía un suceso por venir.

Juan vendría a no dudarlo, ese día al convento, siempre se lo anunciaba con angustia, la palpitación más acelerada de su corazón, pero ahora con júbilo... ¡Juan vendría!

Recordaba con pavor, aun bajo este alegre presentimiento, su impresión de la noche en la capilla, ante ese panorama gris de su vida monacal, sin acontecimiento alguno, desolado hasta la muerte.

...Y sin ninguna razón aparente, estaba dichosa... Sus cambios interiores no eran motivados por ningún suceso real de la vida.

En recreación, fué a la celda de la Superiora. La Madre estaba tomada en lo vivo de su sentimiento, por la gentileza de Juan, su generosidad, y su caballeroso proceder.

—*¡Lo quiero!* dijo a Nieves, y la salvación de su alma, es el negocio que ahora tengo más a pecho. Parece muy alejado de la religión.

Sor Nieves notó con horror, que a ella la apenaba, por sobre todo, no encontrar en el Síndico al hombre de antes... Se espantó de sí misma y rechazó hasta el pensa-

miento. Para afirmarse más en su renunciación de religiosa, puso por vez primera entre ella y la Madre, un velo...

—Peor que eso, Madre, es un alma muerta; se ha secado en su egoísmo y quizás en su orgullo. Los Irisarri tienen por familia el pecado de los ángeles... son satánicamente orgullosos.

Lo redimirá su caridad con nosotras, dijo Sor Clara. A menos que su orgullo le haga emplear su arte de arquitecto en construir la casa de Dios, por no ser los hombres dignos de que él les edifique casas...

Tomaba Sor Nieves con acritud la ofensiva recelando que si manifestaba su verdadero sentimiento, la Superiora la alejara de él, cuando entraba al convento.

Sin darle tiempo de seguir, Sor Nieves continuó:

Yo hallo al Síndico muy artificial... Nada en él es espontáneo... sus palabras, gestos y actitudes, son reflejos de reflejos... Sólo su voz es hermosa, tal vez porque no ha podido fingirla. Lo siento inadaptado en el fondo y exteriormente esclavo de conveniencias. Su padre era más sencillo, más sincero.

Sor Clara asintió en que el Síndico no daba confianza; nunca logró tocar en él un resorte, de esos que abren las almas y llevan calor vital a las palabras.

—Es muy reservado pero no falso... Hay personas que tienen extremo pudor de sus sentimientos y que la timidez vuelve herméticas... Su padre tampoco tenía ex-

presión verbal, pero ¡cuánta emoción, se sentía en su alma!

El Síndico es extremadamente verboso, pero sus palabras huecas, no vibran y sólo expresan la vulgar convención social... Mientras con más calor habla, más se oculta a sí mismo... La palabra es su máscara tal vez, o puede ser también, su disfraz...

La religiosa aprovechó la ocasión para referir a la Madre su terrible tristeza de la noche.

—Estuve deprimida, desesperada como si no tuviera fe... y todas las ayudas me abandonaran...

—Sin esas pruebas, hija mía, no avanzaríamos... pero ya te has repuesto.

—Sí, el sueño me hizo bien, he amanecido llena de esperanza...

—¿Soñaste anoche?...

Sor Nieves habría preferido no ser interrogada... pero se sintió obligada a la sinceridad...

—Tuve un sueño confuso en que, como siempre, las personas son ellas y otras...

La Superiora conocía bien esos aspectos de las pesadillas.

—Soñé que el Síndico me decía "*Hermana*", con cierta mofa... de mala manera, humillándome y luego se transformó en otro parecido a él... que me decía cosas raras... "la palabra hermana, es una palabra maldita..."

Calló la monja, temerosa de haberse expresado mal...

¡Por decir menos, había dicho, sin duda, más de lo preciso!

No hizo ningún reparo Sor Clara...

—Yo soñé una tontería, dijo confusa y como para animar a Nieves... Soñé que me habían cortado una trenza... supongo, porque la veía guardada en un cajoncito... era blanca como plata bruñida y el Síndico la miraba estupefacto...

Sor Nieves se encendió...

—También yo he soñado eso, ahora lo recuerdo... y el Síndico... no, el otro... me decía: "Esta trenza blanca, sabes Hermana, es de mi madre...". ¡Se me había olvidado y ahora me viene!...

Notaban con emoción las dos religiosas, que ambas soñaban asuntos que se completaban, como trozos de la misma escena.

—¡Si será anuncio de que alguien se va a morir! —pensó Nieves.

Sor Clara se apresuró a decir que esa noche, por lo menos, habían soñado tonterías, cosas sin asunto... ¡que no valía ni la pena de recordar!

CAPITULO XIII

El hallazgo nocturno dió a Juan pretexto para ir a Capuchinas. Estaba tan temeroso de ser descubierto en su anhelo de visitar continuamente el convento —único afán de

vida— que hallar un motivo para legitimar su visita, equivalía a favor del cielo...

Y no sólo podría llegar con un objeto, que ocultaba el verdadero móvil, sino que el asunto mismo se prestaba para quebrar ese molde férreo de la conversación usual, que rodaba en torno de los trabajos constructivos.

La reserva constituía ya en Juan una especie de doble naturaleza... Habituado a vivir adentro su existencia real, por falta de equivalencia anímica, en los medios que atravesara y por orgullo racial, se había encastillado, a punto que nada vivo salía afuera.

Su "yo" íntimo, con pasiones, caídas y contradicciones, entre lo que quería ser y lo que realizaba, formaba una entidad aparte e incomunicable, con el caballero exterior irreprochable, austero y cortés.

Eran dos hombres distintos: el interior vivo, complejo, en lucha de permanente dualidad, tímido y audaz, pagano de hecho y católico de deseo, cuidadoso de las apariencias e interiormente complacido en sus miserias, flexible por dentro, rígido por fuera, contradictorio siempre, unilateral y rectilíneo en apariencia...

Sin más familia que su padre, semejante a él en la armadura férrea del exterior, aunque muy diferente por dentro, se presentaban por esa engañosa apariencia externa, puntas que no podían unirse... Chocaban y se mantenían recíprocamente cerrados.

Con el único amigo que tuvo Juan, sucedió lo mismo.

Se admiraban y guardaban distancia. Ninguno hubiera querido desmerecer en el concepto del otro, revelando la humilde verdad humana, tan diferente en su inconsecuente y misteriosa complejidad, de los señorones rígidos y simples, en que esa generación forjó el ideal caballeresco...

Si Juan no dividía, como su padre, a los hombres en cumplidores o violadores del Decálogo, por lo menos, los dividía en razas, o sea, en nombres, atribuyendo virtudes a unos y vicios a otros. Creía en la excelencia virtual de la sangre. Por lo menos pensaba que si la suya, tan pura de escorias y siempre transmitida en sacramentales alambiques, traía tantos gérmenes de rebelión a los preceptos, ¿qué serían aquellas otras, pasadas por charcas y envilecidas de cienos?

Si él, un aristócrata razonable y de juicio tan cabal, pudo caer en tales fangos, ¿qué sería de los plebeyos sin nombre que respetar, sin buenos instintos heredados, sin freno religioso, ni tradiciones de hábitos que facilitaran el cumplimiento de los deberes... y hasta sin esa educación del Seminario, que encerró su pubertad en molde de hierro?

Ahora mismo, él, hombre tan sensato y moderado, se hallaba en desmedrada situación, enamorado de una monja, ¡ni más ni menos!, sin que su excelente criterio ni su voluntad, pudiesen impedir tal insensatez.

...¡Sí! enamorado como un niño tonto, de una religiosa profesa! El, un católico, síndico del convento, el hombre

de confianza a quien la Iglesia encomendaba los intereses de la comunidad.

Sentía la afrenta de tal descubrimiento; ignominia de que tardó en acusar recibo a su conciencia, alarmado del dolor que esta situación había de darle.

. . . Observó Juan por vez primera, que alguien de gran sabiduría y hondura, ignorado de la propia persona, sabe nuestro íntimo secreto, antes que nuestra conciencia . . . y así recordaba que sus primeros pasos en la capital, fueron misteriosamente encaminados al convento de Capuchinas . . . Descubría ahora esa oculta verdad de su amor, en mil signos precursores y desconocidos de sí mismo, en el momento de realizarlos.

Amaba a Nieves aún en París, y fué ella quien lo trajo a Chile . . . En el fondo de todos sus actos, estaba siempre la terrible criatura, atravesada fatalmente en su camino . . . Pudo casarse con Perpetua y no lo quiso esa secreta entidad anónima . . . Estaba puesta por el destino para atormentarlo, cerrándole las brillantes posibilidades humanas que se le abrían como al primer partido de la ciudad.

Le hubiera convenido establecerse al volver a Chile, fundar un hogar, tener hijos, entrar en la Política, servir al Partido Conservador, defender sus intereses . . . ¡Imposible! La fatal quimera, tras las rejas negras, sustraía a su vida toda esperanza de renovación.

Llevaba su secreto guardado —ascua de fuego en el pecho— cuyos reflejos pérfidos había de cubrir en todo mo-

mento con ceniza de civilidad —falsa moneda de circulación social.

A veces, como esta mañana, después del hallazgo, el secreto vergonzoso le subía a la garganta y hubiera querido gritarlo...

Su conciencia le mostraba en este amor maldito, un castigo de Dios... Tanto se exhibió en París con mujerzuelas y tanto escándalo dió, que ahora el "*amor*" casto y verdadero, había de ocultarlo como una vergüenza, porque en fuerza de ser purísimo, era criminal albergarlo...!

...Llevaría ahora únicamente los retratos al claustro... Reservaba los demás objetos para otra próxima oportunidad, y así tendría nueva ocasión de acercamiento.

Preguntará a la Madre, datos de las Alcántara y explicación del parecido de familia con ellas mismas. ¡Magnífica oportunidad para tocar algo que se relacione con Sor Nieves!

Juan estaba cada vez más embelesado en el trato de la Superiora. Desde su modesta silla del locutorio, como desde el sitial de un estrado, Sor Clara hubiera podido llevar la batuta del buen tono y del alto rango mundano. Tenía gran distinción, aparte de su belleza femenina. Con sutil agilidad su aguda inteligencia penetraba los asuntos. Hablaba de negocios con acierto y a los temas místicos daba asombrosa claridad.

Primero Juan se sintió atraído a ella por la memoria de su padre y luego fué cautivado por el equilibrio de su jui-

cio, por la proporción que sabía dar a las cosas, según su importancia y la fidelidad que guardaban sus decisiones respecto a los intereses de la comunidad.

Sor Clara oponía con su mente y en su llana compostura monjil, el tipo contrario al que Juan se formara, de las religiosas. Las creía pueriles, inocentonas, desequilibradas y se hallaba en presencia de una mujer superior.

Sentía por ella, una ternura rayana en debilidad que trataba de vencer por hallar en ese sentimiento, mengua de su hombría.

. . . Tratar con Sor Clara de cosas indiferentes, sentir su atmósfera sedante, era bálsamo que suavizaba su vida rota.

De la más vulgar conversación con la Priora —consultas de planos— salía Juan nutrido de fuerza, y consolado, hallando razones espirituales de existir.

De ella emanaba protección y confianza. . . El amenazante Jehová del Seminario, convertíase a través de los móviles y graciosos labios de Sor Clara, en el Cristo vivo, con sus luminosas manos tendidas misericordiosamente a las almas. . .

Hasta comenzaba Juan a descubrir una religión más humana y reposante. . .

En cada visita al convento, dejaba algo que consultar para la vez próxima, y no salía tranquilo, sino cuando concertaba la ocasión de retornar al monasterio a la brevedad posible.

. . . . . .

. . . A hora de locutorio —las dos de media tarde— Juan aguardaba a la Madre con los retratos. . .

Tenía ansia de leer la impresión, que el parecido con los daguerreotipos de Sor Nieves daría a la Superiora.

. . . Conocedor ya de las Reglas, hubo de pasar el paquete por el torno a Sor Encarnación, pues por las rejas, era prohibido entregar hasta las medicinas. Quedaba siempre de tornera esta religiosa que no servía para ningún otro oficio. Estaba muy anciana. Desdentada, gangosa y machacante, se hacía dar varias veces los recados y los iba repitiendo de memoria por los claustros, en confuso rezongo, desde el torno hasta la celda de la Priora.

Ardía en deseos de abrir el paquete Sor Encarnación, pero practicaba el vencimiento, para ella heroico, de refrenar su infantil curiosidad.

Se complacía en la heroica virtud que se atribuía, ya que a ese fin entró en religión; ¡para ser santa! Sufría sí, de que no reparasen en su santidad, encomiando tanto la virtud de Sor Nieves y de la Superiora, que a su entender, no se ajustaban prolijamente como ella a la Regla de San Francisco en lo más menudo y exterior que constituía lo esencial para la vieja monja, vacía de vida propia y ajena al misticismo.

Regañaba en sus adentros, de que en los conventos fuese como en el mundo, tan estimada la juventud, y no así el "*rango*", único valor inamovible, según ella, que no desplazaban, sino que acrecentaban los años. Ella pertenecía

por su nacimiento a una de las más preclaras y linajudas estirpes: Andía, Irarrázaval, Lisperguer y Gallón de Celis. A veces, a solas en su celda se cantaba sus sonoros apellidos, con entonación de bajo profundo.

El renunciamiento a su nombre, dió a Sor Encarnación mayor vanidad, pues la virtud de sacrificar tan sonantes apellidos, honraría su estado monástico.

. . . Una Gallón de Celis, bajo la toca ¡qué honor para la Iglesia! Desgraciadamente, venían apareciendo muchos apellidos nuevos de tenderos vascos enriquecidos, o de hombres de talento, y ya nadie se acordaba de su familia.

No tenía visitas, y las nuevas religiosas ignoraban su alta alcurnia, devenida con el tiempo pérfido, más que antigua, rancia. . .

Consolábase con la importancia de su puesto de tornera, considerado por ella, el más delicado del convento, —oficio que gracias a su edad e infantil candor, se había convertido en la ocupación que requería menos tacto. Era la menuda recadera del monasterio, pero a través de la frivolidad de la anciana, los recados se trocaron, en tan simples y vulgares como el portavoz.

. . . Nunca fué amada en el Siglo, y hasta la palabra vital de —"*Amor*— significaba en sus castos oídos blancos la expresión misma de la concupiscencia. Por falta de atractivo, nadie pudo amarla, y al entrar en religión, advirtió a la Superiora de entonces "*que a ella ni de intención, le había "faltado" ningún hombre*". Verdad que testimonia-

ban, su coto enorme, un diente salido y su ronca voz de gendarme.

Atribuíase púdica y orgullosamente a virtud y recato, el que jamás varón alguno le negase el respeto debido a su sexo y garantido por su fealdad.

. . . . . .

—Madre, anoche he hecho un curioso hallazgo en el bargueño de mi alcoba, dice Juan algo turbado a Sor Clara. He encontrado esos retratos que le envié. Tienen un parecido extraordinario con personas de la familia de usted . . . y querría esclarecer la causa.

—¡Si estoy pasmada yo misma de la semejanza! . . . Se parecen esos retratos tanto a Madre Asistente, cuando era del mundo que ahora en mi celda, al abrir el paquete, necesité comunicarle mi asombro y le he dicho: ¿Son vuestros estos retratos, Hermana?

Ella se ha reído, diciéndome: —Madre, ¡ya no existe el daguerreotipo! ¡qué extraño! . . . Mi primer retrato de seis meses, en brazos de mi padre, es de la fotografía Garreaud.

Sor Clara interrogó detenidamente a Juan. Creía que en la casa de Santiago habrían aparecido dichos retratos.

—Ha sido anoche, en Peñalolén, repuso Juan . . . Estaba desvelado y de aburrimiento, hurgué en un mueble antiguo . . . Tiré los cajoncitos . . . Las cosas viejas me intere-

san mucho por esas vidas pasadas, que nos entregan indefensas, sus secretos...

...Pues, en un mueblecito español muy antiguo, de esos que llaman *"bargueños"*, comprado por mi señor padre junto con la hacienda, he tocado casualmente un resorte, que me arrojó casi bruscamente al rostro, rollos de papeles, cartas, esos retratos y hasta una trenza de cabello cano...

Madre Asistente, sentada en una silleta de totora, estaba oculta tras el postigo doblado, que cubre la reja, en su calidad de escucha... Juan no la veía; sólo se apercibió de otra presencia en el recinto, cuando Sor Clara miró instintivamente hacia el sitio en que se hallaba Nieves.

La coincidencia con el sueño de esa misma noche era tan hiriente, que sus ojos miraron entre bastidores...

—¿Quienes eran los propietarios de la hacienda? —preguntó la Priora para poner pie en una realidad fundamental.

—Una familia de Alcántara, respondió Juan, una señora viuda con su hija —gente de lo principal. Corren leyendas sobre ellas...

—¡Puede también ser que ese bargueño, trajese su secreto de España! —sospechó la Priora.

—Los papeles, continuó Juan, son escritos por una mujer que se lamenta de haber perdido su amor...

—¡Extraño, muy extraño!, decía la religiosa.

—La trenza es de un cabello precioso, fino y resplandeciente...

—Tal vez es un alma que acude a nosotros para pedir su-

fragios conjeturó Sor Clara. La casualidad no existe... Todos son medios de que se vale el Señor, para alcanzar sus fines...

—¡Qué se repitan idénticos los tipos en el mundo, es lo que me asombra! —añadió Juan. No quiere que la conversación se aleje del punto inicial —único que le interesa. ¡Nieves! Si ahora no logra hablar con la Madre Asistente, si en esta ocasión tan propicia no le es dado abrir su corazón, ya no romperá nunca ese pesado silencio... Y se morirá con esa brasa que le devora el pecho...

—...¿Es posible, Madre, que de un siglo a otro, se repitan los tipos así?... Porque, a no dudarlo, el daguerreotipo es la estampa de la Hermana Asistente... ¿Tienen ustedes algún parentesco de familia con las Alcántara, dueñas de Peñalolén en el pasado siglo?...

Sor Clara trataba de hacer memoria...

—No, nuestros apellidos españoles, hasta donde podemos saberlos, no tienen tal nombre... y por el otro lado somos de origen irlandés.

—¡Habría que averiguarlo!...

. . . . . .

Mientras escucha, Nieves cree haber vivido otra vida en sueños —vida ideal en que han actuado ellos mismos allí presentes. Apenas se hace silencio en su alma, se desarrollan cuadros— escenas animadas, en un jardín señorial,

dentro de una casona, en que son ellos mismos —los tres allí reunidos— y otros... pero la madre y ella, Perpetua, no tienen tocas. Están libres, al pie de una alta montaña, más bravía y mucho más alta que los Andes... sitio en que cantan las aguas una orquesta a grandes instrumentos —sinfonía celestial— mundo de dioses...

Ella sueña cosas lindas y también horribles. Las bellas visiones son claras y lógicas... las feas, confusas y absurdas...

Escucha a Juan con deleite... ¡qué vehemente y apasionado es!... Ahora ha vuelto el joven que ella conoció allá en su juventud, —hermosa época que le parece tan distante y muerta, como otra vida anterior, en que no fuese ella misma...

Detalla ahora Juan los retratos, con finura de artista... discurriendo como le hablaba entonces a ella de libros, con tanto conocimiento literario y fervor estético...

Descubre en los daguerreotipos, aspectos y expresiones, que calzan a los intímos sentires de Nieves —cuando era todavía Perpetua, allá en la ciudad...

Esta leyendo Juan ante la Madre Priora, como en libro abierto, la propia intimidad de la monja que escucha, al contemplar la figura que emerge del reflejo plateado.

...La está desnudando con tan honda y fina comprensión, que su "*yo*" de niña, tan oscuro y complicado, se desdobla, se estira y se muestra hasta en sus últimos repliegues.

. . . Es asombroso para Sor Nieves, cómo aquel retrato que explica Juan a la Madre, es ella por dentro, en la íntima armonía que se guardan el alma y el rostro. . . No se sabía así la religiosa. Ha vivido en el mundo sobre la superficie de su alma, y este hombre viene a presentarla desnuda en la reja misma de su convento, sobre la apariencia de un simple retrato del siglo pasado, que se le asemeja. . .

La asaltan otras ideas. . . pero las rechaza con violencia. Serían contrarias a la fe y Nieves las desecha como tentación, hasta en presentimiento. . .

La voz cálida de Juan la envuelve en ondas candentes. Apodérase de ella el encantamiento, de aquel verbo inflamado y rico, que arroja palabras encendidas, con acento ardoroso, y brillante elocuencia. . . Juan está ahora desbordado. ¡Han caído todos los cerrojos de su alma!

—Ante mí se cohibe, sin duda, comprende ahora Nieves, pero con la Madre habla libremente. ¡Ella tiene el magnífico don de abrir almas cerradas y de ablandar corazones!

. . . ¡Tan cerca y tan lejos! Divididos por rejas, por abismos legales y religiosos. . . ¡Y las almas confundidas!

—¿Qué le encanta a ella en Juan que nunca ha podido explicarse. . . ?

No posee ninguna de las cualidades que le enseñaron a estimar en su casa. . . Es o ha sido disoluto, egoísta, corrompido. Su religión es de puro miedo. . . Su vida de rechazo al dolor. . . Es pagano de alma, cristiano sólo por el bautismo y católico de menguada conveniencia humana. . .

¿Pero qué poder de atracción hay en él? Sor Nieves lo siente con pavor. ¿Es acaso una fuerza satánica? Ella habría abandonado todo por ese hombre... El dolor, el martirio con él, le hubiera sabido a gloria. ¡Qué maleficio posee!

En el arrebato tumultuoso de la conversación, ya desbordado Juan, dejó entrever su pasión devastadora...

...Insinúa a la Madre Priora que una criatura de esa "*calidad*", dulce, fría y enigmática, lo abandonó por "*otro*" y era ella la única causa de su perdición...

Y ya fuera de sí, en una de esas locas vehemencias, que tanto lo humillaban y que su orgullo no le perdonaría nunca, exclamó:

—Sí, Madre mía, en esos ojos está la perdición de mi alma!... Soy un rebelde. ¡No me resignaré nunca! ¡Moriré réprobo!

Nieves escucha atónita y maravillada. Sus sueños toman súbitamente forma de realidad actual y viviente. Era verdad que Juan la había amado así... ¡que era ella el objeto de su vida, la causa de su soledad! Después de la ruptura, ante aquel rostro cerrado y ya para siempre impasible, creyó haber soñado.

Ahora mismo, que el Síndico, desmiente todas sus dudas surgió con más fuerza la eterna inquietud.

...Juan dijo que esa mujer amada, lo abandonó por "*otro*". ¡Sería una mujer casada! No era ella entonces...!

...¡Quizás otra dama de su condición social!...

Recordó que Juan dijera: una criatura de esa "cali-

dad"... *¡Soy yo!* se lo gritaba con fuerza su leal corazón, pero su pequeña conciencia convencionalmente estrecha, trataba de desmentir la gran voz sumergiéndola en mayores dudas.

Un torbellino de emociones se desencadenó en su alma, sentada allí en puesto de *"escucha"*, sobre silleta de totora, que la clavaba al suelo, condenándola a silencio de momia...

Hubiera saltado hacia la reja, para tenderle las manos a Juan gritándole su amor y su dolor...

—¡Tú me has encerrado aquí! —decía mordiéndose los labios... ¡Tú!...

...Fuerza superior la retenía ahí callada, sujeta al sitio... oculta tras un postigo, sin que nada delatara su presencia...

Sor Nieves siempre fué víctima, a la par que Juan, de las dos vidas en que se despedaza el ser humano —la grande e incontenible vida del corazón y la pequeña vida de convención y exterioridades farisaicas, pegada a la cutis del alma, cual cilicio de hierro, que ciñera a ambos desde que nacieron ¡la mentira perenne de la ciudad chata!

La pasión ya suelta como fiera, escapada de encierro, hizo estragos en la fisonomía de Juan. Halló en la Superiora, no ya la noble y discreta confidente, sino la madre que acoge con ternura incondicional al hijo desgraciado, en adivinación de lo inexpresado, penetrando su silencia hosco, y dolorido.

Madre Clara parecía a Juan en ese momento, una criatura amasada en su propia pasta dolorosa y sentimental!

—¡Si ella me hubiera amado! . . . era el leit motif de las quejas del hombre, convertido en niño.

. . . Concentrábase su dolor en que aquella muchacha no lo amó nunca, a él que sólo amó una sola vez, en su vida, y exclusivamente a ella.

Equivalente error rompió la vida de Perpetua.

El abandono de Juan y su vida disoluta en Francia, dábanle pruebas convincentes de haber inspirado una baja pasión, sentimiento mediocre, capricho pero ahora comprendía de una vez para siempre . . .

La conversación escuchada desde la sombra, desgarró el enigma que toda una vida de mentiras convencionales, densificara en su alma. Volvía a sentir el júbilo y la secreta compañía de su primera juventud.

¡Tan cerca y tan lejos! . . .

El, afuera tras la reja; ella, al interior, oculta en el rincón, clavada por fuerza magnética al sitio . . .

Levanta los brazos en dolorosa y muda imprecación de orante, hacia Juan y hace una plegaria muda: ¡Junta nuestras pobres almas en tu seno, Señor! . . . ¡Envuélvenos en tu manto divino!

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

. . . . . .

Nieves sale radiante después de escuchar desde su escondite la confidencia de Juan.

La campana ha cortado la visita. Van a coro... El último toque marcó el silencio. Las dos religiosas caminan mudas.

Todo se ha transformado para Nieves y resplandece en gloria.

Su triste amor puro y crucificado en renunciación, ha sido bendecido allá... y tiene este epílogo: —¡Siempre! en la cima del alma! ¡Divino epílogo...!

—¡Sólo, tu mi *Dios,* haces tales epílogos... Nieves sabía vagamente que cuando el Señor se los reserva, es para hacerlos hermosos y completos.

Desde ese momento el claustro, la monotonía de la regla, las almas inferiores, todo lo que circunda a Nieves, se le presenta en brillo de sol a la alborada.

Comunicó a su director, el Obispo, aquella emoción tímidamente, indagando si le era lícito complacerse en ella... Guardaba aún de las limitaciones que confinaron su alma en pequeña celda de conciencia individual, el mezquino apocamiento...

—La religión es amor, hija mía... ¡amor en Cristo! Su respuesta calmó la zozobra de Nieves y dilató de gozo su corazón.

Abrióle vida nueva esa revelación oída en su puesto de "*escucha*", allí donde sintiera más que en otra parte soledad de alma —cruel soledad de toda su vida, avivada a través de necias conversaciones a las que por complacencia se desciende a niveles inferiores. Parecíale ahora a Sor Nie-

ves, haber obtenido retribución completa de su vida atormentada.

Pregúntase, ante ese prodigio de dicha que le produjera Juan: —¿Existe, acaso, más allá de las cualidades catalogadas, en los seres humanos, otro bien oculto e inaccesible, que trasciende, se derrama y opera cual misterioso filtro de divina embriaguez, de un alma a otra alma, que le es equivalente? Se lo pregunta así candorosamente la religiosa claustrada, más que en rejas, en todas las mutilaciones de su siglo.

—¿Será, acaso, que las criaturas traemos de otra parte una vida oculta, que no logran acusar nuestros actos, ni palabras? . . . ¿Habrá otra existencia, vivida anteriormente, en cumbre o abismo de otro "*yo*" inexplorado que crea la especie de atmósfera que envuelve a los seres, les da expresión, y tiñe de color especial su modalidad, vibrando hasta en el acento de voz . . . algo que atrae o repele, siendo el privilegio exclusivo de quien lo posee?

. . . ¿Personas hay que llenan el espacio a donde entran con efluvios vitales y otras que producen vacío, chupan y vampirizan la vida en torno de ellas . . . ?

El Síndico traía consigo para ella, pero también lo sentía la Madre, una fuerza avasalladora y triunfante de vida. Todo el monasterio parecía lleno de él . . .

. . . . . .

A Juan, por el contrario, su involuntaria indiscreción, lo dejó exhausto y humillado. Había soltado su secreto ¿para qué? haciéndose un individuo peligroso ante la Madre.

Lamentaba haber destruído por tan absurda imprudencia, el tipo correctísimo de Síndico, dejado por su padre en el convento y que tanto le convenía conservar...

Se despedazó en vituperios contra sí mismo. ¿De qué le servía ver claro y rápidamente, ser fuerte, si cualquiera de sus locas vehemencias destruía en un instante la obra de años?

¡Vanos reproches! El torrente era irresistible. Su clara razón no lograba nunca dominar sus ímpetus para obrar según su conveniencia. Y hasta su voluntad que creía vigorosa, le servía sólo para meditar sobre sus propias ruinas... No tenía ningún control sobre sí mismo y le sobraba agudeza de crítica para verse ridículo y cargarse de inútiles reproches.

Haber llevado una máscara de hierro pegada al rostro, hasta ahogarse, durante toda la vida, para tirarla a lo pies de su más formidable enemigo. No tenía atenuación, hallándose perdido...

Esa noche se desesperó. Iría al convento bajo cualquier pretexto para reparar su torpeza y cerciorarse del efecto que su fatal confesión, hubiera hecho en la Priora. Hasta temía ser llamado por el Obispo y que se le pidiera la renuncia de su puesto.

No escuchaba Juan la voz del silencio. Sor Nieves con-

tinuaba siendo enigma. Nunca sospechó siquiera que un sentimiento de la calidad y fuerza del suyo, pudiera encerrarse dentro de la religiosa, bajo tan opuestas exterioridades.

. . . Fué ese día al locutorio y habló de asuntos arquitectónicos. No pudo resbalar en los silencios de la charla, por ningún resquicio, algo que borrase o atenuase en Sor Clara, la pésima impresión que creía haberle producido. Trataba de mostrarse equilibrado y frío para contrarrestar al "*loco*" que debió parecerle la otra vez.

. . . Su actitud cerrada de hoy lo cohibía más y más para tocar el terrible tema. En el momento de irse desesperado de su impotencia, Sor Clara le dijo: —Hemos rogado mucho por usted . . .

—Me he reprochado, Madre, el haberle hablado así de un pasado tan irrevocablemente muerto. Quise explicarle . . .

La Madre le cortó la palabra: —Son destinos . . . Le ha convenido hasta ahora ser solo, pero la vida cambia y se transforma a pesar nuestro . . .

—La vida en París no predispone al matrimonio . . . Ahora me quedo, por lo menos hasta construirles el convento . . .

—Pueden suceder acontecimientos inesperados, completó Sor Clara la frase difícil . . . Se lo pediremos al Niño Dios para el Síndico . . .

—Deje, Madre, rodar la vida...

—¡Rueda sin nosotros, la mueve Dios!

. . . . . .

—¡Las monjas no tienen concepto de amor humano! se dice Juan, andando por la calle, junto a los malditos paredones del convento. Aman sin el ardor de la sangre impetuosa, ni la energía de la voluntad tendida en recia tensión de arco!... ¡Ah, no, no es eso!...

Se encerró emponzoñado en Peñalolén. El convento se le hizo odioso, las campanas hasta en sus repiques de gloria, doblaban para Juan a difuntos.

Aquella lápida sepulcral con que los votos religiosos, sellan la vida monástica, le hizo odiar la comunidad, la Iglesia, la clerecía, todo... Esos hombres eran enemigos de la vida, conjurados para ensombrecer el alma y aterrorizarla.

CAPITULO XIV

Transportan a Justina a su casa, en una angarilla. La han levantado rígida del suelo en la Iglesia metropolitana, donde tuvo un derrame cerebral.

Profunda consternación de toda la parentela. La pequeña casa de Justina se halla aplastada por las torres de la Compañía de Jesús. Es bajita y humilde, pero tiene porta-

lón, mojinete y pequeño patio empedrado. Parece una viejita encuclillada, que pide limosna, a la sombra de los campanarios de la Iglesia de San Ignacio.

El reloj del convento resuena lúgubre, solemne y grave en la modorra soñolienta del patiecito helado. La casa está vacía, —muebles desvencijados, se aislan en los cuartos medrosos. Huelen a humedad, a derrumbe y a calabozo... Las alfombras desteñidas se deshacen de usadas. El gas ya no circula por las viejas cañerías sucias. Una yerbecita rala verdeguea entre las pedrezuelas del patio, en melancólico aspecto de sitio deshabitado...

La vieja criada aparece en la puerta, vela en mano. Es ánima en pena —difunta escapada de un sepulcro! Apergaminada y trágica, semeja ante su patrona inerte, imagen dantesca, con el fulgor que la candela proyecta sobre su rostro seco...

Colocan a la moribunda sobre un lecho pobrísimo, —catre de fierro negro, ya deteriorado, con perillas de bronce mohoso. Un Cristo jansenista, en vez de extender sus brazos levantados, los cierra en alto cual signo del reducido número de escogidos que alcanzan la redención del Señor.

Justina respira corto, en ronco estertor, y su mirada se fija en la puerta cerrada, que comunica con la pieza vecina. Cada vez que alguien se apoya por casualidad en esa puerta, sus ojos, se tuercen hacia allá, pero ahora, ya vidriosos, se clavan en ese punto, desmesuradamente abiertos...

Llegan muchos sacerdotes, los padres de San Ignacio, sus

vecinos, y varios clérigos amigos suyos. La Iglesia invade la casa...

Se ha juntado todo el barrio y amigos, contemplando con horror aquel despojo humano, que ya es Justina, con ojos extraviados y boca de sapo, murmurando palabras incoherentes... —jirones de terroríficas visiones... Está sobre el umbral... Los espectros de las sombras, acechan su paso...

Las comadres que rodean el lecho, repiten la consabida frase: —*¡Tan santa!* pero algo inconsciente, que sus mentes rutinarias no logran precisar, las aterroriza en aquella criatura que va a morir...

Esa vida que ha transcurrido, sin goces humanos, debe ser la mejor preparación para el tremendo "*Después*".

Justina en verdad no ha vivido, sólo se ha preparado a la muerte pero no obstante las apariencias, de aquella "*vida*" consagrada a Dios, en plena práctica del Decálogo y del consejo evangélico, nadie entre los presentes querría cambiarse, con esa alma que va a partir, cuando le suene la hora.

—¡En este trance asaltan las más terribles tentaciones! dice un fraile. El demonio pelea el combate supremo, para arrebatar el alma a Dios.

—Ha pasado su vida entera en el ejercicio de la Virtud, aliviando a los pobres, le contesta una señora cubierta por un manto bordado de chinerías, que asoma una mano escuálida, por bajo su espeso atavío.

—La muerte de los santos es la más combatida, asegura el clérigo.

Dos sacerdotes a cada lado de la cabecera del lecho, le dan absoluciones, unas en pos de otras, para ayudarla en el trance... El enemigo de las almas debe tentarla ahora en su fe...

La moribunda tiene ya fealdad de réprobo... Ni la palidez de la muerte próxima, logra alumbrar en su rostro, esas luces que la eternidad proyecta, al abrirse sobre los elegidos... Los ojos atónitos y sin mirada, brillan siniestros y el cuerpo se sacude con violencia... Horrorosas contracciones, esculpen en su cara de agonizante, máscaras horrendas... Un angel tenebroso revolotea en aquella alcoba con siniestras alas.

Adela da órdenes terminantes, se agita y no observa nada. Rita, con impasible sequedad, pasa en revista a los circunstantes.

Javiera, hincada a los pies del lecho, reza con voz trémula, las oraciones del Camarero. Invádela secreto pavor, viendo a Justina hundirse más y más en tinieblas. —¿Qué será la muerte de los malvados, si la partida de los santos es ya espantosa? —se pregunta aterrada.

. . . . . .

En el pasillo que va hacia el interior, el escaso gas amarillento alumbra menos que una vela de sebo colonial.

Afuera, varios muchachos de la parentela cuchichean con sus tiemples. La juventud aprovecha del pánico de la muerte, para preparar la vida. Luis Irigóyen, próximo ya a casarse con Rita, la contempla con admiración, sin atreverse ni a tomarle una mano.

El estertor agónico de Justina, sube de diapasón y ya se escucha en el patio el ronquido de la moribunda. Domina la voz plañidera con que Javiera reza las preces últimas —oraciones llamadas de agonizantes. Arde ya junto al lecho la candela fatídica. Es mortuoria la oscuridad de la casa. Para creerse en plena colonia, falta sólo la pajuela, con que en vez de fósforos, se encendían los cirios de la agonía...

El cuadro tiene la tristeza retrospectiva, que le añade la casa vieja, y la sonora campana del convento próximo.

Los amigos se observan curiosos sintiéndose invadidos de terror.

Allí hay sacerdotes, frailes, muchas sotanas, pero no alienta el amor cristiano, ni la luz del Evangelio...

Nadie tampoco ha tenido afecto a Justina... Para estos testigos de su muerte, fué la amiga convencional, que da diploma de beaterio, y marca adhesión a la Iglesia.

... Se ha comerciado con la amistad de la moribunda, para atraer conveniencias sociales. Nadie la quiere, pero todas la han temido.

La ronca campana de San Ignacio suena la hora —ho-

ras que a la agonizante marcaron por años largos ese tiempo, que ya se precipita inexorable...

Oprime el pequeño patio vetusto y frío la sombra helada del convento. Entre la comparsa que circunda el lecho, ningún alma ha tenido con la moribunda lazos íntimos y para nadie su muerte hará vacío...

..."Muestrario" ha sido Justina de virtudes, último vestigio de la Colonia en la ciudad. Conserva la Inquisición en el alma y la ejercía, apoyando su misma casa a los adustos murallones del convento de Loyola...

Los acompañantes cumplen en ese momento el deber social, dando testimonio de respeto a la Santa y de sumisión a la Iglesia.

...Entró Mechita Cerda al pequeño patio, perfumada y crujiente. Oyó el ronquido agónico y se esponjó complacida en su cuerpo joven, hermoso y sano.

A Justina no le espantaría el juicio divino después de una vida sin goces, sin amor y sin lujo, en tan sórdida pobreza. Comparó consigo misma ¡qué terrible cuenta!

Javiera no sabía atribuir a causa alguna, que la muerte de Justina le pareciese espantosa. No razonaba, pero sentía a pesar suyo, que aquella vida en ejercicio de los preceptos evangélicos, si daba razones a su cerebro, negaba certidumbre a su corazón.

Se asomó también Manuel Ruiz Tagle. Nunca había creído en la santidad de Justina.

¡Falta harán a los Jesuítas los borreguines de coco, que

se comían cogidos por el rabillo y las confitadas ciruelas claudias con que los festejaba Justina, en sus santos patronímicos. ¡Y el chasco que se va a llevar al otro lado la santita de San Ignacio!, profirió así burlón, delante de Eufrasia Gandarillas, que de pie, rígida en el dintel de la puerta, parecía el Decálogo esculpido en piedra.

La mano pocha de Justina con dedos regordetes, pendía exánime del lecho, sobre la sábana amarillenta. Dos frailes la aspergiaban con agua bendita.

Afuera los parientes, amigos y curiosos, estiran caras dolientes para integrar el cuadro. Las máscaras devienen trágicas, los espíritus se espantan y los corazones permanecen fríos.

Nadie llora. Domina en todos la curiosidad del espectáculo. Las viejas sirvientes ponen cara de tribulación, sin sufrimiento. No querían a su ama... Esta reunión es comparsa de comedia, junto a la espantosa realidad, heredada del fanatismo español y unida a las tinieblas espirituales, que el Medio Evo, añadiera a la Muerte!

. . . . . .

La figura de un Padre Jesuíta se encuadró en la puerta del aposento, hundida bajo el nivel del patio, quien al ponerse el índice sobre los labios, dijo con voz apagada... ¡Ya...!

Los curiosos se precipitaron al cuarto. Adela anudaba

un pañuelo negro en la cara de la muerta, para cerrarle la boca desmesuradamente abierta, por donde se escapara el alma.

Quedáronle abiertos también los ojos espantados, como ante una visión... Luchaba Javiera con su habitual lentitud de movimientos, por abatir esos párpados indómitos, que desafiaban todavía el horror de suprema revelación. ¡Vano empeño! Justina permaneció con los ojos abiertos. La carne tibia y laxa no obedeció a la presión de ninguna mano, y a medida que el hielo ponía el cuerpo rígido, aquellos ojos abiertos, sobre el vacío, daban pavor a los circunstantes, hasta que al fin una piadosa tela los empañó, velando el cristal —espejo fatídico de nefandas apariciones...

...La cara empezó a hincharse y a amoratarse lentamente saliéndole por la nariz un hilo de sangre.

Pronto trajeron de San Ignacio, cirios y candelabros. Colgaron trapos negros en el cuartucho pobre, desapareciendo el viejo papel de flores desteñidas, los trastos feísimos, el lavatorio de caoba antiguo, con su espejo turbio y la cómoda de jacarandá.

Quedó el lecho aislado entre seis candelabros, con cirios humeantes, esparciendo en el aire apestoso hedor, al que se uniría ya el otro... de la descomposición.

A la hora de comer se había desbandado aquel mundo. Salieron compungidos, quedando allí las criadas. Adela echó llave a todos los muebles y guardó los manojos.

La casa permaneció entregada a la servidumbre y a las comadres del barrio.

. . . Como a las dos de la mañana, mientras dormían las viejas, agazapadas en el suelo, en actitud de apresar todavía los rosarios, escapados de las manos, se sintió una explosión seguida de insoportable olor . . . Le había reventado la cara a Justina y estaba cubierta de sangre y pus.

En el reloj del convento sonó una hora . . . Ninguna de las pobres viejas hallaba cómo reparar el desastre. Temían acercarse, por miedo de que un espíritu infernal, se hubiese apoderado del despojo de Justina . . . Trataron de limpiar el rostro con tiras de trapos viejos, pero como una protesta de la muerta a aquel piadoso empeño, momentos después se le abría el vientre, tan hinchado ya, que formaba protuberancia en el lecho . . . Las viejas supersticiosas creyendo ver signos de reprobación se miraban espantadas . . .

Recordaban a otros difuntos que parecían santos de cera, serenos, con sonrisas dulces. Seguramente la muerte diera el descanso a esos . . . pero ¿a ésta?

Las dos criadas de razón, formadas desde muchachas por la madre de Justina, una dulce y bellísima criatura, para quien la hija amarga y confitada en añuñúes, fué un tormento, le tenían pavor. A ellas que sabían de su avaricia y de su corazón duro, las muestras dadas por el cadáver se les convertían en augurios de reprobación. ¡Justina pasaba

por Santa . . . ! Recordaban cuánto atormentó a la señora, la vieja patrona, que ellas querían como a madre.

. . . . . .

Al día siguiente, después de la misa de cuerpo presente, que se celebró en la casa, Adela tomó la llave del cuarto contiguo a la alcoba mortuoria y penetró en el aposento. Era menester recoger papeles y saber las disposiciones de la difunta. Hallóse en una pieza oscura, sucia y revuelta.

Encontró una antigua mesa llena de cajoncitos, un estante y papeles diseminados por doquiera. Con increíble pavor descubrió bonos de la Caja Hipotecaria, que debían darle a Justina una renta cuantiosa, para vivir con holgura. Y más todavía, le sorprendió hallar paquetitos de billetes ocultos en los rinconcitos de los cajones y otros más gruesos diseminados entre páginas de folletos religiosos. Hasta encontró una carta que ella misma, Adela, le escribiera de tiempo atrás a Justina, enviándole una suma de dinero para los pobres, que le confiara Eufrasia. Estas crueles sorpresas la pusieron al borde de un abismo.

Se sentó en un sillón desvencijado y se pasó la mano por la cara. Tenía frío y creyó desmayarse . . Buscaba un testamento, de que siempre le hablara Justina, en que serían herederas ella y Javiera. Ahora temblaba de hallarlo . . . Aquel dinero que saltaba por todas partes, en billetes de

todos colores, nuevos y viejos, desteñidos y sucios, parecíanle que manchaban las manos a su contacto.

Fué terrible revelación para Adela. Halló otros sobres con gruesos billetes enviados para los pobres, acompañados de cartas de personas muy conocidas.

La gran "*pobre*" que era ella misma, usurpaba ese dinero y lo esterilizaba.

En un baúl antiquísimo, se acumulaban también cortes de vestidos de seda, manteletas de abalorios, abrigos de todas las modas, chales de espumilla bordados, joyas antiguas, platerías, y libras esterlinas, guardadas en medias de lana anudadas. Del viejo baúl se escapaba un olor a herrumbre, a gusanos, a tiempo . . .

. . . Era el tesoro oculto de Justina, el sitio a donde se volvían sus ojos desorbitados, en las horas que precedieron a la agonía. Sorpresa humillante para la familia.

. . . También vió de súbito un frasco de extraño y oscuro contenido. No podía al principio enterarse de lo que pudiera guardarse en aquel tiesto de vidrio. ¿Acaso una medicina descompuesta? Miró con angustia sin causa . . . un bulto negro informe, nadaba en un líquido . . . Cuando comprendió, casi se le cayó de las manos aquella abominación, y lo escondió apresuradamente. El macabro hallazgo le produjo vértigo.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

. . . . . .

El rencor que Adela le conservaba a su prima era originado por las lecciones de "*virtud*" que continuamente le diera Justina.

Sospechaba que algo tenebroso se ocultaba en aquella vida, alguna mala y fea pasión disfrazada, que la convirtiera en "*frasco de hieles*", obligándola a confitarse en miel de untuosas palabras edificantes. Ahora reparaba Adela que Justina vivía en las Iglesias, arrebujada en espeso manto, pero que no comulgaba nunca. Sus escrúpulos, según decía, le impedían acercarse al altar.

. . . Ese dinero y especies, eran las monedas con que Judas vendiera al Señor . . . En realidad, las limosnas recogidas para los pobres de Cristo, estaban allí, clamando la usurpación que hiciera el egoísmo y la avaricia de la muerta.

Adela tuvo miedo . . . No se sintió con fuerzas para seguir evidenciando la terrible revelación que se desprendía de todo . . . La verdad desnuda de la vida de Justina, aparecía allí en el revoltijo sucio de la pieza trágicamente abandonada . . . Aquella mujer que practicaba la pobreza cristiana, era tan sólo una hipócrita. Juntaba plata para complacer su avaricia. Economizaba lo propio, y guardaba lo ajeno. No había tenido el valor de apropiarse el dinero que le confiaran, pero tampoco tuvo el ánimo de desprenderse.

La carta de Eufrasia databa de diez años atrás y los billetes, estaban allí los mismos. Muestra espantosa de la lucha que debía librarse en aquella pobre alma.

Bajo el peso del triste descubrimiento que trastornaba to-

das sus ideas, Adela salió del cuarto. Necesitaba pensar, tomar una resolución, hablar con alguien, pedir consejo.

. . . . . .

Ahora Justina yacía en el ataúd cerrado. Muchos bultos negros machacaban oraciones en el cuartucho, oliente a pábilo, a humo y a cera quemada.

¡Todo estaba concluído! . . . ¡Comenzaba del otro lado!

El testamento fué encontrado. No contenía más que una sola cláusula, (después de la consabida profesión de fe y de la acostumbrada declaración de ser católica, apostólica, romana); apuntaba: —"Instituyo heredera de mis bienes a la "*Compañía de Jesús*", para que les dé la inversión que estime más conforme a las necesidades de Nuestra Santa Madre la Iglesia".

Se creyó al principio que los bienes de la extinta se reducían a la casita . . . pero luego descubrieron 300 mil pesos en bonos, más de 30 mil en billetes, escudos de oro, monedas de plata, acumuladas en el mayor desórden, dentro de aquel cuartucho, adonde se clavaron por última vez los ojos ávidos de Justina . . .

Los Ruiz Tagle, trataron de acallar la maledicencia . . . pero Adela, furiosa de que la muerta legara sus bienes a los Jesuítas y no a su propia familia, cuya pobreza le era conocida, habló pestes de la Santa . . .

CAPITULO XV

Algunos días después rondaba Juan los paredones del convento, ya tan hoscos y viejos; sus pasos iban imantados hacia la antigua parte del primer monasterio colonial, junto al río.

Un organillo de Barbarie, irrumpe de súbito una gastada y triste canción —que cristaliza y ahonda la pena de Juan.

Esa musiquilla vibró en la calle del Peumo, años atrás... ¡Revive su juventud!... En ese tiempo, tan muerto ya, pagaba a un pobre organista, para que hiciese resonar en la vibración del aire estancado los ecos dormidos de la calleja desierta. Escucharía asi Perpetua la voz de su apasionado silencio.

...Nunca supo la niña por qué ese organillo tocaba tanto en la esquina de su casa.

—Esa música molestaba a tía Eufrasia. No había derecho para turbar la paz católica y austera del patio azul.

En los blandos compases quejumbrosos, tomaba alas el Espíritu recluso de la niña, abriendo brecha de musical resonancia a los suspiros errantes, de almas en pena, ansia o queja...

Nunca supo ella en su juventud, ya remota, cual vago sueño, de las veces que se evadiera del patio azul, en brazos de Juan cogida en la canción vagabunda y callejera. Nunca lo supo, ni lo sabría!...

. . . Y ahora el fenómeno se realiza nuevamente, sin que tampoco lo sepa.

Había solicitado ese día permiso para hacer su recreación de la tarde, en el huerto. Estaba sentada frente al nicho de un antiquísimo San Francisco, en cuya ahumada hornacina encendió candela, cuando irrumpió el organillo, esa vieja canción de otro tiempo.

. . . Tembló el aire dormido, animándose el ya espeso silencio vesperal. Ola de dulce emoción anegó el alma de la religiosa en sentimiento hondo, y triste de algo irreparable. . . Fué arrebatada lejos del huerto y muy atrás en el tiempo desvanecido. . . Sintióse vivir allá. . . cuando era posible todavía. . . ¡la gran quimera!

. . . Evocación tan viva, mostróle su cuarto de niña, la reja, la esbelta silueta de Juan y la vida abierta a toda la anchura de su juvenil ensueño. . . ! Arrullábala en dulce añoranza la añeja canción.

Calló de súbito y Sor Nieves fué tirada de bruces sobre la realidad. Miró en torno suyo la palidez crepuscular del huerto, los paredones, la candela parpadeante en la hornacina! No vió nada más que la clausura de los altos muros y la vida cortada para siempre. . . !

. . . El organillo recomienza otro airecillo del tiempo viejo y Sor Nieves ya despierta, atenaceada de dolor, frente a la dura verdad, encarando realidad contra ensueño, dejóse arrebatar por la quejumbrosa melodía.

Transportóla a tiempos de mayor intensidad sufriente,

pero de un bello dolor, aceptado y luminoso el airecillo "désuet".

. . . Doblóse aún su pena en el pesar de Juan, unido al gran dolor con que el mundo en sombra y exilio, llora un divino abandono . . . Su honda desgarradura sentimental, culminó en alivio, corriendo sus lágrimas hasta vaciarla de amargura . . .

. . . Juan hipnotizado por el organillo, había permanecido al pie de los paredones. Sintióse tomado, escuchado, consolado por invisible compañía, y sus lágrimas se soltaron suaves y dulcísimas.

Se puso de pie junto al río, para evitar el ridículo de ser visto . . . La vieja canción nada le recordó de aquella época. No ubicó sitio, ni le marcó año, pues ya para Juan las subdivisiones infinitas del tiempo, con sus cambiantes y sucesivas imágenes, estaban fundidas en un óvalo de cera, embutido en blanca toca y en dos fulgurantes luminarias que le mostraban la devastación del largo camino entristecido . . .

. . . . . .

Los trabajos de demolición del convento avanzan. La comunidad se ha recogido al interior de los más tétricos patiecillos mientras la picota derriba gruesos murallones.

Derrúmbanse los techos y la injuria de cruda luz, cae a plomo sobre esos sitios lóbregos y húmedos. Huellas de

sangre, han dejado descubiertas en paredes y suelos trazas de tormentos. El edificio viejo exhibe sus miserias a la impía luz del sol...

...Juan gusta de permanecer ahí, escurriéndose en el misterio de esas celdas preñadas de vida secreta... Habría querido conservar todo intacto, para enterrar, su derrota, en ese cementerio...

Los muros caen rápidamente y cada día, el sol victorioso hace nuevas conquistas en lugares, de donde permaneciera secularmente excluído.

No obstante su repugnancia al contacto del pueblo sucio y grosero, Juan no se aleja del convento. Repara por vez primera, en este acercamiento, la chispa de ingenioso buen humor con que el roto alegra las faenas. Sus naturalezas vigorosas, con generosidad instintiva, guardan un fondo de fatalismo alegre... "*¡Está de Dios!* les explica el bien y el mal y se lo cargan encima con resignada mansedumbre.

...Son sabrosos los diálogos que sorprende, desde la celda adonde colocara la mesa de trabajo. Algunos de los obreros consideran a las monjas grandes ociosas, retiradas allí para hacer vida regalada, y otros, les guardan el respeto debido a criaturas que ven la cara de Dios...

Se hallaba una tarde Juan con el mayordomo de la obra, haciendo planillas, cuando apareció despavorida la portera pidiendo socorro.

—¡La Madre, la Madre... la Madre! ¡A la Madre le ha dado un ataque!

—¿Cuál Madre? —pregunta Juan, exasperado de aquellos chillidos que nada explican... —¡La Priora!

Se lanzó a la calle, en plena vehemencia y acertó a reconocer el carruaje de un médico, que fué su condiscípulo en el Seminario.

—Acompáñeme Doctor al convento de Capuchinas a vuelta de la esquina. Se muere una monja... la Priora.

... Todo esto lanzado cual torrente, con voz trémula, sombrero en mano, por instintivo movimiento de cortesía.

Subió al coche, y mientras el amigo de niñez lo examinaba curiosamente, Juan, enajenado, daba órdenes y no oía siquiera las preguntas del médico.

En el convento cayeron las consignas, las puertas descorrieron sus múltiples cerrojos y los claustros se abrían por obra de magia. Los mudos fantasmas negros dejaban oír voces humanas y alteraban el ritmo de sus pasos... El tiempo urgía.

Sor Clara estaba sin sentido. Viento de tempestad sacudía el monasterio alterando las Reglas establecidas. El armonioso paso monjil quedó súbitamente abolido...

Tres religiosas marchaban de prisa con los auxilios, mostrando camino a través de los interminables claustros, pasillos y vericuetos que conducían a las celdas.

Un aire nuevo de "*suceso*", venía a romper la vida fantasmal del convento.

La vejez y la pobreza, herían a Juan... La insalubridad donde el tiempo se aconchara, sorprendía penosamente al médico, sospechando que sería esa prisión, nido de tuberculosis.

Penetraron al último patiecillo de corredores bajos, con pilares de cedro torcidos y recios, en cuyo centro la espesura de arbolitos enanos, constelados de oro daban las famosas naranjitas, peculiares al convento, llamadas "*capuchinas*".

Era lúgubre la celda a que penetraron. Quedaba bajo el nivel del patiecillo. La sombra del alero inclinado, los muros de cal, ya muy leprosos y el pavimento enladrillado, la hacían miserable en su penumbra grisácea.

Sor Clara reposaba sobre una tarima de madera negra, cubierta por un jergón. Estaba exánime. Tenía la respiración corta y los ojos clavados. Con la cabeza atada en un lienzo blanco y los brazos rígidos a lo largo del cuerpo, sobre la bayeta café que la tapaba entera, parecía cadáver.

Sor Nieves colocaba en ese instante, agua fresca en las sienes de la religiosa. Tenía descubierto el rostro ignorando que su velo estaba alzado.

Ausculta el médico a la enferma y pregunta: —¿Cómo se produjo el accidente?...

Varias monjas quieren explicar, pero Nieves toma la palabra y da cuenta de las circunstancias en que le sobre-

vino el ataque. Se eleva musicalmente su fresca voz y las otras religiosas callan sus confusos relatos.

—¿Se quejaba de algo?

—No, pero tenía el rostro congestionado, desde vísperas . . .

—¿Tuvo alguna emoción fuerte que le ocasionara el ataque?

—Ninguna exterior, pero su vida mística puede haber dado lugar a repentina emoción . . .

—¿Qué le han hecho?

—Se le han puesto sinapismos y compresas de agua fría.

—Conviene hacerle una rápida sangría . . . receta el médico.

Todo el convento se agita. Rodean la tarima de la enferma muchísimas monjas de todas edades . . . Asoman en los albos lienzos de las toscas —ojivas abiertas sobre el más allá— caras lozanas y caras marchitas.

Resalta la juventud en el marco blanco y la ancianidad deja adivinar la calavera próxima, insinuando ya bajo el albo cendal, en apresurado tránsito la futura momia. Ojillos curiosos o atónitos, ojos místicos o trágicos, convergen sus miradas en el rostro convulsionado de Sor Clara.

Una especie de paralización, en el tiempo que desertaron la lucha humana, marca esas fisonomías . . . Los músculos, faltos de ejercicio, se han relajado. Las ancianas tienen expresiones vagas, por laxitud habitual o carencia de iniciativas, que la obediencia suprime. Otras monjas con-

servan un ingenuo candor, a pesar de la edad. Tienen asombro de niño, pintado en el rostro.

Acostumbradas al orden invariable de la regla, sacadas de quicio por el acontecimiento imprevisto y ya fuera de compás, se atropellan, se turban y producen una confusión, que Nieves domina marcando su oficio a cada una...

A Sor Encarnación, cuyos rezongos alborotan, la manda a su torno abandonado. Envía a orar a Sor Angeles y Purificación. Se reserva para el cuidado de la enferma a las hermanas tranquilas.

Pilar ha ido en busca de sanguijuelas a la enfermería y Sor Tránsito viene con los tiestos de agua caliente.

El médico vuelve a auscultar a la enferma. Juan está de pie apoyado al muro, contemplando a Sor Nieves en actitud de sostener la cabeza de la Priora.

Ceñida la frente por la venda blanca y encuadrado el rostro en el cendal, aparece en Nieves la casta figura de mártir, que Juan viera pintada y ya casi esfumada, en el muro de una catacumba romana —aparición divinamente inaccesible, recalada en penumbra borrosa de tiempo remoto... Visión de otra vida y otro mundo— fisonomía que conservando el tormento personal de los ojos, planea sobre miseria de caducidad...

¡Tan viva en el corazón de Juan y tan muerta en su estado monacal!

¡Próxima allí, al alcance de la mano e infinitamente dis-

tante! Fusión de ojos que se compenetran y distanciamiento eterno de las personas!

. . . Sor Nieves halló a Juan muy cambiado. En la penumbra de la celda, su alargada silueta, apoyada al muro blanqueado, se destaca espectral. Es la sombra de sí mismo. Delgado y pálido, lleva impresas las huellas de larga devastación. . .

Conserva intacto y muy espeso el cabello, la barba enmarañada y los rasgos que fueron regulares y bien trazados, han perdido su dibujo. . . También las líneas otrora tensas, se han relajado y los ojos fosforescentes, pequeños y punzantes, llegan a ser incisivos y ferozmente traspasadores.

Su alma se acusa más potente que nunca en el desgaste del rostro, como si una llama interior, al consumir la carne, le avivase el Espíritu.

—¡Qué cambiado está! —se dijo Nieves, ante la sorpresa que le causara la suma del tiempo transcurrido que se le presenta acumulado en un instante.

A través de su espeso velo negro, no había advertido este cambio que ahora le muestran sus ojos descubiertos.

. . . Comprueba la religiosa que de su arrogante ademán, emana siempre la fuerza dinámica de entonces.

. . . En aquella contemplación sin mirar, aun manteniendo su cabeza inclinada sobre el rostro de la enferma Nieves se siente subyugada por el extraño poder de Juan

—el mismo de antes— que anestesiaba su voluntad produciéndole aturdimiento...

El observa a la Priora, no ya con sólo compasión, sino con ternura. Nieves registró ese matiz de sensibilidad, con íntima satisfacción de hallar hasta algo de filial en su interés.

Ese afecto hacia la Madre, era compartido entre ambos... ¡Halló suma complacencia de estar aún en ese sentimiento, ella misma, entre los dos!

Trajeron las sanguijuelas. El médico las aplicó al brazo de la enferma... La tersa cutis marfileña fué mordida por los gusanillos...

Nieves buscó aliento a su congoja, en los ojos de Juan que continuaba inmóvil, sobre el paredón blanco... Se halló apoyada en su fuerza, sostenida tiernamente y comprendida más allá de sí misma...

...Sor Clara comenzaba a perder su cadavérica rigidez la cutis se humedecía y transpiraba... Madre Asistente se lo hizo reparar al Doctor, que halló en la humedad de la piel, síntoma de alivio. Se descongestionaba...

La respiración se hacía menos acelerada y los ojos, que tenía casi blancos, con las pupilas clavadas, se le entornaron suavemente.

Juan se acercó al lecho.

—Pasa el peligro...

Su voz ardiente vibró en serenidad y dió confianza a Sor Nieves.

. . . . . .

Poco tiempo después, Sor Clara volvía en sí. Cerró lentamente los ojos quedando algunos momentos sumida en un sueño natural. Luego los abrió y la conciencia brilló en sus pupilas, que estaban vacías. Miró en redor al Síndico y a Sor Nieves. No manifestó extrañeza y exclamó suavemente: —¡Hijo mío! al clavar sus ojos en Juan. . .

La Madre Asistente se inclinó sobre ella y ya con suave sonrisa, que le iluminó el rostro, y con idéntica expresión de ternura, díjole: ¡Hija mía! . . .

Juan y la religiosa se miraron asombrados, y en fulgor de relámpago proyectado al confín de sus almas, creyeron hallarse en remoto cruce de caminos, que no registraba su actual conciencia. . . Instante de comunión a través del tiempo mudo, en un relámpago, venido del fondo de la vida, que los reunió en Sor Clara. . .

Llegaba el Obispo a auxiliar a la Superiora.

—¡Acaba de recobrarse. . . ! —le adelantó Nieves, a modo de saludo. . .

Los dejaron solos. . .

. . . . . .

Era la tarde, una tarde ya muy avanzada en la sombra de los claustros...

Cruzaron los pequeños corredores tétricos, los patiecitos entristecidos, en luz moribunda. Sor Nieves y Sor Pilar encaminan al Síndico y al Doctor, hacia el patio de la enfermería y botica.

Alta, quieta y radiante, en su clara belleza griega, Sor Pilar va al lado del médico, adelante de la otra pareja formada por Sor Nieves y Juan.

Explica el Doctor a la Hermana el detalle del tratamiento... —Le pondrán "*copuchas*" de nieve en la cabeza y le sobarán las piernas con mostaza... Voy a recetarle una poción...

—¿Cuál es la causa de este ataque? —Es una afección cardíaca por insuficiencia en una válvula del corazón.

—Tiene tan buena salud... La Madre nunca guarda cama.

—El régimen del convento la favorece... pero necesita un gran reposo, y evitarle emociones ¡pueden matarla!

Juan y Nieves iban atrás absortos. Caminaban sonámbulos, por los largos claustros ensombrecidos y callaban.

Sus pasos se rimaban en perfecta armonía, como si hubieran andado juntos todo el humano sendero...

La religiosa advirtió en ese momento que no llevaba el velo sobre el rostro... Lo ignoraba... pero quemada por la llama que proyectó sobre ella la mirada de Juan, tiró la negra cortina interceptora.

. . . El Doctor y Sor Pilar entraron a una salita que precedía a la botica, para escribir la receta.

Quedaron solos en el pasillo, Sor Nieves y Juan . . .

. . . Solos y casi a oscuras. Caía la noche sigilosa y espesa . . .

Con impulso irresistible, cogió Juan en un gesto de desesperada vehemencia, las dos manos exangües de la religiosa, y con las suyas crispadas, se las sacudió frenético . . .

. . . Y con voz de demente, silbándole en la garganta, y ojos desorbitados . . . le gritó:

—¿Nunca?

Ella, ahogada de espanto, en estertor casi agónico, estrangulada la voz cual delgado hilillo de agua que se rompe . . . respondió:

—*¡Siempre!*

. . . . . .

. . . La palabra así arrancada a la monja, en angustia de agonía "*Siempre*", operó en Juan con magia sacramental.

Anestésico a su dolor fué esa palabra breve. Transformó el pasado, creando el porvenir . . . Cayeron agravios, desvaneciéronse dudas, confirmando a Juan en esa "*Esperanza*" que lo sostenía —vaga esperanza extra terrena ubicada en misteriosas posibilidades negadas a humana visión.

Con su sola voz, Sor Nieves anuló el tiempo, sus traiciones pérfidas, sus continuos robos y las incesantes trans-

formaciones en que las cosas menguan... Esa sola palabra de ella, muda y sellada, destruyó barreras y explicó su nombre "*Perpetua*", que pegara al oído de Juan, en audaz ironía... y a ella misma, como a gusto rancio de las tías Gandarillas.

Quedó, después de la escena en el pasillo, tan arrebatado y dislocado el mozo, que necesitó de la gran soledad cordillerana, para gustar la eternidad de esa palabra bendita.

... Creyóse evadido de la cárcel, donde estuviera recluído a perpetuidad...

Ese fatídico personaje, el "*Tiempo*" —gran devorador de vida, convertíasele de súbito en hechicero, transformándosele en conquistador de valores nuevos y conservador de bienes antiguos...

Invertía sus severidades implacables, de lentas sustracciones y engaños aparentes, en magnífica dádiva... Le entregaba acumulados los robos que le hiciera durante toda la vida, devolviéndoselos centuplicados en un instante.

A su lento desgaste, a sus mezquinas y casi insensibles menguas, daba ahora un prodigioso acopio de reservas, sabiamente amontonadas.

A él, tan solitario y forzado a volver penosamente sobre las huellas del pasado, sin atrapar ya nunca las ocasiones perdidas, ni medios de posible renovación, el Tiempo muerto se alzaba de súbito y le tiraba al rostro, con la munificencia de un Dios, el perdón y la resurrección...

La palabra de Sor Nieves, desquiciaba el palacio ruino-

so del pasado, haciendo surgir ante Juan, un mundo nuevo, en que a la espesura y caducidad de los materiales con que se construyera el "*Ayer*", se sustituía una nueva valoración de la vida, en "*Hoy*"...

...Comprendió Juan que los estados civiles no existen para los afectos, ni tampoco resguardan juramentos, clausuras, ni paredones...

Hay algo divinamente vivo más allá de humanos tabiques, como real y duradero en esencia, que devasta y anula al Tiempo. Y esa verdad vital, trasciende de la aparente fatalidad de los hechos consumados, arrastrando en su avalancha todos los obstáculos...

Había aparecido de improviso una verdad, siempre oculta a su alma, que no le transparentó gesto ni actitud de la religiosa ni trascendió tampoco hasta él, de la atmósfera espiritual de Sor Nieves...

Nunca sorprendió en los silencios de Perpetua —la verdad de su amor. Y ahora, esa honda realidad siempre ignorada, surgió cual pirámide luminosa, del fondo de la vida culminando en alto...

...Todas las zonas de su recuerdo entraron en claridad y los más oscuros rincones de dolor se alumbraron...

Una férrea lógica encadenó los eslabones sueltos de sus contradictorios recuerdos.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Hallóse Juan anonadado ante su pequeñez... Había mirado siempre torpemente el oscuro anverso de esas mani-

festaciones, cuyo reverso apareciera tan claro, en la penetrante luz que traspasa apariencias.

Ahora por alegría de liberación se entera de cuán oprimido viviera y hasta qué intensidad de sufrimiento fué víctima de la oprobiosa tiranía del "*Tiempo*"... personaje céntrico de nuevas tribulaciones...

...Dolor de la ocasión perdida, del hecho consumado pena de envejecer y de no volver atrás en el camino y pena aun mayor de esa acción impalpable, pero aniquiladora de años que pasan, de días que vuelan y de horas que nadie puede retener ni apresurar... Pena siempre... y miedo de ese Tiempo traidor, que no presenta bulto y arrastra todo consigo...

Sobre las cosas deja el Tiempo polvo de opacidad, desmayo en la voluntad, olvido en los recuerdos, rutina en los sentimientos.

...Pasa sobre la vida en perpetua disminución de brillo, de frescura, de emotividad y de fuerza... Transcurre sin marcar su leve paso en la arena de los días iguales... Corre y no se le siente —viajero nocturno, ladrón solapado y audaz...

El tiempo transcurrió sobre la vida de Juan, anulando las promesas brillantes de nacimiento, fortuna y rango... De sus privilegios, sólo sacó tedio, de sus viajes desencanto, de sus amoríos cansancio, de su orgullo soledad, de su situación social esclavitud, y del prestigio de su nombre, soberbia y aislamiento.

. . . Y del amor revelado temprano, mostrado a traición, ocultamente esquivado, después perdido y vuelto a hallar por milagro, con crueldad de aproximación tantálica, sólo había sentido el irrevocable tormento.

. . . Siendo el partido matrimonial más codiciado de la ciudad, no inspiró nunca afecto sincero o tierna amistad femenina, ni ganó de su brillante situación un amigo . . . ¡Nada!

. . . Siempre nada, ni nadie en su vida. ¡Cruel ironía!

Pasó de la niñez a la juventud y de la juventud a la madurez, seco, irónico, solitario y triste . . . con sed devorante de felicidad. Y ahora de 37 años, hallábase de regreso en el camino, junto al manantial mismo de agua viva, que el imperativo mandato de su conciencia le prescribía guardar . . .

Sentíase ya cada vez más tristemente solitario, con el corazón endurecido, yendo en derechura a la vejez.

Su cuerpo —instrumento de finos goces— que amara como un pagano, y con el refinamiento de un griego, comenzaba a deformarse y a espesarse . . .

Tenía menos vista y su entusiasmo por la naturaleza, mermaba. El amor de su terruño montañés, la codicia con que se entregaba a la búsqueda de objetos antiguos, todo en Juan se apagaba lentamente. Hasta su estómago —órgano de importancia capital para un gourmet— daba ya síntomas de cansancio . . . Todo mermaba prematuramente en Juan y su excesivo vitalismo daba ya signos de agotamiento.

Su horror a la vejez con su séquito de enfermedades, y pesares, lo amedrentaba siendo tan temeroso, no ya al dolor, sino a molestias, disgustos y hasta a las desarmonías estéticas.

El Tiempo —personaje exilado de la tragedia griega— había pasado sobre su vida, que pudo ser magnífica, como un traidor elemento de destrucción. Ni siquiera lo hirió con un "*Dolor*", digno de hombre.

. . . Traición, muerte, injusticia, todo eso que hiere a los grandes Espíritus, trayendo derrumbes . . nada de eso lastimó a Juan. En su vida fué todo solapado, engañoso, y sutil.

Los bienes llegaron de frente, los apreció tarde, los perdió temprano y los "*males*", de soslayo . . .

El Tiempo jugó con la existencia de Juan . . En cada vuelta del camino le rió con satánica carcajada y le dijo: ¡Demasiado tarde!

Tuvo dicha en la mañana y no logró aprisionarla para la noche!

De su fortuna nunca extrajo felicidad para otros . . . Sólo ahora construía un convento, es decir, hacía la tumba de su amor.

. . . Ruinas se acumularon sobre ruinas, en el alma de Juan, sin ninguno de los grandes golpes que destruyen, pero crean . . . Tan irónico fué su destino, que lo hirió tocándolo en visión de blanca mano femenina, sobre negra celosía de reja conventual . . . ¡Nada más!

Y sin embargo, así sin ruido, estrépito ni golpes rudos, estaba de pie ante la puerta de la más triste vejez . . . camino gris hacia la muerte, sin méritos de vida y con temores remordidos al castigo final.

El Tiempo nunca le presentaba su espada de fuego. No se anunció ni en hilos grises del cabello —esos que una mañana advierten al viajero distraído, su solapada marcha silenciosa . . .

Estaba cercado Juan por invencible fatalidad. Su vida que fué abierta a todas las posibilidades en la juventud, se había cerrado en torno suyo, quedando detenido al centro de inexpugnable fortaleza.

Un reloj —el latido de su propio corazón— le anunciaba los imperturbables pasos del gigante que iba a devorarlo— la muerte negra, de su concepción católica.

Y sin embargo, por mágico poder desconocido, a la caída de un día cualquiera de su penoso atardecer, en pobre convento franciscano, una religiosa había derribado los fantásticos muros, salvado los fosos de silencio y animado un porvenir, en que el formidable enemigo "*Tiempo*" quedaba destruído . . .

. . . Con una sola palabra, esa mujer, ceñida en el sayal, oscura y olvidada, humilde y frágil, volvió su alma a la vida iluminando todo el pasado oscuro, para ofrecerle magnífica alborada . . .

La voz estrangulada de Sor Nieves dijo: "*Siempre*" y el implacable tirano Tiempo, cayó derribado y hecho

trizas... No existía... Era un fantasma creado para asustar a los hombres ciegos, que desvanece súbitamente Dios a los que entran en su Eternidad... Sí! en la puerta del Reino divino muere el Tiempo...!

CAPITULO XVI

...Después que Sor Nieves sufrió aquel "*síncope*", así llamado por la Priora, las Hermanas quedaron deslumbradas por el fenómeno.

Tenían prohibición de hablar entre ellas. El milagro actual era tema prohibido y por lo mismo, agrandado y magnificado en silencio. No hablaban, pero se deleitaban, en esa gloriosa posibilidad de ser favorecidas por el Señor, con algún prodigio que las señalara. Anhelaban ser "*escogidas*" y brillar ante la comunidad, para edificación de todas y a mayor gloria de Dios...

Sor Angeles y Purificación, deseaban ver cosas raras... para admirar el poder supremo. Tenían condiciones de espectadoras. Hasta hallaban que un monasterio sin milagros y sin almas extraordinarias, no es atrayente...

Ciérrase desde la clausura, la ventana que mira al Siglo, con el fin de abrir a dos batientes, la puerta que enfoca el mundo sobrenatural.

...¡Era día de recreación, fiesta de la Iglesia! La comunidad se reunió en el huerto.

Sor Nieves y Sor Clara ya repuesta, pero apoyada en un bastón, recorrían los grupitos, en que las religiosas, sentadas en esteritas de totora, hablaban cosas insignificantes, para honesto esparcimiento del Espíritu.

Brillaba glorioso el sol... Las jóvenes gustaban de sentirse acariciadas por sus ondas candentes, bañándose con voluptuosidad en su oro purísimo...

Las ancianas, en cambio, le tenían horror y buscaban porfiadamente la sombra helada de fúnebres cipreses, recordando los chabalongos con que ese calor pérfido, se llevara a personas de su familia en tiempos ya inmemoriales.

El sol y la sombra dividían a las religiosas.

Encarnación y Escolástica, refugiábanse de la solar inundación bajo las densas siluetas que proyectaban los cipreses.

Sor Agueda no gustaba tampoco de la ardorosa insolencia del astro rey, pero se retraía de la vecindad de esas ancianas religiosas que ya no hablaban, sino en rezongos y murmullos reprobatorios. Todo lo nuevo era malo... y lo antiguo excelente!...

Sor Agueda las interrumpió:

—Dios es de todos los tiempos...

Escolástica, que en su cargo de Maestra, se hallaba en actividad de continuo magisterio sagrado, arguyó que antes el Señor hallaba expeditos caminos para entrar en las almas, mientras que ahora el materialismo lo desterraba de la sociedad...

—Siempre su divina majestad, da la gracia a quien quiere y nada ni nadie le resiste, afirmó Sor Agueda.

Era grave su acento y sus ojos, vueltos hacia adentro, en habitual concentración de mística, vertieron chispas de ira, contra la anciana monja que repetía la misma frase en majadería de "*ora pro nobis*" . . .

Sor Encarnación sólo registraba en su mente de tornera a perpetuidad, ideas de la perdición en que se hallaba el mundo, por el ningún aprecio que se daba a los linajes —canales que conservan la pureza de sangre. Así ella, con su alta estirpe de sangre rica, no era considerada ni siquiera en el convento, al igual que su rango.

Hasta ese afán de asolearse que mostraban las jóvenes monjas, parecíale traer cierto aire de plebeyismo.

—Han vivido a la intemperie, pensaba, sin cortinas, ni brocatos; buscan por eso, la crudeza del sol . . . Nada les hiere el ojo ni les quema la piel dura . . . Están curtidas por los elementos, de que las aristócratas como yo, nos hemos defendido, con todo el recato de nuestra elevada alcurnia . . .

Sor Trinidad, que también era refractoria al sol y al contacto de los animales domésticos, no podía sufrir al gato. Guardábale rencor pues se apelotonaba en la cocina, junto al fuego, adonde ella hubiera querido permanecer, si se lo permitiera esa misma regla, de que estaba excluído el cómodo animalejo.

Vino a buscar compañía a la sombra, en contra de

las ideas de Sor Agueda. La consideraban de mal juicio, exaltada y con inclinación a rarezas.

Luego empezó a referir un milagro que sabía de la mejor fuente, una hermana suya (daba mucha importancia a los parentescos) lo había presenciado . . .

—El Niño Dios del Nacimiento de las señoras Alcérreca, en calle del Puente a donde iba la gente principal, movía los ojillos de cristal. Saboreábase con el manjar milagroso que servía a las Hermanas.

Sor Pilar y Nieves, traen desde la enfermería el cochecito en que Sor Epifanía yace sepultada.

—Está yerta, dice Sor Pilar.

Sor Nieves le soba las manos rugosas como sarmientos y escruta un signo de vida en aquellos ojos entelados . . . La demente suele suspirar y con gran esfuerzo de su boca hundida, cuyos labios secos estira penosamente, llega a balcucear: —¡Mamita! . . .

Expuesta así la miseria de Sor Epifanía, al gran sol meridiano, sirve de contemplación edificante a la comunidad, según el sentir de Encarnación y Escolástica.

—*¡Nuestro futuro! Hermana*, dice la última, y responde la primera:

—*¡Miseria de la carne!*

Sor Agueda, siempre desde la sombra, enfrenta el grupo, en que las Hermanas jóvenes departen alegremente.

Sor Brígida y Concepción, aspirantes a prodigios, respe-

tan en Sor Agueda su pasado sabiendo que sufre un "*mal*" extraordinario.

Tránsito, desconfía. No niega ni cree.

Verónica nota muy raras coincidencias en su vida común! se le pierden cosas que después aparecen allí a la vista, como si se movieran solas . . También le "*pena*" por la noche una persona de su familia, que no quiso confesarse . . Cuando se cumple mes de la muerte —pocas veces, porque murió en día 31— la penadura toma carácter de persecución.

Con entusiasmo refiere "*casos*" con detalles precisos de aquel "*penar*" que la entristece menos, por la placentera emoción de contar hechos extraordinarios.

—¿Vió, Hermana, a esa ánima bendita, de noche en el huerto? —Angeles interroga.

—¿Y en qué figura? —preguntan varias . .

—Era un enanito en la sombra y de súbito creció, creció . . No se le veía la cara, estaba como envuelto y dejaba tras de sí una cola muy larga . .

—¿Y no le preguntó nada?—insiste Coronada . .

—Eché a correr, pidiendo perdón al Señor, por las culpas de esa alma . .

Sor Coronada, desea con vehemencia dar muestra de santidad y por de pronto, imagina espectáculos ultra terrenos, que no ha visto, con gran esfuerzo de inventiva pues carece de imaginación.

Incorpórase Sor Nieves al grupo, exponiéndose con fruición al sol . . .

—A mí no me ha penado nunca nadie —proclama con alegría. He sentido con gran dulzura a los míos que pasaron al otro lado. Desde muy chica, creí que mi madre estaba a mi lado y que su protección, me haría inmune a todo peligro.

La dora el sol y su cara fresca con ojos de cielo, asomada a la ventana de la toca, dan, más que las palabras, la visión de ultravida que ha evocado . . .

No necesita de pruebas sobrenaturales por ser ella milagro viviente . . .

Dice Pilar: —Hay una protección muy sensible de las madres muertas, a las hijas vivas, que restan en el mundo.

—Sí, dice Nieves, nunca por mi propio sentir, he podido yo dar fe a esa expresión: —Perdió a su madre . . . Las madres se ganan en la muerte . . . Además, perder es un verbo que no se conjuga en la maternidad, ni tampoco en la vida sobrenatural.

—¡Una madre no se pierde nunca! —dijeron varias.

En el grupo de la sombra, las ancianas religiosas, desaprueban los milagros referidos por Sor Trinidad pero ella entusiasmada e insensible a atmósferas, continúa impávida . . .

—El buque seguía su marcha . . . y el Santo elevado en el aire e inmóvil, iba quedando como punto perdido en el espacio . . .

Le fulguraban de dicha, ante el divino poder, los ojos infantiles...

La campana distribuyó a la comunidad en sus distintos oficios. Fué la tornera a escuchar lamentos y también habladurías necias, que para traspasar la clausura, se confitan en "*pobrecitos*" o se aliñan de indignación al escándalo.

Sor Brígida, que es ecónoma, se encaminó a sus menesteres, mientras Sor Concepción componía hábitos viejos en la ropería.

Hubo de cambiar las flores en los tiestos de la capilla Sor Pilar, teniendo por ahora, cargo de adornar la Iglesia.

Verónica es sacristana y vela por todo lo que concierne al culto, Brígida y Purificación, tienen horas especiales de estudio y preparación para hacer sus votos solemnes llevando hasta el momento sólo el blanco velo de postulantes.

La campana de coro volvió a congregarlas en la capilla para vísperas.

Faltaba Sor Agueda. La Superiora reparó en su extraña ausencia y envió a Sor Nieves en su busca... La encontró en su celda, tendida de espaldas en el suelo con los brazos en actitud de crucificada y enteramente rígida... Parecía muerta, no respiraba siquiera y su rostro sin contracción alguna solo mostraba placidez. Estaba inerte.

Corrió Sor Nieves a dar aviso. Vinieron la Superiora y Sor Pilar, mientras Sor Encarnación llamaba por el torno pidiendo auxilios médicos. Le aplicaron sinapismos.

Fué colocada penosamente en la tarima. La rigidez del cuerpo y brazos hacían de Sor Agueda estatua de piedra, insensible como un cadáver. Ningún aliento empañó la medalla de plata que le aplicó a los labios Sor Nieves.

—Ataque de catalepsia, dijo la Priora . . .

Luego repararon en que le manaba sangre de las manos.

—¡Los estigmas! —exclamó Sor Pilar.

Y las tres religiosas comprobaron en silencio, que ese día era viernes y que el reloj había dado recién la media de las tres.

La Hermana cayó quizás fulminada a la hora misma de la muerte del Señor. Guardaron grave silencio, contemplando emocionadas la nobleza del rostro y el hundimiento profundo de las órbitas, bajo los párpados cerrados . . .

. . . . . .

. . . Juan quizás por primera vez en su vida, pasa una época de armoniosa plenitud. Se considera un fenómeno de insensatez . . ¿Qué ha sucedido de real para esta transformación?

Nada afuera. Todo adentro . . .

Se han removido lápidas en su alma y allí donde sus emociones enterraron muertos se han roto piedras y emergido figuras vivas y gloriosas . . .

Las imágenes sucesivas de Perpetua pequeñita, niña, joven, toda esa galería de visiones, que sepultara Juan para

destruir el cadáver en que seguramente la Perpetua de ayer, se habría transformado en ancha y vulgar señorona de hoy, con solo una palabra, al conjuro de su voz delicada, recuperó una vida que nunca tuviera antes, cuando él sólo la presentía en sus silenciosos y castos ojos ensoñados . .

El muerto y torturante pasado de su recuerdo, cobra de súbito la belleza viviente que no tuvo en el momento de su actualidad efímera. Entonces no sabía . . ¡y ahora sabe! Antes dudaba y ahora cree . . Antes esperaba y ahora posee . .

De joven vislumbró la felicidad que pudo obtener y hoy está deslumbrado por esa dicha que no vivió y que posee.

En su juventud, la alborada dió signos pero ahora pasa el sol por el meridiano . . ¡Y nada ha sucedido! . .

¿Para qué analizaría las causas de este sentimiento embriagador? ¿Qué importa la calidad del vino, después de producida la embriaguez? . .

Su cementerio de recuerdos se ha convertido en gruta de mágicos tesoros . . En verdad estuvo siempre al alcance de su mano, pero él pasó inquieto, afanoso, buscando por las largas y extraviadas sendas del mundo . . aquello mismo que llevaba consigo a todas partes.

Se halla en Peñalolén. El día es claro y la ciudad se diseña abajo en espejismo . . Hasta ve a Santiago hermoso, exhalando la mística poesía de un conservatorio de almas privilegiadas . .

Sólo ese convento grande, que es la ciudad, puede dar

abrigo entre sus paredones y bajo sus torres y aleros, a las almas bellas, para que no sean contaminadas. Están esas criaturas abiertas hacia arriba, y cerradas en torno . . .

Las aguas cantan cristalinas canciones en arpegios transparentes y acordes armoniosos, fundidos y ampliados en vasta sinfonía, cuyas sonoridades son el alma del parque soñoliento . . .

Los perfumes y colores, añadidos a la grande orquesta de las aguas componen el himno, en cuya magia sedante y voluptuosa, se mece el alma de Juan, a esta hora de infinita dilatación . . .

Se reprocha sus estúpidos sufrimientos . . . ¿No cantaron siempre así las aguas, en alegre plenitud? ¿No le murmuraron siempre ese secreto, que una palabra suya vino a revelarle . . . ?

Si hubiera sabido escuchar, se habría sentido feliz, al oír el bullicioso estrépito, con que las aguas precipitadas desde las cumbres, distribuían en la tierra baja, los secretos divinos . . .

. . . El mismo, había enriquecido con macizos de albañilería, canales, despeñaderos y estanques, la orquestación de las aguas en su vetusto parque . . .

. . . Su arte supo dar voz musical a las sonoridades del agua, engastadas en silente pureza, dentro del jardín señorial, cantándole la sonata de su amor.

Descubre Juan, por vez primera, después de su iluminación interior, que Peñalolén esta animado por la invisi-

ble presencia de una criatura que nunca ha vivido allí . . ¿De qué manera transportó espiritualmente a Nieves, hasta instalarla en su casa . . ?

. . Las aguas siempre le cantaron algo de Perpetua siendo su voz y su entonación . . Crearon tal sortilegio, que esa noche, cuando la conoció en el baile, tuvo cierta oscura sensación de pasado . . de "*otras veces*", de encuentro renovado, en esa primera ocasión!

. . Y al regresar después a Peñalolén, las aguas le añoraban, meciéndole en viejas reminiscencias ¡su nuevo amor!

El imprevisto hallazgo de Perpetua dentro de la ciudad que menospreciara, no fué sorpresa para Juan en la canción de las aguas. Aquilataba con claridad esta emoción ahora sólo y en dulce regodeo de íntimo ensueño.

Las aguas sabían desde siempre, algo que él ignoraba de Perpetua. Con viva claridad, Juan comprueba esta rara sensación . . ¡Qué de coincidencias descubre por doquiera! . .

—¿Me estaré, acaso, perturbando, o estaré ya trastornado?

¡La felicidad que siente, no guarda proporción con la causa que la ha producido! le reprocha su lógica humana a que habitualmente da fe.

—¡Ninguna! —se contesta atónito . . ¿Hay, otra realidad que la de nuestros sentimientos . . ? ¿Responden, acaso, a verdades ocultas que no registra nuestra breve conciencia? . .

El hecho es, que el más lógico de los raciocinios, no logra darnos la irrefutable certidumbre, que hallamos en nuestro inmotivado sentir...

Inundóse Juan de nuevo, en la emoción de dicha que lo embargaba, como en fiel y amoroso regazo, que cobija de acechanza...

Vino a su mente el recuerdo de los días en que callaron las aguas, durante el tiempo que estuvo cegada la laguna... Silencio, tristeza, ruina...

Fueron también los días más oscuros de su crisis sentimental. Mientras enmudecieron, el trágico silencio pobló de fantasmas su imaginación... Animáronse sus recuerdos, para darle definitivo adiós... Las más bellas memorias de su vida, hacíanle muecas irónicas; le reprochaban su enfermiza fantasía de soñador, que les diera efímera vida, y luego se esfumaban quedando sumergido en muda desolación...

Parecíale su existencia un descubrimiento continuo de polvo gris, en ataúdes deshechos...

Callaron las aguas y su pasado sufrió completa devastación. Fué extraño cómo coincidieron los momentos —¡su crisis interior y la mudez del parque! Hasta esos objetos hallados en el fondo de la laguna, trajeron a Juan un maleficio...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

—Me he puesto supersticioso, se afirmó con miedo.

Quizás la tragedia vivida por los antiguos moradores de Peñalolén vibra aún en el aire y daña mis nervios... Es-

toy hipersensibilizado... ¡Sabe Dios qué influencia malsana ejercen los sitios, en neuróticos como yo!

Esa niña de los retratos, tan parecida a Perpetua, vivió un triste drama y ese dolor esparcido en el aire, me penetra a pesar mío.

¿O penan las almas en los sitios donde vivieron?

Se pierde Juan en conjeturas y divagaciones. ¿Tal vez está rodeado de muertos, de secretos inconfesables, de dolores y esa vida oculta, produce el magnetismo del sitio, crea el alma melancólica de su hacienda cordillerana y da esa doliente poesía a los campos?...

—¡No sabemos nada!

Sin embargo, en ninguna parte se siente Juan mejor que en su fundo... ¡Es tan hermoso!

—No sólo entra en juego la belleza; ¡hay tantos sitios hermosos y vacíos!... mientras que Peñalolén está lleno de hechizos, de misterios y atracciones...

Las aguas le hablan una lengua viva, tejiendo las guirnaldas melódicas en que Ella lo envuelve, y convierten la tristeza, algo violenta de la montaña, en suavidad espiritual.

Al aspecto de irreparable vetustez, con que el Tiempo ha marcado al añoso parque, las aguas le dan una hechicería viviente de renovada frescura...

Allí donde todo proclama el pasado, la caducidad y la muerte, entre las sombras errabundas y trágicas que tiende el sol en las laderas o interna en los boscajes, las aguas

murmurantes oponen gracia de vida sonora y fantasía de luces diamantinas, en su fugaz carrera loca . .

Sobre la inmovilidad de los troncos y la sombra adusta de la cordillera milenaria, el agua bullente y cantarina, da alegre corriente de vida.

Al silencio mudo de las formas inmóviles, el agua presta el fragor apresurado de su libre curso . . Sobre la austera severidad de las grutas de piedra, tiende prismáticos arcos iris . . En la dura realidad del vivir estrecho, pone el agua la brillante quimera de su versatilidad, bordando la pétrea densidad, con su alegre chispear . .

La materia sólida es sueño de inercia; el agua líquida es vida que cambia, se adapta, divide y reune desposándose con todas las cavidades que la solicitan . .

Ahora comprende Juan que esa canción ha sostenido su fe en cambios que creía imposible, aun dentro de su quimérica esperanza . .

. . Instintivamente ha hecho converger su arte, al enriquecimiento de su parque por este elemento vital de maravillosa veleidad . .

No en vano él ha combinado amorosamente las trayectorias del agua, precipitándola en acordes robustos, deslizándola en suaves cadencias a lo largo de las praderas, desplegándola en abanicos luminosos o quebrándola en centellas, que ostentan ramilletes de diamantes.

. . A cada figura corresponde una sonoridad, en cuya

armónica combinación, canta el parque un himno de vida que pasa, en apariencia, y permanece, en verdad.

. . Y mientras las altas cordilleras impasibles dicen: "¡Nunca!", el agua sutil y amable canta: "¡Siempre!". Soy la vida que corre —Espíritu de la Naturaleza . . Paso y no retrocedo. Soy la misma y me transformo. En cada accidente de mi curso fugitivo, me quiebro, me enturbio o me filtro en la tierra para recobrar en su seno, la pureza de mi cristal . . !

El agua juguetona y cantarina de Peñalolén, ha destruído también para Juan esa inflexibilidad con que el Tiempo le fingía irreparable la felicidad ofrecida antes a su amor!

Gusta de su mansión, porque allí las aguas le dan en movilidad y transformaciones incesantes, contraste brusco con la permanencia de ciertos hechos, que le fueron fatales en el mundo.

Se complace en sentir que todo se renueva en la vida —verdad dulce para él, que fué víctima de palabra equivocada y de íntimo juramento burlado por mentida expresión.

Al estancamiento de su vida conviene esa cristalina musicalidad hecha por el fugaz correr de las aguas en su jardín . . Ni siquiera entre las paredes del enorme estanque, se aquietan, pues un gran chorro las anima estrepitosamente, exaltando su brillante pedrería al sol . .

. . Para conservar Juan su estado de deliciosa embria-

guez, gusta de permanecer solo. Hasta habría preferido alejarse del convento... Temía que cualquier incidente vulgar, velase el sol que naciera en su alma...

...¡Quedarse así indefinidamente! ¡Detener al Tiempo! evitando que se presentase otro aspecto de la vida cotidiana, en que Nieves viniera hacia él, con el velo de la convención tirado sobre el rostro.

—Soy tan estúpido, que me daña todo... No sé descontar las exterioridades... decíase humillado.

Trataba de acogerse, a su emoción de aquella tarde en el claustro, de manera que ya nada pudiera desorientarlo...

Nieves lo había amado aún en el pasado y el afecto estaba ahí engastado como un diamante solitario, entre las prohibiciones de la Regla y las emergencias posibles de la vida...

Ningún hombre, marido o amante, estaba tan garantido como él mismo. Esa seguridad espiritual, valía por las ventajas del acercamiento... y aun compensaba de las mutilaciones amorosas. Así lo sentía Juan en aquellos días...

...Esas quimeras, de que se burlara cínicamente antes, y que se llaman en lengua de "*iniciados*" en platonismo, "*amor de alma*", vino a ser una realidad para Juan.

...Era cierto, de toda verdad, que él amaba en aquella criatura, algo permanente, que no destruye la muerte y que existe antes de tomar vestidura carnal... —¡Algo único,

que se presta por breve tiempo a la apariencia física y que hace al ser humano, diferente de todos! . . .

. . Lo experimentaba . . Por eso, no pudo nunca desprenderse de Perpetua, con otras mujeres que la sobrepujaban y que satisfacían plenamente sus deseos . . .

. . Esta revelación, recibida de súbito, era una verdad ya tan clara en Juan, que se sorprendía de no haberla descubierto mucho antes, en la calidad misma de su amor.

Mira hacia adelante en los años venideros . . El porvenir será igual a este presente. Ella permanecerá en su convento y él en su casa; sólo se divisarán pero ya "*sabe*" y en esa conciencia reside su vida . . .

Cree y eso basta! No importa que la existencia transcurra en privaciones, que sea de continua y total renunciación. Está contenido en ese sacrificio la esencia de vida. —Amor— y el resto es acidente deleznable . .

No se sabía Juan tan idealista. Todo es sorpresa . . Se le ha abierto un mundo nuevo . . Eso que él creía el absurdo de imaginaciones exaltadas, sin realidad ni lógica es ahora la única verdad de que vive . . Se halla nutrido de una fuerza que nunca halló en los argumentos razonables . . .

Ahora comprende Juan que se puede vivir de un grande ensueño, aunque, no haya aterrizado nunca en el mezquino suelo de la vida, ni se haya hecho contrato social, ni carne en hijo.

Nieves estará siempre lejos, ¡pero qué cerca está su alma! . . .

. . . Cree estar definitivamente arraigado en la posesión de esta verdad conquistada al precio de tanto dolor y vuelve a dedicarse a los trabajos de la construcción . . .

. . . . . .

Pasa tres días a la semana en la ciudad allí hundida a sus pies . . . Los trabajos que dejó bien organizados, durante los días que permaneció en Santiago, se desordenan nuevamente en su ausencia.

El mayordomo de la obra, ha reñido con los albañiles y fué preciso despedir al más competente. Es ebrio y comienza su semana el miércoles. Los otros menos capaces, carecen de esa dignidad tan necesaria al oficio . . . Trabajan para ganar el dinero, que se van a beber el sábado por la tarde. Son insoportables . . . Tales obreros necesitan continua vigilancia. El mayordomo debe tomar todas las medidas y verificarlas sin cesar. Cuando llega el arquitecto a la obra, todo está en desórden. No han avanzado nada.

La mezcla para pegar ladrillos, vino en malas condiciones y se ha inutilizado gran parte del muro, en el claustro grande . . .

Juan se irrita . . . La torpeza del mayordomo, que acu-

san sus continuos descuidos en la inspección del edificio, lo vuelve colérico...

Los peones continúan impávidos. Nada les importa que el trabajo sea malo, que el tiempo se pierda, ni que se malgaste el dinero... ¡Allá responda el mayordomo! Y mientras revuelven la mezcla, canturrean indolentes...

Hiere a Juan la irresponsabilidad de todos y la inconsciencia indígena... Trabajan como máquinas... diciendo palabrotas. Se escupen las manos para manejar la barreta y tienen un sentimiento de fatalidad, con desafío y aun desprecio del peligro. Nada les inmuta ni les sobrecoge...

—*¡Estaría de Dios!*...

...Y no luchan, vegetando miserablemente en charcas de infectos conventillos, sin más solaz que la bebida —el potrillo de chicha —vaso grande, en que empinan el olvido, alegría y embriaguez...

...En sus acostumbrados arrebatos, Juan despidió a toda la cuadrilla de peones que trabajaban al día, en una parte de cimientos y en otra de murallas...

Se encaró con el mayordomo...

—Es incapaz usted de dirigir los trabajos, díjole duramente. Recibe a esos hombres a media borrachera y los deja hacer disparates... Preséntemе las planillas...

Ño Carmen Zúñiga, desdobló los grasientos papeles... Sumaban las listas mucho más que en las semanas ante-

riores, mientras estuvo Juan dirigiendo personalmente los trabajos.

Ño Zúñiga, sombrero en mano, tartamudeaba:

—Su Mercé pus, dirá, si no es a gusto . . .

Juan pensó que todos eran iguales y que había conveniencia en guardar a ese tonto, a quien le costara tanta paciencia enseñarle los planos . . .

—Porque si no es a gusto . . . su mercé dirá!

. . . . . .

Juan siente desprecio por el pueblo . . . Son hechos de otra pasta. Le repugna la idea de fraternidad, con seres embrionarios, crueles, y envilecidos.

Son feroces entre ellos mismos. La vida no les importa nada . . . Se dan de puñaladas en las riñas y ciegos por el alcohol abren el vientre del contrincante, y se quedan mirando a su víctima con ojos de idiota.

Tal vez el horror a este contacto con el terrible elemento criollo, brutal e instintivo —humanidad en preparación— ha dado a Juan el asco invencible de su tierra, que lo es sólo por accidente de nacimiento, pero en donde su alma de refinado, no encuentra vinculaciones . . .

La falta de adaptación, y de interés por la sociedad, ha hecho que Juan se desarraigue, y se aisle tornándose cortésmente frío.

No halla eco en ninguna parte. Las gentes de su misma

clase le parecen rutinarias, llenas de prejuicios, mal pensadas, con socarrona malicia plebeya.

. . . Se toman libertades en el trato, que nadie les da; palmoteando el hombro de Juan con llana camaradería, que lo encoge y forra en ira contenida.

Las raras veces que entra al Club de la Unión, a buscar diarios franceses, le salen al encuentro unos amigos íntimos, que no conoce y que lo invitan a la cantina . . . Ahí, entre "*compañero, salud*" y palmetazos, hacen bravatas, muerden a medio mundo, divulgan secretos de honor y salen, después de amplias libaciones, dibujando con las piernas, grandes equis, en la vereda angosta de la calle Bandera . . .

En cada uno de estos encuentros, la ola de la vulgaridad ambiente ahoga a Juan . . .

—¡Qué país! . . . Hasta el aire de París es más suave . . .

El roto, con su desagradable contacto, lo ha llevado a sentir ese disgusto por la raza criolla —mezcla de indio y mulato, con su poquitín de negro, a que ha venido a juntarse un cuarto de sangre española heroica, pasional y supersticiosa . . .

. . . Sale del Club y se encamina por la misma calle de Bandera, hasta el río andando lentamente a la sombra de los espesos murallones hasta su refugio . . .

Tiene allí un tesoro que compensa las miserias circunsdantes . . . Los hombres huasotes de la alta clase, las muje-

res beatas o necias, los rotos viciosos, toda la hez de la ciudad chata ¿qué pueden contra su felicidad?

Se dilata en ese sentimiento de dicha, entra en conciencia de su "*Bien*" tornándose misericordioso para todos.

—Ellos no pueden sentir lo que yo siento ni divisarán en su vida más que la caricatura del amor... ¡desgraciados! Les perdona generosamente su miseria. Apiádase Juan de todos con una indulgencia nueva que nunca tuvo para nadie. La entraña de la compasión ha nacido en su ser gemela de amor.

Hasta empieza a sentir una especie de fraternidad con esos seres embrionarios, rudos, torpes, cierta extraña ternura como a hermanitos pequeños que ensayan sus primeros pasos en la senda.

... Salió esta tarde de la "*obra*" furibundo y se ha calmado sólo al comparar lo que él posee —un amor— de que estarán siempre privados los huasamacos del Club, los rotos sucios, y las mujeres orgullosas, de su linaje, coches y vestidos.

Esclavas, engalanadas de piedras preciosas. Amos, de látigo y puñal encerrados en el convento español, de muros densos, tejados bajos y aleros inclinados, que forman la ciudad...

... Los viejos conventos, llaman todavía a oraciones, con sus campanas roncas y doblan a difuntos con sus tétricos esquilones, mientras la juventud lugareña, rígida de movimientos, de habla torpe o descolorida, y gestos ceremo-

niosos, dan vueltas en la Plaza de Armas (antes Plaza Mayor), en torno a los bancos en que se sientan las damas, cambiando miradas de caramelo, al compás de una banda de música que toca el Carnaval de Venecia, en el pequeño pueblo, al extremo del mundo...

Los niños juegan en redor de la pila, observados por sus *mamas*, y las madres, sentadas en los bancos del círculo exterior, miran pasar a sus hijas, las pocas niñas que circulan, vestidas con el uniforme de la moda recién llegada que acatan con exactitud ritual, bostezando en espera de que la torre de la Catedral suene las ocho.

Han comido a las seis de la tarde, aun con el sol fuera y están sentadas desde las siete en el paseo de la plaza viendo dar a los galanes interminables vueltas...

...¡Las ocho! Las da lentamente el campanario... Suena la hora en dos notas; una de bajo profundo y otra de barítono.

Es la recogida, la hora de "*Queda*" tradicional.

Las familias regresan a sus casas... La ciudad permanecerá ya desierta hasta el otro día. Comienza la hora de los calaveras... Unas pocas familias reciben amigos... Son casas mal miradas... No es de tono que un joven visite familia alguna, sin estar comprometido a casarse con la niña que ha encontrado en un baile de la temporada. Visita, compromete noviazgo en corto plazo.

Silencio. Aspero rodar de algún coche en las piedras... Ruido que se pierde en las calles oscuras y solitarias...

Puertas cerradas. Un vigilante pitea largo muy largo llamando a otro... Es señal de alarma... Inquietud por robos o asaltos... El pitazo estremece la ciudad dormida y los faroles, a gran distancia unos de otros, alumbran la gran soledad pueblerina.

A la medianoche, la esquila de Capuchinas desgrana sus doce notas melancólicas... Resuenan plañideras en las fuyentes ondas del río, estremeciendo por allá en un tugurio, el corazón de algún "*calavera*" en cuya conciencia punza el recuerdo de las penas eternas, que amenazan su pecado de lujuria...

...Pasan los días...

...Juan querría ver a Nieves pero ninguna ocasión se presenta. Teme que esté arrepentida de su confesión y huya de él.

...Siempre en posesión de la certidumbre que le ha devuelto la vida, querría no ya disfrutarla a solas, sino ratificarla en ella, percibiendo la confirmación, hasta en sus silencios... Algo más... para seguir en el duro bregar de cada día.

La ciudad con su ambiente monástico, lo deprime. Las mujeres de mantón, lo asquean, no ya sólo las sospechosas "*tapadas*", que muestran un ojo lúbrico y procaz, sino hasta las damas que se envuelven sin coquetería, en espesos mantos tiesos, que borran el talle, abultan la silueta, destruyen líneas y se pegan al rostro, restándole gracia.

Aparecen caras macilentas de beatas compungidas, en que la tela negra del manto, espesamente bordada de chinerías, suprime cabello y orejas, dejando visible unos grandes ojos bovinos, con facciones finas y cutis descuidada.

Otras veces las mujeres, usan el mantón como tapadera de negligencias en el traje y espesura del talle. Déjanse descubierta la cabeza cuya frente desnuda y pelo tirante, sujeto en un moño, apretado, les resta encanto femenino, suprimiéndoles los atributos naturales de su sexo.

Es sensible Juan a la fealdades y vulgaridades del pequeño pueblo, inflado en desmedido orgullo y menguado también en abyectas degradaciones.

Su refinamiento ingénito repara en todo y sufre de todo . . .

Vuélvese cada vez más inadaptado al medio y aislado en sociedad. Con sus antiguos camaradas solo se ha saludado ceremoniosamente en la calle.

Se le considera "*raro*", orgulloso y maniático.

La gente se cree interesante y al no ser tomada en cuenta, buscada, ni siquiera aceptada, lo atribuyen a carencia de juicio, en la persona que se aparta de sus cenáculos, y que no hace siquiera visitas de cumplimiento o da pésames.

Más que entre los pelucones, continuados por los conservadores, en cuyos registros se halla inscrito Juan, se encuentran hombres de talento y de avanzados ideales, entre las huestes del liberalismo . . .

Los partidos forman masas compactas, separados unos de otros, que sólo se mezclan en las luchas políticas. En la vida se mantienen alejados como si perteneciesen a sociedades distintas.

Los conservadores poseen la aristocracia de sangre y de tierra. Están sostenidos por la Iglesia y por sus vastas haciendas. A los liberales se les considera advenedizos y algo provincianos. Los pocos que vienen de abajo, para figurar en política o en profesiones, necesitan talento y preparación.

Lentamente se forma una "*elite de pensamiento*" que sigue a los Enciclopedistas y admira a Voltaire. Fundados en la razón, pretenden derribar la fe...

Los conservadores, escudados en sus dogmas religiosos, y los liberales en sus descubrimientos científicos, se disputan el predominio de sus respectivos ideales escalando el Gobierno.

Juan vive alejado de sociedad y partidos, en cierto menosprecio, a base de ignorancia de los resortes en que se agitan los hombres.

Sorprendíase casi de que un caballero del carácter elevado de su padre, se hubiera mezclado en política, dignándose alternar con tan menuda gente. Por su temperamento pasional, sólo lo afecta su amor, y en su calidad de hombre orgulloso y rico, desprecia los intereses y las ambiciones que se agitan en torno suyo...

CAPITULO XVII

Es un invierno crudísimo. Llueve con desesperante monotonía. Las gentes se recluyen en sus casas, en torno de braseros, o de chimeneas con fogatas de leña olorosa... Los patios son lagos; las canales de los aleros vierten cataratas que innundan corredores y calles. Nadie se aventura a salir de casa, a menos de urgente obligación.

...Juan va a Capuchinas para proteger del diluvio las murallas sin techumbre. Necesita saber si las religiosas han sufrido perjuicios con el temporal, en sus viejos claustros.

Al llegar la portera salió a su encuentro alarmada. Lo esperan pues se le necesita con urgencia. Las Madres están inundadas y el patiecito de la Priora, convertido en laguna. Se habían cambiado apresuradamente a la parte seca, pero allí las goteras eran tan copiosas, que las celdas se llovían como afuera. Juan sintió frío en Nieves, desesperación y aturdimiento...

—La Superiora guardaba cama y todas las Hermanas tosían de dar lástima. Hasta el coro estaba húmedo... Soplaba el viento en chiflones y no tenían medios de calefacción, fuera del fogón de la cocina y unos braseritos que no entibiaban el aire...

...Enervase Juan; el frío a que es muy sensible, lo hiere en carne propia. Le molesta el cuello de piel de su pale-

tó. Es demasiado caliente y suave para llevarlo, él, un hombre, mientras ella tiembla de frío, en su áspero sayal tieso.

. . . Toma Juan todas las medidas posibles para conjurar a los enemigos: agua y hielo . . . Entran albañiles a revisar las tejas . . . Rompen más de las que cambian por inútiles. Envía leña y carbón . . .

El aguacero continúa y él mismo atrapa un terrible resfrío, que lo tira al lecho con fiebre. No tiene reposo en su cama . . . La lluvia que escucha con fastidio, le cae en plena sensibilidad, lo estremece entumeciéndolo en su propia piel. Siempre ha oído llover, confortablemente abrigado en la cama y con un buen libro. Escuchada en esa molicie la lluvia le parecía deliciosa, por la sensación de tibieza y agrado personal, que oponía al frío de afuera, pero ahora en castigo quizás de paganas complacencias, sufre cruelmente.

Querría trocar su lecho mullido y su alcoba tibia, por la celda helada y la tarima dura en que ella se recoge.

—¿Si por lo menos suprimieran los rezos de medianoche durante estos salvajes temporales? —pues no llueve así en países civilizados! Pero no, siguen esas mujeres sus bárbaras costumbres y nadie tiene autoridad sobre ellas para impedirlo.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Mientras Juan insomne y desesperado, se revuelca en su lecho maldiciendo la barbarie medioeval de esos conventos, el estrépito de la lluvia deja percibir la suave esquila de Capuchinas . . .

Cada nota cristalina, es queja y reproche. El aluvión no impide oír su débil voz, pero aleja la sonoridad. Se escucha la campanita muy distante, como regulada ya en la eternidad... Vibra más quejumbrosa que nunca en la insolencia de millares de chorros que como flechas, vierte el cielo hiriendo a la tierra indefensa...

...Al extinguirse la leve quejumbre del último tañido apagado en el fragor del Mapocho, Juan ya sentía furia de desesperación impotente... Era preciso soportar, callar... ¿De qué servían protestas y argumentos?... Todo se estrellaba contra la maldita Regla, y contra los votos solemnes...

¡Imposible! Era la consigna monástica. Sus arrebatos, sus justas reflexiones, sus consejos, todo lo que la razón, el derecho a la vida, el buen juicio, aconsejan o prescriben, se diluía suavemente en un: —"*¡Hágase la voluntad de Dios! ¡Estamos profesas! ¡La Regla no lo permite!*"

...Y se morirán con una sonrisa en los labios, creyendo haber cumplido su deber dando gloria a Dios...

En aquellos días de temporal, con salida del Mapocho, caída del Puente de Palo, e inundaciones de barrios enteros, exagerándose Juan, los peligros del convento, llegó a hacerse ilusión de sacar a las monjas y trasladarlas a Peñalolén, cediéndoles su casa y jardines por convento y clausura...

...Hablaría al Obispo... Sobre este tema bordó proyectos insensatos y magníficos. Quedaríase la comunidad

en su hacienda de la altura hasta que se terminase el edificio . . Ella habitando su casa le dejaría efluvios de su alma . .

Fueron tan prodigiosas sus quimeras y tan bellamente fantásticos sus palacios de ensueño, que hasta la lluvia, considerada en su magnitud, digna del país bárbaro, ahora se convertía en aliada de su anhelo.

—¡Qué siga! Viértase todo el firmamento en cataratas, desaparezca mañana mismo la ciudad! dándome sólo el tiempo necesario para trasladar la comunidad . . o sólo a ella . . Húndase el pueblo ruin bajo el diluvio pudiendo contemplar, ella y yo desde Peñalolén, el inmenso lago que ha sepultado a la capital.

Fantaseó toda la noche como un niño tonto, y a la mañana fué donde el Obispo a atemorizarlo con las proyecciones del temporal y los peligros que corría el convento, situado a orilla del río.

Explicóle el Obispo que por los cánones, las monjas no podían salir sino en la última extremidad y siguiendo la clausura a donde fuesen, escoltadas por sus capellanes . .

Tuvo algunos imprudentes desahogos, burlándose del salvajismo con que los elementos se desencadenan sobre la tierra bárbara y terminó en un torrente de protestas contra las órdenes religiosas y sus Reglas inhumanas . .

. . Iban ahí las mujeres jóvenes a enterrarse vivas, a enfermarse de calentura, pasando hambre y frío . . a suicidarse por la gloria del Señor, que bien glorificado estaba

con las obras maestras que realizara en algunas de esas religiosas condenadas a morir ahogadas, entumidas o calenturientas...

El Obispo lo escuchaba con piadosa ternura y comprendía su enajenación.

Naturalmente no consiguió nada y para colmo, empezó a cambiarse el tiempo. Fueron barridas las nubes por helado viento sur, despejándose la cordillera alucinante, vestida de pedrerías cual novia en desposorio con un Sol nuevo, que parecía iluminar el mundo por vez primera...

Todo le salía mal. El convento quedó pasado de agua, las celdas húmedas, los patios encharcados, todas las monjas acatarradas y Nieves peor que ninguna, con un pulmón congestionado.

. . . . . .

...La construcción se levanta con lentitud para la febril nerviosidad del arquitecto que desea ofrecer el convento habitable, seco, soleado, higiénico, ahora que Sor Nieves esta delicada.

De sus reiteradas consultas al médico de la comunidad, extrae cada vez mayor congoja... La Hermana está propensa a calentura y el mal estado del convento, no puede ser peor para desarrollar tisis galopante.

Juan obtuvo permiso del Obispo para que Sor Nieves

fuese auscultada por un médico francés, de gran renombre: el Doctor Thévènot.

. . . . . .

Aquella tarde se paseaba agitado en el locutorio esperando la salida del Doctor. Todo lo teme de esta auscultación. Quizás el médico de la comunidad no se ha dado cuenta del mal y este Doctor va a traer la terrible revelación. . .

La angustia ha suprimido en Juan los pesares anteriores, y hasta la contrariedad de no haberla visto después de aquella tarde —impresión que exigía otro encuentro de confirmación. Fué tan insólita la sorpresa, que para gustarla en plenitud, hubiera necesitado Juan de otra oportunidad menos rápida que no se presentó. . .

Desarrollóse por el contrario, violentamente en él, un ansia loca de ella, ahora que sabía. . . Los "*regrets*" resurgieron en la proporción misma de la dicha inesperada. Punzantes "regrets" lo herían hasta el desgarramiento. El único antídoto hubiera sido verla, ser calmado por la sedante ternura de Nieves, y persuadido por la certidumbre de un afecto superior a humanas emergencias. . .

Lejos de eso, alejamiento, silencio, frío, imposibilidades y un porvenir totalmente cerrado e invariable. . . Ella, sin duda, estaba atemorizada por su ligereza, exagerándose una culpa, que parecería falta grave a sus votos. De he-

cho, se había encerrado en silencioso aislamiento del que no saldría ya nunca...

El terror de no verla más, creció en Juan y lo ahogó en amargura... Quizás Nieves se había confesado a Sor Clara y estaba ya decidido entre ellas que el Síndico no la volviera a ver...

Aumenta el miedo cada día, sin que ninguna nueva ocasión lo desmienta, produciendo en Juan rabioso despecho y sorda ira...

Crece su exaltación prodigiosamente. Aquella clausura es mofa del destino... Amar así para estrellarse contra los muros de un convento de monjas contemplativas ¡qué diabólica ironía!...

¡Cuántos matrimonios estúpidos, amarran para toda la vida a seres que, en el mejor de los casos, se aburren el uno del otro!

Lo enloquece todo en redor. Necesita, no sólo verla, tocarla, tenerla allí junto a sí, al menos cual imagen de altar... ¡pero no! ama a una muerta. Nieves es sólo un fantasma intangible, cada vez más etéreo y distante...

En una sola ocasión fué humanamente femenina y lo envenenó para siempre, mostrándole en fugaz visión, la tierra que le fué prometida y a la cual no entraría nunca... Era el más infeliz de los hombres, pues halló el paraíso y lo perdió...

... Perpetua estaba para Juan, más desvanecida en Sor Nieves, que cuando la evocaba en su recuerdo del primer

tiempo y creía verla andar por su aposento en París. Entonces se imaginaba que la tenía cerca. ¡Ahora ni eso!

... Todavía entonces divisaba su sombra, de andar armonioso y hasta oía su transparente voz de cristal... Y sólo aquella tarde —única en su vida— se apoderó de ella, con una mirada, cara a cara, en que Perpetua se le entregó con ojos de la tierra, dolorosos, tiernos y ávidos!...

Creyó ingenuamente que con ese Viático, haría el viaje de soledad y renunciación hasta un término, que en ese instante, entreabriósele en relampagueante luz... pero ahora estaba emponzoñado, rebelde, desesperado. El hombre que era, de carne y sangre, revivía furioso en él. Todas las otras ocasiones le habían mostrado a Nieves transfigurada como una santa, arrobada y distante...

En aquella tarde por breves segundos Nieves, reencarnó en Perpetua, la niña que fué —su única ilusión— de la vida larga, monótona y gris. Esa rápida fusión, producida por aquella palabra cálida y apasionada, escapada traidoramente de sus labios, nutrieron de vida y envenenaron a Juan todo a la vez —calmante y ponzoña.

¡Qué ironías vive!...

En su alcoba de la rue "*Thérese*", cuando no deseaba verla, aparecía Perpetua, deliciosamente mujer, con angustia en sus ojos ansiosos de ternura, mientras que ahora, abiertos a otras esferas inaccesibles a Juan, se arroban en infinitas lejanias abandonándolo miserablemente en la tierra.

... Sin embargo, para consuelo o tormento, ella fué por

un instante, la criatura de antes . . allá en el mundo y también la actual . . alma conocida y también desconocida . . muchas almas a la vez . . en integridad esencial . .

. . Tocó Juan la cumbre en que el Tiempo queda suprimido; vivió un minuto de eternidad divina y ahora ha caído en el abismo . . Sus instintos de hombre resucitan concentrados furiosamente en un fantasma que no toca tierra.

. . No sólo querría verla entre rejas, revivir el minuto eterno, sino mucho más, hacerla suya como hombre que es, vivir en frágil humanidad el amor de los sentidos cortos que dan en el espasmo, sensación de infinito . .

Abándonase a todas las furias; desbordado en cólera de rebelión, en odio a barreras y en satánico orgullo de poseso . .

Una sagrada cólera se apodera de Juan desatándole sádicos deseos . . Espantado de sí mismo, va arrastrado por la impetuosidad de potente y cenagosa vorágine que lo tumba contra piedras, en remolinos ciegos . . .

Crisis de loca desesperación . . No se sabía Juan tan perverso. Siente por Nieves odio feroz, en deseo de atormentarla, despedazarla, y concluir con ella de una vez por todas . . Ansia de vivir otra vida de realidad sensible, cortada a la medida de su deseo . .

. . Vivir de razón, de verdad, y no de necias fantasías . . En el más álgido período de crueldad, la inundación del convento lo ha sacado de su furor, le ha ablan-

dado el alma que creía endurecida para siempre y está ahí ahora, recorriendo como fiera en jaula ese locutorio, para saber el diagnóstico del Doctor, sobre el estado de Nieves...

Revistióse de aparente frialdad, acorazado en su aire ceremonioso ante el médico.

—¿Me esperaba? —preguntó el Doctor. Juan calló. El Doctor Thévènot, es un hombre fino, de hermosa presencia y parco en palabras.

Aparentó Juan estar ahí en cumplimiento de un árido deber... Venía el médico impresionado por las malas condiciones del convento. No podían habitar seres humanos en esa charca... Angustia de Juan que no puede apresurar la construcción.

—¿Cuál es su opinión sobre el estado de la enferma?... Ardía Juan en la contención de su alarmada ansiedad. Aguarda con pavor... Siente escalofrío...

—Hasta ahora, no se presenta nada concreto... muchos síntomas, tos de mala sonoridad, ha escupido sangre y su aspecto es sospechoso...

Juan palidece intensamente; tornase cadavérico.

—Con una enfermedad de esta clase, en principios... si fuese persona libre, si se le llevara a la altura, se podría conjurar todo peligro... pero aquí el mal no alarma tanto por el estado actual de la religiosa, sino por las pésimas condiciones de vida.

Necesita aire seco y puro; respira, en cambio, humedad

y polvo... Su estado requiere absoluto reposo y ella pretende seguir la Regla, prescindiendo de su mal...

—¿Ha hablado usted con la Superiora, Doctor? —dijo Juan con ira reprimida.

—Sí, me ha escuchado y estamos de acuerdo en todo... pero ella misma es el obstáculo. No quiero, dijo, guardar el lecho. No me he puesto religiosa para cuidarme el cuerpo...

Casi saltó Juan en un acceso de cólera... Alcanzó a dominarse...

—Que la Superiora la reduzca a obediencia...

Juan pensó en dirigirse al Obispo... Thévènot calló... y luego, sobrecogido por una emoción de hombre, que el médico habría rechazado exclamó:

—*¡Quelle charmante femme!*

Volvió a su lengua nativa, para expresarse, Juan se encolerizó... Un médico no debía permitirse el lujo de mirar como hombre. Thévènot continuó:

—*Un bijou de femme, délicieuse, exquisse, l'eau claire de ses yeux sertissent ses regards d'une étrange noblesse; on dirait qu'elle caresse et vous accorde un pardon, rien que par l'entonation de sa voix...*

Juan estalló.

—*...Et dire que de telles créatures viennent échouer dans des convents barbares, pour se tuer stupidement...*

—*Oui, la réligion fanatique de ce pays, est trop nuisible a la vie que le bon Dieu a fait...*

—País bárbaro . . . almas ciegas, seres idiotas, vida inútil, sociedad hipócrita . . .

Juan desahogaba su bilis, durante tanto tiempo acumulada . . . Olvidaba que estaba delante de un francés. Thévènot comprendió . . .

—*Il est fou perdu, par cette nonne!* —se dijo a sí mismo.

CAPITULO XVIII

La comunidad estaba consternada y dividida en bandos, a través del hecho sensacional, que ocurriera una noche, en que se oyeron gemidos o aullidos en el cementerio . . . El Sereno sintió un ruido extraño, en esa parte desierta del convento.

Sabían todos que era el Camposanto. Con su lúgubre pito dió un largo llamado, que se prolongó en ecos de alarma por la ciudad.

Juntáronse varios vigilantes. Una criatura daba extrañas voces al interior de los paredones . . . voces humanas casi confundidas con voces de animales . . .

Sorprendidos los vigilantes, decidieron llamar a la portería del monasterio . . . Costó despertar a las buenas criadas que, libres de oficios nocturnos, dormían en santa paz.

Con la cabeza cubierta por el rebozo café, la portera se acercó temerosa al portón.

—¿Qué hay? ¿Quién es?

—¡La Policía! —contestó una voz ronca...

La portera tembló... ¿Sería fuego o acaso ladrones?... No podía ocurrir otra cosa...

—Abra para entrar, dijo imperativa la voz del vigilante.

Eudocia, turbada, no sabía qué hacer... Estaba entre dos fuerzas: la clausura y el mandato civil...

—Aguarden que vaya a prevenir a las Madres... pero ¿qué ocurre?

—Dan aullidos en el cementerio... Parece cosa de la otra vida...

Más muerta que viva la portera fué a llamar. Estaba de vela Sor Brígida, quien previno a Sor Clara...

Se hizo entrar a los vigilantes hasta el torno. Enterada rápidamente, la Superiora pidió al policial que aguardase mientras ella hacía la inspección de esa parte del convento, de donde se escapaban los aullidos...

Aseguró la Superiora que el "*caso*" era extraño a la comunidad por estar esa parte del convento cerrada...

—Tengo las llaves y días ha que nadie va al cementerio...

A hora de maitines —la medianoche— todas las Hermanas se congregaron y se comunicaban la alarma pavorosa. ¿Qué podía ser?

Sor Clara coge las llaves que estaban en el sitio acostumbrado. Y en silencio se dirige con Sor Brígida a esa parte del cementerio que no había sido tocada por la nue-

va construcción. Imaginaba cualquiera cosa. Un perro o gato encerrado que aullaba de cierta manera, insólita a los vigilantes, en aquella parte siempre solitaria. Hasta supuso que un trabajador —peón de la obra— ebrio, por la tarde, hubiera quedado dentro.

Sor Brígida iba aterrorizada junto a la Madre. Tomaba valor de sentirla tan serena. Era una fea noche sin estrellas... Iban las religiosas provistas de dos farolitos —los mismos con que se alumbraban para ir a coro.

La claridad amarillenta, extraía de la densa sombra, sólo la reducida parte en que se reflejaba la llama... Las mismas religiosas no se veían la una a la otra, más que las sandalias, el borde del hábito y la cruz del rosario. Sus cuerpos se esfumaban en la tiniebla circundante.

Sor Clara elevó en alto el farolito, para orientarse... Desfilaron en el rayo fugitivo de luz los taciturnos naranjitos enanos.

Sólo les quedaba que atravesar el corredor que precedía al portón del cementerio... Silencio... Sor Brígida, angustiada, exclama: —Madre, es inútil que sigamos, no hay nadie!

—No se siente ruido pero debemos cerciorarnos... Es algún animalito que ha aullado...

...Llegan al portón; Sor Clara pasó resuelta... ¡Nada! Se quedaron de pie... Completa quietud... Otros vigilantes que habían quedado de punto afuera, habla-

ban... y esas voces humanas trajeron ánimo al pavor de Sor Brígida.

—Si quiere permanecer aquí, Hermana, yo iré sola.

Sor Brígida prefirió no apartarse de la superiora. Avanzaron. Les pareció percibir un gemido débil, casi imperceptible... Siguieron. Los farolitos alumbraban tumbas... sacándolas de negrura y devolviéndolas a tiniebla. Las losas mostraban inscripciones y desaparecían súbitamente cual nombres y fechas, vistas en pesadillas...

...El suave gemido las orientó hacia el lado del río... A cada instante, la medrosa imaginación de Sor Brígida, forjaba candelillas, esqueletos, fantasmas, calaveras...

...Súbitamente los pies de la Priora tropezaron con un bulto... El farolito alumbró el rostro de Sor Verónica, tendida en cruz, con ojos desorbitados... Tenía espumarajos en la boca y respiraba con celeridad...

—¡Posesa! —exclamó Sor Clara...

Los ojos de la monja se clavaron espantados en Sor Brígida.

—¡Condenada, estoy condenada!

Los aullidos comenzaron... Los dos policiales, tras del paredón, gritaron:

—¿Quieren auxilios?

La Superiora: —No. No. No. Es una persona que ha venido al cementerio y le ha dado un mal. La vamos a transportar a la enfermería...

Hubo que apaciguar la consternación de las religiosas que ayudaron a la conducción de la posesa al hospital.

Sor Clara puso lápida sobre el fenómeno. Nada explicó... Ella, sí, estaba convencida de que Sor Verónica no había llegado al cementerio por sus pies, ni abierto el portón con llave...

Contristábala el temor de que este "*caso*" contagiara a otras monjas... No le cabía duda de que Sor Verónica había pasado por un trance verdadero... pero lo peligroso era que tales fenómenos inclinasen a otras almas débiles a la simulación, o aun que se creyeran verdaderamente poseídas por el demonio.

...Los poderes de las sombras, espantan a la Superiora, pues conocía las formidables fuerzas satánicas... Sin duda era de provecho que esos tenebrosos poderes fuesen experimentados por las almas que subían los primeros peldaños, en la escala de perfección...

...Cuando volvió en sí Sor Verónica no se acordaba de nada, ni siquiera de haber sido víctima de daño o "mal" (así se denominaba entonces) pero estaba molida hasta los huesos, como si hubiera librado un terrible combate.

...¡Qué de hablillas a sotto voce, desencadenó el accidente! Las religiosas se dividieron en bandos. Sor Nieves guardó profundo silencio. Escolástica y Encarnación desaprobaban a Sor Verónica... Para ellas la "*posesión*" suponía consentimiento y ni siquiera daban posible mérito de resistencia a la religiosa...

. . . No estaban lejos de sospechar que tenía llavecita secreta y que al irse a dar alaridos al cementerio, pretendía pasar por santa y alarmar al vecindario . . .

Sor Encarnación llegaba hasta pensar que tal vez Sor Verónica por ser mala religiosa quería ponerse en comunicación con el Siglo . . . La hora del ataque era bien elegida, para atraer la atención de algún calavera . . .

Se encastillaba Sor Agueda en silencio agrio, despreciativo de las mentes bajas, que ignoran las tenebrosas acechanzas del espíritu del mal.

Muy emocionada estaba Sor Concepción. El fenómeno le inspiraba el mayor respeto, hacia la monja favorecida o victimada por el prodigio . . . Aspiraba a imitarla suponiendo que esos estados extraordinarios, son puertas abiertas hacia el milagro, caminos tortuosos que conducen a la "*unitiva*" y de no estar en esas vías, más le hubiera valido, quedarse en su casa.

Sor Tránsito guarda siempre un sentimiento de desconfianza irónica. Halla algo de ridículo en esos trances, reñidos con su buen sentido y que no caben en el criterio de personas sensatas.

Necesita de algo raro Sor Coronada que a ella también la ponga en luz. No ha podido resignarse a permanecer en el montón . . .

Es muy triste haber renunciado a todo, sin obtener nada extrordinario en cambio . . . Ella quisiera deslumbrar a las Hermanas . . . atraer más consideración, elevarse en el con-

cepto de las otras... pero no lo ha conseguido... Está segura de que sus exterioridades son perfectas... admirables, pero nadie repara en ellas. Permanece de rodillas casi extática, se inclina hasta el suelo al pronunciar las palabras rituales... También clava la vista en las imágenes para vitalizarlas con su amor y lograr que le hablen o le hagan signos... ¡nada! Es tal la inmovilidad y la mudez con que todo permanece a su alrededor... que ya lo atribuye a su absoluta carencia de imaginación.

Las otras se figuran, sin duda, materialmente, los fenómenos de que se dicen actoras o espectadoras y luego los dan por hechos consumados...

Interroga a Sor Pilar cuyo juicio tiene en consideración.

—¿No cree usted que Sor Verónica debe ser sonámbula y habiendo tomado la llave dormida, ha abierto la puerta del cementerio y se ha encaminado sin saber lo que hacía?

—Es que la Madre encontró el portón cerrado...

—Por el gran susto que debía tener a esa hora, sin duda no se ha enterado...

—La llave estaba en su sitio, el portón cerrado y Sor Verónica sin sentido en el cementerio.

Sor Coronada quiere una declaración más explícita.

—¿Entonces usted cree que el demonio la ha transportado?

Sor Pilar cree que todo es posible... —A mí nunca me

ocurre nada, pero eso no obsta a que les sucedan cosas extraordinarias a otras. El poder de Dios puede manifestarse de tantas maneras.

—¿Entonces atribuye usted esa terrible prueba, a Dios?

—El Señor se sirve de todo para probarnos, del bien y también del mal... Yo nada juzgo... El juicio se lo ha reservado y a nosotras, criaturas ignorantes, no nos queda más que admirar sus designios...

—¿Y cuál es el fin que según usted, Hermana, se proponía el Señor, al reducir a Sor Verónica a tal estado?...

—Tal vez humillarla, probándole la pequeñez de la criatura ante las fuerzas misteriosas del universo...

Nada satisfacía a Sor Coronada... Deseaba dar espectáculo ella también, bueno o malo... ¡pero raro!

...Sor Trinidad acertó a pasar. Iba rebosante de gozo... La atmósfera de los "*fenómenos*" milagrosos la ponían en ebullición, sintiéndose en su elemento. Fundaba su fe en la alteración de las eternas leyes. La sabiduría del orden magnífico que reina en el universo, no la impresionaba, pero el aparente desorden la complacía, como muestra del poder divino.

CAPITULO XIX

...Juan se entrega al avance de la construcción, esperando que Nieves, colocada en el nuevo edificio de cara al norte y bañado en ese buen sol de pleno día, curará su mal, mejor que con medicinas.

Pasa instalado en la humedad de la pequeña celda que dejaron en pie para servir de oficina —sitio excluído de sol, que vierte hielo de sus muros viejos exhalando frío por todas partes. En los huecos que dejan los ladrillos carcomidos de usura, un musgo verde se incrusta finamente.

Allí vive Juan de la mañana a la noche... Casi no repara él, tan aprensivo y sensible, que la humedad le va penetrando hasta los huesos y se expresa ya en alta voz, con dolores reumáticos...

Cada ladrillo que colocan en los muros y la mezcla que los pega, alivia su secreto tormento. Su afán e inquietud son el combustible en que se gasta su ansia de acelerar el trabajo.

El tiempo, que antes oprimiera a Juan, con su masa inerte, aplastándolo sin objeto, ahora se ha desmenuzado en pequeños trozos de materia, siendo la válvula de escape indispensable a su vehemencia.

El mal de Nieves no da nuevos síntomas alarmantes.

A la Superiora hace Juan infinitas recomendaciones... ajustadas a este tono: —Madre, lo peor que pudiera suceder, sería que se declarara "*calentura*" en este convento... Es una enfermedad contagiosa, implacable, que infesta los sitios transmitiéndose de generación en generación...

Búrlase interiormente la Madre, de aquel inflamado celo por la salubridad del convento.

—Precisa que Sor Nieves esté sana, antes que la comu-

nidad se traslade al edificio nuevo. En todo caso deben transportarla a la enfermería, que luego estará pronta y evitar la propagación del contagio.

Sor Clara le recuerda suavemente que la enfermedad no está declarada. —El médico nos ha dicho que su debilidad y sus resfríos continuos, propenden a que enferme de calentura.

—Los médicos, Madre, advierten las enfermedades, cuando aparecen al exterior... ven la tisis en los pulmones horadados, y antes, en el período más álgido, es decir, durante la gestación del mal, lo ignoran, y de ese descuido proviene las enfermedades mortales. Las han visto los médicos cuando ya son incurables.

Sor Clara le asegura que el mal, en el caso preciso de Nieves, no avanzará sino por debilidad y ya las precauciones estan tomadas.

—Todas las precauciones son pocas, seguía Juan... Pues si entra aquí la calentura, de nada servirá el convento nuevo, ni la higiene de las habitaciones sanas, pues el mal seguirá su marcha triunfal. Habrá un gran monasterio, una linda Iglesia y no existirá la comunidad.

Desde el memorable día, Juan no la ha vuelto a ver. El temor de que Nieves se retrajera para siempre de él, cedió su lugar prominente en angustia, a la terrible aprehensión de la enfermedad... Pero ahora que el gran terror se anestesia, por falta de nuevos síntomas, vuelve Juan a sentir el deseo y el temor de verla...

...¿Iría a leer en ella, el secreto estrago del mal? ¿El tiempo transcurrido la habría alejado del estado de alma, en que le arrancó la confesión?

Estos temores y deseos luchan en Juan, mordiéndolo en su sensibilidad —campo abierto de combate a sus dualidades y complejos, en que tan pronto prima el deseo de saberla sana, o de sentirse querido...

...Teme que la salud le aleje a Nieves y a veces desea, egoístamente, que la mine el mal, si ha de humanizarla...

—¿Es la salud, se pregunta, la que vigoriza la feminidad, o es acaso la enfermedad, la que favorece los estados místicos?

Se inclina a creer lo último, dando por seguro que la vida espiritual se nutre a expensas de la vida física y que a base de todo sentimiento místico, se halla un principio de desequilibrio mental.

Mientras en la oficina, hace maquinalmente cuentas, habla con el mayordomo o calcula... otro intensísimo trabajo se opera dentro de sí mismo. El gran deseo de verla y la mayor inquietud de comprobar un cambio físico o sentimental, en la actitud y aspecto de Nieves, lo corroen, sin tregua.

...Es sábado. Pagó las planillas... y luego se enteró con horror, de ese domingo próximo, que se le venía encima, vacío, triste y monótono... Sus horas se arrastran marcadas por el campanario de la Catedral... llamando a Misa Mayor con su grave esquilón... Otra esquila des-

pués, indicará la "*elevación*" de la misa cantada, en livianura de alas...

...Desfilan en su mente todos los toques... Las doce con la "*Seña*" menuda de otra campanita que anuncia la misa de mediodía —misa de flojos. Más tarde, los canónigos serán llamados a coro y cuando callen los oficios de la Catedral, siempre iguales, la ronca campana de Santo Domingo, tocará a oraciones...

Todas estas voces, llamados de eternidad, doblarán en su alma, a difuntos... Oirá las ocho en la atiplada campana de la Catedral y también las nueve de la noche, con el ronco esquilón... horas todas de vacío y tedio, de irreparable pasado y de oscuro e irrenovable porvenir.

Idos los obreros quedóse solo. Un cuerpo de edificio estaba ya alzado... Se hacían los remates, pequeños largos e interminables... Los muros crecían casi visiblemente, pero las finas conclusiones pasaban desapercibidas, a su febril inquietud de celeridad...

Dió vuelta por el claustro nuevo, presentando en la sucesión de sus nobles arcadas armoniosa plenitud... Verifica ahora la rapidez con que se hiciera la construcción. A esta avanzada hora crepuscular, los escombros, barriles de cal, montones de tierra y trozos de madera, no afean la noble serenidad del conjunto...

...Luego una claridad insólita, embelleció con magia sorpresiva a la distracción de Juan, el claustro solitario...

...Pronto advirtió una hostia luminosa, que se elevaba

magnífica sobre el Altar de los Andes plateando el edificio con pátina de ensueño. Fué primero claridad difusa, que se abrillantó cortando en luces y sombras, la larga galería conventual. Dibujaron las arcadas su ojiva negra, sobre luz de plata dando al claustro, encanto de vida retrospectiva...

La imaginación de Juan pobló el convento desierto... Vió la bella teoría de religiosas, encaminándose, a medianoche, con sus farolillos... Iban de dos en dos serenas, rítmicas... Y entre ellas, Nieves pura, casi etérea, en su trasparencia lilial, distante la mirada... pero no perdida en esferas inaccesibles, sino clavada en Juan, que fuera ya de espesura carnal, dejara en el mundo ese corazón, cual lámpara ardiendo sobre un recuerdo bendito...

...Curioso es el fenómeno de desdoblamiento, que vive...

...El está lejos de ese claustro y ella ahí, siguiendo camino al coro, una de tantas religiosas en la teoría monástica, por una noche cualquiera de un siglo que no precisaba conocer por anulación de tiempo. No existían días ni horas. Y él ya fuera de humanidad, realizaba con ella dulcísima unión silenciosa, en huelga de expresión y en santa intimidad de almas.

Estremeció el aire con sus campanas roncas el templo de Santo Domingo... Trajeron a Juan, que soñaba, perdido en siglos anónimos, a Santiago, con su fealdad y limitaciones de pueblo chico...

Desvanecieron esas pesadas campanas el encantamien-

to... No llamaban a Dios sino a la tierra... Congregaban en la Plaza de Armas a los petimetres ridículos y a las señoritas fruncidas y jibadas, que miraban en bastidores a los mozos, de miedo a un pecado, a que ni siquiera las invitase natura.

...Una ola de vulgaridad lo inundó... ¡Insoportable vida provinciana, en que las campanas, lejos de dar vuelo a las almas, las revuelcan en estrechez de época y primitivismo de civilización anemiada, al extremo del mundo!

Luego vinieron, las otras campanas habituales... Lo oprimieron con obsesión de monotonía y amenaza de desesperante continuidad... No anunciarían nada... Martillaban irónicas al tiempo, proclamando: —"Aquí estamos, siempre iguales... Nos llevamos juventudes, pero no devolvemos ilusiones... Gastamos cuerpos y no rejuvenecemos almas...".

Hallóse Juan desesperado... ¿Por qué no pensó antes escaparse a Peñalolén y trocar la solemne majadería de los campanarios coloniales, por la cristalina orquesta de las aguas ligeras?... ¿Por qué?

—Por distraído... No, por estar siempre abstraído, pensando en lo mismo... con obsesión de incurable maniático. Es tarde y la noche ha caído sobre la ciudad...

No le queda escapatoria. Las horas, con gravedad insolente, seguirán cayendo sobre su alma, hondas irónicas, impasibles...

Se fué a comer a un restaurante... Música banal...

Muchos hombres comen a esa hora repartidos en pequeñas mesas, con grueso apetito y alegría chabacana, hecha de oscura y espesa sensualidad.

Los envidió Juan. Estaban en su elemento... Creaban la atmósfera de la ciudad... Decían chuscadas en términos huasones, lanzaban bravatas, comentaban hechos y referían aventuras pimentadas de malicia soez... después de rociar copiosamente con vinos gruesos, mariscos y carnes suculentas. Se les congestionaban las caras y crecían en igual proporción los chistes, no ya maliciosos, sino groseros, rudos pero siempre con sabrosas chispas de ingenio...

Juan comió bien... bebió mejor... sintiendo también aumentar su despecho y su repugnancia al medio... No se adaptaría nunca...

Comprueba que la raza chilena es fuerte, pero carece de sutileza y complejidad. Estan hechos los seres de rica pasta humana, pero les falta finura y pulimentos...

No habría hallado Juan de qué conversar con ellos. Sus lenguas y sensibilidades son diferentes y también sus ideas. Ellos están sólidamente arraigados a su suelo por fuerte sensualidad en tanto que Juan, sintiendo los punzantes aguijones carnales se halla crucificado en quimérico amor sin posible satisfacción. El alcohol eleva el lúbrico diapasón de las conversaciones, expresando conceptos que los alegran cínicamente.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

En cambio, la tristeza de Juan flota en doradas burbujas de champaña... Ya tarde, cuando se disponía a retirarse,

entró un pseudo amigo. Se conocieron en París. Vino con las manos tendidas y pleno de entusiasmo a la mesa de Juan, y de espectador que fué desde su entrada al restaurante, ahora halló con disgusto al principio, y con cierta complacencia después, en quien expandir sus malévolas impresiones.

Se extrañó el amigo de verlo y aun de hallarlo tan solo.

—¿Qué te haces? Allá nos juntábamos y aquí debes estar tan ocupado que no se te ve nunca...

Era así; en París Juan gustaba de tener camaradas... pero aquí siendo incomunicable su verdadera vida prefería aislarse.

...Con este antiguo conocido, Alvaro Vicuña, espíritu más fino, nostálgico a perpetuidad de la Europa que divisara en unas cuantas cocotas, tenía Juan ciertas afinidades. Leyeron algunos libros juntos, allá en los primeros años y admiraban a Shelley, Stendhal y Barbey d'Aurevilly...

—Díme, ¿qué te haces?

—Trabajo...

Alvaro se rió a mandíbula batiente. —Trabajar tú, equivale a decirme que te has hecho fraile...

—No estoy tan lejos... Construyo un convento; les rehago el monasterio a las Monjas Capuchinas... Mi padre era síndico y dejó un legado para la reconstrucción de ese vejestorio colonial.

Alvaro no volvía de su asombro. —Te hallarías muy mal al principio aquí en Chile.

—¡Desesperado!

—Es un descenso de nivel, terrible... Las maneras de la gente, las conversaciones, la fealdad todo azota los nervios...

—Se vive crispado. Yo no veo a nadie. Paso en el campo y vengo a la ciudad por mi trabajo.

—Yo ¿qué quieres? trato de aclimatarme, ya que me es imposible volver... pero tú que tienes todas las facilidades, ¿por qué vives aquí?

Juan, sin responder, continuó:

—Y sin embargo, no pienso por ahora, regresar... Me ocupo de mis negocios. Antes estaba mi padre para dirigir los trabajos pero ahora estoy solo. El campo requiere atención, cálculo y mucho esfuerzo. La tierra para producir, necesita tragar mucho dinero.

Aun no entendía Alvaro.

—Explícame, ¿de qué vives?... No te comprendo... Tú no puedes pasarte de mujeres...!

—¡Mujeres! suspiró, Juan, a menos de ir al sacramento, Sétimo, que amarra tan recio, al creyente como yo.

—Era lo que yo pensaba respecto de ti, cuando te recordaba...

—Necesitaría enamorarme, tener una ilusión para casarme, y la otra posibilidad... trepidó Juan, el "*artículo*" ese... del mercado, ¡me asquea me repugna... ni ebrio...!

—En igual empresa estoy yo... varias muchachas me han interesado, así al pasar... Son bonitas pero de cerca se desvanece el encanto. No tienen trato, ninguna idea en la cabeza, todas dicen lo mismo... No se diferencian...

—Carecen de personalidad. Me di cuenta de eso cuando era muchacho... Tienen almas gregarias. Ahora ni he intentado conocer a ninguna, en esta nueva generación.

—Ni lo intentes... Están más huecas que nunca las niñas santiaguinas.

—Fuera de la vida de familia, ninguna otra vida es posible...

Bebieron juntos... Las risotadas y palmetazos de la otra mesa, con que celebraban los chascarros cada vez más gruesos, y pimentosos que les sugería el alcohol, les solía cortar la conversación...

—¿Y no te has puesto neurasténico? En París estuviste enfermo... ¿verdad? Yo no te vi nunca cuando regresaste de Niza.

—Enfermo propiamento no estoy, pero me siento deprimido... Me ha dado manía de horror a las campanas... Esta noche me vine a comer aquí, para no oír las ocho y las nueve de la Catedral... Me vuelven a mi niñez y me dañan trayéndome aburrimiento, tedio, pesimismo... Sólo desde las doce de la noche quedo tranquilo —es decir, cuando calla la campanita de Capuchinas con su voz de ánima en pena— hasta las nueve de la mañana,

en que comienza el campaneo de la Misa Mayor de la Catedral.

Los comensales de la otra mesa se disponían a continuar la "*parranda*" en casa de "*Lastenia*". Se iban en una algazara bestial, a media mona, con las piernas flojas y las cabezas brumosas.

Juan y Alvaro se miraron ligeramente sonrientes... recordando quizás el tiempo, en que eran ellos también de esas locas comparsas, pobres muchachos, en primeras armas de virilidad, bruscamente revelada... Juan se compadeció de sí mismo... ¡Qué necio y grosero era, antes de conocerla a ella! Alvaro guardaba todavía, con complacencia, la memoria de la brutal revelación de la vida...

—¡Qué tiempos aquellos!... y se miraron recíprocamente con lástima. Juan consideraba a Alvaro, ciego ante ese maravilloso "*secreto abierto*" de la vida que no conocería nunca, y Vicuña a su vez miraba a Juan con envidia y menosprecio por ser tan rico, libre y permanecer apegado al terruño, para conservar una inmensa fortuna que nadie aprovecharía nunca...

Los de la otra mesa salían estrepitosamente. ¡Qué tiempos aquellos! —repitieron, al mirarse en el espejo de los que se marchaban. Un oscuro vaho de cieno les vino con el recuerdo del pasado...

Juan, más sensitivo, tuvo la remordida angustia nauseabunda de la casa sospechosa, vieja, con muebles sórdidos y

mujeres... ¡No! hembras grotescas, repugnantes, carne de miseria.

—Se necesita de un poderoso instinto, dijo, como siguiendo diálogo consigo mismo.

—O más bien, de ser todavía bárbaros, le completó el pensamiento su compañero.

Al grupo que tomaba un coche en la puerta, con febril zalagarda de ebrios, Juan lo siguió con desdeñosa piedad. Eran conatos de hombres!

... Alvaro sentía casi cierta pena de no ser ya el mismo... de estar inadaptado para siempre, y sin poder regresar a Europa!

—Tengo que irme al campo mañana temprano, dijo bruscamente Juan, tomando pretexto para despedirse... Alvaro se extrañaba de que no lo convidara a esa renombrada hacienda tan hermosa... Debía desesperarse solo...

—Tu propiedad es muy linda, díjole. ¿Cuándo te voy a ver?...

—Te avisaré pronto... Así salió del paso, aunque no se echaría Juan la carga de semejante compañía.

Se estrecharon la mano... ¿Qué haría yo con él? pensaba Juan... Estas gentes que se aburren, ignoran que sólo dan aburrimiento.

Marchó ligero sintiéndose libre de un majadero, con quien no tenía ya nada de común y que ni siquiera se enteraba de la distancia que mediara entre ellos, ni mucho menos de la nueva vida en que se hallaba introducido...

Con pasos elásticos, libres ya de la obsesión del próximo domingo, Juan entró al caserón.

. . . Estaba en su cama gozando de la quietud nocturna entre la blanda y fresca caricia de las sábanas que le permitía creerse lejos de Santiago, en otra época cuando allí próxima y leve, la campanita de Capuchinas tocó la medianoche. . .

El silencio traidor en que no rodara coche, ni pitea-ra sereno alguno, estaba conjurado para destacar en cristalina limpidez, la esquila cruel . . . ésa que le ha hecho odiosa todas las campanas de la ciudad . . . Las torres con sus esquilas, no marcan horas para Juan sino épocas, no traen recuerdos sino amenazas . . .

. . . Voz lúgubre de la colonia rediviva, con religión de terror, enemiga de la vida, mutiladora y apolillante . . . Todos los templos de la ciudad, dan con sus repiques o doblez, martillazos en su sensibilidad; clavándolo a la cruz de soledad y dolor, en que está colgado, pero la de medianoche, tan dulcemente suave, que hace al silencio nocturno cómplice de su felonía, más que todos los otros esquilones roncos de Santiago lo acecha en su último refugio —del lecho— condensándole en doce notas, cual gotas de hiel vertidas en lo recóndito de su alma, el drama de su vida.

Esta tenue esquila, que tañía implorando perdón durante el hondo silencio nocturno, fué para Juan la voz misma

de su destino... ironía de la suerte... mofa de un demonio.

...Siempre la oía... más aún, la presentía...

...Pegaba en las fibras de su alma, antes que se agitara el badajo en la cúpula de bronce... La amortiguaban, en el día hasta enmudecerla, los ruidos callejeros... pero en la noche la escuchaba fatalmente. Su lengua cristalina, tomando finura de embrujamiento, resonaba más hondamente en el alma de Juan, por su plañidera timidez.

...La levedad del sonido iba destinado sólo al oído de las religiosas claustradas, sin pretender imponerse a la ciudad... Escucharla era casi indiscreción, equivalente a violación de misterio. Quizás nadie la oía pero fielmente la esquila llegaba hasta Juan...

Tan dolorosa impresión le robaba el sueño, trayéndole en síntesis de realidad, su vida irrevocablemente perdida. La agudeza de la sensación hería su llaga... y luego en confuso tropel lo traspasan otros aguijones: el presunto avance de la enfermedad de Nieves, y el hielo que a esa hora en el coro le dañaría el pulmón...

Temores, y angustias, mordíanlo en su carne y su propio mullido lecho tibio, trocábasele en parrilla de fuego, para revolcarse sobre ella la noche entera.

. . . . . .

. . . Cuando la campana de medianoche rasgó su sueño y la trajo así bruscamente a su celda húmeda, Sor Nieves sintió laxitud y desmayo de sus miembros.

Su cuerpo ya no era liviano ni ágil . . . A veces arrastraba una masa inerte. ¿Negábase a mantener la llama ardiente de su Espíritu? . . . Sostuvo largo combate contra el médico y la Superiora que pretendieron apartarle por más tiempo de la Regla y reducirla a régimen de enferma.

Mientras duró el período álgido, Nieves se sometió, pero ahora se rebelaba . . . No había entrado en religión para mantener su cuerpo en conserva, sino para hacerlo tributario y servidor de su alma . . .

—Si me doy por vencida, pensaba, me hundo. Cada vez estaré peor . . . Males atendidos, son males hospedados a perpetuidad. Despreocuparse, abandonar la dolencia, le parecía el camino de la salud . . .

En oscura cámara interior —laboratorio secreto— de donde salen las ideas hechas, ocultando sus raíces, estaba impresa la convicción de que las enfermedades forman parte de nuestro desarrollo espiritual. Adelgazan paredes, limpian canales de comunicación entre mundos distantes, y rompen brechas a la percepción de misterios.

Por esta creencia, Nieves hallaba en su dolencia, providencial merced . . . Tal vez lo que no alcanzaría en salud y robustez física, lo obtendría por gracia de padecimiento.

Estaba prisionera de sus votos. No podía expresarse . .

¿Acaso su enfermedad, mejor que sus palabras, ablandarían el alma endurecida de Juan . . ?

Aceptó el mal con fruición —cual si fuere parte de ese plan divino que por caminos de atravieso conduce a luz de amor.

También sabía que nuestros órganos físicos, son manejados más allá de nuestra conciencia, por una fuerza oscura, cuyo nombre no importa conocer . . .

. . . Se levantó esa noche con esfuerzo; sus músculos estaban laxos. Hallábase debilitada y en tal agotamiento, como si se le extinguieran los combustibles de energía . . .

El leve esfuerzo de erguirse la bañó en sudor frío. Estaba exánime . . . y a la vez alegre, complacida en su desfallecimiento con gozo íntimo de que su mal repercutiera en otro corazón . . .

. . . Sin duda, necesitaba sufrimiento físico para completar la pasión del Señor en sí misma . . . y además, ese dolor atraería gracia para él . . .

Amaba su mal . . . Vino al claustro a buscar "*eso*" de que su enfermedad sería el precio . . . Sus penas interiores eran incomunicables, pero estos dolores aparentes y menos desgarradores, podrían herir la sensibilidad pagana de un hombre, cuya alma estaba embotada por exceso de egoísmo.

En el coro no logró arrodillarse; se le iba la cabeza . . . Estuvo desvanecida todo el tiempo que duraron los oficios, con la mente en blanco y relajación del cuerpo flojo —harapo humano que ya no se erguiría . . .

Al regresar la comunidad a las celdas, marchaban con sus farolitos encendidos por los claustros oscuros... La noche era negra. Graznaban fatídicas las lechuzas en el cementerio y los cipreses movían a compás sus copas oscuras.

Cayó Nieves sobre los ladrillos disparejos... Dió su pequeño cuerpo en tierra con pesadez de fardo. El farolillo fué arrojado lejos... Los vidrios se hicieron trizas y la candela siguió ardiendo sobre el suelo... La levantaron. No se había hecho daño. Recogieron los vidrios y el farolillo detrozado... Al incorporarse, preguntó ansiosa:

—¿Rotos los vidrios?

Sor Encarnación con su sentido de ecónoma que fué, antes de tomar la tornería, recogía cuidadosamente los pedacitos de vidrio, a la luz de su propia candela...

Sor Nieves, ya de pie, sostenida por Sor Pilar y Verónica, advertía con gozo, que si el fanal estaba roto, su candil ardía en el suelo... y el viento de la noche, lejos de apagarlo, le serpeaba la llamilla loca...

—¡Arde, ah, qué gusto! —dijo espontáneamente.

Sor Escolástica, en su calidad de Maestra de Novicias, no perdió ocasión de enseñar:

—¡Esa es superstición, Hermana!

—¡Tal vez, pero complace!

En la altura de Peñalolén las aguas cantarinas, engastaban en el silencio su sonora orquesta y la majestad de la montaña ante la ciudad pequeñita, vista allá abajo, robustecieron la voluntad de Juan.

Estaba temeroso de comprometer su situación cada vez que deseaba dirigirse al convento y tener una entrevista con ella...

—¿Cómo pudo dejar pasar así el tiempo?— De miedo... Lo embargaba el secreto pavor de traslucir su estado. ¡Podía hasta perder su puesto de Síndico!

Tomaba energía extraordinaria en su hacienda... Sus derechos sentimentales sobre Nieves, ahondabánse en raigambre secreta, culminando en serenidad... Hasta desaparecían las barreras de estado social. Sentíase ligado a ella en impalpable y sutil elemento que, como el aire, unifica y compenetra sitios lejanos en la topografía terrestre...

Desde la altura mira la ciudad y la ve tan cerca. Palpita con Ella en la misma atmósfera, sin límites de separación por arriba...

—¡Ah! es que las almas se unen por las cimas, pensó... Se encuentran en el cielo, mientras más distanciadas están en la tierra.

Tuvo sorpresa de comprenderlo... y casi se sintió apocado... ¿Su sólida razón menguaba quizás?

. . . . . .

Fué al convento y sin ambages ni rodeos esta vez, ni tomar pretexto de la construcción, llamó a la Priora... Y así llanamente le dijo:

—Estoy muy preocupado. La opinión del médico que merece fe, no es favorable al estado de Sor Nieves... Quisiera hablar con ella y convencerla de la necesidad de curarse.

—Es verdad que no avanza... Aunque me ha dicho el Doctor que por el momento no hay nada grave sino amenaza para el futuro... Yo la siento mal... Antenoche mismo, al volver de Maitines, cayó desmayada en el claustro...

—¿Cómo, Sor Nieves hace los oficios de medianoche?...

—Es imposible impedírselo porque nuestra Regla los impone, a menos que haya un mal declarado...

Olas de cólera arrastran a Juan en su vorágine. Casi lo delata su vehemencia...

—...Madre, tienen ustedes una Regla bárbara... medioeval!

—Verdad que necesitará reformarse con el tiempo...

—No, Madre, inmediatamente... precisa que les sirva a ustedes que están vivas... después no vendrá nadie a sepultarse en estos conventos... Preferirán las llamadas o las escogidas, irse derecho al cementerio desde sus casas.

Acosada la Madre, se levantó para hacer venir a Sor Nieves...

—No es cuestión nuestra, repitió al sentarse nueva-

mente... Es el médico quien tiene la palabra... Nosotras acatamos nuestra Regla... pero él debe mandar por medio de la ciencia...

. . . . . .

La inquietud vehemente de Juan es tan fuerte, que no sabe ya lo que habla... La aproximación de Sor Nieves opera violentamente en su ánimo, por el magnífico don, que siendo tan frágil posee Ella de intimidarlo y desconcertarlo.

Su indignación, argumentos, magnetismo, todos sus recursos, se anularon cuando Sor Nieves apareció en la estancia.

Tuvo un violento choque. Le pareció tan disminuída... El hábito le holgaba sobre el cuerpo fláccido... Demasiada tela para tan exiguo bulto.

Sus miradas se incrustaron ansiosas en las partes descubiertas, las manos y el mentón. La vió color ceniza, macilenta y las manos tan enflaquecidas y exangües que eran diminutos candiles los dedos...

En un segundo la devoró con ojos ávidos en sacrílega furia de violador...

Quiso ser dulce pero la emoción, le teñía la voz de áspereza y rencor...

—No le pregunto cómo sigue Hermana... Lo sé y no la

comprendo... Ni a usted, ni la Regla, ni a las Madres... Supongo que esta casa no es patíbulo de ajusticiados...

—Deme ocasión de hablar yo también dijo sonriendo...

—No necesito oírla... la veo... la siento... Se está matando para cumplir con esa Regla, que manda seguramente el suicidio... ya que es usted su fiel observante.

—¡Oigame!...

Juan se atropellaba. Le salían granizadas de palabras exasperadas y vehementes...

Ella siguió sin levantar la voz... hasta que su palabra dominó a Juan, a la manera que la suave esquila conventual vibraba en el silencio de la medianoche poblana.

—No se juzga a nadie sin oír...

—Menos cuando el delito está a la vista...

—¡Cree usted que he cambiado! ¡Fantasía! Me adelgazo con facilidad y ahora salgo de un resfrío grande... Me siento algo débil.

—Está incubando una tisis, Hermana, permítame decirle con crudeza la verdad... El médico me lo ha dicho.

—¡Si saben algo los médicos no pueden nada! Dios maneja la salud y la enfermedad, para que sirvan a sus fines...

...Juan se levantó bruscamente para calmar su impaciencia. Sus pasos hacían temblar el suelo del locutorio... Desahogaba en actividad muscular, la cólera que lo enloquecía... Hasta ella estaba tomada por la estupidez monjil...

En colmo de indignación exclamó: —Madre, no mezcle a Dios en esto... No lo haga cómplice de su suicidio... No profane las cosas santas.

Ya más firme, Nieves dijo:

—Usted me va a escuchar. No le hablaré en estilo monjil.

Sor Clara intervino: —La Hermana ha seguido todas las prescripciones del médico... Toma las medicinas y se alimenta según el régimen prescrito.

—He obedecido a todo lo ordenado, continuó ella con voz clara y débil... ¡Todo! Ahora me hallo en estado normal y si me quedara todavía dándome por enferma, en cuidados superfluos... —¡Superfluos! Juan, riéndose irónica y amargamente le cortó la frase.

—Si me cuidara todavía como enferma, mi imaginación me haría retroceder...

—¿Cree usted que uno enferma por mera imaginación?

El cinismo de que se teñía la cólera de Juan, asomó en punta acerada...

—Soy tan imaginativa, replicó ella con suave ingenuidad, que logro crear realidades... Si me figuro que estoy mala, me enfermo, y si pienso lo contrario, sano...

Intervino Madre Clara en la discusión para apoyar a Nieves, al ver la contrariedad que se pintaba en Juan.

—Tiene razón la Hermana aquí en religión conocemos el poder de la fantasía... es una de las armas más poderosas del demonio... que la hace servir al mal.

—A nosotras nos toca emplearla para el bien, completó la idea Sor Nieves...

Se apartaban de la cuestión, iban a entrar en terreno resbaladizo —la Mística.

Ya no la despreciaba Juan como antes; ahora teme los secretos que encierra.

Su sorda cólera caía por encantamiento, derritiéndose el veneno de su entraña en viva ternura... La expresión entristecida y lánguida de las manos de la religiosa, le revelaban en muda síntesis, su sacrificio y humilde acatamiento a la vida. Se desarmó... La adoraba en su carne trasparente, en su voluntad de renunciación... y acató el inaccesible misterio de esa alma...

—He trabajado tanto, Madre, dijo dirigiéndose a la Superiora, en acelerar los trabajos de la enfermería... He luchado en condiciones penosas...

Las dos religiosas se lo agradecieron, al mismo tiempo, en sonrisa e inclinación afirmativa de sus cabezas veladas, expresándole con ardor su reconocimiento en palabras.

Juan tomó bríos.

—Yo no había salido de mis libros... Ignoraba las dificultades de la práctica... ¡Qué ralea de gente terrible, son los artesanos! ¡Les falta la dignidad del trabajo, la conciencia de honestidad en el oficio —la virtud obrera por excelencia.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

—Pero tiene nobleza "*el roto*" chileno, dijo tiernamente Nieves. Yo quiero tanto a los artesanos... En el pueblo he

hallado esa aristocracia del corazón, que es lealtad y sobre todo, abnegación... Almas fundidas en oro puro, que no han sido labradas... Recuerdo a las mamas, tan noblemente desinteresadas, tan cariñosas; a las criadas de mis tías —la Niquito— tan aguda y generosa. Lo daba todo y nunca pensaba en sí misma...

—Yo también he tenido a esas nobilísimas criaturas, dijo Juan, pero entre los artesanos que no conocía, créanme Madres, hay una pillería a base de respeto. Se ríen de uno, sombrero en mano, diciéndole su mercé...

—La bondad no excluye la diablura, apuntó la Priora... Son muy astutos y tienen gracia...

—No se puede contar con ellos para nada... beben tres días de la semana y se lo roban todo; es un desastre trabajar en tales condiciones... No se puede calcular ni tiempo ni dinero... Y esa fatalidad musulmana con que lo arreglan todo: "*Estaría de Dios*".

—Y sin duda, todo está decretado desde antes, afirmó Nieves.

—¿No cree usted, Hermana, en la libertad? ¿Qué dice de esto Madre Clara?...

Es difícil explicar... Hay sin duda, más o menos libertad en las almas, según el dominio que alcanzan sobre sus pasiones, y el grado de fe o de sacrificio con que logran obtener gracia. Las cosas vienen de otra parte y nosotros las vivimos en gozo o en dolor.

Juan se irritó:

—¡Eso no! Yo sé lo que hago y por que lo quiero...

—Ya se convencerá de lo contrario... dejó caer la frase Nieves, y sus palabras tiraron ancha traza de luz, que hizo vacilar la seguridad de Juan...

—¿Usted se deja morir, porque así está de Dios?...

—Creo que la vida está en sus manos...

Su voz tenía esa divina serenidad, en que la rebeldía de Juan se estrelló rudamente.

—Nunca estaremos de acuerdo, dijo él desalentado.

—Siempre lo estamos... adentro... muy en lo hondo... Lo miró tras el velo espeso y Juan sintió una luz ardiente que le quemó el rostro...

—¿Los artesanos lo han molestado mucho? —Sor Clara intervino a tiempo... El silencio abrumaba...

—Muchísimo... no obstante los vistosos escapularios de que los ha provisto Sor Encarnación. —"*¡Qué bonitos nos han puesto las Madres!*" decían... Los oigo hablar desde mi escondite. Son muy sabrosos. "*Están aquí las madrecitas pá pagar por nuestras culpas...*" le oí la otra tarde y los demás respondieron: "*Son señoritas pudientes, que se han hecho pobres por su gusto!... pero ná les falta,* añaden, *porque su mendigo es el mismo Niño Dios...*".

Las dos religiosas se miraron...

—Los pobres, dijo Nieves, me enternecen... En mi niñez conocí una viejita a quien le había sucedido todo lo malo posible, cuanto de triste acontece en este mundo... Se arrugó como una pasita del Huasco y se quedó con ojos

de ángel... A cada desgracia que le venía, exclamaba a manera de prólogo: "... *Como el Señor es tan bueno conmigo...*"

En casa se burlaban... Qué nueva y mayor prueba de su bondad decían le habrá dado Dios, a Ña Mariquita, creyéndola ya trastornada... Así mismo nos anunció el suicidio de su hijo... con la misma frase... "*Como el Señor es tan bueno conmigo*"... Se me quedó la expresión grabada para siempre y pude comprobar su sabiduría... Sólo en el dolor se sabe cuán infinitamente misericordioso, es el Señor con el alma que sufre...

Hablaba con sencillez la Hermana y de sus palabras fluía calor de vida penetrando a Juan en honduras insospechadas de sí mismo.

Trocó su emoción en burla:

—¿Cómo no ha de mandarles penas el Señor, si se las agradecen tanto?— Se rió Juan nerviosamente, acariciándose la barba... Yo le ofrezco a Dios las penas que me manda para que se las lleve, y en vez de recogerlas, me envía otras peores.

—Haga lo contrario, díjole Nieves. Acéptelas de todo corazón y el Señor que no se deja ganar en generosidad, le trocará los clavos de la cruz en rosas. Llegará a amar su dolor, con miedo de que se lo quiten.

Juan comprendía, sintiendo que la cruz de su amor era su única felicidad y que no podría vivir sin ella...

—¿Cuándo podremos estrenar el Hospital? —indagó Sor Clara.

Juan se apresuró a asegurar que estaría listo, salvo que todos los artesanos se emborrachasen el lunes hasta mediados de la semana. La pregunta lo complació . . en la seguridad de que Sor Nieves iría a habitar el edifidio nuevo, blanco y asoleado . .

—Sor Agueda está mal y necesitaríamos transportarla . .

Se contrajo la fisonomía de Juan . . Era penoso haber trabajado para "eso" . . Desarrugó el entrecejo:

—Convendría que todas las Hermanas delicadas y que enfermaron de la epidemia, habiten desde luego esa parte . . Ya ve, Hermana (dijo a Nieves) no le pido más . . traslade su habitación al piso alto, aunque siga la Regla . . . y se levante a Maitines, con hielo polar. Mejorará sin ayuda de su poderosa imaginación, y entonó en sorna, el fin de la frase.

. . Mientras hablaban, otro diálogo interior corría dulce y blando en el silencio . . diálogo a que las palabras hacían alusiones exteriores.

Juan quedó complacido, sintiendo los cálidos efluvios del alma de Nieves y hasta se creyó asociado a ese mundo distante . . de que tenía leves indicios . . Entreabríanse ya para él, puertas siempre cerradas, ante las cuales permaneciera largo tiempo de pie . .

En la voz de Nieves, se transparentaban los misterios de la alta ley de amor, que rige el universo.

. . . Estaba tan segura, que su acento mismo era fiel trasunto de evidencia interior . . . Juan, sin razones, sentíase invadido por aquella fe, impregnado de sedante dulzura y de ilimitada confianza.

—¡Qué manera tan hermosa y gráfica en su simplicidad, tenía ella de narrar, mientras su palabra transparente vibraba adentro del alma despertando ecos de otras voces mudas . . . o interrumpidas quien sabe cuándo!

Se marchó Juan con el alma aromada de bálsamos suaves, a dar órdenes para que se activase la obra y entregarla a mitad de semana . . .

. . . Pediría en pago de su esfuerzo solo eso que las Hermanas convalescientes se trasladasen todas . . .

Y en la seguridad de ser escuchado, tanto como en la fiebre del trabajo, halló narcótico para muchos días . . . La entrevista tan temida no había destruído su íntimo tesoro dándole además suaves añoranzas . . .

El forzado silencio formaba el frasco que guardaba la esencia de su dicha, sin que se evaporase un átomo de perfume . . .

CAPITULO XX

Es el año de gracia para Chile de 1879.

Una tranquila mañana de tantas iguales en el inmutable convento de Capuchinas, cruzó el torno como un proyectil, la noticia traída por la anciana recadera . . . *"Declaración de guerra"*.

Propagóse en turbulenta emoción, entre todas las religiosas. Cayó la infausta nueva a hora de recreación y soltó las lenguas enardecidas . . . ¡Guerra! . . . La palabra misma encerraba aspereza de odio y hasta detonante brusquedad . . . ¡Guerra! repetiánse las Hermanas el vocablo duro, que contenía fragor de combate y estampido de cañón.

Para algunas monjas, la sola enunciación de la palabra ¡Guerra! . . . tuvo color de sangre y angustia de muerte . . . Otras fueron lentas en realizar este concepto tan nuevo *"guerra"* en la paz garantida por votos solemnes de todos los años que vivieran en la tierra.

Las ancianas se complacían en el terrible castigo de Dios, que la guerra, cual escarmiento bíblico, traería a la corrupción del Siglo . . .

Sor Angeles, en su habitual e inmotivado jolgorio, divisaba solo triunfos y gloria para Chile, haciendo coro a Sor Purificación. Opinaban siempre de la misma manera.

La Superiora y Sor Nieves guardaban emocionado y hondo silencio. Pesaban con terror la responsabilidad de tal

provocación hecha por Chile, país pequeño y pobre contra dos países —esa tierra del Virreinato, cuyo solo nombre evocaba "*oro*". "*Vale un Perú*" término usual con que se le designaba y Bolivia país de fabulosas riquezas mineras . . .

Sor Trinidad alborozada, esperaba que la guerra suministraría abundante tela en que cortar milagros de todos tamaños, chicos y grandes, adecuados a las necesidades de la gente . . .

También se deleitaba Sor Coronada imaginando las profecías, y vaticinios a que la guerra daría lugar y que le traerían a ella aureola de iluminada, ante la Comunidad.

Con su imaginación árida, de puro pesimismo, Sor Escolástica, sólo divisaba en perspectiva desastres, saqueos, y violaciones de clausuras . . .

—¡Amargos días nos prepara el Señor! —exclamó . . . Habría que recurrir a duras penitencias para impetrar misericordia . . .

Sor Pilar dijo: —Los hombres irán a pelear con el cuerpo y nosotras lucharemos desde aquí con nuestras plegarias y penitencias.

Sólo deseaba Sor Tránsito saber el efecto que el "*notición*" haría en Sor Agueda, reclusa en la enfermería nueva . . . Varias Hermanas, incluso Sor Verónica y Sor Nieves le llevaron el anuncio. Se tenía su opinión en grande estima . . . y también el consiguiente oráculo.

Sentada en su lecho y profundamente concentrada en su

oración matinal, Sor Agueda puso tiempo en tocar tierra del planeta . . . desde su prodigiosa elevación en planos inaccesibles.

Miró con furor a las religiosas que venían a interrumpirla y con asombro después . . . Su descenso a la vida llamada "*real*", le era penoso, pues para ella estaban trocados los términos de "*verdad*" y "*quimera*" que aplicamos en el lenguaje humano . . . A la materia daba nombre de "quimera" y de "verdad" al espíritu . . . Con estos intempestivos llamados, la hacían descender de su realidad espiritual, a la densa bruma de la ilusión humana . . .

Inquirió con mirada enfurecida la causa: —*¡Guerra, Madre Agueda!* —le gritó Sor Tránsito . . .

Los azules ojos de la religiosa se clavaron atónitos . . .

—¡Declaración de guerra! —siguió Sor Nieves . . .

—*¡De Chile al Perú y Bolivia!* —completó Verónica . . .

Agueda trató de ubicarse en la sorpresa y de tomar orientación . . .

Miró en torno, sobresaltada:

—Sí, dijo, desde tiempo atrás la atmósfera espiritual estaba conmovida . . . Luchaban fuerzas enemigas . . .

Sor Agueda sabía por experiencia, que en las esferas a donde llegara en alas de oración, se incubaban los sucesos que después estallan como bombas en el mundo. Mucha agitación había arriba . . . ¡Qué raro es, pues, que la guerra esté declarada abajo! . . .

. . . Sor Nieves sentía cierta angustia inusitada en ella. El ritmo de su corazón se aceleraba esta mañana . . .

¿Qué acontecimiento podía traerle el porvenir? ¿Qué destino particular y sorpresivo se incubaba para ella en tal suceso?

Sor Tránsito, siempre tan aburrida, se complacía, en que la guerra originaría siquiera emociones y traería noticias sensacionales . . . Aunque no se trastornase el convento, ni cambiase en un ápice la Regla, otra atmósfera más vibrante sacudiría la modorra ciudadana!

—¡Qué bien para todos en vivir, despertar . . . escapando a la monotonía y a la "*nada*", que como una condenación, pesaba sobre el rincón del mundo! . . .

Ya repuesta de la emoción y aterrizada en el suelo . . . Sor Agueda, se armó en profecía . . .

—Ganaremos la guerra. Costará muchas vidas . . . ¡Se engrandecerá Chile!

Su voz bien entonada, inspiraba serenidad, produciendo certidumbre . . .

Sor Nieves estaba unida a Sor Agueda desde que habitaron juntas la enfermería nueva. No habían intimado antes, a pesar de ser místicas ambas, pero siempre respetó Nieves el silencio de la religiosa, que era intenso y activo . . . aunque la miraba con ojos durísimos.

Trajo el Síndico a la Priora la noticia completa de haber sido la guerra declarada por Chile, al Perú y Bolivia . . .

Alarma de la religiosa...

—Contra dos países! ¿Tenemos fuerzas acaso?

—La haremos, dijo Juan.

Despreciaba en el fondo a los hombres de gobierno —liberales usurpadores del poder a las huestes conservadoras que construyeron el país— partido compuesto por aristocracia de sangre, cultura y dinero que dió excelentes gobernantes.

Explicó a la Madre que se había sorprendido un tratado de alianza secreta entre el Perú y Bolivia... Aquella misión Lavalle, fué una traición... y Arteaga, el general en jefe estaba anciano...

—¿Cómo se ha recibido la noticia?

—Con gran entusiasmo... Es natural, para los militares la guerra es el ascenso y la carrera... Los rotos son pendencieros por naturaleza; les gusta la pelea... Desprecian la vida y no temen a la muerte jugándola diariamente a cuchilladas en estado de ebriedad...

—¡Pobres! son tan fatalistas...

—Feroces, Madre, gustan de la sangre y manejan el "*corvo*" con fruición. Raza indígena muy superior, en todo caso, al cholo que es débil y al cuico, que es el más salvaje de los indios...

—Pediremos a Dios por todos...

. . . . . .

Las religiosas se unen en ardiente imploración. Redoblan sus penitencias. El amor patrio se enciende voraz en sus pechos. Algo se comunica a Juan de aquel ardor y su alma, muerta al espíritu público, sacude sus cenizas.

Algunas monjas temen la intercesión de Santa Rosa de Lima, poderosa sin duda en favor de su pueblo... lamentando la falta de un santo nacional que oponerle... pero callaban.

Sor Angeles, que siempre daba en decir lo que no debía, puso el dedo en la llaga viva... —Santa Rosa nos puede hundir... ella es limeña pura y nosotros no tenemos ningún santo propio...

—Fray Andresito, insinuó a modo de consuelo Sor Brígida.

—No está ni beatificado...

—Es cuando hacen más milagros, apuntó Sor Trinidad, pisando ya en terreno firme. Por la esperanza de que los canonicen se tornan muy generosos. Ella siempre tan alucinada de grandezas, veía a los bienaventurados disputándose a fuerza de milagros, la corona de santidad...

Sor Purificación suspiró:

—¡No tener ni un santo chico...! en Vichuquén o en Culitrin ¡no importa donde! que oponerle a esta Santa Rosa de Lima tan bullada...

Sor Trinidad se irguió entonada con sabores de complacencia, para recordar al Siervo de Dios Bardesi, ignorado de las monjas. No halló eco, pero su absoluta insensibilidad a

los ambientes, la mantuvo en elocuente panegírico del ignorado Siervo, cuyo entusiasmo nadie compartía.

. . . Esa tarde Sor Verónica se puso mala. Desde la epidemia del gran catarrón, que hizo época en Capuchinas, marcando los tiempos con frases semejantes: "*Antes del contagio, después de la plaga, durante la epidemia*", quedó con una tosecita seca en que nadie reparaba . . .

Nunca se quejó, a pesar de que varias veces la tos se le convirtió en acceso, dejándole manchitas de sangre en el pañuelo.

No era aprensiva y no daba importancia a cosas insignificantes. ¡Había sufrido tanto de las muelas . . . ! Esto por lo menos, no era doloroso.

En la tarde de ese día pleno de emociones, en que vino tanta gente al torno, con noticias o a pedir oraciones, caminaba ligero por el claustro, cuando le vino un fuerte golpe de tos . . . Se detuvo; la tos porfiada y seca la estremecía entera . . . Devino intensamente pálida y tuvo arcadas de náusea . . . Se llevó el pañuelo a la boca y lo empapó en sangre.

Sor Nieves que pasaba en ese momento la sostuvo . . .

Un comienzo de desmayo, la hizo apoyarse al muro.

—¡Sangre, Hermana, sangre!

—No es nada, la fuerza de la tos le ha irritado la garganta.

Apoyada en Nieves, caminó Sor Verónica a la enfermería.

Por primera vez, la Hermana Asistente entró en conciencia de que las enfermedades llegan así a traición... Creían tan sana a Sor Verónica y ahí estaba la calentura apareciendo de improviso, sin dar ninguna señal de alarma...

Allá arriba en Peñalolén es un glorioso día de otoño...

La cordillera desnuda exhibe sus arrugas en tonos grises plateados y recorta sus aristas en diáfano cielo celeste pálido...

Abajo la ciudad se esfuma en velo de bruma. La estación suavemente desfallecida, pintase en lánguido esplendor. Los árboles que fueron espesos disminuyen lentamente su densidad estival, ganando en tenuidad y color, lo que pierden en espesura.

De sus faenas campestres regresa Juan a caballo, caviloso y triste.

Ha pasado el mediodía en el campo. Una copiosa lluvia —la primera de la estación— después de seis meses de sequía, ha lustrado las hojas, humedecido los caminos y devuelto a la naturaleza su frescura. El aire puro y vivo, imprégnase de aromas montañeses, asperos y fuertes.

Casi siempre Juan sube a caballo, hasta la casa por el camino que circunda el lado derecho del parque, pero ahora toma la primera escalinata de piedra, que en su cima enfrenta la cordillera y da acceso a la laguna.

. . . Es empinada la subida y se yergue entre dos muros también de piedra. Su audacia está proporcionada a la visión que entrega, en cada uno de sus peldaños. Desde la primera grada se ven los picos cordilleranos y a medida que se sube, la montaña crece hasta salir al encuentro del paseante en orgullosa altivez.

La escalinata magnífica, ideada por Juan, da ilusión de ir en línea recta a la montaña. . . Arriba sobre la explanada a cuya base se ahonda el estanque de abrillantadas y bullentes aguas, impera soberbio el gran chorro —instrumento principal de la sinfonía— y se adivina la casa algo emboscada en la altura. Al frente los frondosos árboles se abren congregándose en las laderas para ofrecer a la mansión el golpe de vista soberbio de la ciudad encuclillada abajo. . .

. . . Así tan solitario el parque, tan vasto y señorial, estaba como animado para Juan de presencias invisibles.

—Si me hubiera casado, solía pensar, y me acompañara una mujer hermosa y niños traviesos, serían, no obstante los derechos civiles y la vinculación de sangre, más extraños a mi ser íntimo, que estas compañías secretas, de la naturaleza, componiendo un "*todo*" con el aire, los árboles, el panorama y la musicalidad del agua.

No acertaba a explicarse el sentimiento de protección y de íntima dulzura que lo embargaba. . . Los sitios lo acogían y consolaban, siendo esa planicie de cordillera, su regazo espiritual.

Caminó lentamente aquella tarde hasta la península, que avanza sobre el lago, con su pérgola cubierta de sarmientos retorcidos.

Gustaba de contemplar en el agua, los paisajes caricaturizados del cielo, por las deformaciones que imprimieran en su cristal el plumaje del chorro y los vientos libres de la altura. Pasaba horas sentado en ese sitio predilecto para sus divagaciones . . .

. . . Avanzó por el lado izquierdo hacia arriba.

Las aguas de las cumbres son recibidas en el parque tras de la casa-habitación, por un castillejo —que deja escapar los chorros cristalinos por las bocas de seis cariátides de mármol blanco. Se escurren bulliciosas yendo a juntarse más adelante en una vasca de piedra rústica. Allí se aquietan para seguir después su curso hasta un gran estanque rodeado de inmensos árboles, por entre cuyos ramajes, aparece indecisa y visionaria la bruma azul, que vela la ciudad lejana . . .

A ambos lados de la gran escalinata que desciende a las casas, bajan las aguas por pequeños canales. Riman su curso y lo gradúan en notas cantábiles, con pedacitos de latón brillante colocados a igual distancia uno de otro. Los arroyitos van entonando alborozados su cristalina canción de vida . . .

Vienen del cielo y van gozosos a la tierra baja, que empañará su cristal despedázandolos . . . pero siguen cantando

alegremente porque los arrastra el peso de un destino que no discuten.

...Esa tarde murmuraban a Juan, su *leit motif* musical... *Vivir*... *Vivir*... *Vivir* y se escurrían vivarachos y juguetones, escoltando traviesos, su lento paseo melancólico de regreso. "*Vivir*" mientras el vegetaba tristemente solitario.

...Ahora que el país se agita preparando la guerra no puede Juan romper el círculo férreo del egoísmo que lo aprisiona.

Dejar sus comodidades... ¡qué idea! O continuar así encerrado, yendo a menos cada día, sin esperanza de cambio posible. ¡Dura prueba! ¡Insoportable dilema! No era él necesario, en parte alguna!

Para esa gentuza inferior, la guerra daba ocasión de suerte... podrían ilustrar nombres oscuros, darse a conocer... No perderían nada y ganarían mucho. Estaban además, habituados a vida estrecha, dura y mezquina... pero él... sólo de recelar esos contactos y esas aventuras que supone una guerra, se espeluznaba.

Y sin embargo, eso de jugar su vida, sacando su existencia inútil de la pauta de vulgaridad en que estaba ya embutida ¿cuántas posibilidades le ofrece de enriquecer el sentimiento de ella mostrándose bajo aspecto que en inercia o encierro, no vería nunca?...

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

—¿Y si me matan? —pensó aterrorizado... Poco antes o poco después, da lo mismo... Será en todo caso mejor

morir a bala, que sucumbir vulgarmente en el lecho, entre drogas, enfermeras y criados... ¿Qué puedo yo esperar de la vida?... ¡La vejez con su séquito de miserias repugnantes!

Siguió andando. En otra gran pila entraban a reposarse las aguas inquietas recobrando la limpidez de su cristal.

Ya no le murmuraban "*vivir... vivir*". El remanso cristalino sugeríale ahora la dulzura de aquietarse tras la fuga loca pero sólo como "*reposo*", entre dos escapadas...

¡No serían tan brillantes y puras las aguas si no se golpearan en piedras, ni se quebraran en centellas multicolores!

...¡Con qué alegría se iban después cantando otra canción hasta el estanque grande, en que el plumaje del chorro las encumbraba por última vez en gloriosa luz, antes de ir a recibir el oprobio de la tierra... allá en la llanura... donde quedarían profanadas antes de tomar curso hacia la pureza infinita del mar...!

Cogió Juan un camino lateral, bordado por cercas de oxiacantos... —las "*obépinas*" que lo encantaban en la primavera de Francia...

Se sentó en un banco de piedra —muy antiguo—. Echó al aire el amplio chambergo, se atuzó con los cuatro dedos abiertos de su mano derecha, el espeso cabello sobre la frente estrecha de obcecado... y dió escape a sus ideas...

¿Sería acaso menester sufrir la ignominia del dolor, por

sacrificio y renunciamiento, para alcanzar como las aguas, infinita plenitud de liberación?

El otoño picaba ya de puntos de oro la verdura del parque... Grandes arces sombreaban el suelo, en que rayos oblicuos de sol, pintaban la tierra en tinte de ladrillo encendido... Caminó Juan más a prisa para despedir al astro, antes que lo tragase la cordillera de la costa...

Llegó hasta el terraplén de la casa. En ese momento tramontaba el sol la montaña. Las aguas doblaban sobre el estanque la apoteosis del cielo rompiéndola en millares de lenguas de fuego...

...Los árboles quietos engastaban en sombra la brillante fantasía del agua encrespada, melodiosa y fulgurante.

Un grupo de cipreses apuntaban sus flechas negras en el cielo claro trayendo a Juan reminiscencia italiana... No decía eso nada a su alma íntima, pero le marcaba un vago sentimiento de pasado... de sucesión de épocas... síntesis de esa misma especie de nostalgia que le diera Peñalolén desde la primera vez que entró... Emoción de un "*Antes*" misterioso y suyo... de que la misma posesión legal de la tierra, no fuera más que el símbolo de otras pertenencias más profundas...

La cordillera guarda en luz, la unción postrera del sol... y los arrebolos describen en el firmamento, sangrientas invasiones... La ciudad abajo se hunde en sombra progresiva...

Es la hora que ama Juan... hora en que se siente descendido a vidas profundas e ignoradas de sí mismo.

Sentóse bajo la pérgola... La noche acortaba distancias entre Peñalolén y la ciudad... Aparecían cercanas las lucecillas de los faroles. Ese elemento unificador —el aire— en ausencia de luz, coloca a Juan en la misma atmósfera que respira ella...

El manto piadoso de la noche los mece en sus blandos pliegues. Las estrellas miran piadosas desde la inmensidad, las miserables vallas que dividen los corazones humanos... palpitando en promesas magníficas, intraducibles a la breve conciencia.

Juan cambió de sitio, sentándose en otro pequeño asiento, trás de la península. Un surtidor, por entre la boca de un dios "*Término*", llora con leve gemido, en alberca de mármol blanco.

Ese escondite tuvo siempre encanto secreto para Juan. Es suave el lamento de la gotita de agua al caer en la taza... Un espíritu gime acaso ahí su irremediable tristeza. ¡Un alma encadenada... quizás!...

...Sintió ahí Juan esa noche, por vez primera, urgencia de cambiar su mísera existencia y de elevarla, arrojándola valientemente sobre las rutas del destino... Ansia de sacrificar esto tan miserable, "*la vida*", o sea el cuerpo que la sustenta —lo único real para él antes de la revelación amorosa!

...En cierta videncia, percibió santas locuras, que acre-

cientan amor sellándolo en esferas superiores... ¿No amaba acaso a Perpetua, monja renunciada y oscura, más de lo que la hubiera amado, ahí junto a él, en el prestigio de ese cuadro y en belleza de maternidad...?

¿Qué hay trás el heroísmo?... ¿Qué encierra esa sublime locura? Se lo preguntaba con febril vehemencia...

La tenue gotita de agua, en leves sollozos sobre la taza de mármol, parecía murmurarle:

—¡Es amor lo que se esconde tras de esa locura!— Juan comprendió que su tristemente estéril amor humano, era camino, preludio y entrada al reino de Dios.

. . . . . .

...Fué llamado urgentemente por la Superiora y se le comunicó el estado de Sor Verónica... La noticia brusca ha resonado cual trágico anuncio en su alma.

Sor Clara estaba acongojada y perpleja... ¿Qué harían?... Se condensan en Juan angustias y temores...

...El "*mal*" ya está instalado en el convento... No se puede luchar contra criaturas que aceptan las enfermedades como favores del cielo, despreciando el cuerpo cual deleznable harapo y para quienes la muerte es principio de vida...

Por desgracia, Juan no espera del otro lado más que una bienaventuranza hecha de paz y gozo extático... Prefiere casi el dolor, la limitación de la personalidad palpable, a

un desmesurado gozo sin realidad humana. Querría guardar esta pobre vida, con su amor entre rejas, a esa dilatación infinita, de un ser que ya no serán ni él ni ella en envoltura carnal...

—¿Si al menos la alarma actual trajese un cambio en la Regla para toda la comunidad? No lo espera Juan. Son tan sumisas... ¡necias o hábiles, hacen todas lo mismo!... La inteligencia, la simple razón, el buen sentido... ceden al absurdo de la Regla antiquísima.

Juan apresta discursos para la Superiora... Le arde el cerebro en proyectos toda la noche. La angustia aquilata su situación de observador impotente a que está irremediablemente condenado...

Después de Sor Verónica el contagio prenderá en ella, que ya es candidata a calenturienta, pues tiene el gérmen del mal por raza... Asistirá así de lejos al proceso de su destrucción... Es lo único que le espera...

...Oír la campanita de medianoche, hablar por el torno con Sor Encarnación, machacante y detallera, esperar en el locutorio anhelante como un loco, para divisar tras las rejas el fantasma cada vez más etéreo e intangible de su único amor.

Se revolcó desesperado en el lecho... El sueño también lo abandonaba... Hacíase imperiosa la necesidad de huir escapando a la garra que se le hincaba cada vez más adentro de la carne viva... ¿Huir a dónde? La vida de

Europa lo asqueaba... Había agotado sus recursos y todo era ya tedio... y siempre tedio!

La guerra se le presentó como puerta de escape... Irse a correr peligros redimiendo de egoísmo el vacío de su existencia... ¡Sacrificarse...! Esta palabra lo espantó... pero se la afirmó: "*Sacrificio*". Sí. ¡Sacrificio de todo mi ser!

Tal vez así le inspiraría a ella, eso mismo que le daba, inquietud y desesperación! Terrible es el sufrimiento, pero da aureola a los que atormenta. Redime, embellece y tal vez obtiene los "*imposibles*" humanos.

—Si Nieves sintiese en mi ausencia lo que yo sufro por ella... si padeciese... me comprendería...!

En todo caso la amenaza de partida... puede darme ventajas sobre ella. Conseguiré que se cuide...

Se complació en el proyecto de partir... No dar nunca noticias... Morir tristemente abandonado... sin que se encontrara siquiera su cadáver... ¡qué voluptuosidad sentía de venganza! ¡No tendrían ni la satisfacción de hacerle honras...!

Tuvo infinita complacencia en estas ideas... hasta perdía su miedo a la muerte... Morir como mártir era suprimir los terrores de la enfermedad última, a este lado... y los de la divina justicia, más allá. Dios se apiadaría del alma que se inmola... Esa noche en su insomnio, se hallaba capaz de renunciación y heroísmo...

El daño que se preparaba hacer a Nieves lo compensa-

ría de todo. Si escapaba, la vida tornaría con algún nuevo derecho y si lo matasen, obtendría en cambio, las ventajas que los muertos adquieren sobre los vivos! . . .

. . . Imaginar la impresión que la noticia de su fallecimiento daría a Nieves, le proporcionaba entusiasmo de niño . . .

La vida, sin más horizonte que la vejez del solterón maniático, egoísta y retirado del mundo, que ni siquiera cultiva la sociedad, se acaba de verdad mucho antes que lo lleven al cementerio. El celibatario alejado también de la política, se va sin dejar ningún hueco vacío. En su mundo se preguntarían con sorpresa: —¿Y vivía aún?— ¿A quién le dejará su fortuna? . . . Gracias a esta suerte inesperada de la guerra podría convertir su pobre existencia inútil, en algo hermoso, digno de su nombre, que reivindicara en un solo gesto, su egoísmo ingénito . . .

Ya al amanecer se durmió de un sueño dulcísimo . . . —reposo bien ganado después de la batalla . . .

Lo despertaron los esquilones de la Catedral para la Misa Mayor . . . Hallóse cómodo en su lecho, liviano y alegre . . . Sus ideas de partir a la guerra pareciéronle bravatas de colegial enamorado, hallándose ridículo . . . Era demasiado sibarita y poltrón para aventurarse en vida de soldado . . .

En todo caso la amenaza de partida era un recurso oportuno. Se lo pondría a la religiosa como un dilema . . . —O usted se cuida, o yo me marcho . . .

También le pareció absurdo... ¿Con qué derecho iba a hacerle esa amenaza infantil?...

Corrigió, para hacer otra amenaza: —Ante el ejemplo de ustedes, Madre, que desprecian la vida por el cielo, he resuelto irme a pelear al Norte le diría... Si me responden que hago bien en cumplir con mi deber... les contestaré que me voy por escapar a la vulgaridad de la muerte en mi cama mostrándoles que ellas me han enseñado el desprecio por la vida... que en realidad debe valer poco cuando tratan su cuerpo tan mal y se han encerrado ahí dentro.

Sostenía un animado diálogo con ellas, la Madre Priora y Asistente, cuando Lucas entró con una carta del convento.

...Se le cayó de la mano... Tiróse la barba y se erizó el cabello. Su rostro tomó palidez cerúlea... Sor Verónica había fallecido en la noche, víctima de una fuerte hemorragia pulmonar. Lo llamaban y también al Doctor Thévènot.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Salieron del convento juntos y Juan retuvo al médico para almorzar.

—¿De manera que estas enfermedades, tienen desenlaces fulminantes?

—Se presentan de distintos modos pero cuando el mal se hace sensible al oído ya la caverna está horadada por

el microbio. El proceso es lento o rápido, presenta distintas fases y en cada enfermo toma un carácter especial...

—¿Han tomado precauciones contra el contagio?

—Ninguna, murió a las tres... Han velado toda la noche y la Hermana Asistente con la Priora, le han prestado los auxilios...

Thévènot miró a Juan comprendiendo la tragedia que se libraba en su interior, mezcla de cólera, indignación y amorosa piedad.

—Son salvajes! —y le relampagueron en chispas de acero los ojos perversos—. Es inútil interesarse por el monasterio, proporcionarles habitaciones higiénicas... Viven en la edad de piedra, con una Regla del siglo XIII y con ideas coloniales.

—Hice desinfectar todo, le aseguró el Doctor y ya les había prevenido con anticipación que apartaran los objetos usados por la extinta.

—Se separaron. Juan tenía ansias de soledad...

Necesitaba también hacer las diligencias, sacar el "*pase*" al cementerio y buscar el ataúd...

El entierro se haría al siguiente día a las seis de la tarde.

. . . . . .

La religiosa rígida sobre su tarima, tiene un menudo rostro de muñeca de cera.

Tres cirios a cada lado de la tarima, lloran sus cerotes

cual lágrimas espesas, pintando sobre la carita exangüe y plácida, trémula vibración en el inquieto serpear de la llama.

El lecho está colocado al medio de la celda.

Se turnan las monjas a rezar de dos en dos, junto al cadáver, colocándose una a cada lado de la cabecera.

Al entrar Juan al aposento, con los obreros que traían el sencillo ataúd, acompañado de la Superiora y de Sor Angeles, Nieves y Purificación estaban de turno rezando arrodilladas al lado del cadáver...

Alternaban sus voces en el rosario tan cristalinamente transparente una, como gangosa la otra...

...Hincada Nieves al lado de la tarima, pudo Juan contemplarla junto al cadáver de la joven religiosa, ya en suave serenidad, casi sonriente pero mermada y como hundida definitivamente en la nada...

Por los labios entreabiertos brillaba nacarada hilera de dientes intactos y la afilada nariz, se esculpía en trazo firme.

Resta sólo el esquema en la difunta, pues la muerte ha desvanecido todos los accidentes que en su curso ha impreso la vida al rostro.

...Sorprendióle a Juan, que nunca había mirado con detenimiento un cadáver, hallar la figura retrocedida allí en la tarima bajita, a un abismo insondable... Los párpados velaban, no ya ojos entelados sino el misterio de los misterios... La criatura que fué Verónica estaba recu-

lada a un fondo inexplorado del hombre —fondo que nunca devuelve lo que traga...

...Tuvo piedad Juan de aquella tierna juventud, que se entregara por sacrificio al Señor. Advertía también que con ser tan banal la mujer que conociera, la muerte la había sellado en su augusta majestad...

En la persona que dormía con tan noble serenidad su último sueño, Juan no hubiera reconocido jamás a aquella monjita, que alguna vez le llevó al locutorio, recado de la Priora... ¡Parecióle entonces tan nimia e insignificante!

Traele revelación ahora el alma humana, en su postrera huella terrestre, de algo desconocido y trascendente, que la persona acusa a traición en gestos fugaces durante la vida...

La máscara de la muerta, da grave sorpresa a Juan... Nunca imaginara en esa religiosa —a su juicio de las almas menos interesantes del convento— aquella especie de serena sabiduría con que el espíritu, marcara al partir su carne frágil...

...Hasta le disipaba el terror a la muerte, aquella leve sonrisa con que el gran desconocido levantaba el velo, indicando en silencio la luz alboreante... Un rayo de la gran claridad se filtraba por el resquicio del umbral...!

Después de un rato de contemplación, Madre Clara invitó a Juan para ver la fosa...

El turno de velar a Verónica tocaba a otras dos religio-

sas. Las que salían, Nieves y Purificación, se juntaron por permiso de Madre Priora, para ir con ellos al huerto...

—Es la primera vez que miro así un cadáver... exclamó Juan.

—¡Y qué tranquilita está! —sonrió la Superiora.

Sor Pura, siempre ingenua: —Desde el cielo nos compadecerá a nosotros que seguimos penando.

Nieves guardaba silencio. Juan perdía ocasión de sermonear a la Asistente, con el ejemplo de la difunta, pues otros sentimientos lo embargaban ahora hasta paralizarlo.

La muerta, le dejaba la extraña impresión de que el alma humana, no se expresa en vida, pues ni siquiera habría reconocido a Sor Verónica en su propio despojo.

—No está desfigurada, se apresuró a decir —al contrario, transfigurada, como si hubiera contenido mucho más de lo que pudo expresar...

Nieves seguía guardando silencio... pero gustó de oír a Juan... La Hermana Verónica, que calló en vida, le hablaba ahora, por todas ellas, desde allá...

Atravesaron el huerto, a esa hora vesperal, tan evocadora de otros "*Antes*"...!

Sor Purificación, rompió el sortilegio que los embargaba, para reparar en lo agobiada de frutos que estaba la higuera grande... Nadie le respondió.

Graznó un chuncho... Impresión de pavor los traspasó a todos.

En el Cementerio los dos peones liaban entre los dedos cigarrillos de hoja y chanceaban...

Juan traía la medida del ataúd...

La excavación era demasiado grande...

—¿No te icía yo, que la fináa era muy menúa? —dijo un peón al otro.

Eustaquio reconocía su error...

—Más vale así, dijo el viejo... no queda más que el relleno... ¡no se ilata náa...!

Las crucecitas negras diseminadas en el suelo, tenían letreros ilegibles... El tiempo destruía nombres y fechas borrando años ya incontables, extendidos hacia atrás... 1765... 1698...

Daba vértigo el transcurso del tiempo allí visible... Nadie se acordaba de tales muertas...

Sensación de brusca entrada en eternidad...!

Más que el cadáver de Sor Verónica, estas tumbas olvidadas y ya tan anónimas, dieron a Juan la melancolía de lo que pasa y no vuelve nunca...

—¡Poco más y esta generación habría pasado... y ellos dos no serían ya nadie! Por reacción, sintió el precio de la vida única, que se deja escapar, sin clavarla en uno de esos lazos que perduran... ¡Una cólera sorda lo convulsionó por dentro!

—La voy a escandalizar, Madre, dijo Juan dirigiéndose a la Superiora; estas tumbas me dan frenético deseo de vivir...

—Se muere una sola vez, dijo Pura.

—Se vive una sola vez, replicó Juan...

Nieves ardía en deseos de hablar.

Se retuvo... ¡Ciego! No comprendía que la vida se realiza en intensidad... fuera del tiempo... Vidas largas no valen lo que encierra un instante espiritual...

Así es, Hermana, dijo a Nieves, se muere una sola vez, cuide su salud para que la retarde... ya que cree salvar al mundo con sus penitencias.

La ironía le enfrió el ardor del acento.

—Crea usted, en cambio, contestó ella, en la intercesión de los muertos, le hará provecho. La Hermana Verónica ya le ha hablado. Usted acaba de decir algo que ella le ha sugerido.

Juan no se acordaba...

Que en la vida no podemos expresarnos...

—¿O no queremos?... la miró con ansia desesperada...

Sor Clara despidió a los peones. Podían retirarse. No se les necesitaba hasta la tarde siguiente.

—Nosotras mismas llevamos el ataúd a la Capilla y lo traemos mañana hasta acá. Nos esperan ustedes, niños aquí... Vengan temprano —a las cinco.

...Marcó la hora fija.

Los pobres no tienen cálculo... Se dirigió al grupo:

—Cuando comience a bajar el sol Ño Peiro, le explicó Eustaquio.

—Cuando el reloj de la torre dé las cinco corrigió la Madre.

—Tengo mucha confianza en las ánimas, dice Nieves a Juan, junto a Purificación, mientras Sor Clara habla con los peones. Las ánimas pueden y los vivos quieren... Voy a rogar a la Hermana difunta por su intención.

—No pida lo que ignora.

—Le pediré por la misma "*intención*" de su padre para usted... Ha de creer que es buena.

—Mi padre no me conocía.

—Los padres tienen adivinación...

—¿Y qué pedía mi padre?

—Nunca lo dijo... pero me encargaba: "Hermana, pida por mi intención", y yo entendía, como si me dijera —sobre todo después que murió, esa misma mañana: "*Que se case Juan y sea feliz*".

—¡Que me case, qué absurdo!... Nadie sería más desgraciado que yo en el matrimonio... ¡No puedo casarme!

La miró al velo caído sobre los ojos, con cólera.

—¿Quiere que cometa un sacrilegio?... Pídale a la Hermana que me haga feliz, nada más...

Se lo martilló en el oído a media voz... ¡Que me dé felicidad!

En ese instante volvió a graznar un chuncho... Y los dos tuvieron miedo...

Se paseaba Juan esa noche por su departamento a grandes trancos nerviosos... Encendía, sin darse cuenta, un cigarro tras otro.

Llegó a su casa después de medianoche. Hizo hora en el Club hablando para darse actitud, sin decir nada, hasta que pasase el toque de Capuchinas. No quería oírlo. Le quitaba el sueño...

La majestad aterrorizante de la muerte dejóle conmovido... Veía avanzado y realizado en la difunta, "*eso*" que temía para Nieves...

Cualquier día vendría del convento idéntico llamado... Las viejas inútiles y feas completarían sus años... ¿y Nieves?... No se atrevió a encarar de frente sus temores, dando cuerpo a su idea...

Un rencor terrible guardaba contra ella —rencor y ternura— todo junto... ¡Con qué necia incomprensión o mofa cruel le había dicho la supuesta intención de su padre: "*que se case Juan y sea feliz*".

Se tiró en un sillón, aspiró fuertemente el cigarro y lanzó una estridente carcajada... ¡Estúpida! Necesitaba ser necia, para ponerse monja.

La ternura que le inspira ella, tan frágil, ante la muerte que acaba de valorar, lo hace reaccionar...

...Lo peor es que, así tonta, banal y adocenada de ideas, como todas las monjas, la quiere, lleva por su causa una vida triste y nunca podrá sacudir el férreo yugo.

Es lucha inútil la que se libra entre sus ideas y sus sentimientos.

La ama como es . . . y ella es lo contrario de lo que Juan quisiera que fuese, la mujer de su vida. Su tontería ha puesto el colmo a la cólera de Juan.

—Esta mujer no comprenderá nunca la fuerza de un sentimiento . . .

Es explicable que mi padre, hombre a la antigua usanza, tomase el matrimonio como una necesidad social y creyese que bastaban ciertas condiciones exteriores, para hallarse bien con una mujer.

¡Natural! Esos hombres que lucharon en el país nuevo, no habían entrado al fondo de sí mismos, para necesitar de ese algo íntimo, profundo y único, que inspira un ser a excepción de todos los demás . . . esa imprescindible necesidad de hallar la sola alma humana, que en la extensión del planeta, se hizo para nosotros.

Mi padre tenía derecho a sentir así . . . pero ella, no . . . ¡mil veces no!

. . . Si Nieves se lo hubiera dicho en mofa . . . ¡cruel sería la burla, pero menos ofensiva que esta torpe incomprensión! . . .

¿De modo que ella estaría tranquila cuando él se casase? . . . ¿O era tan santa que por espíritu de renunciación alcanzó a tal indiferencia? . . .

Mi padre, sin duda, deseaba mi matrimonio para continuidad del nombre, refugio contra peligros, salvación del

alma... todo... Debía desearlo y Nieves no se equivocaría en suponerle esa buena intención... pero que ella también adoptase esa convención ¡lo hería en lo vivo de su querer!

...Pobres y mezquinos fines se buscaban en la raza por continuidad de nombre y de fortuna, y hasta *"eso"* que llamaban salvación del alma... ante la magnitud del *"amor"*, convertido ya para Juan en el solo camino que podía llevarlo a Dios.

...Ahora sabe que esa palabra tan profanada en el mundo, contiene una chispa divina infalsificable —centella ante la cual, instintos, intereses, conveniencias... todas las instituciones legales y sociales, no son más que miserables vasallos de un rey invisible, cuyos derechos y dominios no registra aún la dormida conciencia humana.

...Se echó atrás en el amplio sillón de cuero... que el peso de su padre anciano dejara vencido en sus resortes, y se halló frente a una revelación...

—No forman parte integrante del amor, los elementos que catalogamos los hombres, díjose convencido. Es una potencia oscura e indomable a nuestra voluntad.

La máscara rígida de Sor Verónica sobre la tarima, con la cruz de su rosario entre los dedos, bajo el amarillento serpeo de las candelas, se le representó a Juan vivamente... Vió la noble serenidad de ese rostro, que en vida fué banal...

A primera vista, la cara de la muerta sonreía... pero

dominaba por sobre todo, honda expresión de tristeza... El alma en despedida, sufría de inmenso "regret"... y así la máscara del pequeño actor cómico, casi ridículo, que es una criatura humana, tomaba al partir, el gesto de la gran tragedia que no tuvo tiempo ni ocasión de representar... ¿Cuántas posibilidades latentes se lleva cada persona al salir del mundo?

La vida es breve y son parcas las oportunidades que se nos ofrecen. Este templo, que es cada ser humano, por mezquinamente dotado que sea, empieza a quemarse desde nuestro primer aliento en el mundo, y la puerta de escape es demasiado estrecha, para salvar todas las riquezas contenidas adentro...

Juan tuvo miedo... ¿A dónde llegaba con tales ideas? Si esa mujercita vulgar que no aquilató de la vida más que detalles aislados, pudo en la muerte integrar esa expresión de noble misterio incomunicable ¿qué encerraría para él de secretamente sellado, Nieves?... ¿Qué encubre ese artificio? No puede desear sinceramente que haga un casamiento de convención ni entre a representar una banal comedia...

Eso para otros... que no ha ungido amor ni dolor!...

...Es desgraciada la vida humana... Las circunstancias que nos toca vivir, nos menguan o nos traicionan...!

Yo actúo como un idiota; Nieves habla como una necia, ¡qué distintos o qué semejantes somos por dentro...!

...Tenía Juan la frente contraída, el alma machucada

de emociones... Cólera y ternura lo despedazaban sin tregua...

Para acallar la tempestad interior, comió esa tarde en el Club entre camaradas que lo vieron llegar como a un aparecido del otro mundo... Quería aturdirse de cualquier modo, matar el tiempo...

Se tiró sobre el diván... No se acostaría esa noche... La ciudad estaba ya sumida en pavoroso silencio... Cual grano de oro, límpido y puro, cayó de la campana el primer toque y sucesivamente los otros en la noche profunda. Era el llamado habitual a las dos de la madrugada... —fin de coro— para que las religiosas vuelvan al descanso en sus duras tarimas.

Sor Verónica no se recogería ya a su áspero lecho; quedaba en la Capilla por última vez...

Juan sintió el ansia de escapar a la obsesión de esta campana nefanda. Vibraba en su alma a muerte, a separación, a tiempo breve y a eternidad...

¡La guerra! Liberación de tiranía ya insoportable, venía a ofrecerle una milagrosa oportunidad... Huir de ese llamado, huir de cualquier modo, es la voz fatídica de su conciencia de pecador endurecido... Con sus notas de oro desgranadas en la silente pureza del nocturno abismo, la campana le reprochaba su vida egoísta y la responsabilidad contraída por haberlo tenido todo sin producir nada...

Seguiría la campana remordiendo su conciencia, y ajustándole cuentas...

...Traería con sus noches cada vez más largas por carencia de sueño, la vejez en mayor soledad... y esa postrera noche de eterna largura, que no se atrevía Juan a mirar de frente, en que la campanita tenaz e inmutable, sonase ingenua y dorada sobre el cadáver de ella...

¡Partir antes partir!... Ser soldado, ofrecer en sacrificio su vida que ya no valía nada... Morir en condiciones bellas y no fallecer como uno de tantos solterones orgulloso e inútiles en su cama, sin un ser querido que le cerrase los ojos...

Su decisión estaba tomada. Se halló un héroe... sólo de haberse resuelto a tamaña aventura.

Dilatóse en la complacencia de sí mismo, que nunca sintiera antes. Lo embargó un júbilo de niño rencoroso, ante la impresión que produjera a Nieves, cuando él le dijera: —"Hermana, su intención ha sido escuchada... Me caso en breve... Mi novia es buena. Seré feliz... Como usted ha deseado tanto, mi matrimonio, lo voy a realizar por complacerla...".

¡Bonita novia... la muerte! porque a eso voy, a hacerme matar... ¿De qué me serviría volver vivo, a continuar oyendo la campanita...?

Era una obsesión...

¡Gloria! ¡Ironía! nunca Juan creyó en ella... Asunto de necios... ¿Hay quienes creen en la gloria?... Llega

siempre con los gusanos!... Para ilustrar qué nombre me valdría la gloria?... No tengo heredero que la disfrute y mis conciudadanos no me importan.

...Juntó dos ideas... la oscuridad voluntaria en que se recluyera la monja franciscana y su ridícula gloria de soldado celibatario... que no perdía sino que ganaba en la partida, evadiendo la fea vejez y la muerte peor.

Empezó a desnudarse distraído. Tiró el chaleco y saltó el reloj... Eran las cuatro de la madrugada! El tiempo se había deslizado fuera de su conciencia...

. . . . . .

Se levantó tarde y sus pasos lo llevaron a la Iglesia de Capuchinas. Entró por el patio.

Desde afuera, escuchó las voces lúgubres y nasales de las monjas que cantaban los oficios. Penetró al templo oscuro, encandilado por la gran luz del patio pequeño, en cuyos blancos muros reverberaba el sol.

Hielo perfumado a incienso, en el interior de la única nave. De la oscuridad emergió lentamente la visión del coro y el féretro de la Hermana muerta, al centro del cirial. Desmayábanse como almas en pena, pálidas y gruesas velas echando lagrimones de cera junto al ataúd.

Las ondulantes llamitas de los cirios más próximos en que fijó su atención, figurarónsele a Juan imagen del alma

humana triste, inquieta y solitaria, ardiendo a expensas del cuerpo que se consume en la gran tiniebla del mundo.

Las voces de las religiosas, fundidas en lánguida salmodia, se teñían del mismo color oscuro de sus hábitos... Eran voces lejanas de náufragos, que piden auxilio en la desolación del mar... o de peregrinos que sorprende la noche en un desierto y que van a morir antes que nazca el sol.

...La voz de Nieves no era perceptible entre aquellos cantos;... se fundía en el coral anónimo arrastrando a Juan aquella salmodia triste, a regiones de luz...

Para elevarse precisaba sufrir, sacrificarse, renunciar... Su resolución de partir estaba tomada... Dejó de ser un orgulloso estúpido, deseando convertirse en actor y espectador de esta vida pequeña, con misteriosas proyecciones grandes.

Fué al principio, una forma nueva de su egoísmo. Lo echaba de la ciudad la fatídica esquila de medianoche.

Quería huir de la vejez solitaria y de asistir en impotencia a la destrucción de Nieves... Su decisión tuvo también voluptuosidad de venganza. ¡Darle dolor, atormentarla!... haciéndola valorar en ausencia el consuelo de sentirse circundada de un afecto que embalsamaba de ternura el ambiente...

Acumuló de súbito lo que pudiera hacerle sentir el acre sabor y se abrió una puerta en el muro gris de su vida...

Terminados los oficios, algunas lucecillas se extinguieron tras la reja, pero el cirial fúnebre ardía siempre junto al féretro.

Era la tarde en el Cementerio de Capuchinas.

Caminaron en procesión las Hermanas, candela en mano, el Obispo, el Capellán, el Síndico y los sacristanes.

Entonaban las religiosas lánguidos cantares y la luz moría suavemente... Iban en larga fila de fantasmas oscuros, seres que no presentaban ya rostro y a cuyos bultos, la amplitud del hábito —ancho como un saco— suprimía líneas. Era la mortaja en que las mujeres que un día fueron, habían sepultado su sexo...

En aquella larga procesión de sombras informes acusaban, sin embargo, diferencias imposibles de destruir. Bultos pesados y espesos alternaban con siluetas ágiles y esbeltas. Mujeres jóvenes, pequeñas y finas, o altas y majestuosas, o bien ruinas ambulantes, se disfrazaban bajo el burdo traje monjil.

Aunque la hermosura y la fealdad van anónimas bajo el negro velo, hasta los movimientos delatan la clase, el tiempo y cierta atmósfera espiritual que envuelve a los seres más allá de la visión física.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Lo que nadie hubiera descubierto en la larga procesión de fantasmas que acompañaba el féretro al cementerio,

no se escapó al ojo de Juan... A primera vista había descubierto a Nieves.

El mismo Obispo que la conocía desde su primera infancia, no la adivinó entre aquella teoría de bultos informes... pero Juan la halló aún en el coro de la Capilla, de pie, la tercera en la fila derecha, todavía inmóvil, siendo que el movimiento acusa la personalidad en una de sus más inherentes modalidades.

No temió equivocarse... Era Ella... Al moverse el cortejo en acompasada marcha, tuvo aún mayor evidencia... Vióla rítmica y elegante en su liviano andar —ingénita estética, que no logró sustraerle la clausura, ni la ingraciable uniformidad del hábito...

Estaban tan ocultas las monjas bajo sus amplios velos que Juan pudo mirarla impúdicamente a la salida de la Iglesia. Su traje la hacía invulnerable como una fortaleza... Nieves también miró a Juan sin miedo; el velo la defendía a ella pero le permitía ver. ¡Estaba lívido! ¿Enfermo acaso?

Se consternó sintiéndo la densidad de las barreras que los separaban en infranqueables abismos...

...No consolaría ella nunca la soledad de ese hombre ni endulzaría las horas tristes que ya se aproximaban.

Siguió Juan tras el féretro guardando la fila.

Sor Nieves creyó que la cita frustrada aquí abajo, es prenda segura de otra cita allá...

Caminaba lentamente en la doble fila monjil, de las primeras, y Juan atrás con los sacerdotes.

El humilde Cementerio daba a esa hora de la tarde impresión del último arribo al puerto del gran misterio...

...La esquila dobló con plañidero timbre y abrió en la sensibilidad de Juan, ancho margen a tristeza sin nombre ni época, que el leve toque tenía el mágico poder de congregar en lo más oscuro de su alma... nostalgias de niño, melancolías inconscientes, añoranzas raciales...

Se removió en él algo tan dolorosamente agudo, que buscó refugio en Nieves...

Formaba ahora la comunidad vasto círculo, en torno de la fosa, cubierta de camelias blancas inodoras y pomposas, enviadas por el Síndico.

¡Flor de la muerte, tenía cuerpo, sin alma de perfume!

Nieves, dentro de la cadena que formaban las monjas en torno de la caja mortuoria, quedaba ahora frente a Juan...

La esquila derramaba sus notas límpidas, purísimas y tristes sirviendo de vinculación entre ellos...

...Al alzarse Nieves cada noche para ir a coro, imaginaba complacida que esas voces la imponían al recuerdo de Juan, por más distraído que estuviera. Ignoraba ella con qué dolorosa repercusión llegaban hasta él pero ahora, al contemplarlo, durante el tiempo, en que doblaba grave la esquila, se le comunicó la amargura de que el pobre hombre estaba embargado.

. . . Realizó súbitamente, su vida perdida, de criatura sola en el mundo, minado por una pasión, ulcerado de rencor, arrebatado de cólera. Logró adentrarse en él . . sintiendo una vez por todas su temperamento impetuoso, pasional y excesivo.

. . . Concluídas las preces . . . el Capellán tiró con el hisopo, agua bendita sobre la fosa y se procedió a descender el ataúd cogido entre cordeles que sostenían cuatro hombres.

Hondo era el hoyo en la tierra que iba a tragar para siempre, a Verónica.

Nieves, sumergida en amargura, pidió a la Hermana extinta, con todo el ardor de su alma, liberación para él, en aquel instante.

—Ahora que sabes mi secreto ¡apiádate de mí! invocábala . . . He hecho un desgraciado en el mundo . . . ! Y mis votos me reducen a impotencia!

Volvió a mirar a Juan . . . Había en él odio y pasión . . . algo de desesperadamente sumiso y de satánicamente rebelde a la vez . . . La fuerza de aquella alma indómita al dolor, hirió más hondo que nunca su delicada sensibilidad . . .

El Obispo arrojó el primero, sobre el ataúd, ya depositado al fondo de la fosa, un puñado de la tierra amontonada al borde . . . Siguió el Capellán en un gesto mecánico . . . ¡Había hecho tantas veces lo mismo!

Tocó su turno a Juan. Se inclinó con flexibilidad y arrojó el puñado de tierra en gesto de horror, hecho de toda su

repugnancia y rebeldía católica. Nieves lamentó amargamente su paganismo incurable...

Toda la comunidad hizo sobre el cadáver el signo ritual de arrojar el puñadito de tierra —signo que pintaba de complejos matices, la fe o la espiritualidad de cada una.

Las ancianas se complacían de estar aún en pie y de arrojar ellas el puñado de tierra, en vez de recibirlo... Sor Clara tuvo un ademán tiernamente maternal, al cubrir aquel despojo, más que de tierra, de amor.

Escolástica y Encarnación se congratularon pensando en que la muerte, al coger a Verónica, había de olvidarlas por largo tiempo. Angeles tuvo honda compasión; la muerte la aterrorizaba... Brígida se apiadó suavemente de aquella última impotencia.

Pilar arrojó la tierra con la serenidad de su inmutable placidez —las sombras anuncian proximidad de luz...

Sor Trinidad experimentó complacencia en tirar tierra sobre el cadáver porque ese polvo, engendra el milagro grande que contiene todos los otros milagritos chicos cuya divulgación era el objeto mismo de su vida.

Los peones por último tiraron gruesas paladas de la misma tierra extraída, sobre la fosa, para llenarla pronto... Simbólica despedida humana que afirma con ese acto la creencia sobrenatural. Es un "*a Dios*" confiado en la resurrección de Cristo.

Silencio, contemplación triste...

...El fin... ¡La eternidad empieza...!

De la torre cayeron en gotas de hiel... las sonoras campanaditas claras y tristes... El tiempo humano terminaba para Sor Verónica...

Las religiosas soplaron sus candelas al dar los sepultureros la última palada, volcándolas en símbolo de luz terrena extinguida para la difunta...

Se apartaron en silencio hombres y sacerdotes del grupo, y las religiosas, de dos en dos, desplegaron su larga línea de fantasmas, tragadas por la sombra de un gran portón perdiéndose en los claustros largos...

. . . . . .

El rencor, se sustituyó al dolor y compasión en Juan.

La tristeza de la escena, la majetad de la muerte, pusieronle en mayor relieve su irrevocable desgracia...

Nieves debía sentirse bien en aquella prisión. ¿Cómo pudo resistir el noviciado, después del postulado y hacer sus votos?...

No eran de la misma pasta ¡no! y, a Dios gracias, estaban lejos pero nada de eso obstaba a que fuera un fracasado en el mundo y a que se sintiera atraído a ella...

De la cólera que lo corroía, sacó la fuerza necesaria para afirmarse en su resolución de partir a la guerra. Tan estrafalaria decisión en él le parecía tomada por un "*yo*" nuevo, que hasta entonces no conociera y que actuaba por vez primera en su vida.

Pleno de venenosa satisfacción se encaminó al convento a participar la noticia... Tomó la vereda del sol, en ese día glorioso.

Resaltaba en el oro otoñal la miseria ciudadana. Resplandecían los patios empedrados y enfilados a través de sus puertas abiertas, hasta el fondo de las casas.

Honestas mansiones sin misterio, en que patriarcales familias, dormían la siesta evolutiva, al fin del mundo.

Iba Juan satisfecho... La venganza es el placer, que se reservan los dioses, pensaba... Ella dispuso libremente de su vida, no dudó de su vocación, no miró atrás en el camino andado pues yo hago lo mismo ahora, me juego la vida por capricho...

...¡Allá ella! viviendo en paz su vida mística de unión con Dios y salvación del mundo, pues las monjas no salvan sólo el mundo, sino el universo... ¡qué gloria! y mientras tanto, yo ahí como alma en pena, rodeándola de un cariño que no aprecia... Cuando esté lejos tal vez sienta que yo era algo y, que mi afecto tenía algún valor...

. . . . . .

Llamó a la Superiora. Prescindiría de Nieves ahora misma. Desde allá le sería fácil considerarla muerta... ¡de cerca era imposible!

—Vengo Madre, dijo a la Priora, que estaba ahí frente a él, a anunciarle un largo viaje...

—¿Se va a Europa? Nos admiraba que pudiera usted haberse resignado a vivir aquí... ¡Qué se haga la voluntad de Dios! ¡Así convendrá!... Lo tenemos tan encomendado al Señor...

—La oración de la Hermana Nieves ha sido oída dijo él sin disimular su rencoroso agravio.

La "Escucha" tembló en su pisito de totora tras del postigo negro... Juan se halló poseído de un placer diabólico hiriéndola en lo vivo con sus palabras.

—Puede que este viaje sea principio de felicidad. El Señor le devolverá todo lo que ha hecho por nosotras, respondió agradecida la Prelada. Nuestra pobreza nos impide pagar favores pero El paga con su infinita riqueza!

—Me siento compensado con usura, Madre, sólo por el gusto de que ustedes habiten un convento nuevo... Se acordarán de mí cuando el sol se les cuele por ventanas y claustros. Me recordarán cuando brillen las flores y cante el surtidor.

—Lo recordaremos en la Iglesia, en el jardín y en todas partes... Este viaje suyo es para nosotras, la mayor contrariedad... pero las "*cosas*" humanas se arreglas dentro de aquello mismo que las criaturas consideramos el mayor desorden.

...Juan estallaba... La Escucha suspiró. ¡Era ella!...

—Le confesaré, Madre, que he resuelto casarme... No se puede vivir solo en esta ciudad...

Algo íntimo se contrajo fuertemente en el alma de la Priora. Nieves tuvo un escalofrío...

...Se complació Juan en asestar un golpe mortal, dilatándose de satisfacción, como si hubiera derribado a un enemigo formidable, para reconquistar su perdida libertad. Experimentó cierta delicia de prisionero en imprevista evasión.

—¿Y cuándo se va?

—Lo más pronto posible... el tiempo necesario para hacer mis arreglos y dejarles a ustedes su situación definida en materia de intereses y dispuesta hasta en sus mínimos detalles, la terminación de la Iglesia...

Sor Clara abrumada, casi no lo oía... El dolor de Nieves, allí muda y oculta, resonaba en su corazón a rudos golpes... Cada palabra de Juan era un martillazo. Le zumbaban los oídos.

—No quiero ser indiscreta, pero me interesa tanto su resolución, que me gustaría saber si la persona elegida, es una antigua conocida que dejó allá en Europa o una amistad nueva, que se le presenta en el camino...? Excuse mi pregunta por el gran afecto que en esta casa le tenemos.

—Estaba ahí desde siempre... Yo huía de ella, y ahora le voy al encuentro...

—No es curiosidad, aseguró Sor Clara... nosotras las religiosas leemos en ciertos indicios... Deseamos tanto que halle felicidad y el bien de su alma... Sin duda lo que le prepara la vida es bueno...

Juan, gozoso y triunfante en su venganza, halló que tal vez el errado criterio monjil, gustaría de asegurar su salvación en el matrimonio y como trataba sólo de hacer sufrir, continuó...

—Mi novia no es bonita, pero sí muy considerada en esta ciudad...

A Sor Clara se le dilató el corazón. No era una francesa... Lo temía tanto...!

Nieves empieza a comprender y también a respirar. Estaba ahogada y paralizada por la emoción, soportando un tormento ya superior a sus fuerzas.

Juan estalló en diabólica carcajada... El cinismo de su risa dañaba a Nieves...

—¿Ha podido figurarse, Madre, que voy a casarme?

—La religiosa se sintió turbada por el acero frío de aquella risa perversa...

—Mi viaje es a la guerra, y mi novia, es la muerte. No volveré del Norte. ¡Voy sólo a eso, a que me maten!

. . . . . .

Tan pronto como satisfizo su venganza, le pareció imbécil su resolución... Veía ya todas las dificultades de semejante fantasía y flaqueaba la molicie de su carne pagana.

Los sacrificios y las renunciaciones tomaron forma en lechos sucios, en tiendas de campaña heladas por la ca-

manchaca y provisoriamente levantadas en el desierto. Comidas pésimas... Sociedad de inferiores... Trato con rotos... Todo eso en el mejor de los casos... luego, las batallas, el peligro, las balas, las bayonetas, las heridas... y la muerte, a la postre!

Su resolución era un disparate... Magnífico programa para un ególatra sibarita. ¡Salvar a la patria...! lema de estandarte, para ser sostenido por gentes hechas para carne de cañón.

¡La patria!... se quedó pensando... Patria no es el terruño donde nos toca nacer, sólo porque ahí nos echaron al mundo... Patria es allí donde uno encuentra elementos de vida; patria es la atmósfera vital de nuestra alma. No es el suelo hostil, las gentes rudas que nos odian y en quienes no hallamos fraternidad.

Chile es, sin duda, patria de "*huasamacos*" que se creen el centro del universo, de rotos alzados, para quienes su tierra, es la chicha con que se embriagan, la zamacueca y el corvo.

—*¡Patria!* la palabra seguía cantando en Juan. Patria ¿qué es? Se pregunta. —Es la raza de donde hemos recibido la sangre, es el sitio donde debe desarrollarse el alma. Patria es la tierra en donde nació la criatura que nos reveló el amor, puente o cumbre de vida espiritual... resumen de todo. Lo demás es secundario. —¿Por qué me voy a la guerra?— por huir de ella, puesto que este odio y amor gemelos, me estrangulan.

Cuando la resolución de irse rodaba ya lejos de él, vió el terrible reverso de la cuestión...

No podía seguir su misma vida... Le era insoportable... Su existencia sería peor en cada nuevo año... sin vinculaciones ni medio de vivir en otra forma, por falta absoluta de interés.

La guerra era la puerta de evasión magnífica —por ahí cancelaría deudas... y tal vez se le abrieran otros créditos insospechados.

¡En viaje a Europa! ¡ni soñar! Lo asqueaba la idea. Ya no era el mismo... No podía recomenzar la vida de su juventud. Parecíanle ahora las mujeres novelas viejas, cuyo desenlace, siempre igual, conocía demasiado.

... Un solo dilema se le presentaba: Partir, luchar, sufrir, renunciar... y morir en honra, tal vez sin dolor y en paz con Dios, o permanecer ahí, enfermo, viejo, solo, aburrido, oyendo cada noche la satírica voz de la campanita nefanda! Tin, Tam... Tam, Tin... Y en esa voz, le diría su conciencia con machacante majadería: —Viejo, inútil, tienes lo que mereces!

Tam, Tin... Tin, Tam...

Tomó de nuevo su resolución y esta vez fué irrevocable.

Su naturaleza pagana, se resiste a entrar en un cuerpo de Ejército, pues el contacto con el roto —aun convertido en soldado,— le repugna.

... Irá al Estado Mayor, haciendo el sacrificio de ponerse en cercanía —él, tan solitario— de militares rudos, ex-

puesto a todo género de molestias . . No puede vencer el miedo a la muerte, que anhela por cansancio y que teme con pavor supersticioso.

. . A través de su propio cuerpo, la siente con espanto de pagano . . la corrupción, el olvido la soledad, la nada! ¡No! el infierno o un purgatorio semejante en tormento.

¡Siempre! Esa divina palabra en labios de Nieves —mágica como un talismán— se convierte para Juan, respecto de la muerte, en desolada visión del fin y en horror a las penas que siguen.

. . . . . .

Al entrar en religión, Nieves entregó al Niño Dios su medallita de primera comunión "*Ancilla Domini*", heredada de su madre,— antiguo objeto de recuerdo familiar.

Sor Clara la retira del "*Anda*", en que va sentado por la ciudad, el Niño limosnero y hace inscribir a pedido de Nieves, la palabra "*Siempre*" —(en latín esta vez *Semper*") para regalarla al Síndico.

. . Ultima visita casi muda. Emoción contenida de los tres. Desgarramiento. Lágrimas, infinitamente dulces, que corren por dentro.

Se había vaciado de cólera, el alma de Juan . . Nunca sintió semejante dulzura amorosa, cual lo embarga a esa hora . . .

Más allá de rencores y buenas razones, cierta profunda e inmotivada ternura le ablandaba el corazón, deshaciéndose en efusión de cariño hacia las dos religiosas... Tía y sobrina en ese momento enlazan a Juan en núcleo de fuerte afecto, —nudo sentimental, que cerrará la vida... no ésta, pequeña y parcial, sino otra misteriosa vida que en el momento de partir, imponía su fuerza de verdad...

Entra Juan por vez primera en su existencia y por su primer sacrificio, a experimentar las palabras del texto: —"*Mi yugo es suave y mi carga ligera*". Estaba aliviado de un peso abrumador.

Cosa extraña respecto de la Priora —que para Juan fué siempre reflejo de Nieves— ahora en la despedida, se le revela con grande asombro, como un afecto aparte, único y de profunda raigambre en la oscuridad de su conciencia.

No podían hablar las religiosas... Lloraban... Estaba cierto ahora Juan de que no se verían más... Las dos monjas lo creían también...

—Voy de segundo jefe al Regimiento Carampangue. Habló Juan por decir algo...

—¿Ya no va en el Estado Mayor? —dijo la Priora incorporándose...

—No fué posible... Me presenté tarde...

—¿Parten...? No pudo concluir Sor Nieves la frase. Se la ahogó un sollozo.

—Cualquier día de éstos... Lo sabrán... Me despediré con la música de mi Banda...

No era posible prolongar más tiempo la visita... Juan divisaba sombras confusas a través de los cuadraditos de madera, de la reja negra. Tenía los ojos vidriados de lágrimas, asomadas traidoramente...

...Sólo divisaba dos sombras más espesas que nunca... A él casi ni lo veían, contra la luz y a través del denso velo... apenas la silueta... pero la voz cuajada en llanto, empapada en ternura, desfallecida... era la voz de un hombre nuevo, cuya altivez huraña quiebra en un momento las cerraduras puestas sobre su sensibilidad, sellada en soberbia y rencor, durante una vida entera.

Fué hondamente activo aquel último silencio, de pie los tres... Se sintieron vinculados... más allá de todo juramento —vinculados en la esencia de vida eterna, que es Dios... Tenía Juan las manos puestas en la madera negra de la primera reja que los dividía y sus dedos oprimían los cuadrículos. No lograba arrancarse. Hizo un esfuerzo movido por secreto resorte y se desprendió, saliendo como un enajenado sin volver la vista atrás.

Sobre el umbral del locutorio, oyó Juan que la Madre le decía:

—En el torno hay un paquetito para usted, recójalo.

Cerró la puerta con violencia. Se acercó al torno y allí Sor Encarnación, majadera y gangosa, pasó a Juan un envoltorio minúsculo.

La anciana tornera, con su voz modelada ya en vaciedad rutinaria, le repetía las eternas frases: —Nuestras

oraciones lo acompañan y lo traerán salvo . . ¡Qué se haga su divina voluntad! . . .

Juan no oía. Dió las gracias con voz empañada y huyó volando hasta su casa para abrir el paquetito que contenía la medalla de Perpetua, grabada atrás "*Semper*" y la crucesita de oro extraída de la laguna de Peñalolén.

Oleada de felicidad, le invadió el alma . .

Ese "*Siempre*" sería defendido del ultraje de la vida, en renunciación y dolor . . .

¿Irían cosidos los preciosos objetos en su casaca milita? No . . . Suspendidos al cuello, de una cadena —simbólica cadena que ataba su destino . . . sabe Dios desde cuando . . .

Desde ese día todos los ruidos callejeros alarmaban a Nieves y a la Priora . .

Corrió en la Comunidad la voz, de que el Síndico, al partir, pasaría con su batallón por el convento y tocaría en despedida la Banda militar.

—Escucharemos de rodillas y en silencio, dijo la Madre. Se suspenderá en ese momento, el trabajo u oración en que estemos . . y sin necesidad de nuevo permiso, cada religiosa orará por la Patria y por nuestro gran benefactor.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Es una luminosa tarde otoñal. Los árboles del huerto se han encendido y son antorchas que devuelven al sol los rayos de que se han nutrido en el verano largo . .

Las monjas Capuchinas hacen su recreación de la tarde, antes de la merienda. Vacan a sus pequeñas ocupaciones, domésticas o privadas...

Aguardan con sobresalto y angustia la señal prometida por el Síndico. Muchas falsas alarmas consternaron la paz monacal...

Esperan el acontecimiento que será la despedida, tras los altos paredones...

Algunas músicas de marchas militares escuchadas desde lejos han paralizado a las religiosas, pero luego reaccionan. No es para nosotras... Se aleja, no se acerca. Pasan muchos batallones por otras calles, en esos días de rápida movilización.

...Se oyen tambores que redoblan... cornetas que riman marchas y se pierden en lejanías. ¡No es para ellas, no! ¡Son otros regimientos que parten!

...El silencio de la ciudad, la inercia de las almas, el desaliento y la modorra santiaguina, han sido violentamente sacudidos... Fuerzas dormidas despertaron, y los relegados entusiasmos sin objeto, se pusieron de pie... El sentimiento de defensa nacional, resucita almas muertas, sacude seres pusilánimes, avivando orgullo y confianza...

En los amplios patios de los viejos caserones, aletea un ideal nuevo que enciende las energías latentes... La patria ha derrumbado muros seculares de letargos y egoísmos. Las madres darán a sus hijos y las esposas a sus maridos...

Se estrechan en sentimiento de fraternidad humana las clases sociales, separadas por abismos de orgullo . . ¡La Patria! No sabían qué la amaban, con sus defectos de país nuevo y de tierra olvidada, en el confín del mundo.

Sienten ahora la excelencia de la raza —guardada en reserva de lejanía y pureza de tierra nueva; aman hasta el suelo pobre, que no ha contaminado de vicio a los habitantes, manteniéndolos sobrios. Complacense en la carencia de riqueza, que ha dado al pueblo chileno pujanza de esfuerzo, atribuyéndole una superioridad que antes no le conocían.

Todas las ventajas resaltan y hacen más amado el suelo, desde el clima suave, el panorama espléndido hasta los hombres encendidos de amor patrio, que no escatiman dolor, sangre ni vida!

Guerra contra dos países poderosos y opulentos el país del virreinato, "*Rico como un Perú*", y la tierra de Bolivia, aún inexplorada, en sus fantásticos minerales y valiosos productos.

Todo el amor propio nacional, entra en juego . .

. . . . . .

Hallábase esa tarde Sor Nieves en el huerto, las religiosas en sus diversas ocupaciones y la Priora en su celda . .

La Hermana Asistente, vagaba, a esa hora vesperal— momento en que el sol, ya muy bajo, enciende en rayos

oblicuos, todo el oro del follaje. Las hojas mustias traspasadas de luz, en ígneo ardor glorifican su vejez ruin. Una ráfaga de aire vivo sacudió los árboles y cayeron arremolinadas en copiosa lluvia con gracia de lánguido desmayo.

Sor Nieves tuvo frío y pasó al cementerio contiguo, inundado por el sol muriente. Estaba ahí leyendo la inscripción de una losa antigua que tenía esculpida la resurrección de Lázaro. Silencio en la calle, esplendor en el camposanto... Más que oye, percibe vagamente pasos en compás que se aproximan. Son tan uniformes que dan en conjunto la impresión de un ejército en marcha. Se escuchan cada vez mejor y más rítmicamente acompasados. Nieves queda petrificada allí de rodillas sobre el sepulcro antiguo...

El temido acontecimiento llega y se sacude de emoción entera... No le cabe duda, su débil cuerpo tremante se lo confirma.

¡Es la partida! Juan se va... ¡No lo volverá a ver! ¡Nunca más! Estará ahí tras de los muros un instante y se alejará para siempre. Los pasos se detienen allí mismo, junto al tapial de la calle y se clavan unísonos en seco. Escucha vagos ruidos desacordes y dispersos. Silencio.

Irrumpe la Canción Nacional. ¡A Dios...!

Toda la comunidad cayó de rodillas, la sacristana en la Capilla con un florero en la mano, la ecónoma en la despensa, la tornera todas quedaron paralizadas y mudas...

Sor Clara se arrodilló en su celda y Nieves permanece inmóvil sobre lápida tumbal.

Un conjuro había clavado a toda la comunidad . . .

. . . Al son de musical partitura, llénase de armonías el aire, creándose cierta zona ideal de alta cita, en que diversos seres en revuelo de entusiasmo, únense al Regimiento, compuesto por centenares de hombres, que parten al sacrificio . . .

El alma de la Canción, símbolo de Patria, junta a los soldados con las monjas claustradas . . El Mayor —en quien no hubieran reconocido bajo el uniforme al Síndico— está cogido por extraño paroxismo emocional. La Madre Priora se exalta en ardiente plegaria y Nieves permanece siempre inclinada sobre la tumba . . .

Juan se había burlado alguna vez de la banalidad con que a su oído de refinado, pegaba la melodía y letra del himno patriótico, pero la honda emotividad con que lo fulmina ahora, le enseña que la música misma es tan sólo el cuerpo material de un alma colectiva —la Nación— conteniendo el Espíritu de la gran Madre —la Patria—, en cuyo regazo fúndese esta tarde su corazón al de Nieves, unido a todos esos humildes soldados —seres anónimos, impelidos por una consigna de sacrificio común . . .

Ata Juan el íntimo vínculo, que une a los hombres por colectiva renunciación, en un gran Ideal, no obstante su estado, condición y clase . . Hallóse hermano de todos esos humildes rotitos, que iban a arriesgar la vida . . Y esa

misteriosa entidad la Patria, tomaba forma tangible, condensándose en su único amor!

La conciencia de que no vería ya más a Nieves, fué de dulce y tierna esperanza sin nombre.

Confirmábase en la certidumbre de que este amor puro y sacrílego, estaba fatalmente condenado al "*nunca*" humano pero lo aceptaba resignado, con gratitud al destino cruel y piadoso.

Tras este "*nunca*" tan oscuro de la tierra, sentía ya germinar un "*siempre*" espiritual, recién entreabierto!

. . . . . .

Tras los estruendosos acordes en que rompe el aire la Canción Chilena, viene la suave melodía: "*Dulce Patria*" y lo fué en aquel minuto para Juan, la ciudad, de su eterna maldición, convirtiéndosele, al conjuro de amor, en heroica alma nacional.

Nieves seguía con ansiedad loca la partitura, en que cada compás le robaba ya un instante de la última cercanía de Juan.

Escuchó azorada las variaciones postreras del sencillo tema, hasta esos acordes secos que la cierran en estampido de cañón.

. . Breves momentos resonó la Canción Nacional bajo los paredones y se escuchó la orden: *¡Hup . . . March!* dada por la voz de Juan estremeciendo a Nieves.

. . Apagóse el estruendo que electrizara el aire muerto del convento llenándolo de vibraciones, y los pasos se alejaban en marcha unísona. Centenares de pies movidos a compás marcaban secos en el pavimento, otra canción de despedida . . .

¡Se alejaban los últimos ecos! Ibanse extinguiendo lentamente en el aire . . Perdíase el compás de los pasos. Y cuando se desvanecieron casi por completo, todavía se escuchaban sordos los tambores . . .

Hallóse Sor Nieves de bruces, sobre la lápida de mármol —"*Surrexit!*"— y ya hundido el sol una ráfaga de aire más vivo trajo en sonidos ya muy lejanos, las últimas notas apagadas de la Banda militar, en ecos errantes . . .

. . Al incorporarse, se le escapó inconscientemente la misma palabra que pronunciara el día de sus votos, bajo el paño negro de su muerte civil . . ¡Juan! . .

Y la lápida, en respuesta, le pegó en los ojos todavía: "*Surrexit*".

La campanita de Capuchinas, desgranó esa noche y ya para siempre, en el aire estancado de la ciudad chata, sus notas cantarinas, sin que la hospedara ningún corazón humano.

Resbalaban los *Tin, Tam . . Tan, Tim* sobre almas indiferentes . . Ya no herían a nadie. Estaban condenadas a muerte . . .

. . . . . .

Moría el alma colonial en la ciudad —esa alma empavorecida y trémula, que llevó la mujer al claustro.

La guerra traería opulenta vejez al siglo XIX. Prosperaría la adusta ciudad española y las almas labradas por tiempo y dolor alcanzarían pubertad.

Vió Nieves en confusa visión, que su vieja ciudad —Santiago del Nuevo Extremo— tan hundida hoy, se alzaría magnífica, y que las mismas altas torres de los templos quedarían humilladas, bajo monumentales construcciones

La muerta ciudad de las "*procesiones*", conocería el estrépito del tránsito y la vorágine de la velocidad... Hasta el aire azul que hogaño sólo rayaba el vuelo de blancas palomas, cobijadas en torres conventuales, se poblaría más tarde de gigantescas aves de hierro lanzadoras de fuego... Ella vió todo eso en confusa visión y deseó partir mucho antes de que su ciudad natal, conociera los delirios de esas fiebres...

Sabía por su leal corazón de mística y vidente que "*amor*" huiría del mundo entero, desterrado por placer, lujo, codicia de dinero y orgullo de la vida.

No amarían las mujeres como ella, pobre monja, sepultada en un viejo monasterio franciscano, ni serían amadas esas pobres jóvenes, que sólo conocerían del amor, el ardor de la hoguera voraz, pero, nunca la luz inextinguible.

Morirían vírgenes de lo único que nos ha traído al mundo y que merece la pena de vivirse...

Presume Nieves que "*amor*" en el siglo venidero que-

dará reducido a pequeño limosnero, como el Niño Dios de Capuchinas.

Recorrerá la ciudad sin hallar hospedaje en parte alguna de la sociedad nueva, bulliciosa y alegre, en que las casonas chatas serán demolidas y reemplazadas por orgullosos rascacielos...

Las muchachas le entornaran sus puertas y ventanas pues amor es rudo ejercicio de labrar almas...!

Cada tarde, en el futuro, volverá el Niño Dios a su pobre convento de Capuchinas con unas cuantas moneditas de cobre, depositadas en su manito extendida...!

CAPITULO XXI

El monasterio es ahora fuertemente sacudido por angustias y zozobras, que a diario cuelan por el torno, en alarmantes noticias, las beatas ociosas.

Antes gustaban de dar edificación a la tornera —por carecer de otro público que las escuchase— mediante la divulgación de escándalos sociales, que pusiesen, por comparación, en relieve la santidad de sus vidas.

Las religiosas redoblan plegarias y penitencias.

...Ya a fines de otoño, cuando las últimas hojas se desprendían de árboles en esqueleto, pasó por el torno —boca en que la ciudad vacia sus agitaciones, sobre el convento— una noticia alarmante...

. . Sor Encarnación corrió en puntillas por los claustros y con su voz gangosa repitió a Madre Priora:

—Su Señoría el Obispo avisa a su Caridad "que en Iquique, dos buquecitos chilenos de palo, están acechados por dos buques de fierro peruanos . . ".

El nombre de esos colosos se le escapaba . . sólo permanecía claro en su mente, el fatal anuncio: —Dos buquecitos de madera contra dos acorazados de hierro.

—La persona que trajo el recado —familiar de su Señoría Ilustrísima— dijo otras palabras que no retuve, aunque me vine repitiendo el recado hasta aquí, confesaba humillada Sor Encarnación.

La comunidad fué llamada a la sala capitular y allí la Madre dió la orden del día, para la batalla espiritual que iban a pelear . .

—¡Peligro! . . combate desigual entre dos acorazados peruanos y nuestros débiles barquitos. Se suprimirán recreaciones y a esas horas, las Hermanas, cada una según su dictado interior, ayudará a los combatientes . .

¡Qué el Señor haga mártires, pero no vencidos! . . Es la consigna . . No podemos ayudar a nuestros hermanos con armas —pero poseemos la más poderosa de todas— ¡la oración! Combatiremos con ellos sin triunfar con ellos . . Hemos cogido la mejor parte pues pelearemos sin derramamiento de sangre. —Nuestra misión es más alta, eficaz y decisiva. Dios se reserva el resultado final.

Siguieron llegando durante el día, menudas noticias.

Vino Javiera al torno alarmadísima. La ciudad estaba con el alma suspendida de un hilo . . Se hacían rogativas en todas las Iglesias.

Completó la noticia del Obispo, que truncara la porrera de Sor Encarnación. —Los buquecitos que "*bloqueaban*" (palabra perdida) el puerto de Iquique, fueron sorprendidos por dos grandes acorazados peruanos, el Huáscar y la Independencia. Dicen que el combate va a ser a muerte, añadía Javiera, cuya pusilanimidad mental se apoyaba siempre en aseveración ajena. La noticia venía por el transporte Lamar.

Las religiosas quedaron suspendidas en recia tensión de angustia. Sor Nieves fué al cementerio a hincarse sobre la lápida tumbal de Sor Verónica para implorar: —¡Qué nuestros hermanos sean sostenidos, despreciando la deleznable vida y entregándose a Ti, Señor!

. . . . . .

Estaban recién recogidas a sus lechos. Son las nueve de la noche y contra todas las reglas conventuales el monasterio fué sorprendido por un llamado exterior . . Salió asustada Eudocia. Ni la trompeta del juicio la hubiera alarmado tanto. De puro susto no hallaba sus ropas y se las puso al revés.

—El Obispo ordena abrir. La portera no se convencía de

tan insólita ocurrencia. Al fin abre y conduce a su Ilustrísima hasta el locutorio.

. . . . . .

—*¡Dios sea bendito!*

—¡Por siempre jamás!

Sor Clara rompió la fórmula consagrada aquella noche en que por vez primera, en los anales del monasterio, un Obispo venía a altas horas de reposo.

Estaba conmovido aquel hombre de tan fría y austera apariencia, cuya fuerza de continua represión le plasmara el rostro en severidad de gestos, que su tierna bondad desmentía.

—*La Corbeta Esmeralda, ha volado la Santa Bárbara*...! —Lo dijo así secamente, con voz temblorosa y humedecida de lágrimas.

Hemos alcanzado el mayor de los triunfos el triunfo moral... que asegura la victoria definitiva. Ganamos la guerra, Hermana. Hemos hecho héroes... Tenemos gloriosas víctimas!

Así lo sintió Sor Clara en callada emoción, mientras se enjugaba tímidamente los ojos, hasta que rompió a llorar... La Guerra del Pacífico estaba ganada... No les cabía duda!

—Al verse perdidos no se rindieron. Han volado el pol-

vorín y el barco hizo explosión . . . ¡La gloria! ¡Te Deum laudamus!

Esa incompleta noticia, la primera transmitida, suponía alto heroísmo, que levantó corazones. Fué la sinfonía que la Marina de Chile tocó en la Guerra del Pacífico.

La Madre Priora suprimió el descanso que precedía a Maitines. Las religiosas entraron a coro inmediatamente aleteando de entusiasmo en sus almas. Esa derrota era el mayor de los triunfos, por revelación del temple de la raza. Así lo sentían todas.

"*La Esmeralda voló su Santa Bárbara*". Esta frase plasmaba el heroísmo, rebalsando las dimensiones sentimentales de que eran susceptibles las religiosas. Oraban por los héroes en silencio con lloros comprimidos.

Desde ese día 21 de mayo de 1879, el combate de Iquique con el sacrificio de la Esmeralda, dejaba sellada la victoria.

. . . . . .

Después vinieron las noticias oficiales. La Esmeralda no voló su Santa Bárbara. Se hundió —bandera al tope— haciendo su último disparo . . . Y aún con más heroico arrojo su Capitán, saltó al abordaje de la nave enemiga, seguido de los compañeros que alcanzaron a imitar su titánico empuje, en el rápido instante del espolonazo.

No entregó su cuerpo ni siquiera al mar. Lo ofrendó al

enemigo mismo, dejando su cadáver sobre el blindado, al pie de la torre de mando. El Capitán Prat caído sobre la cubierta enemiga en audaz valentía y desesperada bravura de abordaje, resolvió el problema de la guerra desigual...

Los corazones se levantaron en sublime arranque y la divisa fué: "*Vencer o morir*".

. . . . . .

Extraña transformación se operaba en el alma de Juan.

Evadido de la cárcel en que lo aprisionaban su orgullo admiró a sus oficiales y soldados que trabajaban con ardor sacrificándose sin tener de quien vengarse... No los impulsaba odio ni amor a determinada criatura, de esas que resumen el universo... Probablemente tenían "*prometidas*", esposas, hijos, madres, hermanos, amigos, y estaban ahí en torno de una bandera que significaba algo lejanamente abstracto —Patria—. El Comandante muerto sobre la cubierta del Huáscar daba el sentido preciso de esa sagrada palabra ¡Patria! representando el tesoro común! Defendían sus más caros bienes, el porvenir de los suyos... Ese concepto era vivo en ellos, real, y cercano...

En cambio para Juan no significaba más que una sombra, al fondo de un claustro —sombra obsesionante— de que necesitaba huir... hasta la muerte...

El combate de Iquique lo electrizó. Fué sacado de

una vez por todas, de su pequeño círculo de mezquinas ideas personales.

El sereno coraje del Capitán Prat levantaba el alma de Juan a la región que hasta entonces le fuera inaccesible... Las horas del combate, convirtiéronse en siglos a su sensibilidad, dándole del tiempo que marcan los relojes, otra medida de hondura, ignorada hasta entonces...

Aquel sereno "*All right*", al enterarse el capitán de que su tropa estaba lista y almorzada, tenía la frescura de intrepidez que sólo emana del temple heroico de las almas.

Luces que nunca besaron la frente de Juan, ungiéronlo en esta ocasión reconociendo humildemente su miseria. Estando provisto de títulos de Castilla, garantido por blasones y talegas, contra mordeduras de la vida, hallábase ahí frente a su tropa como el último burgués, al compararse a ese ignorado joven nacido en la pequeña aldea de Quirihue.

Se desmoronaba su soberbia... ¿Quién era él, mayorazgo y marqués, frente al Capitán Prat, pistola en mano abordando el acorazado enemigo, mientras se hundía su nave? —¡Nadie!... un fainéant, un fétard... Se aplicaba los términos más despectivos de su vocabulario francés... Le venían esas palabras para calificarse, por no hallar las equivalentes en su lengua...

¿Y cuántas almas de ese temple se esconderían por ahí bajo los humildes uniformes de oficiales y soldados, a quienes sólo faltaba la ocasión de revelarse? Se sintió pe-

queño, miserable y hasta ridículo en su mal cimentado orgullo de los dones gratuitos que tuvo al nacer, y de que hiciera tan menguado uso!

. . . Una noche en marcha por el desierto, frente a su batallón, transido de frío por la espesa camanchaca comprendió que "*padecer*", aun ese vulgar sufrimiento levanta el alma a otras esferas, ablandando el corazón.

. . . No eran tan inútiles los sacrificios que Nieves fué a buscar al convento.

. . . El hielo nocturno inspiró a Juan, que iba a caballo, inmensa compasión por sus soldados marchando a pie sobre duros terrones de caliche, en la noche vagorosa, por la pampa desierta . . . Iban hacia la muerte hacia el dolor . . . !

. . . . . .

Hallándose los oficiales del regimiento de Juan acampados para pasar la noche, vino un soldado trayendo un diario peruano, "El Comercio de Iquique", en que venían envueltas algunas provisiones compradas en un despacho chino.

Con asombro y enternecimiento leyeron la descripción ocular del combate de Iquique, hecha por los espectadores de tierra, que contemplaban desde la playa . . .

Después de relatar prolijamente cómo la Corbeta Esmeralda buscó el fondeadero, para escapar a los fuegos del

Huáscar, que no había de disparar sobre la población, y demás incidentes y peripecias de la tragedia que todos escuchaban atónitos, llegó el Teniente que leía a estos párrafos: —"*Cuando la Esmeralda estaba frente al Colorado, al Norte de este puerto, le arremetió el Huáscar con su espolón, descargándole antes dos cañonazos que inutilizaron algunas piezas del enemigo*". "*La Corbeta comenzó a hacer agua*".

Intensa emoción se pintaba en los rostros de oficiales y subalternos. Leía bien y su voz se enardecía.

Juan sentado sobre el lecho de campaña, escuchaba recogido. "*Al habla ambos buques, el Comandante Grau intimó rendición a la Esmeralda, pero el Jefe de la Corbeta chilena, se negó a arriar su bandera. Viendo el señor Grau que era inútil toda consideración, arremetió por segunda vez con su buque a la Esmeralda, que entonces, como anteriormente, no había cesado de descargar sus cañones. En ese segundo choque se desconectó el eje de la maquinaria y una bala del monitor le mató 36 hombres*".

La palabra del enemigo, espectador hostil de la tragedia, daba al relato intenso patetismo. "*Era preciso que se diera fin a un drama tan sangriento y* QUE NO RECONOCE EJEMPLO EN LA HISTORIA DEL MUNDO".

Un noble orgullo agitaba todos los pechos, en este reconocimiento del enemigo. Juan repasaba en su mente los gloriosos episodios históricos, Nelson en Trafalgar, Leonidas

en las Termópilas, hallando que el Capitán Prat superaba a todos los legendarios heroísmos.

Sigue la lectura. "*En una evolución de la Esmeralda en que presentó hacia el Suroeste su costado de estribor, le acometió por tercera vez el Huáscar con su ariete, descargándole dos cañonazos. Uno de estos le llevó la proa entera, y empezó a hundirse de ese lado . . .*". Los oyentes alentaban cada vez con más agitación. Parecíales que el realismo de esta versión enemiga, daba a la tragedia, sorpresa de narración fantástica.

"*Fué en ese tercer choque cuando el Comandante Prat de la Esmeralda, saltó revólver en mano, sobre la cubierta del Huáscar, gritando: —¡Al abordaje, muchachos*"!

Juan se levantó del improvisado lecho, en que estaba sentado y se puso instintivamente de pie, mientras se limpiaba los ojos. "*Lo siguieron, un oficial, Serrano . . .*" le tiembla la voz al lector "*que llegó hasta el castillo donde murió*" . . También necesita recurrir a su pañuelo . . Detiénese en emocionada pausa. Se escuchan carraspeos y sonaduras. La emoción se ha contagiado como fuerte oleada, que inclinara cabezas, y acelerara ritmos en la sangre . . .

Con voz trémula continúa la lectura " . . *Un sargento de artillería y un soldado*" . . Otra pausa "*todos estos quedaron muertos en la cubierta*".

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Sigue anhelante: "*Prat llegó hasta el torreón del Comandante, junto al cual estaba el Teniente Velarde, sobre el que hizo tres disparos, que le causaron la muerte. Entonces un*

marinero acertó a Prat, un tiro de Comblain en la frente, destapándole completamente el cráneo, cuyos sesos quedaron esparcidos sobre la cubierta".

La voz del Teniente se ahogó... Juan se sacó la gorra en un movimiento maquinal. Todos se descubrieron, juntando casi la cabeza con el pecho.

Sobre todos esos hombres ha pasado un divino soplo. La emoción intensa los reune en el seno de una madre común —la Patria— así tan diversos de clase, educación y temperamento. Han entrado en ese elemento misterioso, región sin nombre, en que la pequeñez humana se abisma en Dios.

. . . . . .

Tras breves minutos, la lectura continúa... *"Después de la catástrofe que apagó los gritos de entusiasmo, con que desde el principio eran saludados los tiros del Huáscar por el pueblo y ejército (peruano) siguió el estupor y el silencio de todos.*

La impresión que en los habitantes de Iquique produjo el hundimiento del buque enemigo, pudo más que la alegría, y la apagó...! Tremendos secretos del corazón humano".

Pasada esa primera impresión, siguió un generoso revuelo de entusiasmo en jefes y soldados allí reunidos.

Todos deseaban cumplir la consigna del heroico Capitán de la Esmeralda, cuando les tocase el turno... *"Vencer o*

Morir" era el dilema que les legaba Prat, y se avergonzarían de no seguir su ejemplo.

Esta derrota, díjoles Juan, es nuestra gran victoria. Hemos ganado la guerra en Iquique. Llegaremos hasta Lima, sí, hasta la ciudad de los Virreyes! . . Sentíase asqueado de sí mismo, contemplándose junto a ese modesto joven que nadie conocía ayer y que se alzaba como un gigante ante el mundo entero . . Se inclinó reverente y enternecido, admirando las sorpresas que da el alma humana, y el cerrado misterio contenido en cada criatura!

CAPITULO XXII

Tuvo Juan ocasión de conocer a un Capellán de Ejército . . Joven, alto, caballeresco y fino, tenía ardor apostólico e iluminación en el rostro. La noble unción de su voz daba resonancia a su palabra sagrada.

. . Pertenecía a la aristocracia santiaguina y se consagró sacerdote temprano, trocando sus ilusiones amorosas, de muchacho idealista, por el culto a otra *"damita"*, cuya devoción legara a la ciudad Fray Andresito, el lego franciscano, muerto en olor de santidad.

. . Esa damita era Santa Filomena, virgen y mártir bajo la persecución de Diocleciano.

. . Encontrar en el campamento un hombre de su clase y de su mundo, fué hallazgo para Juan. Lo iba a buscar por

las noches a la carpa de la Cruz Roja, donde alojaba el Capellán Ruperto Marchant.

. . Hasta el apellido francés, era lazo de vinculación simpático.

Había en el joven sacerdote singular elevación espiritual, unida a cultura y delicadeza de corazón. Era un legítimo sacerdote, el Capellán del Ejército, de esos que no forjan las Ordenes Eclesiásticas, sino la gracia divina, por decidida vocación.

La extraordinaria pureza de su alma, lo llevó al clero. . Había amado por lo alto . . Suspendió el juvenil ensueño, y se le abrió el mundo sobrenatural . . !

Admiraba Juan la mística poesía de aquella alma ardiente que purificaba lo que tocaba, como al contacto de un talismán.

A través del joven Capellán el Comandante Irisarri vislumbraba el alma de Nieves, ubicándola en su plano por vez primera y creía posible amarla de otra manera . . .

. . Fumaban una noche sentados sobre sacos de provisiones . . El desierto se extendía inmenso, en sus pliegues de suaves montículos. La luna creciente recortaba su hoz de plata, en la transparente hondura del cielo.

—¿Cómo se hizo usted sacerdote? —preguntó Juan. Me interesa saberlo pues yo recuerdo con tanto fastidio mi permanencia en el Seminario ¡qué cárcel! Nos secaban el alma con esa disciplina de hierro y esa devoción hueca . . .

. . El sacerdote, por el contrario, había hallado muy

dulces las prácticas religiosas . . El mes de la Mamita Virgen era tan poético y tan bello con el altar decorado de azucenas blancas, con cirios trémulos y resonantes cantares.

Juan también sentía la poesía del culto a la Virgen, pero le repugnaban esos inspectores groseros, que hacían espionaje y delataban a los niños. —¡Eso hiere la dignidad humana! La voz de Juan se tiñó de cólera . . . ¡Qué incomprensión del alma de los muchachos! ¡qué dureza! y cómo hieren los más nobles sentimientos, enseñando a mentir.

. . El sacerdote solo recordaba la bondad del Rector, que le cupo en suerte. Era el Obispo de Martyrópolis, un gran Prelado, tan severo y enérgico, como sabio y tierno. No obstante su apariencia modelada en austeridad eclesiástica, comprendía y alentaba mucho a los niños que deseaban ser buenos . . .

. . Eso no más pide el Señor, siguió el Capellán, que queramos ser buenos, lo demás no pende de nosotros ¡somos débiles! Nunca me admira lo que sucede en el mundo, dada nuestra flaqueza, sino lo que deja de suceder . .

—Pues yo, compañero, no he deseado ser bueno . . quería solamente gozar de la vida y ser feliz.

—Pues ahí está la equivocación, ya que felicidad viene por lo que nos quitan y nunca por lo que nos dan . . !

—¡A mí no! Es cuestión personal sin duda. Me lo quitaron todo, he sufrido mucho, me hallé solo y me vine a la guerra de puro amargado, impotente y desesperado.

—¿Algún desengaño amoroso? . .

—Todo eso y más aún; muerte en vida y desesperación. La mujer que no me quiso se puso monja . . . y ahí está enterrada viva . . .

—¡Pero qué dichoso es usted, compañero! ¿Y se queja?

Juan lo miró estupefacto.

¡Muy dichoso! Tal vez, ese amor se habría marchitado en el matrimonio, mientras que así está en manos de Dios, que lo eternizará.

. . . Vinieron otros oficiales a juntarse al grupo . . . El cura Marchant los atraía. Hallaban en él fuerza y consuelo . . . Hombres indiferentes a la idea religiosa, sentíanse impresionados por la sencilla y ardiente fe del Capellán. Verdades que nunca percibieron, se les comunicaban ahora, en llana certidumbre.

. . . Relatos que hubieran parecido pueriles o imaginarios, en labios del cura Marchant, tomaban substancia de verdad. Se desprendía de ese hombre sencillo, una fuerza sobrenatural, que daba al elemento maravilloso, ciudadanía humana.

. . . Era víspera de batalla.

La primera división, a que pertenecía el regimiento de Juan avanzó hasta "*Yaras*", por Locumba. Acamparon en los alrededores de Tacna.

Todas las fuerzas estaban ya listas esa tarde en que el Capellán departía con oficiales de distintos cuerpos.

Trataban de aprovisionamiento, dificultades de transporte y de la imposibilidad de orientarse en aquellas pampas,

en donde, caída la noche, la camanchaca espesaba brumas que cerraban el vasto círculo del horizonte.

Los camaradas observaron que el Capellán desde la más positiva conversación, tomaba a veces vuelo y ala tendida, se elevaba al mundo de las fantasías, con el don de comunicarles una realidad que no se hallaba en los más banales sucesos de la vida diaria.

Cambiaba de plano, sin marcar fronteras divisorias.

—Es muy penoso orientarse, dijo el sacerdote. Después de la batalla de Tarapacá, yo estaba exhausto por las impresiones de aquel día . . . Había auxiliado durante largas horas a los heridos y moribundos diseminados por las colinas, referíale a los militares allí agrupados.

. . . Cayó la noche y me hallé solo en aquel campo desolado.

Hablaba con voz suave y melodiosa, ungida de místico fervor y el rostro esculpido por austera nobleza de apóstol.

Elevé una plegaria al Señor, para hallar refugio en aquel desamparo.

. . . Al decir eso, su expresión dibujó transporte espiritual, en cierto arrobamiento extático.

Los oyentes estaban cogidos en su palabra flúida, viva y ardiente, modulada en expansiva ternura.

. . . Al punto apareció una carpa, que a pesar de la densísima oscuridad, yo veía rayada de azul y blanco, con un techo en forma de "*media agua*". A la entrada se acumulaba un montón de hojas de maíz. "*Para mi caballo*", dí-

jeme. Me desmonté alegre; le quité el freno y lo até a la carpa.

Adentro hallé un catre de campaña, con frazadas dobladas. ¡Bendito sea Dios! exclamé echándome encima, como en un lecho de plumas y me dormí profundamente.

Desperté luego con el chisporroteo de una fogata que iluminaba todo en redor. Un chino estaba en cuclillas cerca del fuego y al verme despierto, díjome: "*Compále, ¿quiele café?*" Acepté gustoso, tomando a dos manos la cantimplora que me presentaba el chino, en que bebí con delicia.

Volví pronto a dormirme y a la mañana, cuando me levanté, ya el chino había desaparecido; sólo quedaba el fuego consumiéndose, mientras mi caballo masticaba pausadamente las últimas hojas de maíz...

¡Buen dar!... exclamé, esto si que es curioso! Hallarme en pleno desierto esta carpa, lecho, y hasta café y forraje para mi caballo... Me arreglé las polainas, me calcé las espuelas, puse freno al caballo... y contemplé el campo a fin de orientarme.

La camanchaca se había disipado. Brillaba el sol del Corpus Christi —día de la Eucaristía!

Absorto avancé unos cuantos pasos. Y mi mayor sorpresa fué cuando volví a mirar hacia atrás y la carpa había desaparecido...

Bendije al Señor, que así manifestaba su providencia y recorrí los apretados montones, de cuerpos humanos que

semejaban gavillas segadas por la hoz, auxiliando a algunos soldados que respiraban aún.

. . . Allá en los faldeos, los clarines de las dianas saludaban al día naciente.

. . . Nadie le cortó el vuelo, ninguno de los oyentes interrumpió el relato. Todos lo escuchaban cogidos por la sinceridad de aquella palabra evangélica, que esfumaba en divina luz, esos abismos que separan el mundo de la forma tangible, del mundo suprasensible.

Se siguió un largo silencio. Nadie tampoco se atrevía a romper el sortilegio de aquel relato maravilloso.

Por cierto que ninguno pudo dudar siquiera de la verdad de aquellas palabras que llevaban tal fuerza de convicción. No era un chiflado ni un iluso, el Capellán Marchant. Era sí, un místico de amplia envergadura espiritual.

Estaba sencillamente iluminado. . . Les inspiraba tanta confianza, que deseaban confesarse con él, antes de la próxima batalla. Todas las miserias humanas, al caer en aquella alma bendita de Dios, hallarían misericordia en el Señor!

. . . . . .

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Ya en la tarde víspera de la batalla —ese 25 de noviembre de 1879— muchos oficiales y soldados aguardaban en redor de la carpa, que ocupaba la Cruz Roja, para confesarse con el Cura Marchant.

Juan también esperaba su turno, pero había aglomeración de gente. Estando ahí de pie vió venir al segundo Jefe del Coquimbo —Luis Larraín Alcalde—. Su noble hermosura varonil se destacaba entre todos. Tenía fama de gran carácter y fina sensibilidad.

Juan respetaba a esta familia patricia (de manera inusitada en él tan orgulloso y burlesco), compuesta de ocho varones y tres hijas, que, dentro del rango, la fortuna y todos los halagos sociales, habían recibido una educación espartana.

Avanzó Juan efusivo, alegre, manos tendidas hacia el joven militar. Caluroso apretón de manos.

—¿Qué es de Patricio? Tenía Juan muy afectuosa estimación por el otro hermano mayor, que ahora en campaña, era Ayudante del General en Jefe.

Deseaba tanto servir junto a él, dijo Juan, pero no logré puesto en ese comando.

—Tal vez logremos reunirnos después de la batalla, dijo con cierto desmayo en la voz Luis Larraín. ¡Si Dios lo permite! añadió.

Tenía un alma muy delicada. Varias composiciones poéticas, publicadas en la "*Estrella de Chile*" lo habían revelado, pero modesto en el trato, sobrio de expresión y pudoroso de su exquisita sensibilidad, sólo dejaba traslucir su caballeresca austeridad de soldado.

Juan sintió en sus finas antenas psíquicas, la noble fuerza viril contenida en aquel hermoso mancebo, esbelto de por-

te, con fino rostro marfileno, encuadrado en espesa barba nazarena, cuyos ojos magníficos miraban desde un reculado y misterioso fondo, cargados de añoranzas que sólo traen las viejas razas, enriquecidas de memorias ancestrales...

—¿A qué se debe, preguntóle Juan, que no nos hayamos visto antes?

—A que he estado dos meses ausente en el Norte. Pedí licencia para ir a ver a mis padres... Supuso Juan que lo llevaría alguna "*prometida*" dejada al partir...

—Cuando me fuí, dí a mi jefe palabra de honor que regresaría... Mis padres trataron de dejarme... Me asaltaba un presentimiento.

—Calló el joven... pero estaba mi palabra empeñada y he de cumplir mi deber hasta el fin... Tenemos el dilema de "*Vencer o Morir*" que nos legó Prat y es ineludible. Se sonrió el apuesto mozo.

Juan admiró aquella intrepidez con que iba a desafiar el destino que ya le hacía signos, en aquel presentimiento de fatalidad; desgraciadamente, también Juan lo compartía en secreto, para sí mismo.

Comparábase al joven Mayor del Coquimbo, que con un porvenir tan bello, en posesión de todos los privilegios y ventajas personales, teniendo sus padres y muchos hermanos, seguramente adorado de las mujeres, venía con tan serena intrepidez a jugarse la vida por la Patria.

Todo lo incitaba a vivir dichoso no tenía de quien huir,

y, no obstante, el alto concepto del deber primaba por sobre la felicidad humana que lo solicitaba, en todas sus sendas...

Admiró Juan el temple de aquella alma que así respetaba un juramento libre, sobre el honor de su espada, para avanzar hacia el sacrificio, ante la siniestra sombra que presentía... Se comparó a Luis Larraín hallándose pequeño y mezquino.

Se estrecharon las manos nuevamente: —Hasta mañana, compañero, díjole Juan. Hasta la vista, contestó el Mayor... venciendo su insistente anuncio interior, de que la desgracia lo acechaba...

. . . . . .

La noche de ese día fué de un trabajo enorme para el Capellán. Su carpa se transformó en Capilla. Venían de todos los cuerpos, oficiales y soldados a confesarse con él.

...Ya más avanzada la noche, cuando la camanchaca, como un gigantesco fantasma blanquecino, envolvía los campos en su manto de hielo, presentóse embozado en su capa militar, el Mayor del Carampangue.

—Vengo a confesarme, temo lo que sucederá mañana, díjole al estrecharle la mano.

—Todos corremos igual peligro, contestó el sacerdote. Estamos en manos de Dios.

Juan confesó su falta de fe viva... Sentía el "*más allá*"

sólo en miedo al infierno —único sentimiento religioso, conservado del colegio eclesiástico.

Casi no escuchaba Juan lo que el Capellán le decía, con su tierna voz robustecida de fe . . . pero caían las palabras en su alma a raudales de dulzura, de confianza . . . y hasta de resignación, que no sintiera nunca antes en su tenaz rebeldía . . .

. . . Confesó sus culpas llamadas de miseria humana (todo lo relacionado con el sexto mandamiento) de menos grave transgresión para él, que era soltero. No se acusó Juan de su permanente estado de egoísmo, porque no grababa su conciencia en pecados concretos.

El Capellán, que aun siendo él mismo purísimo, parecía, al administrar el sacramento de penitencia, regresar de todos los vicios, taras y miserias humanas, por su indulgente comprensión; exhortó a Juan mostrándole que en el sacrificio de exponer su vida, cancelaba sus culpas y agrególe: —Hijito mío: Ofrece al Señor tu vida con amor. Recuerda que El siendo Dios, te sacrificó la suya tan dolorosamente en la Cruz. Agradécele también la pena de "*amor*" que te ha dado . . . Es cruz de oro que El mismo te ha elegido, porque en ella se contiene tu felicidad próxima —tal como tú la deseas, pero sublimada a grado que excede a nuestros deseos . . .

—Querría desprenderme de dos reliquias que poseo, dijo Juan al terminar, quiero entregárselas a usted, Cape-

llán, para que los devuelva si muero... pero no me atrevo, pues mañana las necesitaré más que nunca...

—¡Guárdelas! —dijo el Sacerdote.

Marchóse Juan aliviado de un gran peso y consolado. Los fantasmas que se llaman: Muerte, Juicio, Infierno, estaban disipados...

Ni en esa víspera solemne, tenía derecho para escribirle a ella una palabra de adiós... ¡Tan sellado estaba ese sentimiento, hermoso cual ninguno, que ni aun en trance de partida eterna, le era lícito confesarlo!...

Cualquiera indiscreción expondría a Nieves... Precisaba callar hasta el fin... No había esa noche ni una estrella en el cielo para confiarle el mensaje... y lo transmitió así a la desolación de la noche helada, en la extensión de la pampa...

Cerca del amanecer se celebró el Santo Sacrificio.

El Altar se formó con unos sacos de frazadas, donde el Capellán colocó el crucifijo que siempre llevaba consigo y una pequeña imagen bizantina de la Virgen. Los cirios, eran dos diminutos pinzotes de cera retorcidos en unos pedazos de cáñamo y el templo, aquella carpa cuya tela ondulaba al viento.

Comulgaron soldados, oficiales y jefes, todos reunidos... Juan se acercó trémulo... El sacerdote levantó en alto la sagrada hostia.

—El Hijo de Dios vivo, tenga piedad de vosotros y unja vuestras almas para la vida eterna!

Juan sintió dilatarse su corazón en infinita esperanza. Adoraba el misterio inaccesible y lloraba gruesas lágrimas.

Pensó que tal vez iba a morir, por primera vez sin miedo... La recordó a Ella... Tras la sombra humana, vióla erguida en luz, mirándolo con infinito amor... Las barreras no existen para las almas que traspasan la espesura carnal...

No supo cuánto tiempo pasó de rodillas y fuera de sí... Al terminar la ceremonia, apuntaba el disco brillante del sol en la llanura y lo contempló imaginando que tal vez no lo vería levantarse ya nunca más...

De adentro le dictaban con insistencia: —"Ofrece tu vida al Señor!..." Y la ofreció con toda la generosa energía de un alma nueva... agregando muy quedo... "por Ella, Dios mío!".

CAPITULO XXIII

La victoria en Tacna, abría a los chilenos, el camino a la ciudad de los Virreyes... Tomar a Lima, fué para esos hombres, la brillante coronación de la guerra.

La ciudad recién conquistada, es noblemente colonial. La benignidad del clima ha convertido a Tacna, en residencia de acaudalada aristocracia, siendo un oasis en el desierto.

El calor húmedo y ya algo tropical de Lima, se atenúa

en Tacna, por las suaves brisas, venidas de las sierras próximas.

Ciudad suntuosa, alcanza a competir con la "*Virreina*", en antiguas casonas coloniales. Hay vegetación y muchos jardines. Las lujosas mansiones están decoradas con recargo de estucos y espejos en marcos dorados de complicados dibujos... Los patios son hermosos, festoneados de enredaderas, con flores bellísimas, aves raras, y surtidores de mármol, que cantan quejas al tiempo, que presienten traidor...

. . . . . .

Los jefes y oficiales chilenos enardecidos de entusiasmo celebraron un banquete por el triunfo, en ansia de seguir hasta la legendaria ciudad en que España asentó su real conquista.

Inmenso era el regocijo. Los comandantes estaban orgullosos de sus subalternos y los oficiales efusivos, sintiendo bullir la victoriosa sangre moza.

Hállanse todos unidos en hondo sentimiento de fraternidad.

Preside el banquete el General en Jefe, con asistencia de todos los generales, el Ministro de Guerra en campaña Rafael Sotomayor y su ayudante, José Francisco Vergara, noble caballero de distinguida presencia y esmerada cultura.

Hubo calurosos brindis. Desatóse la elocuencia y corrió el champaña.

Juan Irisarri buscó asiento junto a su amigo Patricio Larraín, bizarro militar, ayudante de Estado Mayor—hombre de férreo carácter y de impasible serenidad ante el peligro, la vida y sus sorpresas.

Durante la batalla de Tacna le mataron dos caballos, mientras impartía órdenes del Alto Comando, a que pertenecía . . Iba pitillo en boca fumando, bajo una granizada de balas . . .

Juan hizo alusión a los comentarios, que hacían los testigos de su tranquilidad.

—Parece que tú no le conoces la cara al miedo. Sonrióse el Mayor Larraín. —Te equivocas. Al principio de la batalla nos corre a todos, un pavorcillo por dentro, como escalofrío que las primeras balas suprimen y truecan en hervor de entusiasmo. —Yo, dijo Juan, no me imaginaba tal diluvio de proyectiles, y me admiré de quedar vivo.

—Lo más curioso es, continuó el Mayor, que al pasar las balas silbando, junto a las orejas, uno se siente tranquilo, creyéndose inmune. Por eso, yo no le atribuyo ningún mérito al "*valor*". Son estados independientes de uno mismo . . .

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

—Ustedes los Larraín Alcalde, deben tener sangre árabe, dijo Juan. Son por algún lado musulmanes.

—Mi padre nos incitaba mucho de niños a desafiar peligros . . —¡Sean hombres, chiquillos! nos repetía. ¡Se-

pan ser hombres! Cuesta ser todo un hombre, pero es indispensable, para tener legítimo derecho a la vida. Yo espero que ustedes no me avergonzarán!

—Me han dicho, prosiguió Juan, que te vieron encendiendo con toda calma un cigarro, en lo más nutrido del fuego. —Pero, hombre, de qué serviría apremiarse ¡Caramba! yo tenía cierto temor por mi hermano Lucho, que presiente morir en esta guerra. Todos en la "*casa*" trataron de que se quedara, cuando estuvo allá con licencia, pero fué imposible retenerlo. "He empeñado mi palabra", respondía, y contra la insistencia de mis padres, y de la familia entera, regresó. El aludido estaba sentado lejos en la gran mesa, destacándose entre todos por su hermosa figura. Juan le dirigió esa corriente magnética de la mirada. Se enfrentó el joven a los punzantes y reidores ojillos de Juan que le hacía señas, con la copa de champaña levantada. Ambos se pusieron de pie, para cambiar votos cordiales y silenciosos. Tal vez presintieron en ese instante que estaban marcados con el mismo signo.

Admiró Juan, aquella vigorosa y bellísima juventud, congratulándose de que el destino le hubiera sido propicio.

Los brindis se sucedieron sin fin en aquel banquete. ¡A Lima! ¡A Lima! era el clamor unánime que condensaba los entusiasmos de esa ardorosa juventud, pero tanto Juan Irisarri como Luis Larraín, sentían mezclarse al vivo anhe-

lo una sombra siniestra, que robustecía en ellos el amor a la vida!

. . . . . .

Una tarde de otoño avanzado, antes de cena, en hora de tiempo libre, sintió Nieves impulso vehemente de recoger su alma en la Capilla, —urgente anhelo de hundirse en el abismo secreto, forjando así energías para blindar a Juan en coraza espiritual.

Apenas emerge de la sombra el gran crucifijo en la Capilla desierta. Nieves gustaba de colocarse a sus pies hasta tocar con su frente el clavo que retenía al madero el cuerpo de Cristo.

. . . Una fuerza irresistible la atraía a ese sitio. Se arrodilló dándose entera al Señor, en total entrega, por recia tensión de su humano querer . . . Dádiva incondicional de sí misma al amor, en su máxima revelación de divino sacrificio.

Cayeron sus párpados y desapareció la pequeña Capilla, hundiéndose en la sombra invasora. Dilatóse su alma interiormente al libre espacio que no cierran muros ni limitan fronteras —al inconmensurable país del Espíritu. Nada allí la oprimía. Ciertamente, la entrada a ese reino, bien valía la deserción de todo lo que lleva nombre de libertad en el mundo.

Abrió los ojos . . . La lamparilla del santuario que emer-

gía débil, de la plena oscuridad, titilaba acechada por el aleteo de una mariposilla. En intermitencias de sombra y luz agonizaba la luciente chispita de rubí en el ámbar translúcido.

. . . Esa pequeña lucha distrajo a Nieves. Sintió cansancio y se sentó sobre sus talones, apelotonada en el reducido sitio, donde se postraba sólo cuando la Capilla estaba solitaria.

Imploró al Señor de los Ejércitos, —el gran combatiente, cuyas infinitas legiones pelean en el mundo, la lucha eterna de Espíritu contra materia, ideal contra intereses y eternidad sobre tiempo . . .

Desde que Juan partió, Nieves estaba tranquila . . ! Al fin había tomado orientación en la vida . . . No pesaban sobre ella, su tedio ni su cólera y su amor la penetraba de lejos en dulzura de secreta compañía. Se halló saturada de íntima ternura hasta en las asperezas y tristezas monásticas.

. . . No vino esa tarde a implorar al Crucificado que se salvara la vida de Juan ni que fuera exento de herida en su carne. No! . . . Pedía al Señor, por ese otro Juan íntimo e inmortal de que el hombre exterior no es más que símbolo —apariencia fugaz en breves años del tiempo, que cuentan los hombres con la importancia que la naturaleza misma impone a su brevedad.

Descubría Nieves que ese "*otro Juan*" apenas acusado en gestos humanos, era suyo de derecho anterior . . . por cierto misterio intraducible a la conciencia. Pertenecíale de

adentro con la certidumbre indemostrable, que a ella le bastaba . . .

Desde que se fué tan lejos, allá a la guerra, esta creencia que antes la visitara por momentos, había anclado en su alma . . . La ausencia en vez de acrecentarle dudas, y angustias, la tranquilizaba.

¿Qué haría el Señor de él? . . . No importaba saberlo . . . Dentro de su pequeño sentir de "*antes*" ya tan lejano, Nieves habría querido que volviese de la guerra sano y salvo pero con un sentido nuevo de la vida —ese que ella adquiriera en el monasterio se arrojaba en brazos de Dios.

. . . Su entrega y renunciación eran totales, de todo cuanto ella consideraba el "*bien*" humano, casi sin mérito, a tal punto, su experiencia le había enseñado que los más escabrosos caminos llevan a regiones maravillosas.

Debía estar ya muy próxima la hora de merienda . . .

Conservaba Nieves lucidez mental y plena conciencia de hallarse allí a los pies del gran Crucifijo.

. . . Se arrodilló por breves segundos para marchase, pues debía pasar a su celda antes del toque a refectorio, cuando en ese preciso momento y sin perder el cabal sentido de su propia actitud, vió súbitamente a Juan, en una vasta pampa ligeramente ondulada . . .

. . . Estaba tendido de bruces en el suelo, con la cara oculta y le manaba sangre de un costado . . .

Parpadeó Nieves y cambió la visión. Vió otro cuadro. Juan estaba ahora tendido sobre una cruz, siempre en el

suelo y se rebelaba diciendo airada palabras que Nieves no oía pero, que sus gestos delataban. . .

. . . Profunda angustia oprimió a la religiosa.

Su resignación la abandonó y una ola de dolor gruesa marejada que arrastra todo consigo, devastando diques, la inundó con su potencia destructora. Todas sus fibras reciamente tendidas estaban a punto de romperse y su voluntad anulada. Era una pobre criatura doliente que no puede defenderse —pasiva por impotencia ante el dolor impío. . .

. . . . . .

. . . Es la tarde de la batalla de Miraflores. La desmoralización natural de la derrota, agrupa a los jefes y oficiales peruanos en torno de un patriarca, el ex Presidente, Francisco García Calderón.

Lo abrazaban todos llorando. Fué un espectáculo conmovedor para los vencedores. El Ayudante del Estado Mayor, Patricio Larraín, que entró a la ciudad de los primeros, sintió también que a él se le llenaban de lágrimas los ojos. El calor de humanidad, —imperativo de la especie,— salta todas las barreras que dividen a los hombres. . .

Ya en la tarde del 15 de enero de 1880, después de hundido el sol, Juan cae herido en la batalla de Miraflores por una bala suelta. Se creía salvo, cuando uno de esos proyectiles que siguen disparando después de terminado el

tiroteo, le hirió el costado derecho, penetrándole por el hígado.

Llevado a la ambulancia y después al Hospital, no se creyó al principio en la gravedad de la herida, pero, como tras de muchas alternativas empeorase, fué embarcado en un transporte y llevado al Sur.

Iban muchos heridos en el mismo barco con destino a Valparaíso. Juan va mordido en su carne por atroces dolores. Los calmantes le producen delirio y malestar. Tiene noches de febril angustia. Desesperado, gime, e impreca... Le ha tocado la peor suerte. Escapó de la batalla y vino a caer después... Su naturaleza rebelde al dolor se subleva...

No desea vivir... ¿para qué? Teme a la muerte y su temor arrecia, a punto que querría prolongar su tormento para postergar el trance fatal.

...Si se pudiera quitar la vida, acabar de una vez... pero su conciencia se lo impide... El hoyo negro y la eternidad lo aterran...

Ahora, no lo alumbra ninguna visión consoladora... Está perdido... Maldice de aquel siniestro convento que le robó la felicidad y de esa religión dura e inhumana que proclama la soberanía de la muerte para desdeñar la vida y después de estropear el cuerpo como a un enemigo, bendice la corrupción del cadáver...

En un mediodía ardiente, frente a la costa chilena, en el transporte que conducía heridos a Valparaíso, sacaron

algunas camillas de enfermos a cubierta. Mediaba enero de 1880 y hacía calor sofocante en las pésimas cabinas de aquellos barcos.

Junto a la silla portátil de Juan, colocaron la camilla en que yacía tendido y con la cara vendada, Luis Larraín Alcalde —caído también en Miraflores y después de terminada la batalla, como Juan. La bala errante, lo alcanzó en el rostro hiriéndolo en una parte peligrosa para la intervención quirúrgica, por la proximidad de las grandes arterias.

Los cirujanos disponían de escasísimos recursos y no se atrevieron a extraerle la bala. Su hermano Patricio lo llevaba al Sur para tentar la última esperanza. Ya en la postrera posibilidad, permitida por la estrechez de las circunstancias, sus deudos deseaban hacer la última tentativa que era la operación o que muriese en brazos de sus padres que lo reclamaban angustiosamente.

Devorado por la fiebre, su tez marfileña tornóse plomiza. El lado de la herida, próximo al ojo izquierdo, estaba negro y espantosamente hinchado. Respiraba con angustiosa y febril celeridad. No era ya Luis Larraín y nadie habría reconocido en ese montón de miseria al brillante jefe del Coquimbo, al más guapo mozo, que enviara al sacrificio, la flor de una aristocracia.

Juan se conmovió profundamente. No se habían visto desde que cayeron heridos por hallarse en distintos hospitales de sangre.

...Encontrar casi cadáver, horriblemente desfigurado, hasta ser inconocible aquel mozo tan arrogante y cerrados esos ojos cuya lumbre embellecía lo que miraban, produjo honda emoción a Juan.

Lamentaba ahora que su hurañía no le permitiera intimar con el interesante mozo. Siempre se encontraban en el reducido círculo cerrado, que formara la "*élite*" de la aristocracia santiaguina; pero, Juan gustaba de aislarse, no pudiendo vencer esa manía ni siquiera con los muchachos más distinguidos de su generación.

En esa media tarde tropical, Luis Larraín fué el tema de la meditación de Juan. Ese muchacho lo poseía todo, pensaba; los triunfos definitivos estaban en su mano. Terminados sus estudios, con el título de abogado, cultivaba la poesía, canalizando el caudal de belleza contenida en su noble juventud. Se susurraban las buenas acogidas que le dieran las más bellas muchachas de la ciudad. Dejándolo todo, había acudido al primer llamado de movilización.

Juan aquilataba las diferencias consigo mismo, siendo que él viniera a la guerra, sólo en fuga de mayor y más estéril sacrificio.

Patricio, su hermano, lo velaba, junto a la camilla, ahí en cubierta. Hablaba en voz baja con Juan. —Lo llevo a morir en la "*casa*" díjole. Y este término evocó a Juan el "*hogar*" tibio de afectos, en comparación del helado caserón desierto que lo aguardaba a él. —Está perdido, con-

tinuó Patricio y lo sabe! Quiso venirse. Ha tenido una serenidad admirable.

—¿Y no ha sido posible extraerle al proyectil? —No, contestó Patricio. Los médicos temieron. No se hallaban capaces de tan complicada operación cerca del cerebro. —¡Qué lástima en la cara! lamentó Juan. No sólo es hermoso en rasgos, sino de expresión, por la suavidad tiernamente viril, con hechicería casi femenina en la arrogante apostura. Debe ser muy penoso para Lucho, hasta el sitio en que lo hirió esa maldita bala!

—¡Ni siquiera lo ha manifestado! Dijo con impasibilidad Patricio. Nunca me ha dicho: —Prefiero morir que quedar estropeado. Ha tenido una grandeza estoica, luchando por vivir; pero, aguardando ahora la muerte con resignación. Tanta ha sido su serenidad, que a mí mismo me perturbó en los primeros momentos.

Durante la batalla, estuvimos lejos y yo muy preocupado del presentimiento que Lucho ocultó a mi padre, cuando fué al Norte con licencia. —Quédate hijo, le decía, has cumplido de sobra con tu deber, yéndote de los primeros... Lucho le contestó: —¡Papá, he dado mi palabra de honor! Al oírlo mi padre dobló la cabeza.

Juan exclamó: —¡La honra castellana es dura, no retrocede ante nada!

Sígueme contando como cayó Lucho. —Te decía que peleábamos en distintos sitios. Lucho en el Coquimbo y yo en el Estado Mayor. Hubo un momento en que creímos

la batalla perdida... Y nos ocupamos de recoger heridos... Estaba en el hospital de sangre cuando se me apareció Lucho con la cabeza vendada. Me estremecí... Qué tienes, le pregunté azorado. —Nada, ¡un rasguño!

Pretendí conocer el sitio en que estaba herido y en ese mismo momento anuncian que vienen trenes de Lima con refuerzos de tropa y que la batalla continúa. No me atrevía a dejar a mi hermano; pero, Lucho me empujaba: —Véte en seguida... No te preocupes de mí... ¡Es un rasguño!

Me fuí sumamente preocupado a tomar mi puesto. Cuando ganamos la batalla y regresé supe que la bala estaba incrustada en el cráneo, tras del ojo izquierdo. Ya tenía fiebre y luego tomó pésimo aspecto la herida. Los médicos no tenían recursos para intervenciones quirúrgicas tan delicadas y en esta angustia quedamos ya sin esperanza...

Juan se emocionó. —¡Cuánta fortaleza descubría en aquella alma! ¿De dónde le vendría?

...¿A qué misteriosa consigna obedecen ciertas criaturas, las más favorecidas, las más amadas? ¿Qué han visto más allá de la sombra terrena? ¿Qué anterior revelación traían en sus almas, ya advertidas de un breve paso y con pretéritas citas tomadas, Dios sabe adónde? —El sacerdote que lo confesó, don Joaquín Díaz, se admiró de hallar una conciencia tan acrisoladamente pura.

Se abría en Juan una ancha brecha de luz, sugerida por tales interrogaciones.

CAPITULO XXIV

Los heridos fueron desembarcados en Valparaíso a las nueve de la mañana por el pequeño muelle del Pasaje N.° 2 de la Avenida Errázuriz.

A Luis Larraín, lo aguardaban los suyos. Cuatro de sus hermanos cargaron en hombros la camilla. Los espectadores sólo vieron su tez cenicienta de moribundo y la hermosa barba nazarena negra como ala de cuervo.

Una junta de médicos lo aguardaba en la casa y concertaron la operación para dos horas más tarde. Se ilusionaron los padres de haber sido reconocidos por las voces, pues no abrió los ojos, y hasta las leves contracciones que preceden al abrazo de la muerte, les fingieron sonrisas... Y en una de esas mentiras, que crea el amor, expiró en brazos de sus padres, contando apenas 22 años.

Llegado Juan a Santiago, donde nadie lo esperaba quiere ser conducido a Peñalolén. No puede escuchar esa campana de Capuchinas, que dobla a difuntos...

Lo visita diariamente el Obispo, enviado por las religiosas... Sus palabras llegan sin savia fecundante al alma de Juan. Ninguna de sus exhortaciones consoladoras, lo calma.

Sufre cual hombre de carne que es, hecho de vil mate-

ria destrozada, y la Iglesia por boca de su Ministro, pronuncia palabras abrumadoras de misteriosa eternidad.

Sobre su lecho cuelga del muro una imagen de Cristo Crucificado... Prefiere evocar al Niño Dios —limosnero de Capuchinas, pues aquel habla de vida por venir y el crucifijo sólo de muerte.

La parentela acude a saber de Juan. Los criados tienen orden terminante de despedir en la puerta a las visitas. El enfermo les atrae por mera curiosidad. Es un tema novedoso de conversación comadrera.

Saben que Juan hizo su testamento al partir a la guerra; dejando de albacea al Obispo, y que sus bienes no han sido legados a la Iglesia sino a hospitales y sociedades de beneficencia. Causan un pequeño escándalo estas disposiciones testamentarias. ¿Y no dejará nada para misas? —se preguntan las beatas.

Desde el monasterio, las monjas velan tiernamente la enfermedad de Juan. Nieves y Sor Clara dispusieron una gran novena al Niño Jesús, que rezarían en comunidad, para obtener salud y gracia al alma del Síndico.

...Durante ese tiempo se produjo tregua en la exasperación de Juan y se calmaron los dolores... La herida presentaba mejor aspecto, con tendencia a renovar tejidos.

Tuvo visiones hermosas y consoladoras. En su sopor febril contempla a Nieves extática y luminosa, señalándole un alto oriente... Sus ojos descendían a tierra y en suave sonrisa le repiten aquella mágica palabra escucha-

da tan sólo una vez... ¡Siempre!... pero ahora comprende Juan que ella le da una lejana cita...!

Otra de esas noches, que había dormido en calma, despertóse por fuertes punzadas al costado... No abrió los ojos y se llevó las manos a la herida. Volvió a adormecerse y así entre sueño y vigilia, en un dulce duerme-vela, sintió a Nieves, que ponía sobre su mal, dos manojos de lirios albos y fragantes, que lo calmaban.

...Eran sus finas manos, únicas e inconfundibles, que aplicadas a la parte adolorida, tenían acción medicinal... Ocultaba el rostro entre las sábanas. Fué bálsamo sedante aquel contacto derramando alivio por sus venas.

A la mañana siguiente, Juan se halló más desesperado que nunca, en nueva crisis de rebelión. Despertaron en él, ansias ya domadas de vida, en fuerza y completa posesión de amor.

...Con acopio de energías acumuladas durante la larga ausencia, sublevóse contra sus inútiles sacrificios y su destino imbécil. Los votos religiosos que engendrara el fanatismo ciego y la ignorancia necia lo indignaron. Ardió en furia, contra la inhumana clausura y las penitencias bárbaras.

...Formó proyectos disparatados... Quería sanar y sanaría, no ya para continuar su existencia de idiota, sino para realizar su pasión. Prendería fuego al convento si fuera necesario, arrebatando la religiosa a su prisión en huida con ella al fin del mundo...

...Se daría desde Peñalolén, un espectáculo neroniano, contemplando la hoguera... En las serpeantes llamas, perecerían esas monjas inútiles, ociosas, parleras y necias...

...Necesitaba sólo extraer de la pira ardiente a Sor Clara... La amaba a pesar suyo, con secreta inquina, pues nunca se dió por advertida de su doloroso drama.

...Vivía la Priora, según Juan, como todas las religiosas, fuera de realidad, elevada a un plano imaginario, en que se trueca hasta el sentido de los vocablos humanos.

...Emponzoñábase el enfermo en furiosas divagaciones. Durante esta crisis y sin consultar a nadie, a espaldas del médico, se hizo trasladar a Peñalolén, en carruaje y en camilla, la parte de subida.

El ardor estival era sofocante en el campo. La temperatura subía más y más al pie de la montaña, y la herida tomó un tinte sospechoso.

Con gran disgusto, el médico subía a hacerle la diaria curación matinal. Notó el enfermo cierto día, en un imperceptible gesto del entrecejo que lo hallaba mal y se exasperó, agravando la enfermedad.

...Una dulce voz clamaba sin cesar al fondo de su ser: Acepta el dolor y vendrá la liberación! pero su creciente cólera, ahogó ese suave clamor insonoro...

—Prefiero pegarme un tiro, respondía, a continuar esta vida de guardián de tumbas— en perpetuo suplicio de contemplar un cadáver bajo el sudario monjil.

...Su irritación permanente enconaba la herida, que durante algunos días, estuvo en vías de curación.

Tras agrias disputas con el médico, que necesitaba atenderlo con más asiduidad, no consintió en ser trasladado a Santiago.

...El invierno arreció tristísimo en Peñalolén. No oía la fatídica campana de Capuchinas en ese seno de cordillera a la medianoche —llamado de muerte, en que se le convirtió la esquila nocturna.

Eran para Juan esos toques la voz de su conciencia remordida. "*Quisiste olvidarme,* le decían, *me sepultaste aquí, pero yo te retengo en mis cadenas*".

...El mes de julio transcurrió en hielo y oscuridad polar. Se ocultó el sol borrando el panorama de la cordillera tras densa masa de nubes.

...El Obispo estuvo tan enfermo que no pudo subir a Peñalolén y Juan se sintió abandonado.

Las lluvias hicieron intransitable el camino de faldeo. Hubo una inundación a causa de los fuertes temporales de agua y nieve que cortaron puentes y dejaron la hacienda aislada.

El médico tampoco logró subir. Prodújose en Juan desesperada melancolía. Se miró a hurtadillas la herida que le curaba la enfermera y la vió negra... Supuso que ya estaba gangrenado. ¡Abandono y corrupción en vida!

...Búrlase ahora enfurecido de esos afectos monjiles,

que desprecian el cuerpo y se consagran al alma, riéndose en carcajadas cínicas de enajenado...

Al día siguiente 4 de agosto, sería el aniversario de la profesión religiosa de Nieves; su fiesta conventual. Las monjas celebrarían la muerte civil de dos criaturas.

¡Tan santas y crueles, que lo dejaban morir abandonado, pagando sus servicios con oraciones...!

Mujeres egoístas, necias, decíase Juan, que pretenden ganarse un cielo con maceraciones de la carne, mientras pisotean cruelmente los corazones heridos.

...Desde que comenzó la nueva crisis, bebía a escondidas de la cuidadora, pequeños sorbos de coñac. Necesitaba estimulantes para vencer su depresión física y moral, cada días más fuerte.

—¿A qué cuidarse? —Ya estaba condenado. Días más o días menos, nada cambiaría su situación. El terror al infierno y el miedo a la muerte aumentaban con el mal, pero los ahogaba en alcohol.

El 3 de agosto pudo subir el médico a caballo una parte del camino, y a pie, por sobre tablones los densos barrizales.

Le halló la herida en mal estado. Nada dijo; al contrario, lo alentó, pero Juan comprendía... Mostróle la urgente necesidad de trasladarse a Santiago. Necesitaba de una atención continua y esmerada.

...Aceptó Juan por fórmula, para no discutir y convinieron en que al subsiguiente día, 5 de agosto, sería transportado en camilla a la capital.

Cuando se quedó solo, proyectó eludir de cualquier modo ese viaje... ¿Para qué bajar a la ciudad? Ya no vería más a Nieves estando claustrada.

...Iría a soportar igualmente sólo una penosa agonía y a escuchar la nefanda campanita, que después doblaría para él, a difuntos...

¡Ah! si tuviera valor de pegarse un tiro! ¡Temblaba!... El juicio, el infierno eterno... ¡Ah no! se podriría allí, solo como un perro... ¡A la ciudad, por nada! Que ella tenga al menos el dolor y el remordimiento de haber dejado perecer a un hombre por salvar su alma la propia... por ir a gozar de Dios eternamente en la gloria... entre angelitos con trompetas de oro!

Los recuerdos se le hicieron odiosos. Se quitó la cruz y la medalla que llevaba consigo. Hizo un paquete dirigido a la Superiora de Capuchinas, y con mano trémula escribió sobre su tarjeta: ¡Nunca!

.....

Era la tarde del 3 de agosto...

Una atmósfera gris envolvía todo, borrando los sitios. No se veía ni cordillera ni ciudad. El paisaje está esfumado en densa neblina. La bruma tendió su amplio manto de ceniza ocultando hasta los árboles próximos. Se tragó todo. Hubiera creído Juan hallarse en Rusia o en el Polo Sur.

Apuró copa tras copa de coñac. Se confundieron sus rencorosas ideas en exaltación... Lo embargaba la voluptuosidad de la venganza, que su perdición sería para Nieves... No alcanza tampoco a realizar qué clase de perdición sería la suya.

...Las ideas se confunden en su mente. Se halla fuerte en bienestar físico y casi en complacencia de su estado.

Con majadería de estribillo, canturrea... *¡Perpetua. Pasó la vida, ayer! Pasó!... ¡Nunca volverá! ¡Nunca! ¡Pasó para siempre! ¡Pasó!* Y repetía con clamor demente! *¡Pasó!... ¡Pasó...!*

No daba cabida a otra voz que le insinuaba quedo *¡Siempre! ¡La vida comienza mañana! ¡Siempre!*

La enfermera le encendió la lamparilla de aceite como todas las noches, y se retiró a las nueve.

Era hondamente trágico el silencio nocturno. Ni aguas, ni vientos, ni ranas... La densa niebla envolvía el panorama de todos lados, en gasa blanquecina...

Vaguedad en torno. Fin de mundo, en que la eternidad empieza...

Juan se revolcó desesperado en su lecho. La herida lo dañaba dándole un dolor sordo y gran exaltación febril. Hubiera querido despedazársela con las manos y extraerse toda la sangre del cuerpo, para concluir de una vez por todas. ¡No le quedaba duda!... ¡Estaba gangrenado! Leyó su sentencia en la frente del médico muy contraída esa mañama misma.

... No bajaría a la capital, para exponerse a recibir recados tontos de monjas —las más egoístas y duras almas que la vida pusiera en su camino...

En los últimos días de su ya larga enfermedad, nadie subió a verlo, ni la parentela, ni los seudo amigos, ni los compañeros de armas, con quienes lo vincularon las circunstancias. Recibía el "*pago de Chile*", frase proverbial de los olvidados...

El silencio sepulcral de aquella noche lo espantó. Le ardía la cabeza y lo devoraba la fiebre.

Abrió la ventana de su alcoba que enfocaba la cordillera... Paisaje blanco en insólita claridad... Nevaba... Visión deslumbrante y desolada...

... ¿Dónde me hallo? No reconocía el sitio... Su delirio le fingió una procesión de fantasmas que ascendían la montaña blanca. Subían en larga fila de dos en dos unas religiosas de bultos oscuros, sobre la nieve blanca. Caminaban lenta y silenciosamente, llevando cirios, en trágica mudez. Cargaban con una urna funeraria... Y el muerto era él mismo, Juan. Veíase desdoblado en su propio cadáver.

A ambos lados de la urna, iban dos religiosas llorando... Volvieron sus rostros hacia la casa de Peñalolén, donde Juan estaba asomado... Eran Nieves y Clara... Le decían: —*¡A Dios, a Dios...!*

Aquella burla era la última crueldad... Corrió desaforado a tomar su pistola... Quería desvanecer la obcecante visión...

...¿Visión o realidad?... disparar, concluir...

Apretó el gatillo y salió un tiro...

Alejábase la visión haciéndose más nítida. Contemplólo Sor Clara con tierna piedad. Juan lanzó una imprecación... Sor Nieves lo miró con los ojos de Perpetua —dulces ojos de niña inocente, prometedores y ensoñados...

Enloquecido Juan, apuntó ahora a su propio corazón y gritó frenético a la blancura silente de la noche...

—¡Contempla, mujer, lo que haces de mí, un suicida, un réprobo... un condenado!...

...¡Disparó contra sí mismo!

El reloj daba la medianoche. Comenzaba el día 4 de agosto y nevaba en la altura de Peñalolén, como ese día en que Nieves se consagrara a Dios!

. . . . . .

A esa misma hora la comunidad de Capuchinas atravesaba el claustro. Tocaban a maitines.

La esquila desgranaba en la noche plateada sus doce gotas de oro penetrando en las almas que para bien o para mal velaban en la ciudad chata...

Todo en el patio claustral estaba blanco, inmóvil y silencioso... Leve plumilla caía, caía... con mudez trágicamente impasible. Frío congelante, hondo silencio!...

De súbito Sor Clara notó que los copos aislados de nie-

ve —palpitante cortina de blancura— se condensaban en algo más sólido...

Surgió una densa masa blanquecina y se plasmó un fantasma! Era Juan...! Tenía el rostro consumido.

Mirándola con ojos tristísimos, díjole: —*¡Madre mía!*

Su voz estaba cambiada... ¡Era otra!

Nieves no vió condensarse la plumilla... Se halló de súbito ante Juan... Parecía muy lejos, y estaba ahí mismo la visión.

Traía un arma de fuego en la mano y le chorreaba sangre del pecho, sobre la nieve alba. Miróla Juan con desolación de tan infinita tristeza como nunca le viera antes, pero exenta ya de rencor...

Desapareció la visión. Acertó a mirar al suelo y la sangre que cayera del pecho de Juan, dibujaba en letras rojas sobre la nieve inmaculada.

La vida pasó ayer, Perpetua!.....

¡Ayer! ¡Nunca más, Nieves!... ¿Oyes?... ¡Ayer! ¡Jamás!...

La religiosa cayó al suelo desplomada... Su farolillo se hizo trizas en la grada de piedra y la candela se volcó sobre la densa capa de nieve...!

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

EPILOGO

En aquel año de gracia —1880— el Siglo Décimo Nono al ser octogenario había envejecido. Encorvado bajo pesadumbre de tiempo, hubo de disminuir para que el país creciera en gloria y riqueza, conquistadas durante la guerra.

Había engendrado al "*Amor Eterno*" hijo de Dios y ya podía partir, sin conocer siquiera los frutos espúreos de "*Venus Cytherea*", condenados a muertes prematuras.

Las antiguas mitologías representaron "*Amor*" en el mundo pagano cual niño travieso y ciego pero Amor en Cristo, es el fruto maduro y precioso del tiempo encanecido de dolor. . .

Contra oprobios y afrentas, el Siglo Décimo Nono, pudo concluir dignamente, repitiendo las palabras del anciano Simeón, después de contemplar al Niño divino, en el templo de Jerusalén:

"*¡Ahora, Señor, despides a tu Siervo en paz!*"

SECCIÓN CONTRO
Y
CATALOGACIÓN

ESTA OBRA

(ALBORADA)

SE COMPONE DE:

Serie I

CUANDO MI TIERRA NACIO...

ATARDECER

1 Tomo..... $ 20.—

Serie II

CUANDO MI TIERRA ERA NIÑA...

NOCHE

2 Tomos.—Tomo I. $ 20.—
Tomo II. $ 20.—

Serie III

CUANDO MI TIERRA FUE MOZA...

AMANECER

3 Tomos

FABRICACION CHILENA